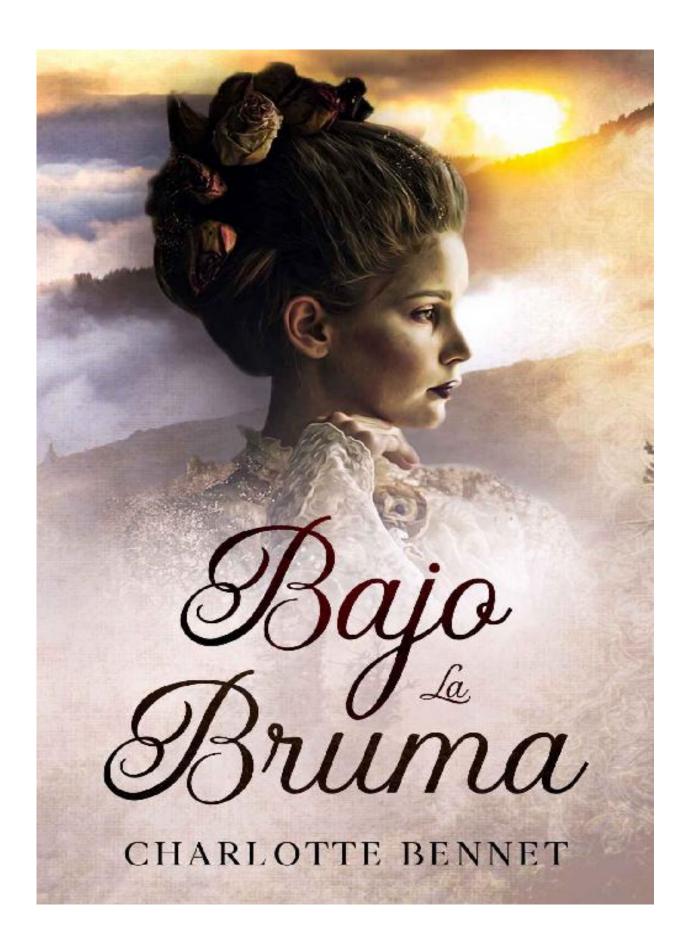


CHARLOTTE BENNET



BAJO LA BRUMA

CHARLOTTE BENNET

© Charlotte Bennet, Junio 2020 Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Sinopsis:

Afligido y atormentado por la trágica muerte de su esposa Abigail y su hijo Ross, lord Bradley Patrick Hastings Worsleyton, cuarto marqués de Collingwood y segundo conde de Nearthbourgh, no quiere saber nada del mundo exterior. Vive recluido en su sombría mansión acompañado de su perro "Draco". Solo su abogado, la señora Rushmore, el ama de llaves, y su sobrino Pete tienen contacto directo con el noble... Pero la inminente llegada de lady Olivia Cleveland, la tía del marqués, y los amigos de ésta, motiva que la señora Rushmore tenga que solicitar a la señora Bogart una doncella nueva porque nadie quiere trabajar en Hastings Hill, la mansión encantada que hay junto a los acantilados de Dover.

© Charlotte Bennet.

Muchos eran los rumores que apuntaban que "Hastings Hill", la magnífica mansión del marqués de Collingwood, estaba encantada al igual que su dueño. Los sirvientes que habían tenido el privilegio de trabajar en sus enormes instalaciones aseguraban haber oído unos extraños y espeluznantes ruidos... También juraban haber visto a lord Bradley hablar con los espectros de su difunta esposa, lady Abigail, y su hijo Ross, los cuales se paseaban por toda la mansión. Ambos habían fallecido en un terrible accidente de carreta hacía un año. Esta tragedia tiñó de oscuridad el alma del adinerado noble. Nada en él volvió a ser como antes, ya que el destino le había arrebatado lo que más quería y lo había condenado a vagar como un alma en pena. Sus años de esplendor y popularidad se habían visto abocados a un aterrador silencio que aullaba entre las frías y sombrías paredes de la enorme mansión.

Aquel voluntario encierro había provocado que el noble fuera devorado por los recuerdos y por una feroz tristeza. Había quien no entendía dicha actitud en el atractivo hombre, y se rumoreaba que la pareja estaba distanciada mucho antes del accidente. Muchos aseguraban que lady Gail iba a fugarse con su cuñado Clive, con el cual lord Bradley se llevaba a matar pero las investigaciones llevadas a cabo por el comisario Steals apuntaban a que uno de los caballos se soltó de las cinchas rajadas mientras que el otro se precipitó, irremediablemente, al vacío desde los blancos acantilados de Dover. Lord Bradley sospechó desde un primer instante de su hermanastro Clive porque este deseaba todo cuanto él poseía, incluida Abigail. Vecinos de la zona contaban que habían presenciado las numerosas disputas entre ambos hermanos y señalaban a Clive como culpable del accidente, pero las pruebas presentadas por su abogado lo exculparon de cualquier delito. Ello no agradó al marqués que inició una cruzada contra su hermanastro, al cual prohibió la entrada a su hogar.

Pero lo cierto era que lady Abigail sentía una profunda admiración por Clive. De él decía que era un espíritu libre cuya ajetreada vida sentimental

le recordaba al de un Casanova. Clive apreciaba a Gail y quería a su sobrino Ross, pero de ahí que pensaran que los había matado era algo inconcebible. Sin embargo, aquella estrecha relación dio pie a muchas especulaciones, aunque la verdad era que Clive era el paño de lágrimas de Gail, cuya fragilidad e inestabilidad emocional formaba parte de su personalidad un tanto compleja... Además, no llevaba bien las ausencias de Brad ni tampoco le gustaba vivir en el campo, sino en la ciudad, pero su marido se oponía a sus deseos, lo cual originaba más de una disputa entre el matrimonio.

Gail había pasado toda su vida en la ciudad. Le encantaba el bullicio y el inicio de la temporada... Ella provenía de una distinguida familia de aristócratas amigos de los Hastings. Cuentan que la unión entre Abigail y el marqués estaba pactada desde que eran niños. Su boda fue la más esperada del año y reunió a toda la alta sociedad de Dover. Hubo fuegos artificiales y un hermoso baile nupcial... Para contentarla, el marqués llevó a su recién estrenada esposa a conocer mundo. La luna de miel duró varios meses... Brad era un hombre feliz al lado de Gail, pero ella no lo era porque necesitaba constantemente su presencia y huir del asfixiante silencio que había en Hastings Hill, la propiedad preferida de su suegra lady Ginebra.

El nacimiento de Ross devolvió cierta estabilidad emocional a Gail, aunque las disputas con Brad seguían siendo habituales... Tras el accidente el noble se reprochó eso mismo y por eso decidió darle la espalda al mundo y cerrar las puertas de su hogar tanto a los más allegados como a su extensa familia excepto a su tía paterna lady Olivia Cleveland, condesa viuda de Wedgwood, porque fue la única que persistió ya que lo quería como a un hijo. El carácter obstinado de su tía, tan similar al suyo, impulsó a Brad a recibirla en su tenebroso hogar... Ella quería ayudarle a superar su sufrimiento, pero su sobrino se negaba a ello. Su pena era suya y de nadie más. Sumergirse en el dolor lo alejaba de cualquier clase de distracción, aunque los paseos con su galgo, Draco, hacían que saliera de la mansión y estirara un poco las piernas.

Su secretario, abogado y administrador, el señor Amberly, se ocupaba de todo cuanto tenía que ver con su fortuna y representación legal. Era uno de los mejores letrados de la región y el que mejor salario ganaba. A él recurrió Gail para solicitar el divorcio, pero el marqués se enteró y montó en cólera esa trágica mañana... Amberly era fiel a su señor y acudía una vez a la semana a Hastings Hill para poner al día al marqués sobre el estado

de sus propiedades e inmensa fortuna. Procuraba no robarle demasiado tiempo porque el lord detestaba que lo importunaran con cosas banales. Prefería pasar el tiempo en la biblioteca leyendo libros frente a la chimenea encendida. No quería oír la palabra matrimonio ni que tía Olivia le insistiera con el tema. La condesa viuda se sentía frustrada pues quería que su sobrino rehiciera su vida al lado de una mujer que lo mereciera ya que en sus visitas lo notaba más desmejorado y melancólico que de costumbre, y eso le preocupaba en exceso.

Brad no quería que nadie estuviera pendiente de él, sino que lo dejaran en paz... no era un crío sino un hombre de treinta años. Poseía un espléndido físico y una preparación exquisita. Era, para más inri, viudo y estaba en alza por su incalculable fortuna, pero su carácter se había visto empañado drásticamente. Su sola presencia podía congelar a cualquiera, e incluso la señora Rushmore le tenía verdadero pánico cuando lo veía enojado...

El mejor amigo del marqués lord Anthony Bagwell, conde de Mundforty, apeló al sentido común y recurrió a la correspondencia semanal porque sabía que no iba a ser recibido por Brad. Bagwell conocía el padecimiento de su amigo y se apiadaba plenamente de él... Pero sentía que Brad debería abandonar el duelo y liberarse de tan nefasta tristeza... Lady Olivia compartía ese mismo pensamiento. No veía bien que su sobrino eligiera estar a solas con su dolor, pero entendía que en algún momento cambiaría porque tanta soledad no era aconsejable si no que se lo preguntaran a ella... Su querido Ernest falleció de forma repentina. No tuvieron hijos porque su esposo era estéril. Nadie mejor que Olivia entendía el dolor de su sobrino, pero consideraba que debía superar el duelo. Echaba en falta a aquel hombre risueño y afable. Ahora veía a un ser amargado y resentido con la vida. Hacer que volviera a ser el que era antes era pedir demasiado, porque no atendía a razones, pero no perdía la esperanza... No quería ver a aquella pobre criatura atrincherada en una inmensa mansión en penumbra, sino recuperar a su sobrino. Intentar convencerle para que saliera y se distrajera era un insulto para él. Gail y Ross se habían ido de su vida de forma abrupta, pero él no aceptaba su partida por la manera con que Gail y él discutieron aquella trágica mañana.

"Hastings Hill" se ha convertido en un tenebroso cementerio de almas condenadas a vagar en la oscuridad>>, pensaría Olivia en más de una ocasión.

Tanto silencio hacía que su estancia fuera una condena. No podía ver echadas las cortinas todo el santo día. Aquel ambiente tétrico no favorecía el descanso propicio para una mujer mayor como ella, pues hacía un largo viaje desde Norwich... Además, a veces oía esos ruidos, aunque la señora Rushmore dijera lo contrario. De esta manera tomó la decisión de no viajar sola esa vez, así que propuso a sus amigos los Hearls que la acompañaran junto a su encantadora hija Tess que estaba en edad de casamiento. Así mismo, Olivia ordenó a su secretario que enviara urgentemente una carta a su sobrino anunciando su llegada a Hastings Hill.

El marqués recibió con desagrado la visita de su tía porque iba a venir acompañada por sus amigos, de los que tanto había oído hablar. Le pareció un despropósito que pasara por alto su negativa a alojar extraños en su casa. "Hastings Hill" no era una fonda, pero bastaba con que le comunicara a su tía su desaprobación para que ésta se plantara con más gente, simplemente por llevarle la contraria. De esta manera, el marqués hizo trizas la carta y la arrojó a la encendida chimenea. Draco emitió un ligero gruñido.

—¡Cállate!... —le dijo con voz grave mientras tocaba la campanilla.

El pobre galgo se acurrucó en su sitio junto a la butaca roja.

La señora Rushmore apareció rápidamente y le hizo una reverencia. Era una mujer que rondaba los cincuenta años. Tenía el cabello oscuro, era de media estatura, pero robusta. Llevaba un vestido negro. Tenía el control de toda la casa y llevaba parte de su vida sirviendo a los Hastings. Era muy ordenada, disciplinada y admiraba a su señor, al que mostraba una increíble fidelidad. No se había casado pero tenía muchos sobrinos por parte de sus cinco hermanos.

- —Milord.
- —Lady Olivia llegará dentro de dos semanas con sus amigos los Hearls. Habilita el ala este de la casa. Escribe a la señora Bogart para que envíe una doncella de confianza. Dile al muchacho —era así como se refería a Pete —... que tale las ramas viejas del árbol de la entrada y que recoja las hojas secas que hay en el jardín.
 - —Sí, señor.

El marqués de Collingwood era un hombre bastante alto. Tenía el cabello oscuro y algo largo. Su frente era lisa y los ojos, de un tono miel claro, eran hundidos. Su nariz era pequeña pero perfilada. Lucía barba de varias semanas y siempre iba vestido de riguroso luto.

Angie Rushmore salió sigilosamente de la biblioteca tras hacerle otra reverencia. Nadie mejor que ella conocía los gustos y las exigencias de su señor. Era preferible no llevarle la contraria ni enojarlo porque había consecuencias, y nada buenas, por cierto.

- —Señora Rushmore... —le llamó en voz alta.
- —Sí, milord... —dijo apareciendo, de nuevo.
- —Almorzaré en la biblioteca como de costumbre. Quiero el lomo poco hecho y sin mucho condimento, acompáñelo con un Madeira de la bodega.
 - —Sí, milord.
 - —Cierre con cuidado la puerta al salir. —le dijo dándole la espalda.
 - —Sí, señor...

A veces el destino era tan cruel que no había cabida a la esperanza. Eso fue lo que Lucy Miller sintió cuando, de la noche a la mañana, su prometido la abandonó y el estado le arrebató a sus tres hermanos pequeños: Ivy de cuatro años, Mery de tres y Ethan de dos años, respectivamente. Eran hijos de distintas relaciones por parte de su difunta madre, Sonia, que era prostituta. De hecho, contrajo una enfermedad venérea y murió dejando huérfanos a sus cuatro hijos. Lucy era la mayor de los tres y nunca llegó a conocer a su padre biológico que, según Sonia, era un viejo lobo de mar que la abandonó tan pronto como supo que estaba embarazada.

La muchacha vivía en la misma cabaña en el bosque no lejos de la de su vecina, la señora Morgan. Ella era la que cuidaba de sus hermanos cuando Lucy se iba a trabajar y a la que pagaba unas libras. La joven sabía que tarde o temprano aquello acabaría porque había oído quejarse al señor Morgan en más de una ocasión sin que él la viera. Tal vez tuviera algo que ver con la pérdida de sus hermanos, pensó Lucy llorosa.

Por otra parte, su prometido solo quería llevarla a la cama. Nada más... Lucy era consciente del modo con que los hombres la miraban pues era alta y delgada, además de hermosa. Su bondad era inconmensurable, aunque, a veces, pecara de inocente... Pero no tenía tiempo para lamentarse, sino que debía luchar por lo que verdaderamente le importaba: sus hermanos, pero ¿cómo podía hacerlo? ¡Si no tenía una sola libra! Habían gastado los pocos ahorros que tenía. Necesitaba encontrar trabajo lo antes posible para pagar a un abogado que la ayudara en su caso... Así que llegó andando a la ciudad y llamó a la puerta de la oficina de la señora Bogart. Ella era una reputada dama que se dedicaba a dar trabajo a doncellas como ella. Fue la señora Bogart quien la envió a casa de lord y lady Huntington, duques de Clarent.

La mujer no guardaba buen recuerdo de Lucy puesto que llegó a sus oídos el lamentable incidente en el que la joven robó comida de la despensa de casa de los duques... Ello originó que Fielding, el mayordomo de su señoría, la despidiera... Lucy cruzó los dedos pues cabía la posibilidad de

que la señora Bogart la echara a patadas de su negocio... Lady Victoria Huntington, con la que se encontró recientemente, le dijo que todo estaba más que olvidado y que se alegraba de verla. Ella era una mujer realmente buena, además de generosa. No podía decirse lo mismo de su esposo lord Graig, pensaba justo cuando la señora Bogart le abrió la puerta. No parecía contenta de verla, pero la hizo pasar ya que no quería armar un escándalo en la puerta. Tenía cierto prestigio y un negocio que cuidar de miradas indiscretas.

Lucy la saludó cortésmente, pero no obtuvo respuesta por parte de la señora Bogart, que la miró por encima del hombro y se puso detrás del mostrador. Su oficina era pequeña y ordenada. Lucy se fijó en su llamativo collar de perlas y en su hermoso vestido rosado de corte francés. Tenía el cabello blanco recogido en un moño bajo. Era una mujer bajita, gruesa, tenía la nariz respingona y una boca pequeña, era muy inteligente y sumamente seria con sus clientes y trabajadores. A ella recurrían los mayordomos y las amas de llaves de las casas más ilustres en busca de dignos empleados. La señora Bogart era garantía de seguridad y confianza, y al ver a Lucy Miller llamando a su puerta, le disgustó recordar lo que el señor Fielding, el mayordomo de los Huntington, le contó en esa carta que le envió un tiempo atrás. La señora Bogart tuvo que disculparse por primera vez en años y eso era inadmisible.

—Siento molestarla, señora Bogart... —dijo Lucy en un tono de voz casi inaudible.

Ella no le respondió, sino que se cruzó de brazos.

- —¿Molestarme? Yo creo que me debes una disculpa, jovencita... —le regañó haciendo que Lucy se sonrojara y agachara la cabeza—. Robar comida en casa de los Huntington fue un acto lamentable.
 - —Lo siento, pero tiene que saber que.
- —Lucy Miller, ahórrate tus palabras... —le interrumpió bruscamente—. Confié en ti y me dejaste en evidencia ante el señor Fielding, un gran amigo, por cierto.

Lucy volvió a agachar la cabeza. Sentía los ojos vidriosos y el corazón encogido, aunque no se arrepentía de su acto porque se trataba de sus hermanos. Ellos tenían hambre. No podía dejarlos abandonados a su suerte.

—Lo siento de veras... —repitió.

Renata Bogart torció el gesto.

—Todas decís lo mismo. La única diferencia es que en la carta que el señor Fielding me envió alababa tu impecable trabajo, aunque lamentaba profundamente el incidente. Dijo que eras la mejor doncella que jamás haya visto pasar por Clarent House y que sería una auténtica lástima que no contara con tus servicios en lo sucesivo.

Lucy, al oír esto, sollozó y calmó sus agitados nervios en una fracción de segundo. No quería parecer débil ante la señora Bogart, aunque motivos no le faltaban, pero agradecía el gesto que había tenido el señor Fielding con ella.

- —Sabes que nunca doy una segunda oportunidad a ninguna doncella que me haya dejado en evidencia en su puesto de trabajo porque mi negocio es sagrado para mí... A mis manos llegan diariamente cientos de solicitudes de ilustres casas solicitando empleadas de confianza y trabajadoras...
 - —Lo sé, señora Bogart.
- —Y siempre intento colocaros en puestos de trabajo dignos, y lo que no puedo permitir es que se me deje en evidencia o que me mientan.

Lucy asintió. Renata se puso seria más aún. Conocía a la muchacha desde hacía un año y no dudaba de su trabajo, pero no podía permitirle más meteduras de pata en lo sucesivo.

- —No toleraré más conductas inadecuadas, ¿entendido?
- —Sí, señora.

Pese a su carácter serio y disciplinado, la señora Bogart sentía compasión por Lucy, así que suavizó el discurso.

—Las muchachas jóvenes y hacendosas como tú escasean, y hoy tengo un ligero problema y quiero que lo soluciones.

Lucy la miró confusa.

- —Esta es la única solicitud que no he podido cubrir... —le mostró una carta—. Ninguna de las sirvientas que conozco ha querido este puesto de trabajo. No sé por qué... —mentía como una bellaca—. El salario es muy interesante, pero tendrás que desplazarte hasta Dover —Lucy iba a contestar—. No acepto un no por respuesta porque me está costando mucho perdonarte, Lucy Miller.
 - —Sí, señora.
- —Marca con una cruz esta casilla, rápido... —Lucy cogió la pluma estilográfica e hizo la señal sobre el papel—. Trabajarás en casa de lord Hastings, marqués de Collinwood... Espera que redacte tu carta de presentación y tus referencias.

Mientras lo hacía no dejó de hablar:

- —Te pagaré el viaje hasta Dover, pero el ama de llaves, la señora Rushmore, te lo irá descontando de tu salario para enviármelo a mí. No me defraudes o no volveré a darte trabajo nunca más, Lucy Miller.
 - —Sí, señora.
 - —Firma, aquí y aquí.
- —Gracias, señora Bogart. —dijo un tanto nerviosa pues iba a viajar a Dover, pero no podía quejarse porque había conseguido trabajo.
- —No me las des a mí sino al señor Fielding. Afuera hay un carruaje que sale hacia Dover en cinco minutos. Ahora márchate, deprisa.

Hastings Hill se alzaba como una fantasmagórica y lóbrega mansión abandonada en lo alto de una colina no muy lejos de los acantilados de Dover. Contaba con numerosas habitaciones además de una considerable extensión de tierra y jardines descuidados que en su día fueron muy admirados por quienes tuvieron el privilegio de estar en Hastings Hill. En aquel momento la suave brisa proveniente del mar removió las hojas secas acumulándolas sobre la hierba deteriorada y que le daba un aspecto de absoluta dejadez a la propiedad... Nadie diría que era una mansión habitada por uno de los nobles más ricos de la región, pero ahí estaba Hastings Hill resistiendo el paso del tiempo y causando cierto pavor en quienes pasaban por delante de la polvorienta verja negra y la observaba con curiosidad.

Por más que la fachada estuviera revestida de piedras grisáceas y opulentos ventanales, en el interior había una atmósfera tétrica puesto que la luz había sido reemplazada por velas en candelabros de plata... Las pesadas y antiguas cortinas estaban echadas y no entraba la claridad del día a petición del huraño lord. No había ninguna clase de distracción. Solo un tedio atroz y una terrible oscuridad que reinaba de forma tenebrosa. La mansión fue una herencia que llegó a lord Hastings cuando solo tenía veintidós años, al igual que todo lo que poseía... Hastings Hill era su morada. El lugar donde creyó que sería feliz al lado de la mujer que amaba, pero se desengañó al poco de nacer su hijo Ross. Gail dejó de ser lo que en apariencia era y se volvió apática con él porque le reprochaba el tenerla secuestrada en Hastings Hill, aunque no era verdad... Ella salía y entraba cuando le apetecía de la propiedad. Hizo grandes amistades y se divertía con su compañía... El problema era que el noble que no quería vivir en la ciudad sino en el campo. Tantas discusiones sobre este asunto derivaron en un insoportable distanciamiento entre la pareja. Gail dejó de ser la esposa considerada a rehuir abiertamente a su marido. El silencio se implantó en su relación de pareja y Brad se refugió en su hijo Ross que solo tenía dos meses cuando murió en aquel accidente... Le adoraba y pasaba parte de su

tiempo con él... Ello era mucho más placentero que discutir con Gail sobre cosas banales, pero ella se las ingeniaba para hacer que su vida marital fuera insoportable porque él no quería ceder a sus pretensiones y cuando esa mañana le amenazó con llevarse al niño, él enloqueció...

Lucy se fijó en cómo una ligera niebla iba envolviendo la mansión de piedra que agonizaba entre el rocío de la mañana hasta hacerla desaparecer delante de sus ojos. Era como si la hubiera engullido de golpe y no quedara nada de aquella grandiosa estructura... Un repentino escalofrío recorrió el frágil y extenuado cuerpo de la muchacha, puesto que juraría haber oído que alguien susurraba su nombre a través de densa neblina. Sin embargo, la joven recobró el sentido común y no vio a nadie sino que continuó ahí a la espera de que alguien apareciera para atenderla. La verja cerrada la separaba de aquel lugar encantado y de sus jardines que languidecían en un creciente abandono al igual que el larguísimo y estrecho camino empedrado que conducía a la lóbrega mansión. Lucy giró la cabeza y vio algo parecido a una cuerdecilla que colgaba de una campanilla oxidada. Tiró de ella. El sonido de la campanilla era tan débil que la impulsó a llamar de viva a voz, pero no se veía a nadie cerca.

A medida que iban pasando los minutos la frustración se adueñó de ella. Estaba cansada y famélica. Había hecho un largo viaje en vano, y lo peor es que había tenido que compartirlo con una corpulenta señora que no paraba de hablar mientras sus hijos hacían trastadas en sus asientos. Aquella tortura duró una hora y cuarto. Ya para rematar la situación, tras apearse del carruaje, el cochero le deseó buena suerte mientras esbozaba una sonrisa desdentada. Lucy pestañeó un tanto confusa. Luego vio que azuzaba prontamente a los caballos y se alejaba de allí como alma que lleva el diablo. Sea lo que sea lo que aquel cochero trató de decirle, Lucy no podía renunciar a aquel trabajo ni perder el tiempo en nimiedades, sino que tenía que solventar sus problemas familiares cuanto antes. Quería tener a sus hermanos con ella y darles una vida mejor. Tenía planeado ahorrar dinero y alquilar una habitación en la ciudad donde se alojarían... mientras, ella trabajaría duramente. Es lo que su madre habría querido que hiciera.

Tiró de nuevo e insistentemente del hilo. La campana agonizaba en un leve repiqueteo, pero fue suficiente para que el oído fino de Draco lo escuchara y se soltara de la correa por la que estaba enganchado mientras Brad miraba el denso horizonte. El noble salió de sus ensoñaciones al ver cómo su perro salía corriendo y ladrando como un loco y se perdía en la

densa niebla. Cabía la posibilidad de que hubiera visto alguna liebre suelta en el jardín. Últimamente había muchas de ellas... Brad le siguió mientras le llamaba insistentemente. Odiaba no poder ver nada a su alrededor y avanzar a ciegas a través de la maldita bruma, que no desaparecía, a la espera de dar con el animal.

<< Perro tonto>>, pensó malhumorado.

Lucy recobró la esperanza en el momento en que vio acercarse un precioso galgo que dejó de ladrar cuando se acercó a la verja moviendo alegremente la cola.

—Hola, perrito lindo... —le saludó haciéndole mimos.

Si algo tenía Draco es que ladraba a quien no le agradaba e incluso le mordía si era preciso. Eso ponía en alerta a su dueño, aunque lo que vio mientras se acercaba a la verja de entrada lo dejó anonadado. El animal se había escapado para recibir a aquella desconocida. Frunció adustamente el ceño. La chica tenía la cabeza cubierta con un gorro de tela negro y llevaba un sencillo vestido gris. Jugaba con su perro con una confianza que le molestó por eso emitió un silbido para que Draco regresara a su lado, pero no lo hizo. Ello lo enojó muchísimo. Bien era cierto que por la zona pasaban aldeanos con sus hijos y que estos tenían la malsana costumbre de tocar la maldita campanilla para que Draco apareciera y les ladrara, aunque había zanjado el asunto advirtiendo a los aldeanos que no dejaran a sus hijos acercase a su propiedad. Pero ¿quién diablos era esa criatura y qué hacía ahí?

Lucy pegó un respingo cuando vio a aquel hombre alto y fuerte vestido de riguroso negro acercándose de malas maneras. Lucía una espesa barba y su rostro revelaba una profunda fiereza. Por su aspecto pensó que podía ser lord Hastings o, tal vez, algún familiar suyo, así que le saludó cortésmente. Él no le devolvió el saludo, sino que le ordenó que se fuera sin tan siquiera mirarla. Lucy creyó que se le pararía el corazón porque jamás había sentido tanta hostilidad... pero la necesidad la impulsó a sacar de su ridículo bolso la carta de presentación y sus referencias, las cuales le enseñó, pero él la ignoró dándole la espalda.

—Márchate inmediatamente... —vociferó tirando del collar de su perro. Su desapacible tono de voz asustó a Lucy que no podía irse. Necesitaba urgentemente ese trabajo, así que volvió a probar suerte.

—Me envía la señora Bogart. Soy la nueva doncella. Me llamo Lucy Miller, milord... —dijo en voz alta.

Brad no estaba de humor. De hecho, nunca lo estaba... Iba a echarla, así que se acercó más a la verja para echarla de malas maneras, pero lo que vio le dejó de piedra.

<<¡No puede ser>>, se dijo conmocionado... aquella criatura ¡se parecía tanto a Gail que, por un instante, pensó que era ella!

Lucy se sonrojó ante la penetrante mirada del hombre. Él se quedó quieto observándola como si hubiera visto a un fantasma. Pestañeó confuso y le costó reaccionar ante tan asombrosa visión. Un gesto poco frecuente en él.

—¿Qué clase de broma macabra es esta? —Dijo abriendo por fin la verja para agarrarla bruscamente por el codo y cerciorarse que no era un espejismo sino que era de carne y hueso.

La muchacha abrió mucho los ojos. Estaba realmente asustada pues no entendía nada de lo que estaba pasando. Aquella mirada irradiaba furia mientras su mano le apretaba rudamente el codo. Le estaba haciendo daño.

- —Señor, yo.
- —¿De dónde eres?
- —He venido en carruaje desde Londres, milord.

Ella le mostró sus referencias. Él las leyó por encima. Ni siquiera reparó en los insistentes ladridos de Draco que tanto le molestaban.

—Así que eres la nueva criada —dijo en un tono despectivo.

Lucy dijo que sí pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué no la soltaba?

—¿Es usted lord Hastings?

Él no respondió, pero la soltó y maldijo entre dientes mientras le ordenaba que lo siguiera. Lucy guardó los documentos en su bolso y apresuró los pasos. Se fijó en que el señor tenía la espalda ancha y unos andares firmes pero elegantes. Draco dejó de ladrar y caminó al lado de la criada. Brad se giró y Lucy a punto estuvo de chocar con él. La ira del marqués era bien patente así como su fortaleza y poderío.

—Draco, ¡ven aquí!...—le gritó.

El perro se escondió tras las faldas de Lucy, que se ruborizó.

—¡Perro estúpido! —dijo retrocediendo unos pasos para colocarle la correa que sacó del bolsillo de su chaqueta.

El animal emitió un gruñido. Lucy al verlo sintió pena y quiso dar marcha atrás y huir de ese abominable hombre. Pero pensó en sus circunstancias y siguió adelante, aunque estaba muerta de miedo.

La señora Rushmore estaba recogiendo la cocina cuando el señor irrumpió abruptamente con aquella pobre muchacha que resultó ser la nueva doncella. Se llamaba Lucy y bendita fuera pues se parecía tanto a lady Gail... por eso se santiguó nada más verla.

—¿Es cosa tuya? —Le recriminó el señor.

Ella pestañeó boquiabierta entendiendo perfectamente lo que le decía.

—No, milord.

Lucy los miraba sin saber qué pasaba exactamente.

—Escríbele a la señora Bogart y dile que te envíe a otra sirvienta. —Se giró para mirar a Lucy—. En cuanto a ti, fuera de mi casa... —le ordenó alzando la voz mientras soltaba al perro.

¿Qué?

<<¡No!>>, pensó Lucy asustada.

Draco se puso al lado de Lucy que se quedó quieta. El marqués se llevó a la fuerza al perro que ladraba como un loco. Él le chilló y el animal dejó de gruñir.

El corazón de Lucy se iba a parar, no solo por la angustia, sino porque sus fuerzas estaban flaqueando. La señora Rushmore debió leerle el pensamiento porque la hizo sentar y le ofreció un mendrugo de pan y un vaso de leche fresca mientras vigilaba que el señor no volviera a la cocina... Lucy le agradeció el gesto.

- —¿De dónde eres? —Preguntó en voz baja.
- —De Londres... —dijo Lucy con la boca llena.
- —Siento que tengas que marcharte después de haber hecho un viaje tan largo.
- —Yo también... —respondió dejando la jarra sobre la mesa de madera—. ¿Sabe de algún albergue donde pueda pasar la noche?

El ama de llaves la miró con tristeza cuando Pete entró a la cocina. Él también se impresionó al ver a Lucy y retrocedió unos pasos atrás.

—¿Por qué todos me miráis de ese modo tan extraño? ¿Qué ocurre?

La señora Rushmore no respondió, sino que fue su sobrino Pete quien lo hizo.

—Porque guardas un enorme parecido con lady Abigail, la difunta esposa del señor... Apuesto a que tienes hasta su mismo color de pelo... — rio divertido.

Lucy palideció de golpe.

- —Pete, es suficiente... —le regañó su tía mientras subía a un taburete para guardar unos tarros sobre una repisa.
- << Ahora entiendo la reacción del marqués de Collingwood, pensó Lucy aturdida.
- —Ve a mi cuarto y trae los utensilios de escritura, Pete... Te recomendaré para que trabajes con los... ¡ay!

La señora no acabó la frase porque perdió el equilibrio y se cayó torciéndose el tobillo. Su grito alentó a Draco para entrar ladrando a la cocina mientras Pete y Lucy ayudaba a la dolorida mujer a ponerse en pie y a sentarse con cuidado en una silla. Su tobillo empezó a hincharse aterradoramente.

—¡Aún estás aquí! —Vociferó el marqués al verla todavía allí.

Lucy se asustó muchísimo, pero le contó lo que le había pasado a la señora Rushmore, que se retorcía de dolor. El marqués no se inmutó. Nadie le había pedido que se subiera a lo alto.

—Fuera de mi casa... —dijo clavando su mirada de color miel en la de ella.

La muchacha tragó saliva ante el estupor de Pete y de su tía. No tuvo oportunidad de despedirse de ellos porque huyó literalmente de la cocina. Draco corrió tras ella. El marqués llamó a su alocado perro, el cual se estaba comportando de una manera muy rara.

—Por favor, permita que se quede la muchacha, milord. Usted sabe que nadie quiere trabajar en Hastings Hill.

Él nunca había hecho caso a los rumores que apuntaban que su hogar estaba encantado, pero pensó en la llegada de la tía Olivia y lo que ello suponía, así que ordenó a Pete que fuera a por la criada y la trajera de vuelta...

El noble no hizo llamar al doctor Heichman, el médico de la familia, pero Lucy recurrió a un remedio casero para que disminuyera la inflamación del tobillo de la señora Rushmore que se lo agradeció enormemente.

Draco estaba ahí mirándolas en aquel pequeño cuarto, destinado a la servidumbre, que contaba con una cama, una mesita de noche con una lámpara y un armario donde guardar la ropa y un estrecho baño.

—Nunca había tenido un accidente de este calibre y celebro que Pete y tú estuvierais cerca si no, qué habría sido de mí... —dijo la mujer un tanto dolorida.

Lucy la miró y sonrió levemente.

- —En unos días te encontrarás mejor.
- —Eso espero porque todo ha de estar listo para la llegada de la tía del señor, lady Olivia.

Pete llamó a la puerta y entró con un candelabro en la mano. Draco ladró y Lucy lo calmó.

- —El señor quiere que lleves a su chucho.
- —¡Pete! —Le regañó su tía.

Él se encogió de hombros. No era más que un adolescente cansado del mal carácter de su amo al que aborrecía.

- —¿Sabes dónde está la biblioteca?
- —No... —respondió Lucy.
- —Mi sobrino te indicará, querida.

Draco le ladraba sin cesar. Pete le hizo burla al animal quien aulló.

—No pasa nada... —le dijo Lucy acariciando su morro.

El perro movió la cola.

Pete no habló cuando salieron de la habitación. Estaba terminantemente prohibido hacerlo. Si por él fuera se habría marchado hace años de esa horrible casa, pero ganaba un buen dinero aunque no pegara un palo al agua. Además, la nueva doncella era realmente guapa y tenía unas tetas muy gordas, pensó mientras ella le seguía. Se detuvo y llamó a la puerta antes de entrar a la biblioteca. Ambos hicieron una reverencia al marqués y solo Pete se retiró a petición del odioso señor de la casa.

La biblioteca estaba cubierta de candelabros y había una asfixiante penumbra alrededor. La leña crepitaba en la chimenea encendida. Lucy vio al marqués que estaba de pie mirándola fijamente. Lucy agachó rápidamente la cabeza mientras su corazón latía fuertemente. El rostro del marqués era una máscara de hierro forjado. No había expresividad alguna ni un atisbo de bondad en sus ojos hundidos, sino mucha dureza.

—Draco, ven aquí... —dijo el aristócrata.

El perro no se movió del lado de Lucy que se encontró de lleno con la mirada reprobadora del hombre.

—¿Qué demonios le has hecho a mi perro? —Vociferó.

Lucy no fue capaz de dar una respuesta a su pregunta.

—¡Contesta!

La chica, que ya estaba acostumbrada a que la trataran del peor modo posible, bajó la cabeza y respondió que nada.

- —Algo debiste de haberle dado junto a la verja... —la acusó vilmente.
- Ella alzó la vista y parpadeó aturdida. Él era una bestia enjaulada y tenía que encontrar el modo de que no la devorara con su ira desmesurada.
 - —Draco, ve al lado de lord Hastings.

Si aquella maldita doncella estaba tratando de burlarse de él, y en su propia casa, se equivocaba por completo. Dio dos zancadas y se plantó delante de ella. Lucy alzó la vista y él le ordenó que no lo mirara. Draco le ladró.

—¡Cállate!

Lucy pestañeó azorada por cómo trataba al pobre animal que seguía ladrándole. ¿Qué le pasaba al señor para estar tan enojado con ella?

—Draco, silencio.

El perro dejó de aullar.

Lucy sonrió satisfecha, pero su sonrisa se transformó en pánico cuando él la agarró fuertemente por el codo, otra vez.

—Te echaría a patadas ahora mismo, pero necesito tus malditos servicios, así que no te acerques a mi perro bajo ningún concepto... ¿entendido?

Le hacía daño y mucho.

—Sí, milord... —dijo con voz estrangulada.

El señor la miró. ¡Dios bendito! Se parecía tanto a Gail... pero solo era una maldita criada desvergonzada, así que la soltó despectivamente y se alejó tratando de ordenar sus pensamientos. Luego se giró para mirarla persistentemente. Estaba muy serio.

—Reemplazarás a la señora Rushmore en sus tareas hasta que ella se recupere... —Lucy asintió cabizbaja—. Acatarás mis órdenes y no harás nada sin consultármelo primero... Mírame y responde en voz alta.

Ella lo hizo y no le gustó lo que vio en aquel pérfido rostro.

- —Sí, milord.
- —Sobre la mesa hay una lista de normas que debes seguir a rajatabla. Si las pasas por alto me aseguraré de que nunca más trabajes para otras familias. ¿He hablado con suficiente claridad?

Era obvio que lord Hastings era peor que lord Huntington lo cual la puso en alerta.

- —Sí, señor.
- —No quiero oír tu voz, sino que bajes la cabeza y asientas.

La joven e sintió inferior por cómo la estaba menospreciando y humillando solo por ser el marqués de Collingwood.

—Pregúntale a la señora Rushmore qué era lo que iba a cocinar para la cena.

Lucy asintió. Hizo una reverencia con intención de irse.

—Aún no he acabado de hablar... —le increpó.

Lucy le miró con timidez y sonrojo.

—No alces la mirada hasta que yo te lo ordene... —ella así lo hizo—. No admito retrasos con la cena ni que se sirva fría.

Ella asintió.

- —Habla.
- —Sí, señor.
- —Odio la sal y las especias... Cenaré en veinte minutos... Ahora fuera de mi vista.

La joven hizo una reverencia y salió, no sin antes coger la hoja de papel de la mesa.

El marqués no perdió de vista a su perro y evitó que siguiera a esa estúpida criada, pero en un descuido el animal se escapó a la cocina.

—¡Maldito perro! —exclamó saliendo en su busca.

Que Lucy fuera una excelente doncella eso era algo incuestionable y que también cocinara de maravilla era algo que solo sus hermanos sabían... Pero tener sentado al marqués de Collingwood en la cocina mientras leía un libro no entraba en los planes de la chica. Todo se debía a que Draco se escapaba continuamente y se postraba a los pies de Lucy. Esto alteró tanto a su dueño que optó por sentarse en los bancos que había junto a la alargada mesa de la cocina para tener controlado al animal. Era la primera vez que lo hacía y le resultó insólito como ver que el perro no atendía a sus órdenes por culpa de la criada. No prestó atención a lo que ella hacía, pero el olor a pollo asado avivó su olfato y cuando ella le anunció que estaba lista la cena, él se levantó cerrando el libro. Tiró del collar de Draco y se acomodó en la biblioteca donde cenó en soledad.

La señora Rushmore y Pete alabaron la deliciosa cena. Eso alegró a Lucy, aunque su mente estaba con sus pequeños preguntándose qué estarían haciendo a esas horas de la noche. No quería recordar las condiciones en las que se fueron ni lo mucho que lloraban, sobre todo, Mery.

—Lucy —llamó la señora Rushmore.

Ella le miró confusa.

- —La campanilla está sonando.
- —Oh, Dios mío... —dijo poniéndose en pie.

Entró con sigilo a la biblioteca. Hizo una reverencia un tanto cabizbaja.

- —¿Dónde diablos está el maldito postre?
- << Madre del amor hermoso... ¡había olvidado hacerlo!>>
- —Enseguida se lo sirvo, milord.

Salió tras hacer otra reverencia. Aligeró el paso por todo el pasillo que estaba cubierto de candelabros con velas encendidas.

—Olvidé hacer el postre... —le dijo a la señora Rushmore jadeando.

Angie la miró preocupada.

—El señor te echará a la calle en mitad de la noche —dijo Pete riendo.

Lucy se asustó tanto que la señora Rushmore reprendió duramente a su sobrino. El muchacho tenía diecisiete años, pero a veces se comportaba como un crío de cinco.

- —Está bien... Cálmate.
- —Pero Pete tiene razón... —dijo Lucy aterrada.

Angie se puso en pie y apoyó muy despacio el talón contra el suelo. Buscó la tarta de arándanos que tenía guardada en la despensa y que su hermana Adele le había enviado esa tarde a través de su otro sobrino.

—Córtala y acompáñala con esa mermelada casera de ahí... —le indicó. Lucy hizo lo que le dijo. Le temblaban las manos. El corazón golpeaba sus costillas.

- —La campanilla está sonando... —dijo Pete rebañando su plato con un trozo de pan.
 - —No le hagas de esperar, querida.
 - —Pero y si no le gusta.
- —Es su tarta preferida. Le pedí a mi hermana Adele que la hiciera porque reconozco que no sé cocinar tan bien como tú... —le confesó sonrojada.

Lucy se ruborizó por el cumplido y fue a servirle el postre al señor, quien le ordenó que le llenara la copa con un poco de vino... Aguardó hasta que él le ordenó que se fuera. Regresó a la cocina donde finalizó la cena... Pete salió y regresó enseguida diciéndole que el marqués la llamaba urgentemente. Ella miró a la señora Rushmore que se santiguó. Luego se personó ante el marqués.

—Llévate la bandeja. —le dijo nada más verla aparecer.

La doncella se fijó en los platos vacíos, aunque por un momento pensó que la regañaría por la cena y el postre. Iba a retirarse cuando él dijo:

—Dile a la señora Rushmore que queda relegada de la cocina y que te ocuparás tú.

No podía hacer eso... aunque ¿eso significaba que no la iba a despedir?

—Dile, también, que comience mañana a limpiar la casa junto al gandul de su sobrino.

Pero ¿cómo iba a hacerlo si tenía el tobillo inflamado?

—Sí, milord.

Él la miró durante un buen rato. Ella agachó la cabeza y se mantuvo rígida.

—Quitate la cofia de la cabeza... —le ordenó de buenas a primeras.

Ella alzó sorpresivamente la cabeza y titubeó un segundo. Luego se quitó el gorro muy despacio.

Tenía el mismo tono rubio de pelo que su difunta esposa lo cual le dejó casi sin aliento... incluso Draco se puso a cuatro patas para observarla pero no se movió de su lado...

—¡Póntela! Y márchate...—dijo conmocionado y abatido.

Lucy hizo una reverencia y salió con pasos apresurados. Estaba profundamente impresionada ya que no tenía la culpa de parecerse tanto a la difunta lady Abigail.

La señora Rushmore tomó de buen grado la decisión de su señor, pero la doncella sintió que le estaba robando su puesto al ama de llaves que sonreía cándidamente.

- —Te aseguro que no lo haces porque conozco muy bien a su señoría... Hoy dice una cosa y mañana, probablemente, cambie de opinión.
- —¿Quieres decir que puede volver a asignarte la cocina? —Preguntó ingenuamente.
- —Cualquiera sabe. Ya te irás acostumbrando, aunque mi consejo es que sigas trabajando igual de bien... Acata sus órdenes y nunca le cuestiones. Eso es algo que detesta.

Eso Lucy ya lo sabía por lo que había visto hasta el momento y se prometió que se andaría con cuidado para no perder su trabajo.

- —No pensaba hacerlo.
- —Bien... ahora guardemos los platos limpios en la alacena. El orden es primordial en esta casa.
 - —Sí, yo me encargaré. Tú ve a descansar.

Angie insistió en hacerlo ella, pero Lucy la instó a que se retirara a descansar. Ella estaba acostumbrada al trabajo duro. No era una holgazana. Además, debía esperar hasta que el señor se retirara puesto que era una de las normas de la casa.

La señora Rushmore se despidió de ella. A decir verdad, estaba encantada con la llegada de Lucy. Le parecía una muchacha cándida y más servicial que todas las doncellas que habían estado en Hastings Hill... No podía decir lo mismo de su sobrino Pete. Angie tenía el presentimiento de que, tarde o temprano, el señor lo despediría y que a ella le llamaría al orden por consentir y proteger tanto a su sobrino que no rendía.

Una vez que el señor se retiró a su recámara Lucy y Pete se cercioraron de que todas las puertas y ventanas estuvieran debidamente cerradas.

El cuarto de Lucy estaba al lado del de la señora Rushmore. El de Pete quedaba al fondo del estrecho pasillo. Lucy no pegó ojo en toda la noche

porque se quedó a leer las normas de lord Hastings, pero aquellos ruidos no le permitieron concentrarse demasiado. Alguien golpeó su puerta y al abrir no encontró ni vio a nadie salvo una terrorífica oscuridad que la obligó a echar el cerrojo de inmediato mientras temblaba de espanto. Aguardó unos segundos y el silencio le permitió seguir con lo que estaba haciendo hasta bien entrada la noche... después se quedó dormida y soñó con sus hermanos y con una hermosa casa llena de claridad... pero la señora Rushmore llamándola hizo que abriera los ojos lentamente y sonriera. Había amanecido y tenía que preparar el desayuno al señor.

- —Pete le está preparando el baño. Tú lleva las toallas limpias que se le han olvidado y déjalas sobre la cama de lord Hastings que a estas horas suele estar en la biblioteca leyendo la correspondencia del día.
- —Debes indicarme dónde está su cuarto... —murmuró mientras se vestía a toda velocidad.
- —Está bien, pero vístete rápido pues ya sabes que detesta que le hagan de esperar... —cerró la puerta mientras se aferraba a aquel bastón que tenía su hermana guardado.

No podía guardar reposo por más que lo necesitara y eso que Lucy, antes de retirarse a dormir anoche, se ofreció a llevar a cabo todas las tareas de la casa, pero era mucho para esa pobre muchacha, así que fue limpiando como mejor pudo.

Lucy usó el baño y comprobó tenía la menstruación. Maldijo entre dientes mientras le pedía a la señora Rushmore unas compresas de paño. Ella le facilitó unos paños... la joven se metió en faena no sin antes santiguarse. Aunque la jornada laboral transcurrió con absoluta normalidad, no tuvo tiempo de sentarse ni de quejarse de su dolor de vientre... En un pequeño receso la señora Rushmore le proporcionó ropa interior limpia y un barreño con agua caliente, que mezcló con agua fría, para asearse. Se dio un buen baño, se vistió con presteza y se incorporó al trabajo después de lavar la ropa sucia pese a que la señora Rushmore se presó a ello.

Pete estaba ocupado en apilar la leña en las caballerizas, las cuales limpió. Era una de las tareas que más odiaba.

Draco apareció cuando Lucy estaba adobando el pescado que el señor Barton había traído hacía unas horas. Era el que suministraba los víveres a la casa Hastings con ayuda de su nieto de nueve años. Venía todos los días a la misma hora.

Lucy hizo como que no veía al animal que comenzó a girar en círculos alrededor de ella. La chica sonrió mientras la señora Rushmore los observaba alegremente. Lucy se cercioró que el señor estaba aún en el jardín hablando con Pete y miró al animal que movía la cola.

—Tienes que irte ya, vamos... —le dijo.

Draco salió al trote... y regresó, pero no solo, sino con lord Hastings. Ambas mujeres le hicieron una reverencia. Él miró a Lucy que agachó la cabeza rápidamente.

—He de ir al pueblo... —anunció con voz gélida a la señora Rushmore.

Ella asintió. Eso quería decir que el joven Clive estaba en el pueblo y que iba a verle.

Lucy no se atrevió a mirar hasta que el noble salió por la puerta.

—¿Por qué tiene que ir al pueblo? —Preguntó Lucy que miraba por la ventana cómo el noble se subía al lomo de un hermoso corcel y desaparecía entre la espesa niebla.

Sintió un profundo alivio mientras se giraba para mirar a Angie.

- —El joven Clive, hermanastro de lord Hastings, suele venir a menudo al pueblo y no para saludar a su señoría precisamente.
 - —¿Qué quieres decir?
 - —Lord Hastings es el administrador de la herencia de su hermanastro.
 - —¿Por qué?
- —Así lo dejó por escrito su padre, lord Chase. El hombre sabía la clase de hijo que tenía y delegó esa responsabilidad a lord Hastings...
 - —¿Quieres decir que el joven Clive es una persona derrochadora?
- —Digamos que vive el día a día sin pensar en el mañana... Lord Chase lo acogió y le dio sus apellidos después de que su amante se deshiciera del niño. Su señoría nunca lo aceptó como su hermanastro.

Lucy boqueó.

—Entonces lord Hastings no debería de administrar la herencia del joven Clive si tan mal se llevan.

Angie entornó los ojos. Eso mismo se preguntó ella en su día.

—Lady Ginebra, la madre de lord Hastings fue quien convenció a su hijo para que cumpliera la última voluntad de su padre. Ella perdonó su infidelidad y crió al joven Clive como hijo suyo. Algo que nunca agradó al marqués... —evocó tristemente.

La doncella estaba intrigada con la historia de los Hastings. Era obvio que en las grandes familias solía haber grandes secretos.

—¿Tiene lord Hastings más hermanos?

Angie sonrió ante la curiosidad de la joven. Era cierto que el ama de llaves era muy discreta y poco locuaz con los empleados, pero con Lucy era distinto.

—Sí. Una hermana. Se llama Berenice, pero su señoría no tiene ningún contacto con ella.

Lucy frunció el ceño.

- —¿Por qué?
- —Entre otras cosas porque la inesperada muerte de lady Abigail y el hijo de ambos, Ross, cambió por completo el carácter de lord Hastings... Lucy la escuchaba sin parpadear—. Dejó de tener contacto con su familia y amigos y se encerró en Hastings Hill, aunque la verdad es que lady Berenice siempre fue una muchacha rebelde y enamoradiza que se fugó para casarse con lord Michel Chewthy, un aprovechado que nunca agradó a lord Hastings.
 - —Es una historia muy triste... —dijo la doncella.
- —Desde luego. Lord Hastings no le perdonó a su hermana lo que hizo por eso dejó de hablarle.
 - —¿Tan estricto es su señoría?
- —¡Ni te lo imaginas, querida! —Exclamó—. Pero confio en que las cosas se arreglen entre ellos por el bien de la familia...

Lucy miró con interés al ama de llaves.

- —Conoces muy bien a los Hastings.
- —Digamos que llevo casi toda mi vida sirviéndoles y aunque quisiese marcharme no podría... —respondió enigmáticamente.
 - —¿Por qué?
- —Le prometí a lady Ginebra en su lecho de muerte que cuidaría de sus hijos.
 - —¿Significa eso que te hablas con lady Berenice?

Angie miró a su alrededor.

- —Baja la voz. Pete puede oírte y me metería en un buen lío con el señor pues es un bocazas... —Lucy se sonrojó—. Hace dos meses que no sé nada de ella y me preocupa... A veces, siento el impulso de ir a visitarla cuando el amo no está en casa, pero Pete me seguiría y delataría. Le gusta meter las narices donde no le llaman, pero es un buen muchacho aunque le cuesta llevar el ritmo de trabajo de la casa.
 - —Hasta ahora lo está haciendo.

- —Bueno... Hay días en que no quiere y tengo que estar detrás de él ya que nadie quiere trabajar en Hastings Hill.
 - << Esta es la única solicitud que no he podido cubrir>>.
- <<Ninguna de las sirvientas que conozco han querido este puesto de trabajo. No sé por qué... >>
 - —La señora Bogart dijo que no sabía la razón.

La respuesta de Lucy no pilló desprevenida a Angie.

- —La señora Bogart no quiso asustarte, aunque imagino que te habrá comentado que nadie quiere trabajar en Hastings Hill.
- —No exactamente pero anoche escuché unos ruidos raros. —dijo Lucy mientras sentía que la piel se le ponía de gallina...

Angie sonrió levemente.

- —Yo los llevo escuchando desde que lady Gail y Ross murieron. No sé si es casualidad o no, pero no creo en fantasmas.
 - —Yo sí... —dijo Lucy pálida.
- —Oh, querida... No hay que temer a los muertos, sino a los vivos... dijo quitándole hierro al asunto.

Lucy cambio rápidamente de tema, aunque no dejaba de preocuparle el asunto.

—¿Cómo era lord Chase?

Angie sabía por dónde iban los tiros así que respondió.

—Si te refieres a si era igual de descortés que su hijo mayor, la respuesta es no... Era un hombre realmente agradable, como su esposa lady Ginebra. Su problema eran las mujeres. Le gustaban todas, como a su hijo Clive. Padre e hijo se parecen bastante en ese sentido. Lord Hastings guarda parecido con su madre y comparte su misma afición por la lectura... Si alguna vez tropiezas con Clive evítalo. Es un auténtico sinvergüenza.

Había topado con esa clase de hombres antes, y no le sorprendían ni le asustaban.

- —Lo tendré en cuenta... —Respondió suspirando y mirando el pescado que tenía delante—. ¿Qué vamos a hacer con el salmón?
 - —Cocinarlo y comérnoslo. El señor vendrá tarde... —le explicó.

Lucy no perdió el tiempo.

Angie estiró la pierna sobre el banco.

Una hora después almorzaron todos juntos en la cocina. Nuevamente su guiso que gustó mucho. Pete hizo bromas y amenizó una tarde en la que todo apuntaba que iba a llover en cualquier momento, así que Lucy recogió

la ropa de los cordeles. La dobló y la guardó en su lugar correspondiente. No podía quitarse de su cabeza la conversación que había sostenido con Angie. No es que sintiera compasión por lord Hastings sino por sus circunstancias. Perder a su familia no debió de ser fácil... aunque era un hombre muy misterioso además de terriblemente rudo pero increíblemente atractivo

Lord Bradley regresó mucho antes de lo previsto. Estaba calado hasta los huesos y llevaba a Draco en brazos pues estaba herido y necesitaba asistencia lo antes posible, así que nada más entrar a la casa ordenó a Pete que llamara al veterinario de inmediato. Lucy, que estaba ayudando a la señora Rushmore en el hall, sufrió al ver la herida que Draco tenía en la patita delantera, pero no pudo acercarse a examinarla por temor a que el noble la regañara... Una hora después, Angie le dijo que se pondría bien.

—Gracias a Dios... —dijo Lucy mientras preparaba la cena—. Pero ¿qué ha pasado?

La señora Rushmore tomó asiento fatigosamente y apoyándose en un bastón dijo:

—Clive sacó una navaja para pelar una naranja y Draco se le abalanzó. El otro para defenderse hirió al animal. El señor le dio su merecido e hizo llamar a las autoridades.

La doncella abrió los ojos como platos.

—Ya te dije que es un sinvergüenza y que debes andarte con cuidado con él. —le advirtió formalmente.

Pete apareció para calentar agua ya que el señor quería darse un baño antes de que se sirviera la cena. Había pan recién horneado y de postre una crema de vainilla.

Esta vez fue Pete quien sirvió la cena al señor. Lucy se sintió aliviada y continuó cenando y charlando junto con a Angie. Pete vino después... Al acabar, Lucy lavó los platos y recogió la cocina. Pete fue a cerrar las puertas y ventanas. La señora Rushmore miraba a la hacendosa muchacha. El cataplasma que le puso sobre el tobillo estaba reduciendo la inflamación. Esperaba estar mejor en un par de días, puesto que aún quedaba mucho trabajo por hacer. Lucy volvió a ofrecerle su ayuda, pero Angie le dijo que no era necesario, que así tendría a Pete ocupado...Éste regresó a la cocina para informar a Lucy que lord Bradley quería hablar con ella de inmediato. Esta dejó lo que estaba haciendo y miró asustada a Angie.

—Te va a despedir. —bromeó Pete.

Lucy se puso lívida.

—Ve. Seguro que quiere decirte algo. —dijo Angie después de llamar la atención a su alocado sobrino.

Se quitó el delantal, que estaba algo manchado, y se alisó la falda de su vestido de faena.

El marqués estaba sentado en un sillón negro de respaldo alto. Tenía una leve magulladura en los nudillos y en la mejilla derecha. Nada comparado con la zurra que le había dado a ese miserable.

—Siéntate. —le ordenó con voz grave nada más verla entrar.

Ella lo hizo lentamente y colocó sus manos sobre su regazo. No se atrevió a mirarle y le preocupaba que Draco estuviera tan quieto junto a los pies del noble ya que era un animal muy inquieto además de hermoso.

Él posó sus ojos en ella. Había pequeñas diferencias físicas entre Abigail y esa condenada criatura. Su esposa tenía el rostro alargado, el de ella era redondo. Abigail tenía los labios finos, los de la criada eran gruesos y carnosos y sus ojos eran de color verde claro como los de Gail...¿Cómo reaccionarían su jodido hermanastro o su tía si la vieran?

- —Imagino que leíste mis normas.
- —Sí, milord.
- —Mírame cuando te hable —ella lo hizo. Sus labios carnosos estaban resecos como sus manos de dedos largos y finos. Sus uñas eran cortas—. En tu carta de presentación reza que has trabajado para el duque de Clarent, entre otras distinguidas familias. ¿Eso es cierto?
 - —Sí, milord. —dijo con voz temblorosa.
 - ¿Por qué le imponía tanto el hombre?
- —También se señala que te despidieron, aunque no se especifica el motivo.

Si esperaba que le contara aquel bochornoso incidente de su miserable vida como doncella no pensaba hacerlo, así que no respondió.

Si algo tenía Bradley es que era un hombre muy impaciente además de sagaz porque aquel repentino silencio escondía algo grave. Estaba seguro de ello.

—¿Te pillaron robando, quizá?

Era humillante, pero debía zanjar el asunto de una vez por todas.

—Tomé prestados una barra de pan y un poco de queso para mis tres hermanos pequeños que pasaban hambre. Pensaba comprarlos y devolverlos tan pronto como pudiera, pero la señora Potter me vio y se lo dijo al señor Fielding, el mayordomo de lord Huntington. —respondió visiblemente avergonzada y arrepentida.

Esto no conmovió al noble, ni siquiera cuando ella sollozó en silencio al recordar a sus hermanos. Necesitaba verles y abrazarles y saber que estaban bien cuidados y no tan asustados.

- —Deja las malditas lágrimas para otro momento. —Lucy se limpió los ojos con el dorso de su mano y guardó la debida compostura—. Una de mis normas es que no tolero los hurtos en mi casa, aunque por lo que veo, eres toda una experta.
- —¡Eso no es cierto, milord! —Exclamó sin pensar... después reculó y pidió perdón.

Para entonces él se levantó coléricamente del asiento. Nadie osaba hablarle en ese tono ni rebatirle, y menos una estúpida criada. Draco intentó incorporarse, pero ahogo un quejido. Eso distrajo al noble que se acercó para atenderle.

<<¡Maldito seas, Clive!>>

Cuando él se giró Lucy estaba de pie. El marqués se fijó en su significativa estatura y su voluptuoso cuerpo. Ella hizo una reverencia con intención de irse.

—Aún no he acabado de hablar, así que ¡siéntate!

¡Dios santo! ¡Le daba tanto miedo ese hombre que se sentó de golpe!

—Me da igual si tus condenados hermanos pasaban hambre. No tenías ningún derecho a saquear la despensa de nadie... —que él los nombrara con tanto desprecio le dolió en el alma porque no los conocía. De lo contrario se apiadaría de ellos ya que no dejaban de ser unos niños indefensos a los que el estado se los había arrebatado—. Pero te estaré vigilando de cerca durante el tiempo que permanezcas en esta casa. Si me percato de que falta algo de valor, o de que la señora Rushmore tiene alguna queja de ti, lo pagarás caro... Porque no dudaré en entregarte a las autoridades.

Ella se obligó a calmarse, aunque le fue difícil porque le podía la indignación.

—Sí, señor.

Llegó hasta ella haciendo que temblara de espanto. La miró fijamente un instante y un repentino pensamiento cruzó su mente dejándole petrificado.

—Levántate y mírame —Lucy acató la orden mientras su corazón latía con mucha fuerza—. ¿Qué estarías dispuesta hacer por mí?

El hombre vio como ella pestañeaba azorada... casi se diría que quería abofetearle, pero él la sujetó por ambos codos.

—¿Te he hecho una pregunta?

Podía sentir su aliento bañando su rostro y el aroma a almizcle del hombre, así como su fuerza pues sus dedos se clavaron en su delicada carne.

Estaba demasiado cerca de ella. Sus labios gruesos formaron una O mientras sus ojos expresaban un indescriptible pánico... Brad nunca había causado esa sensación en las mujeres sino todo lo contrario, pero su encierro le había convertido en un hombre irascible, esclavizado por el dolor y la furia que amenazaban con sepultarle de un momento a otro.

—Milord, yo... —balbució.

Tentado por la visión de sus labios, el noble la soltó para acariciar distraídamente sus labios con la yema de los dedos. Estaban resecos, pero podría hidratarlos con su lengua, pensó pues había olvidado lo que era acostarse con una mujer.

Lucy contuvo el aliento.

- —¿Me tienes miedo? —preguntó con voz grave.
- —No. —mintió.

Y él lo sabía porque se acercó con intención de intimidarla y ella acabó por huir.

Draco emitió un leve gruñido.

No lo soportaba más.

Mañana se marcharía a primera hora y buscaría otro empleo por sí misma, pensó mientras iba a su cuarto porque no había nadie en la cocina. Estaba temblando de la impresión, pero respiró hondo. Ella no era una cualquiera, sino una muchacha honrada por más que su madre ejerciese la prostitución porque no tuvo opción, se dijo mientras echaba la llave. Se sentó en la cama para calmar sus pobres nervios, pero alguien llamó a la puerta. Ella se puso blanca, pero era la señora Rushmore a la que hizo pasar y echó de nuevo la llave. La mujer le miró extrañada.

- —¿Te pasa algo querida?
- —Sí, esto... no... —sonrió forzadamente.

Pero Angie no era tonta. No quería pensar qué había pasado en ese intervalo de tiempo.

—Puedes contármelo. No se lo diré a nadie.

Lucy la miró y le expresó su deseo de irse por la mañana temprano.

—Puede funcionar, ¿no crees? —dijo Bradley a su perro mientras se metía en la fría y solitaria cama.

La que había al lado la había ocupado Gail. Últimamente se había vuelto algo despreocupada con el sexo y no le prestaba tanta atención a él sino a sí misma y en salir a divertirse con sus amistades.

Draco ladró súbitamente.

—¿Eso es un sí?

El perro se acurrucó en su almohadón relleno de pluma de oca.

Brad se quedó mirando el techo abovedado adornado de escayola en relieves. Pensó en Ross, su hijo. Recordó su cálida sonrisa y pestañeó en la penumbra para no dejarse atrapar por la emoción... justo cuando oyó esos ruidos. Se levantó de la cama y se cubrió el cuerpo con un batín de cachemira. Cogió un candelabro y salió al pasillo. No creía en fantasmas ni en nada que se le pareciera, pero en ese momento una leve corriente de aire apagó las velas del candelabro sumiéndole en una aterradora oscuridad.

—¿Eres tú Gail?

Se oyó una risa.

—¿Ross? —Preguntó en medio de aquella ardiente pero cegadora oscuridad.

Palpó la pared que tenía detrás y accionó el interruptor de la luz. Toda la estancia se iluminó mostrando su esplendor. Las paredes estaban decoradas con lienzos y tapices importados de La India. El suelo del pasillo estaba cubierto de baldosas blancas... Pero ahí no había ni un alma, solo él y un creciente sentimiento de tristeza y soledad que oprimió su corazón.

Marcharse de Hastings Hill habría sido lo mejor, pero la señora Rushmore le rogó encarecidamente que se quedara porque la necesitaba. Ante este hecho, Lucy no pudo menos que ceder a su petición ya que apreciaba al ama de llaves, cuya vida había sacrificado para servir a los Hastings a los que le unía una estrecha relación. Ella conocía perfectamente al marqués y guardaba muchos secretos sobre su familia... Para Lucy dicho grado de fidelidad no era valorado por el dueño de la casa quien esa mañana se había despertado de pésimo humor. Pete fue el primero en padecer la ira del marqués porque se retrasaba la hora del baño... Lucy evitó pronunciarse cuando el muchacho entró a la cocina indignado por el trato recibido por el señor. Evidentemente el noble era un hombre insensible, excéntrico y grosero. Su insinuación y comportamiento de anoche era un claro ejemplo de ello y por eso Lucy rezó para no tener que encontrarse frente a frente con él, sino seguir trabajando en paz.

El marqués de Collingwood, que se hallaba sentado en la biblioteca e inmerso en sus pensamientos, tomó la campanilla y la agitó para que la doncella viniera, pero lo hizo Pete al que chilló para que llamara a la criada... Lucy tembló, dejó lo que estaba haciendo, y se personó ante aquel demonio de hombre. Bradley la miró con detenimiento.

- << Puede funcionar... >>
- —Cierra la puerta y siéntate. —su voz tronó por toda la estancia.

Si osaba tocarla le atizaría y escaparía de Hastings Hill, se dijo Lucy... Pero por muy increíble que fuera él siguió sentado en su majestuoso sillón, observándola en silencio. No vio a Draco por ninguna parte, lo cual la preocupó.

—Anoche te formulé una pregunta pero huiste.

Lucy agachó la cabeza.

—¡Mírame cuando te hable!

La muchacha lo hizo.

—Quiero una respuesta inmediata. —le ordenó sin más rodeos.

Ella deseó levantarse e irse, pero reprimió su deseo. Aquel ser no paraba de ponerla entre la espada y la pared abusando de su autoridad y con descaro.

El marqués vio que ella se erguía en el asiento y alzaba el mentón.

—Señor, yo no soy la clase mujer que piensa. Tengo principios y no me. No le salía la palabra.

Él alzó hurañamente una ceja.

—No te he pedido que seas mi puta.

El espontáneo gesto de sorpresa de la criada llamó poderosamente la atención del hombre, que estuvo a punto de soltar una carcajada... ¿Tan ingenua era como para pensar que quería que fuera su fulana?

- —¿Entonces que es lo que quiere de mí, milord? —dijo eludiendo su mirada.
- —Las preguntas las hago yo. Tú limítate a contestarlas. —le dijo con voz cortante.

Brad se fijó en esos labios rojizos y en el temblor que experimentaron en un momento dado. Él se levantó del asiento y corrió la cortina que había detrás de él. El sol dio de lleno en los ojos de la doncella que parpadeó incesantemente ante tan imperiosa y repentina claridad. Luego le siguieron las otras cortinas... La estancia cobró asombrosamente vida. Los muebles eran de madera brillante y había enormes estanterías llenas de libros que llegaban hasta el alto techo de escayola. En una esquina había una alargada escalera deslizante. Lucy trató de serenarse al ver esa grandeza y de concentrarse ante le abrumadora presencia del marqués que no le quitaba ojo de encima.

—Quiero que te hagas pasar por mi esposa durante un tiempo. —Le propuso yendo al grano.

¿Cómo? Aquel hombre no estaba hablando en serio o, en el peor de los casos, se había dado un golpe en la cabeza al levantarse de la cama.

- —Contesta...
- —Señor, yo no.

Al él no le extraño su negativa, aunque pensó que no había nada que el dinero no comprara.

—Si aceptas recibirás trescientas libras.

Lucy casi se atragantó con su propia saliva. No podía hablar en serio... se trataba de mucho dinero. Un dinero que le vendría de perlas.

—Te proporcionaría ropa y calzado nuevo.

Ella no necesitaba esa clase de privilegios por muy tentador que fuera, y menos de él porque no era una aprovechada.

La indecisión de la criada lo impacientó hasta el extremo de inquietarle. Otra en su lugar lo habría hecho por menos dinero con tal de fingir ser la marquesa de Collingwood, ¿por qué ella no? ¿Tan orgullosa era como para no aceptar su proposición?

—Dónde dormiría... —se oyó a si misma preguntar.

Al noble le sorprendió la pregunta... ¿Tan casta y pura era? O ¿Solo trataba de impresionarlo?

—En la misma habitación que yo, aunque en camas separadas.

Él vio que ella posaba la vista en él. Sus ojos eran como un estanque de aguas cristalinas... Carraspeó. Lucy trató de no dejarse impresionar por su maravillosa estampa, sino que vio sus defectos y todo encanto que pudiera haber en él, desapareció. No quería pensar en la reacción de la señora Rushmore cuando se enterara.

- <<Acata sus órdenes y nunca le cuestiones... >>
- —Y ¿qué tendría que hacer aparte de hacerme pasar por su esposa, milord?

La pregunta tenía muchos matices.

—Comportarte como una auténtica dama. Mi tía es una mujer muy sagaz.

Ella suspiró. Había visto cómo solían comportarse las señoras de alta alcurnia e incluso una vez imitó serlo delante del espejo mientras limpiaba la habitación.

—¿Solo tendría que hacer eso? —Murmuró.

Él enarcó una ceja.

—¿Acaso pensabas en algo más? —vociferó a la defensiva.

Ella se sobresaltó.

—No, milord.

Brad era consciente del interés que suscitaba su fortuna, entre las jóvenes en edad de casamiento, cuando enviudó... Pero lo que nunca habría imaginado es que una simple doncella mostrara aparentemente dignidad y pudor ante su proposición.

—En ese caso acepto. —se oyó decir.

Él no mostró satisfacción alguna porque el cebo le había costado la friolera de trescientas libras y esperaba no haberse equivocado en la elección.

- —Haz que venga la señora Rushmore.
- —Sí, milord.

Angie nunca cuestionaba las decisiones que su señor tomara, ni tampoco le juzgaba, aunque en ese momento no pudo evitar mostrar su asombro cuando él le habló alto y claro. Lucy era una buena muchacha además de una excelente trabajadora, pero no tendría que haberse dejado enredar por el señor... Aunque entendía su obsesión de atrapar a la persona que cortó esas cinchas, pensó mientras le escribía una carta a la señora Bogart solicitando un cochero, un jardinero, dos cocineras y seis criados a los cuales se les dobló el salario...

La señora Bogart tuvo que ingeniárselas para encontrar empleados a los que recolocar en Hastings Hill. Obviamente, hubo quien no quiso y quien se lo pensó dos veces y accedió al puesto a pesar del mito que rodeaba la propiedad del marqués... Por eso fueron apareciendo, uno detrás de otro, durante esa ajetreada e intensa semana. Hubo quien trajo a su pájaro enjaulado como por ejemplo la señora Homer, una de las cocineras... Pronto la mansión cobró vida puesto que el marqués ordenó que retiraran todo lo viejo y lo reemplazaran por muebles nuevos. Se pulieron los suelos, las chimeneas, los baños y se limpió el resto de las habitaciones con sus respectivos ventanales. Había flores frescas en los jarrones de diseño francés, y las lámparas de araña fueron bajadas con sutileza para ser limpiadas debidamente... El ama de llaves sabía que esto le había costaba la vida misma a su señoría, el cual se afeitó la barba de hacía unos meses. Lucía un aspecto juvenil e incluso Lucy no le reconoció cuando le vio, puesto que él se había tomado el tiempo necesario para pulir sus modales y hacer que llegara a Hastings Hill un vestuario nuevo y completo para ella... El ama de llaves se había encargado de la elección y de que todo fuera del agrado del marqués... A veces, Angie se asomaba sigilosamente para ver qué hacían. Se les veía muy compenetrados mientras Lucy aprendía con suma facilidad.

La muchacha se tomó en serio su nuevo trabajo, pero no estaba preparada para que aquella peluquera le cortara el pelo hasta los hombros. Ello no formaba parte del trato, pero el lord la obligó a tener esa nueva imagen. Cuando la mujer acabó el trabajo, Brad se quedó absorto mirando a la criada y comprobó que era Gail en persona. Por un momento ansió estrecharla entre sus brazos, pero recobró el sentido común y carraspeó

haciendo que el ama de llaves acompañara a la peluquera a la salida después de pagarle sus honorarios.

Lucy tenía las manos frías y el corazón acelerado. Tantos cambios en los últimos días la habían hecho sentir extraña, aunque no dejaba de ser una mentira... Lo pensó sobre todo cuando el marqués le colocó fríamente aquella alianza en el dedo. No había visto a ningún joyero aparecer por la mansión, lo que la llevó a pensar que, posiblemente, perteneciera a la difunta lady Abigail. Ello le produjo escalofríos, y también que encajara perfectamente en el dedo anular de su mano izquierda. Por un instante creyó que se desmayaría, pero era tanto lo que estaba en juego que temía ser descubierta en algún momento por lady Olivia y que todo se fuera al traste, pero ¿por qué lord Bradley quería que se hiciera pasar por su esposa? ¿Qué estaba tramando?

La obsesión de Brad por atrapar al culpable le había llevado muy lejos. Había dejado a un lado su encierro y había hecho que Hastings Hill recobrara su esplendor, aunque todo era una farsa ideada por él... Por eso debía de ser cauto y andarse con pies de plomo sobre todo delante de su tía.

—Repasemos por última vez todo lo que has aprendido.

Lucy dijo que sí... Él la miró, pero no se dejó impresionar por su predisposición ni por su innata inteligencia, sino que por nada en el mundo quería que se echara todo a perder, y menos por culpa de una criada a la que había alquilado por el módico precio de trescientas libras....

Lady Olivia Florence Cleveland, condesa de Wedgwood, tenía fama de exigente además de ser una distinguida dama. En otra época solía ir acompañada de sus criados dado que tenía sus propias manías. No soportaba el desorden, la desidia ni la impuntualidad, etc... Por eso llegó a Hastings Hill a la hora prevista a pesar de la dificultad del viaje. Le había exigido a su cochero que azuzara los caballos, pero tuvieron que parar porque hubo un percance con una rueda del carruaje. Pese al cansancio Olivia no podía dejar de lado su enfado con Brad. El muy bribón se había casado repentinamente y no la había tenido en cuenta para su boda... Él mismo se lo había anunciado a través de aquel escueto telegrama unos días antes de partir de Norwich... Y lo cierto es que se entusiasmó, pero luego se molestó por razones más que evidentes... Pero ¿quién era ella? Y ¿cómo se llamaba? La curiosidad de Olivia la llevó a apearse la primera del carruaje ayudada por la servidumbre allí congregada. Olivia, a sus setenta años, no había perdido su elegancia y se sorprendió al ver tantos criados encabezados por la estricta señora Rushmore, la cual le dio la bienvenida al igual que los Hearls que miraban fascinados la propiedad cuyos jardines estaban bien cuidados. La condesa se alegró de que su sobrino hiciera tantas mejoras en Hastings Hill, aunque no sabía si perdonarle, pero, conociendo a Brad, seguramente solo la señora Rushmore asistiría al enlace en calidad de testigo. Así era su sobrino, tan impredecible como celoso de su intimidad.

El ama de llaves acompañó a los Hearls y a lady Olivia hasta el pórtico donde estaban los marqueses de Collingwood aguardándoles como la pareja feliz que se suponía que eran pese al temblor de Lucy. Había estado esperando aquel momento y se había preparado a conciencia. En ese instante lo que quería era huir, pero lord Bradley la cogió de la mano y saludó a su tía y a los Hearls y luego la presentó a los invitados. La cara de lady Olivia era de asombro al verla...

—¡Dios bendito! Te pareces tanto a Abigail. —Dijo Olivia profundamente impresionada.

Lucy sonrió ligeramente. Brad se aclaró la voz y propuso a todos ir al salón mientras los criados se ocupaban del equipaje.

Olivia quedó muy satisfecha al ver que la mansión estaba completamente iluminada. Las enormes arañas llamaron la atención de los Hearls, un gesto que no pasó desapercibido al marqués el cual comprobó que la criada estaba siendo una excelente anfitriona al interesarse por cómo les había ido el viaje a los recién llegados. Tía Olivia se quejó y dijo no tener edad para desplazarse con la frecuencia que le gustaría...Los Hearls andaban distraídos mirando a su alrededor y comentando entre ellos...Al llegar al salón, los criados agasajaron a los invitados con refrigerios regados con un buen Madeira... La condesa no dejaba de mirar a Lucy. Sí, se parecía a Gail, pero no tenía nada que ver con su carácter, lo cual era de agradecer. A ésta no le agradaban las visitas. Con ella se mostraba fría y distante ya que le aburría su compañía.

La anciana alabó que el salón tuviera un aspecto moderno. Olivia no sabía si aquel cambio era cosa de su sobrina política o de Brad; siempre que venía a Hastings Hall detestaba lo fría y sombría que era.

Cualquiera pensaría que la criada pertenecía a una buena familia ya que se comportaba como una auténtica dama. Aquel vestido de muselina verde dejaba al descubierto sus delgados hombros. Una fina gargantilla habría adornado aquel erguido cuello, pensó el marqués oyendo de cerca la conversación entre su tía y la criada. Se fijó en que su cabello dorado estaba elegantemente recogido. Tenía la espalda recta y no perdía la sonrisa... Brad, que ocupaba el sillón de respaldo alto, no sabía las razones por las que la sirvienta aceptó su oferta, aunque tal vez lo hiciera por necesidad. Sea como fuere, la doncella había logrado encandilar a su tía y a sus amigos en muy poco tiempo. Afortunadamente, Brad jugaba con ventaja sobre la anciana, aunque sabía que acabaría preguntando cómo y dónde se conocieron.

—La verdad es fue un momento bastante inusual. Salí a dar un paseo a caballo, pero éste se desbocó. Bradley, que pasaba por casualidad, me socorrió... —dijo tuteándolo por primera vez y la sensación le produjo mareo.

Olivia le miró a la espera de que él dijera algo al respecto.

—Así es. Venía del pueblo y oí que alguien pedía auxilio. Luego la vi pasar como un rayo por delante de mis ojos…—dijo él riendo.

- —Yo no habría podido con tanto miedo, milady... —dijo la señora Hearls.
- —Mi esposa mostró una gran fortaleza cuando su caballo salió disparado y sin control aparente, señora Hearls...—le explicó.
- —Es un usted un héroe, milord —dijo Tess la hija adolescente de los Hearls comiéndoselo con la mirada.

Su madre le dio un ligero codazo. La niña agachó la cabeza avergonzada.

—Cualquier caballero salvaría a una dama en apuros, milord... — puntualizó el propio Hearls.

Brad miró a la criada que tenía las mejillas ardiendo, lo cual acentuó más aún su exótica belleza.

La hija de los Hearls suspiró incapaz de dejar de mirar al apuesto noble por cómo miraba a su hermosa esposa. Su madre Brenda le llamó disimuladamente la atención. La niña la miró con enfado. Era pelirroja y pecosa. Vestía un recatado y usado vestido de color marrón y estaba harta de que sus padres la controlaran tanto.

- —¿Vivías cerca, querida? —Quiso saber Olivia.
- —En realidad... —miró a Brad para que tomara la palabra.

Le dolía tener que mentir a esa pobre mujer con tanto descaro, pero estaba haciendo un trabajo: simular ser la esposa de lord Hastings...

- —Lucy vivía en Londres, pero aquel día vino a visitar a unos amigos suyos.
 - —¿Los conocemos, querida?

Lucy notó que se le aceleraba el pulso porque se quedó en blanco.

—Imagino que recordarás a los Braxton, tía... —intervino Brad, de nuevo porque la criada estaba confusa y no sabría qué responder.

Olivia hizo memoria y no recordaba a esa familia. Arrugó el entrecejo. Lucy pensó que descubriría la mentira y por eso se puso más nerviosa. Brad estaba frío como un témpano.

—Tomaste el té con ellos hace cuatro años... —dijo sin venir a cuento.

No fue con los Braxton sino con los Brewton, los cuales se mudaron hacía un año a la ciudad.

- —Querido, he tomado el té con muchas familias de la región, pero no recuerdo a los Braxton.
 - —Seguramente sí, lady Olivia... —insistió sutilmente Lucy. Olivia sonrió cándidamente.

—Te aseguro que tengo muy buena memoria. Y ahora que somos parientes puedes llamarme por mi nombre de pila.

A Lucy le pareció bien, aunque se sintió observada por el marqués. Era como si esperara que metiera la pata en cualquier momento para regañarla.

Lady Olivia miró feliz a la pareja.

—¿Espero que ampliéis la familia pronto?

Lucy palideció en el acto. Brad casi se atragantó con el vino que estaba tomando y su rostro se ensombreció por el recuerdo de su hijo Ross.

—Aún es pronto, tía. —Suavizó.

Los Hearls miraron a Olivia cuya terquedad superaba a la de su sobrino.

- —Para una anciana como yo, el tiempo corre en contra. Me gustaría poder disfrutar lo antes posible de los hijos que vayáis a tener... —exigió.
- —Los hijos son una alegría —intervino Sheldon Hearls que lamentaba que el marqués se hubiera casado de repente con lady Lucy porque le habría encantado que lo hiciera con adorada hija.

Brad no respondió.

—La familia es primordial por eso hay que mantenerla unida y cerca... —señaló Lucy mirando al noble.

Brad captó la indirecta de inmediato, aunque ¿qué era lo que la criada sabía sobre su vida familiar? Y ¿quién se lo había contado? ¿La señora Rushmore o el vago de su sobrino?

- —Sin duda... —dijo la señora Hearls—. Yo procuro visitar a la mía que vive en Surrey siempre que puedo.
 - —¿Qué seríamos sin la familia y los amigos? —Repuso su marido.
 - —¿Tienes familia, Lucy? —Preguntó Olivia de repente.

Si hablaba de sus hermanos acabaría llorando y aquel no era el lugar ni el momento oportuno para hacerlo, pero les echaba tanto de menos.

—Imagino que el viaje habrá sido largo... —intervino Brad salvándola del desastre.

Todos le miraron.

- —Ni que lo digas, querido... —se quejó su tía.
- —En ese caso, os vendría bien descansar un rato antes del almuerzo, ¿no es así señor Hearls? —les ofreció el marqués.

Todos asistieron complacidos.

—La doncella los acompañará y les mostrará sus aposentos... —Brad tocó la campanilla.

La sirvienta apareció inmediatamente y tras hacer una rápida reverencia acompañó a los invitados.

Lucy se puso en pie tras ver cómo salía la comitiva. El marqués cerró la puerta de golpe. Ella se preparó para recibir una reprimenda.

—Evita titubear delante de mi tía... ¿entendido?

Lucy dijo que sí, pálida.

- —Si no sabes qué decir invéntate la respuesta, pero no vuelvas a titubear, ¡jamás!
 - —Sí, milord.

Brad la miró interrogativamente.

- —¿No te gusta hablar de tu familia no es así?
- -No.
- —¿Por qué?
- —Echo de menos a mis hermanos, pero no creo que a su tía le interese conocer nuestra mísera vida, milord... —respondió con sinceridad.
 - —¿Qué quieres decir? Habla claro.

Ella le miró a los ojos. En ellos descubrió un mar gélido a punto de desbordarse.

—Nosotros siempre hemos sido pobres. Mi madre intentó sacarnos adelante pero no lo tuvo fácil, así que tuvo que vender su cuerpo para darnos de comer a mis hermanos y a mí, milord...—dijo cabizbaja.

Una cosa así sería lo último que hubiera podido imaginar, por eso la agarró bruscamente por el codo. Ella le miró atemorizada.

—¿Y ahora te dignas a contármelo? ¿Por qué demonios no lo has hecho antes? ¿Tanto te interesaba el dinero?

Lucy quiso huir de aquella mirada cargada de ira y reproches, pero no pudo.

—No pensé que fuera a interesarle mi vida familiar, milord.

Él la soltó con rudeza. Ella tembló como un conejo asustado mientras la ira del noble iba en aumento.

—Así que tu madre era una ramera.

Que dijera eso sin el menor tacto fue algo horrible a pesar de que no se avergonzaba de su madre, pues la consideraba una mujer valiente que amaba a su familia.

- —¿Dónde se encuentra ahora?
- —Murió.
- —¿Cuándo?

- —Hace unos años...
- —¿Y quién se quedó a cargo de vosotros?
- —Nadie, milord.
- —¿Con quién has dejado a tus hermanos?
- —Ellos... están... —las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos. Él no se inmutó. La vida de esa condenada muchacha estaba impregnada de escándalo. ¿En qué estaba pensando al elegirla?—... se los llevó el estado, milord.

El marqués la miró ferocidad.

- —¿Por qué?
- —No lo sé... aquellos policías vinieron a nuestra casa y se los llevaron a la fuerza. Dijeron que tenían sospechas de que estaban solos y desprotegidos.
 - —¿Eso era verdad? —Rugió.
- —¡No, milord! Yo los dejaba a cargo de mi vecina a la que pagaba una cantidad de dinero, pero una vez oí quejarse a su marido. Puede que él avisara a las autoridades...—dijo entre hipidos.

El noble se mantuvo impasible. Lucy no pudo soportarlo más y se sentó en el sofá y lloró amargamente. Ello enojó a su señoría quien le ordenó que dejara el lloriqueo.

- —Se trata de mis hermanos, milord.
- —¡Me importan un bledo! Tu deber era hablarme de tu maldita familia desde un principio para saber a qué atenerme... —le soltó.

Ella se secó las lágrimas y se puso en pie impulsada por el deseo de defender lo que creía justo.

—No hable así de mi familia, milord... —le pidió dolida.

El apretó los puños.

—¿Qué has dicho? —Dijo dando unos cuantos pasos hacia ella.

Lucy contuvo la respiración, pero no se achantó.

—Mis hermanos son la única familia que tengo. Ni usted ni nadie tiene derecho a hablar de ellos con desprecio. Solo son unos niños. No quiero pensar en las condiciones en las que están. En si han comido o dormido, en si están bien o mal... —dijo con enojo—... de modo que no los juzgue, porque ellos son los que menos culpa tienen. Y si acepté su oferta fue porque necesito dinero para poder contratar a un abogado que me ayude a recuperarlos, milord.

Él enarcó una ceja justo cuando la señora Rushmore llamó a la puerta. No le quedó más remedio que atenderla en privado.

Fingir ser la esposa del marqués de Collingwood no era tarea fácil, más que nada porque debía soportar su presencia y que la mirara continuamente.

Bradley no quiso involucrarse en el problema familiar de la criada. No era asunto suyo, aunque no dejaba de sorprenderle su capacidad de inventiva porque aparentemente los Hearls y su tía creyeron sus mentiras cuando les habló de su familia. Ciertamente, había algo en la sirvienta que hacía que los demás la adoraran. Draco era un claro ejemplo. El animal se escapaba para estar con ella, aunque estaba convaleciente, pero ¿y él? Se había comportado rudamente con ella, pero no iba pedir perdón y menos a una sirvienta, cuyo carácter le asombró.

Olivia planeó para el día siguiente mostrarles la propiedad a los Hearls mientras que Lucy sugirió desayunar al aire libre. Dicho esto, los invitados se retiraron a descansar porque era muy tarde.

La pareja se quedó en el salón. Bradley se levantó para cerrar la puerta. Su conversación con la criada aún no había acabado sino que había quedado pendiente.

- —¿Hay algo más que no me hayas contado y que deba saber? —Bramó. Lucy tosió delicadamente.
- —Estuve comprometida con un tipo que resultó ser un libertino. —dijo abochornada.

Brad evitó soltar una carcajada. Su obsesión por hacer justicia le había llevado a elegir a la peor pareja para lograr su cometido.

—Su nombre y a qué se dedica.

Ella le habló de su ex e incluso le proporcionó la dirección.

- —¿Algo más?
- —No, aunque imagino que querrá que le acompañe a diferentes fiestas. Le digo esto porque puede que alguien de la servidumbre me reconozca.

Bradley era consciente del riesgo que corría al haberla elegido, aunque en ese momento no estaba muy seguro.

- —Correré ese riesgo.
- —Pero... creo que debería romper nuestro trato y contarle la verdad a su tía.

¿Había oído bien?

—Yo decidiré cuándo hacerlo, mientras tanto seguiremos con lo acordado.

Lucy se quedó callada. Él estaba cansado y quería dormir así que le ordenó que lo siguiera a su cuarto. Esto originó cierta ansiedad en Lucy... Draco yacía recostado sobre su almohada. Ni siquiera se movió de su sitio. Lucy pidió permiso para acercarse al perro, pero el noble no se lo permitió. La joven miró con tristeza al pobre animal y se fijó en su herida que tenía mal aspecto y se lo comentó a su dueño.

- —La herida está cicatrizando lentamente. —dijo el marqués de mala gana mientras se desnudaba.
 - —Pero puede que esté infectada por dentro.

Él no respondió. No tenía sentido discutir con la criada de un asunto que solo le concernía a él.

Lucy se vio desplazada y perdida en medido de aquella habitación en tonos pastel. Había un baño, un vestidor y dos camas separadas por una mesita de noche. A la joven le pareció un lugar poco seguro y ansió marcharse, pero se sentó en el filo de la cama y comenzó a descalzarse. El noble le indicó dónde debía guardar los zapatos y le dijo que tenía que usar la ropa de dormir que había en el armario. Ella pidió permiso para ir al baño donde se mudó la ropa. Respiró hondo cuando abandonó el baño ataviada con un camisón blanco a juego con la bata cuyo cinturón ató con fuerza... Se quedó paralizada al ver al marqués ataviado con unos ajustados calzones que marcaban su enorme virilidad. Él no hizo el intento de tomar el batín, sino que se entretuvo buscando algo entre los cajones de los armarios.

La muchacha nunca había visto a un hombre semi desnudo. Por eso apartó la vista rápidamente de aquel cuerpo musculoso, de cintura estrecha y espalda ancha, y como cabía la posibilidad de que estuviera poniéndola a prueba, fingió cierta calma.

Él dio con una copia del informe que la policía elaboró sobre el accidente de su familia el cual se puso a releer.

Lucy volvió a fijarse en ese cuerpo. El marqués tenía la piel canela... Sus hombros eran musculosos y fuertes como sus brazos. Tenía el vientre plano pero fornido. La joven tiró de la colcha y se tumbó en la cama con la bata puesta. Luego se tapó hasta el cuello. Jamás habría imaginado llegar a esa situación, pero ahí estaba haciendo lo contrario de lo que pensaba mientras se obligaba a sí misma dormir...

La ira del marqués fluía cada vez que releía aquel informe sobre el accidente de su familia, porque pensaba que era una tomadura de pelo. Nada tenía sentido, y mucho menos que se señalara a Anthony Bagwell, conde de Mundforty, como uno de los sospechosos. Era ridícula esa creencia porque Anthony no era un asesino sino una persona caritativa, instruida y dadivosa. Que Gail no lo soportaba y le exigiera que no frecuentara tanto Hastings Hill, era un hecho aunque a ella le molestaba todo lo que tuviera que ver con el entorno de Bradley, tanto su familia como sus amistades. No le gustaba que Anthony fuera considerado un miembro más de la familia y dijo que era un disparate, pero el noble valoraba mucho aquella amistad. Anthony era mucho más que un amigo, era como su hermano, pero tras la tragedia Bradley rompió con todo lo que tenía que ver con su vida anterior. Se encerró en su dolor y se aisló del mundo, pero Anthony prosiguió con aquella amistad a través de las cartas que le enviaba y en las que expresaba su preocupación hacia su amigo. El noble no contestó a ninguna de ellas. No tenía sentido que lo hiciera, y tampoco arrastrar con él a Anthony al abismo en el que se encontraba sumergido. Quería que prosiguiera con su vida, que disfrutara de su familia y de sus viajes, que fuera feliz.

Brad rebuscó entre sus pertenencias y halló la última carta que Anthony le envió de África. Su amigo tenía especial interés en conocer aquel extenso continente y había contratado los servicios de un guía... Se suponía que él iba a acompañarle en ese viaje, aunque Gail se opuso terminantemente, originando así otra discusión... Recordarlo hizo que Bradley se afligiera puesto que su matrimonio se basaba en disputas y desplantes constantes. No había un solo día en que Gail no sacara las uñas por un motivo u otro pero la amaba como idiota que era por eso soportó aquel matrimonio... Admitirlo le hizo sentir un pobre desdichado así que sintió deseos de levantarse y dar por concluido el copioso desayuno... Pero se percató de que tenía invitados y de que la criada lo estaba mirando desde la otra punta

de la alargada mesa mientras los Hearls hablaban de cosas banales... el leve reflejo del sol se filtraba por aquella abundante cabellera suelta mientras la leve brisa ondeaba los cálidos mechones dorados... Anoche se percató de que lo estaba mirando y que el pudor la hizo meterse rápidamente en la cama y cubrirse hasta el cuello con el cobertor. Parecía casta y pura, pero era una criada cuya madre era una ramera y por eso no quería bajar la guardia, sino tenerla vigilada. Un paso en falso arruinaría sus pesquisas.

Anoche, mientras dormía, soñó con Gail que le miraba molesta. De su pecho comenzó a manar sangre. Al abrir los ojos se encontró con la mirada preocupante de la criada que se apartó de inmediato de la cama. Ya había amanecido, pero faltaban unas horas para que se sirviera el desayuno. Le ordenó que lo esperara para bajar juntos al salón... Gail solía desayunar sola. Le incomodaba compartir mesa con él y que durmiera en calzones, e incluso le rehuía cuando se pegaba a su espalda y le robaba un beso o una caricia... tanta frialdad le llevó a ordenar que instalaran dos camas individuales para no molestarla, pensó serio mientras sorbía el café.

Lucy miraba al señor, que parecía estar ausente. Se había despertado de pésimo humor y apenas había abierto la boca durante todo el desayuno... Posiblemente ello tuviera que ver con que anoche, al desvelarse, le vio leyendo un puñado de documentos que tenía sobre su cama. No se atrevió a preguntarle nada al respecto, sino que se obligó a si misma cerrar los ojos y dormir, pero no pudo hacerlo porque soñó que sus hermanos la llamaban entre sollozos y se despertó sobresaltada... para entonces la habitación estaba en penumbra y el noble dormido. Lucy se puso la bata y se acercó a la ventana para despejar su mente. La luz de la luna bañaba la silenciosa habitación. Un profundo sentimiento de culpa se adueñó de Lucy que seguía reprochándose el haber confiado el cuidado de los niños a los Morgan... Si ella no lo hubiera hecho, nada habría pasado... Debía encontrar el modo de recuperar a sus niños... ¿Cuándo podría hacerlo? Él no iba a dejarla marchar así como así y el tiempo estaba jugando en su contra, reconoció cuando Olivia sugirió ir a dar un paseo para mostrarles a los Hearls la propiedad.

Todos mostraron su contento menos Bradley, que no dijo nada. Aún seguía pensando... No sabía que habría sido de la vida de Anthony. Recordó sus salidas nocturnas y en la amistad que los unía, pero todo ello se había disipado. Había sido un completo necio al haber roto su amistad con él. Brad esperaba que la vida de bohemio de Anthony le compensara, y que

no le guardara rencor alguno por haberle alejado de su vida de esa manera tan brusca... Pero estaba, y seguía estando, dolido por la muerte de su familia aunque aparentemente fingía estar felizmente casado con una sirvienta que no hacía otra cosa más que mirarle insistentemente. De ahí que se le acercara y caminara a su lado. Ella agachó la cabeza.

Olivia, que iba con sus amigos y la hija de estos, se giró repentinamente y Bradley tomó de la mano a Lucy. Ella le miró sorprendida pues sintió su cálida mano apretando posesivamente la suya.

—Levanta la cabeza y ríe por algo gracioso que te acabo de contar, rápido.

Lucy entendió que el gesto se debía a que Olivia los estaba observando porque les sonrió.

—¿Cree que su tía sospecha algo?

Brad no se manifestó, sino que evocó a Anthony de nuevo. Gail decía que era un nómada sin techo.

- —Yo creo que sí por el modo con que nos mira, milord... —la oyó decir. En ese momento esa era la menor preocupación que tenía, pero para que la sirvienta no echase por tierra su plan le dijo:
 - —De ser así ya me lo habría dicho.

Lucy le miró ingenuamente. Él se percató que los ojos de la criada eran cálidos y serenos. Sus labios dibujaron una peculiar sonrisa mientras su cabello relucía bajo la luz de la mañana.

—Veo que aún conservas el laberinto, Brad... —dijo Olivia en voz alta.

Ahí era donde iba con su hijo, extendía una manta y jugaba con él hasta que se quedaba dormido. Ello le gustaba más que tener que oír las constantes quejas de Gail sobre lo mucho que odiaba vivir en el campo.

- —¿Puedo entrar, lady Olivia? —Pregunto la hija de los Hearls.
- —Si luego sabes salir, adelante.

Su padre titubeó, su madre se negó rotundamente porque le pareció angustioso. La joven no pudo ocultar su enfadó... Los cuatro prosiguieron el paseo.

—He oído decir que los laberintos guardan secretos y que las personas que se adentran en ellos quedan atrapadas por sus historias... —dijo Lucy para sostener una conversación con el señor, pero este no contestó. Casi se diría que era muy poco hablador o ¿es que no le gustaba conversar con ella?

Abigail quería destruir el laberinto para construir una fuente con un sátiro. Obviamente, ello fue objeto de otra disputa más entre ellos.

recordarlo hizo que apretara la mandíbula.

—Debe ser una experiencia muy interesante... —continuó diciendo mientras se fijaba en la entrada—. Creo que no sería capaz de salir de él, milord.

Silencio.

- —Tampoco has hecho podar el naranjo ni el limonero, Brad... comentó Olivia a cierta distancia.
 - —No me pareció oportuno, tía... —dijo él en voz alta.
- —Hiciste bien... —replicó complacida mientras apoyaba su mano en el antebrazo de la señora Hearls.

Lucy recorrió con la mirada los amplios jardines y cuando se acercó al naranjo y al limonero sonrió fascinada... Su mirada se entremezcló con la del marqués quien, repentinamente, se detuvo y soltó su mano. Ella no entendió por qué.

—Creerán que nos hemos quedado atrás para tener cierta intimidad... — le explicó mientras veía cómo los tres se perdían tras un frondoso árbol.

A lo lejos se podía ver cómo la niebla se extendía desde el horizonte. Pronto llegaría a Hastings Hill para envolverla.

—Parece que va a llover, otra vez, milord.

Él tenía la mente puesta en otras cosas. Nadie de su familia política había sido interrogado, ni tampoco su vecino lord Gerald Fawkes... Él y Brad habían tenido más de una ligera disputa sobre todo cuando el noble lo pilló mirando a su esposa en aquella fiesta a la que fueron en calidad de invitados. Ello provocó que le diera un puñetazo. Gail dejó de hablarle durante una semana porque no le agradó su comportamiento... Era curioso, pero Berenice siempre le aconsejó que dejara a Gail porque no era mujer para él. Nunca entendió la razón hasta que Ross nació y vinieron los problemas.

Dos muertes inesperadas.

Varios sospechosos, entre ellos su hermanastro Clive y Fawkes... Y ningún culpable.

Todo a su alrededor se había desmoronado, incluida su relación con su hermana Berenice... Si su madre levantara la cabeza la volvería a esconder por cómo le había dado la espalda, también... Pero fugarse para casarse con aquel maldito aprovechado que tenía por esposo les supo mal a todos los Hastings... Había sido todo un escándalo social. El apellido de la familia volvió a estar nuevamente en boca de todos. Brad sabía que su hermana

había dado a luz a una niña porque el cerdo de Clive se lo dijo. También fue él quien le contó que el matrimonio estaba haciendo aguas debido a las infidelidades de él... Ella se lo había buscado al no haberle hecho caso cuando le advirtió de la clase de persona que era ese malnacido, se dijo mientras se percataba que la criada no estaba a su lado. Fue a buscarla y la encontró en la entrada del laberinto.

—¿Qué demonios haces aquí?

Ella se asustó y pegó un respingo. Estaba pálida.

—Mirar el laberinto... —dijo, pues tuvo la sensación de que alguien la llamaba por su nombre.

Brad no le agradó que lo hiciera porque aquel era un lugar sagrado para él.

—No vuelvas a alejarte.

Tiró de su mano para unirse de nuevo al grupo.

Olivia podía parecer ingenua, pero no se la escapaba nada. Cuando su sobrino y su esposa se unieron al grupo se dio cuenta que algo había pasado entre la pareja porque su sobrina política estaba muy callada. Posiblemente el bárbaro de Bradley le habría dicho algo y ella se había molestado... Por eso poco después del paseo se acercó a la muchacha que estaba sentada en el banco de piedra que había junto a la casa. Los Hearls se habían retirado a descansar para luego unirse al almuerzo. Bradley, en cambio, fue a atender al veterinario que había venido a ver al perro.

—Mi sobrino puede parecer un hombre incorrecto, pero en el fondo posee un buen corazón... —dijo acomodándose con cuidado.

Lucy la miró un tanto inquieta lo que puso en aviso a la anciana.

—Puedes estar tranquila, no le diré nada de nuestra conversación... Aunque algo me dice que no ha sido del todo sincero conmigo sobre vuestra boda... —dijo con la mirada puesta en el cielo—. Parece que va a desatarse una tormenta.

La doncella trató de guardar la calma, pero le costaba hacerlo por razones más que evidentes.

Tanto silencio dio que pensar a Olivia que continuó hablando a la espera de que Lucy se sincerara con ella.

—El tiempo es muy inestable en la región... —acertó a responder la muchacha.

Olivia esbozó una leve sonrisa. Era evidente que Brad estaba detrás de la actitud correcta de Lucy.

—Lo sé. Me crié en esta casa, aunque mi padre se la dejó en herencia a mi hermano Chase y él a Brad... He de admitir que Hastings Hill ha recuperado su esplendor gracias a ti.

Si Olivia supiera la verdad le daría un desmayo. Estaba segura de ello.

- —No creo que yo haya hecho mucho.
- —Oh, Bradley nunca hace nada si no tiene un buen motivo... Te lo aseguro.

Lucy no podía contarle la verdad por más que lo deseara. Había mucho en juego y ella quedaría como una mentirosa entre otras cosas.

—Le muerte de Gail y del niño le afectó muchísimo, aunque no sé si debería contarte esto... —dijo clavando sus ojos verdes y acuosos en ella.

Lucy sintió un ligero escalofrío. Olivia recordó el pasado y lo terriblemente injusta y caprichosa que era Gail con Bradley.

—Pero antes me gustaría que me contaras la verdad de vuestro fingido matrimonio.

Lucy se levantó del banco como si este ardiera. Olivia alargó una mano y la agarró de la muñeca... La criada se puso lívida.

—Siéntate, querida.

La doncella estaba aturdida. No podía creer que Olivia se diera cuenta de aquella mentira...

<<Mi tía es muy sagaz.

Y tanto que le dijo:

—Sé que mi sobrino me oculta algo e intuyo que te ha prohibido que me lo cuentes.

Lucy titubeó absorta. Iba a responder justo cuando oyó que el marqués la llamaba en voz alta.

Olivia soltó a la muchacha que ansió huir pero se contuvo.

- —Confio en tu discreción, querida... —dijo la anciana poniéndose en pie.
 - —Estamos aquí... —dijo la criada aclarándose la voz.

Había tenido tanto miedo al ser descubierta pero ¿cuál sería la reacción del lord si supiera que su tía los había descubierto? Seguramente la culparía de ello y Lucy no estaba por la labor de llevarse siempre la peor parte.

Bradley frunció el entrecejo cuando su tía, al pasar a su lado, le miró de un modo extraño. Observó a la criada quien solicitó hablar inmediatamente con él en privado. Ello le puso en alerta... Su estudio quedaba en el otro extremo de la mansión. Era ahí donde el noble se reunía con su administrador y cerraba importantes contratos de negocios en anteriores años. Después del accidente había dejado de lado aquella agitada vida plagada de éxitos y riquezas.

—Cierra la puerta y las ventanas.

Lucy lo hizo en un santiamén. Tenía tanto que decir... pero no sabía cómo abordar el asunto sin tener que rebelarle al noble que, efectivamente, su tía los había descubierto y que él no se enojara.

—¿Qué es de lo que quieres hablar?

Ella jugueteó con la alianza. Estaba nerviosa y asustada por la reacción del hombre.

—He cumplido con una parte de nuestro acuerdo... Y me gustaría que diera un anticipo del dinero para viajar a Londres, pues necesito saber cómo están mis hermanos.

Bradley arrugó bruscamente el sobrecejo. ¿No estaría hablando en serio?

- —¡Ni hablar! —Rugió para estupefacción de la joven.
- —Pero se trata de mi familia. Ellos me necesitan, milord.
- <<Yo también, pero para atrapar al responsable de mi dolor>>
- —Hicimos un trato... ¡No puedes romperlo por un simple asunto familiar! ... —Exclamó colérico.

Ella no podía creer que dijera eso pues se trataba de unos niños indefensos y asustados que la necesitaban tanto como ella a ellos.

—¿Un simple asunto familiar? Se trata de la vida de la vida de mis hermanos, milord. —Le explicó dolida.

Eso al noble le era indiferente. Tenía asuntos más importantes en qué pensar.

—¿Y tengo yo la culpa? —Señaló saliendo de detrás del escritorio.

¡Dios santo! ¿Cómo podía ser tan... tan... cínico?

—¡No, pero se trata de mi familia! Y... sí, hicimos un trato el cual quiero romper ¡ahora mismo! —exigió sin medir las palabras.

Brad le envió una mirada subrepticia. Ella no era nadie para exigirle nada y menos hablarle en ese tono... Pero era obvio que quería marcharse, y eso le dejaría en la estacada... Antes sería capaz de encerrarla en Hastings Hill hasta que esclareciera los hechos de la muerte de Gail y de su hijo.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —Preguntó avanzando hacia ella como un lobo a punto de devorar a su presa.

Lucy retrocedió a medida que él se le acercaba. El estudio era inmenso, pero en aquel momento, parecía que se hubiera reducido de tamaño. Lucy sorteó unos cuantos muebles para poder llegar a la puerta y huir de él.

—Siento las formas, pero quiero irme de Hastings Hill. No quiero continuar con esta farsa, milord.

Él arqueó una ceja.

—¿Ha tenido algo que ver tu encuentro con mi tía? ¡Contesta!

Ella se limitó a negarlo solo para salir al paso. Él se dio cuenta enseguida.

- —¡Mientes!
- —Le estoy diciendo la verdad, milord... —se apresuró a decir.
- —Os vi juntas... ¿de qué estabais hablando cuando yo llegué?

Lucy esquivó un taburete forrado de piel.

—Hablábamos del tiempo, milord.

La puerta estaba próxima a ella. El problema era llegar y abrirla rápidamente y correr con todas sus fuerzas.

—Con que del tiempo... —dijo en un tono sardónico ladeando el taburete.

Ella no contestó, sino que fue directa a la puerta y... chilló cuando él la alcanzó y atrapó... Lucy le pidió que la soltara, pero él no lo hizo.

—No voy a volver a preguntártelo.

Llamaron a la puerta... era una de las doncellas que venía a anunciarles la hora del almuerzo. Lucy vio el cielo abierto e intentó escurrirse, pero Bradley tiró de su codo y despachó rápidamente a la sirvienta.

—En cuanto a ti... —le dijo a Lucy tras cerrar la puerta—, vas a cumplir tu parte del trato, o de lo contrario te entregaré a las autoridades.

Esa vez, Lucy no se impresionó.

—Si lo que pretende es asustarme le aseguro que no lo conseguirá porque no he hecho nada malo, milord... —dijo intentado zafarse, aunque era inútil.

El tipo tenía unas manos de hierro.

—Diré que eres una ladronzuela... ¿a quién crees que creerán? —le soltó malévolamente.

A Lucy le pudo la indignación mientras le miraba a los ojos, unos ojos fieros y oscuros como una noche sin luna. Y quiso escapar dándole una patada en la entrepierna. Esto originó que él la soltara y ella abriera la puerta, pero ¡había tantos pasillos que no sabía por cuál debía de ir! Se dejó llevar por el instinto y fue peor el remedio que la enfermedad porque — ¡maldita sea su suerte! —Acabó volviendo por el mismo pasillo y ahí estaba el marqués aguardándola... La hizo entrar a la fuerza al estudio. Ella se defendió usando los puños... Bradley esquivó los golpes y la inmovilizó, pero perdió el equilibrio y ambos cayeron sobre la alfombra Aubusson que cubría los elegantes suelos italianos.

—¡Quítese de encima! —Exclamó.

Él alzó sus brazos por encima de su cabeza. Domar tanto carácter le resultó interesante y excitante a la vez.

—¿Qué harás si no lo hago? ¿Pegarme? —Preguntó con voz agitada mientras estudiaba aquel rostro... se fijó en los contornos gruesos de sus labios, en sus alargadas pestañas y en esa mirada profunda y ardiente.

Lucy se removió, pero el marqués tenía otros planes porque acercó peligrosamente su boca a la suya, aunque la criada giró la cara... En vez de sentirse rechazado u ofendido el noble recurrió a otra táctica mejor. Rompió la blusa que ella llevaba puesta. Ella boqueó. Brad se fijó que llevaba debajo una fina enagua de encaje de cuyo lazo tiró dejando sus pechos plenos al descubierto. Ella chilló, pero él la silenció tomando con sus labios uno de sus pezones el cual chupó... Lucy se quedó quieta mientras su corazón latía alborotadoramente. Los labios de él eran suaves y cálidos sobre la rugosa piel sonrosada. Besó con sutileza la carne blanda de su pecho mientras su lengua rodeaba el rugoso y rosado pezón.

Lucy quería que parara y que la soltara, pero una parte de sí misma quería que siguiera con lo que estaba haciendo. Siempre había salvaguardado su pudor y honra a los ojos de quienes solo buscaban pasar el rato, pero con lord Bradley todo parecía distinto e intenso a la vez.

En sus planes no estaba acariciarla sino retenerla a la fuerza, sin embargo una cosa trajo a la otra... alzó la vista y vio que su mirada estaba nublada por la pasión... aflojó la presión de su mano sobre sus muñecas y posó sus ojos en los de ella. Siempre había censurado la conducta de aquellos nobles que se acostaban con sus sirvientas y tenían hijos bastardos con ellas, pero ¿qué se suponía que estaba haciendo él en ese mismo instante? ¿Por qué demonios no dejaba de mirarla con aquel voraz deseo? ¿Por qué no la soltaba y la dejaba marchar? Total, solo era una mentira ideada por él... Pero ¡hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer! ...Tocó con el pulgar aquellos labios carnosos. Ansiaba deleitarse con ellos. Saborear los recovecos de su boca.

—No quiero que vayas a Londres. —más que una orden aquello sonó como una súplica.

Brad siempre había sido un hombre orgulloso, pero con Gail flaqueaba con tal de que le prestara más atención. Nunca lo conseguía porque ella dejó de amarlo al poco tiempo de estar casados. Darse cuenta de ello, tarde, fue su desdicha.

Las pupilas de Lucy se dilataron y desprendieron un incipiente brillo que atrapó al hombre. El marqués alivió su creciente inquietud inclinándose y posando sus sedosos labios sobre los de la doncella quien se estremeció por

su cercanía. Brad chupó el labio inferior de su boca y acarició sus senos con sus manos. Lucy emitió un ligero jadeo mientras sentía cómo la lengua de él se introducía en el interior de su boca que lo acogió dulcemente en un beso profundo y húmedo.

De niño, Bradley tenía la malsana costumbre de sentarse a la mesa cuando los comensales ya habían finalizado la comida. A veces, entraba corriendo mientras su madre le llamaba al orden... Chase no veía cuando su hijo cambiaría de hábitos, y eso que recibió la mejor educación, pero era un niño rebelde allá donde los hubiera. Por eso cuando se sirvió el almuerzo Olivia se disculpó con los Hearls y salió a buscar a la pareja, la cual estaba tardando en llegar.

Lucy nunca imaginó verse sentada a horcajadas sobre el marqués mientras él masajeaba y besaba sus pechos níveos y desnudos... Ni la de besarle en la boca. Era como si el tiempo se hubiera detenido en ese estudio mientras la pasión se manifestaba de forma desordenada y la razón enmudecía escandalizada.

Los dos eran dos almas heridas por sus circunstancias.

Los dos conocían la infelicidad y el desengaño de antemano.

Los dos sentían la fuerza de aquel súbito deseo que hacía vibrar sus cuerpos.

Los dos se besaban imbuidos por la necesidad que querer sentirse vivos y plenos.

Ella se aferró a esos hombros fuertes y varoniles mientras sentía como los dedos del hombre se adentraban ágilmente entre la húmeda carne de su palpitante sexo... Gimió contra sus labios cuando él comenzó a friccionar a aquel punto sensible y experimentó un súbito espasmo que quedó en suspenso tan pronto como oyeron que Olivia aporreaba la puerta.

—Sé que estáis ahí así que abrid de inmediato.

Bradley se quedó quieto. Lucy estaba temblando. ¡Dios bendito! ¿Qué había hecho?, pensó avergonzada. Al cabo de unos segundos se puso en pie para vestirse aprisa al igual que él. La conciencia se sublevó contra ella pues no quería dar una imagen equívoca, y menos a lord Bradley que no apartaba la mirada de ella ni de su ardiente cuerpo, mientras le decía a su tía que aguardara un minuto... El hombre trató de tomar el control de la situación y sobre sí mismo, pero le fue difícil... ¿Qué era lo que acababa de pasar entre ellos? No pudo hallar la respuesta puesto que la insistencia de su

tía le distrajo... El marqués abrió la puerta esbozando una sonrisa la cual se evaporó de sus labios cuando oyó decir a su tía:

—Vais a seguir fingiendo ser un matrimonio o vais a contarme la verdad.

Brad sabía lo perspicaz que era su tía, pero que no creyera "su matrimonio" era algo que le había dejado desconcertado. No obstante, reaccionó esbozando una sonrisa de absoluta incredulidad. Luego se le ocurrió abrazar a Lucy mientras decía que estaban profundamente enamorados y que le molestaba que se dudara de su amor.

—No me vengas con boberías, muchacho... Sé que me estáis ocultando algo y pienso averiguarlo.

Lucy andaba distraída con lo que acababa de pasar con el lord. Nunca pensó que fuera un hombre tan tierno en la intimidad y que pudiera disfrutar con sus besos y caricias. Y que Dios la perdonara, pero le agradó que la tomara por la cintura mientras trataba de disuadir a su tía.

<<Cualquier mujer se enamoraría de él a pesar de su pésimo carácter...

—No estamos ocultándote nada, ¿verdad, querida? —Le preguntó a la criada mirándola a la espera de que lo apoyara.

Para la chiquilla estaba siendo un momento un tanto embarazoso, pero debía de seguirle la corriente por encima de todo.

—Brad y yo nos queremos mucho. Esa es la verdad, Olivia —declaró con una asombrosa sinceridad y naturalidad. Hasta él se le quedó mirando un tanto pasmado—. Puede que nuestra boda fuera algo precipitada y que haya dado lugar a ciertos equívocos, pero tienes que creernos.

El marqués reaccionó dándole un rápido beso en la boca que ella aceptó gratamente aun así Olivia tenía sus dudas. No estaba dispuesta a aceptar que aquellos dos pícaros le tomaran fácilmente el pelo.

—Si es así, volved a renovar vuestros votos. Esta vez seré yo la testigo de tan hermoso momento. —Les propuso decididamente.

Brad cogió la mano de Lucy y se la apretó. Aquello era una locura aunque optó por tomárselo a risa. Su tía no podía estar hablando en serio.

—No le veo la gracia, muchacho. —le reprendió en una actitud seria. Su sobrino se aclaró la garganta. Era obvio que no se estaba bromeando.

- —Lucy y yo ya estamos casados. Luego no hay necesidad de.
- —Puede que para vosotros no, pero sigo teniendo mis dudas. —declaró sin temblarle la voz.

Por más que tratara de convencerla no lo lograría porque su tía era una mujer de ideas fijas. Siempre lo había sido y tal parecía que no iba a dar su brazo a torcer. Luego estaba metido en un buen lío...

—No entiendo a qué viene todo esto y que dudes de nuestro amor, tía....—argumentó un tanto irritado.

Olivia se acercó hasta él para decirle abiertamente mirándole a los ojos:

—Te conozco como si te hubiera parido y no creas que me voy a quedar de brazos cruzados... Tarde o temprano sabré la verdad —dijo dando la vuelta con intención de salir del estudio.

El lord maldijo para su fuero interno. ¿Tan malos eran fingiendo ser un matrimonio bien avenido? ¿En qué habían fallado para hacer dudar tanto a su tía?

Aquello se le estaba yendo de las manos, pensó Lucy incapaz de articular palabra alguna. Estaba como en trance por la situación en sí.

El marqués sabía que debía de hacer algo de inmediato y solo se le ocurría una cosa.

—Espera, tía.

La anciana se detuvo junto a la puerta.

Brad sabía que estaba rebasando los límites, pero se había prometido a sí mismo que atraparía al responsable de la muerte de su familia aunque se le fuera la vida en ello, y ello supusiera pasar por alto su posición social y circunstancias...

—Lucy y yo nos volveremos a casar para que no te quede ninguna duda sobre lo que sentimos el uno por el otro.

Lucy sonrió fingidamente ante la decisión tomada por el marqués de casarse con ella. Era ridículo al igual que cogiera amorosamente su mano y la besara bajo la atenta mirada de Olivia que estaba muy contenta. Había logrado que el bribón de su sobrino diera el paso con la muchacha a la que estimaba mucho más que Gail. Había algo en su mirada que reflejaba una bondad extrema en ella lo cual le satisfizo bastante.

Brad pudo sentir el disgusto de la criada con solo mirar sus ojos, pero debía seguir adelante con aquel maldito juego. Un juego que se le había ido de las manos puesto que casarse con ella no entraba en sus planes. Entonces ¿por qué sacrificarse en ese sentido? ¿Qué pretendía al dar aquel paso? Ya había estado casado una vez y el resultado había sido demoledor... ¿por qué hacerlo con una simple sirvienta? Pero le bastó con recordar lo ocurrido entre ellos hacía unos minutos para comprender que poseía unos labios muy sensuales y apetecibles...

<< Pueden enloquecer a cualquiera>>

Sentir el roce de sus suaves labios sobre el dorso de su mano hizo que Lucy se sonrojara aunque alargó instintivamente la otra mano para acariciar la mejilla de Bradley que la miraba como hipnotizado... Tanto fingimiento debía de afectar su raciocinio, pensó el hombre quien propuso a ambas mujeres ir al salón comedor... Lucy se enganchó a su potente antebrazo. ¡Era tan fuerte y varonil y olía tan bien!, pero era el ser más arisco que jamás había conocido... Sin embargo, iban a casarse. Ello le produjo vértigo, al igual que pensar en si debía, o no, compartir lecho con él. Dicha idea martilleó su mente hasta el extremo de causarle cierta inquietud. No tenía sentido que él llegara tan lejos simplemente para contentar a su tía. El matrimonio era un asunto serio. Demasiado, se dijo mientras recibía la felicitación de los Hearls tan pronto como Olivia les anunció el enlace.

Brad intentó concentrarse en el almuerzo, pero le era difícil porque miró a la criada y evocó lo sucedido en su estudio. Ella debió de leer su pensamiento porque se puso roja como un tomate... Había descubierto una

parte oculta de su personalidad. La doncella era muy pasional y respondía muy bien a sus caricias. Ni siquiera Gail había dado muestras de ello más bien parecía que le provocaba repulsión que la tocara o que la rozara. Había habido momentos que se sentía terriblemente rechazado y solo. Abigail, en cambio, parecía disfrutar con su desdicha porque nunca se preocupó de él ni de salvar su matrimonio. Ella tenía otras pretensiones que no se asemejaban a las del marqués cuyo concepto de familia era sumamente sagrado para él. Ello tuvo mucho que ver su madre Ginebra. La mujer soportó la infidelidad de su esposo y estuvo a su lado hasta el fin de sus días. Gail se afanó en apartarlo de ella... ¿Tanto necesitaba que su mujer lo quisiera y yaciera en su lecho? La soledad era la peor lacra que pudiera haber en un matrimonio. El silencio solo venía a respaldarla... Y en medio de aquella vorágine estuvo él hasta que sucedió la tragedia y la oscuridad lo devoró.

Una vez acabado el almuerzo todos pasaron al salón. La tarde transcurrió de forma amena hablando del enlace. Olivia sugirió a Lucy ir al pueblo al día siguiente para comprar un vestido de novia. A Bradley le pareció bien la idea. Ante ello Lucy aceptó, aunque los nervios y la tensión del momento le originaron una repentina jaqueca que la obligó a retirarse poco después de finalizar la cena. Encontró a Draco acurrucado en su almohada. El perro se levantó lentamente. Ella se sentó en el suelo y le ayudó a tumbarse con cuidado. La herida tenía mejor aspecto, lo cual la alegró. Le acarició el hocico durante unos minutos. Era un perro precioso.

—Te he echado de menos hoy... ¿sabes?... Ojalá tuvieras voz para aconsejarme ya que debo de casarme con tu dueño.

El animal se estremeció.

- —¿Qué te parece?.
- —Dicen que hablar con los animales es el primer síntoma de locura—. Ironizó Brad que había entrado en la habitación sin hacer ruido.

Lucy se levantó rápidamente del suelo y se alejó a una esquina de la habitación. El recuerdo de sus manos y boca recorriendo sus pechos la hizo sentir peor que nunca.

—No le había oído entrar, milord... —dijo con voz casi inaudible.

Para entonces Bradley había echado la llave y se estaba descalzando sentado en el filo de su cama.

—No sabía que debía anunciar mi llegada.

Lucy pasó por alto su mal humor y se acercó hasta él para pedirle que contara la verdad a su tía.

Él le envió una mirada furtiva.

- —Eso evitaría que nos tuviéramos que casar.
- —Correré ese riesgo... —dijo yendo al vestidor donde se mudó de ropa.

Nunca había necesitado a un valet, sin embargo, su padre sí lo había tenido porque le agradaba que le ayudaran a vestirse.

Lucy se sentó en el filo de la cama. ¿Acaso no se daba cuenta del peligro que ello suponía? ¡Cualquiera podría descubrirla y sería aún peor!

—Alguien podría reconocerme, milord.

Él apareció ataviado con un batín de cachemira negro. Raro en él.

—Al único que debería de preocuparle eso es a mí, no a ti... —expresó con acritud.

Tratar de disuadirle era pedir demasiado. Era obvio que solo se doblegaba ante su tía.

—Sí, milord... —respondió yendo al baño donde se mudó de ropa. Al salir lo encontró leyendo un libro.

Colgó el vestido en una percha del armario y se metió en la cama con una gran sensación de derrota... pero ¿por qué quería él seguir adelante con aquella mentira?

—Imagino que, cuando acabe nuestro acuerdo, nos separaremos.

Lucy oyó que cerraba de golpe el libro y que apagaba la luz de la lamparilla que había sobre la mesita de noche. La habitación se tiñó de penumbra. ¿Eso significaba un sí? Sea como sea, él se quedó dormido al momento... Lucy permaneció despierta el tiempo suficiente como para escuchar esos ruidos. El miedo la impulsó a cubrirse por entero con el cobertor. Cerró fuertemente los ojos y volvió a soñar con sus hermanos que la llamaban desesperados.

11

Aunque la señora Rushmore no podía creer que el señor fuera a casarse con Lucy consideró que era una decisión acertada y justa, pues aunque durmieran en camas separadas no los apartaba de la tentación y del pecado. Por eso puso todo su empeño en ayudar a vestirse a la futura novia cinco días después del anuncio de su enlace. Aquel vestido beige le sentaba de maravilla porque estilizaba su esbelta figura gracias al corsé, el cual apretó a conciencia... Lucy no veía cuando quitárselo.

Brad, su tía y los Hearls, a excepción de la hija de ambos, que estaba indispuesta, aguardaban a la novia en el salón de eventos junto al cura que iba a oficiar la ceremonia religiosa... Lucy apareció en compañía de la señora Rushmore que extendía la cola de su vestido sobre los relucientes suelos. Luego salió cerrando las puertas francesas... Las arañas bañaban la elegante sala cuyas paredes estaban revestidas de estuco como las columnas... El marqués miró atontado a la criada que brillaba con luz propia, pero enseguida tomó el control sobre sí mismo. Ella llevaba un pequeño ramo de flores frescas en la mano. No perdió la sonrisa en ningún momento, y aparentaba una increíble felicidad que hasta el propio marqués se creyó pero enseguida pensó que solo era una mentira para acallar las posibles dudas que tuviera su tía sobre su relación. Ello satisfizo bastante al hombre que lucía un espléndido traje de color vino.

Mientras tanto, Tess abandonó con sigilo el cuarto que ocupaba y fue a ver a Pete al granero. Entre ambos se había forjado una rápida y extraña amistad porque a Pete le gustaba la chica. Hacía años que no veían invitados en la mansión, y menos de su edad, así que no quería desaprovechar ese momento. Él tomó vino de la despensa, sin que nadie le viera, y cuando vio a Tess le ofreció un trago y un cigarro que ella aceptó. Eso era mucho más divertido que asistir a la boda de los marqueses de Collingwood.

—¿Te habría gustado que te invitaran a la boda? —Le preguntó Tess de repente.

Pete dio una larga calada y soltó el humo por la nariz como si fuera una chimenea. Ella rio.

- —No.
- —¿Por qué?
- —Me aburren las bodas.

Ella estaba de acuerdo.

- —El año pasado tuve que asistir a cinco.
- —¿Y por qué lo hiciste si dices que no te gustan las bodas?
- —Porque mis padres me obligaron a ir por compromiso... Lo hacen parte del tiempo y no me gusta—. Se quejó.

Tomó un trago de la botella. Pete se la arrebató de las manos e imitó el gesto. Le gustaba mucho el vino.

—Los padres son un verdadero fastidio. Mi madre convenció a mi tía para que me viniera a trabajar aquí...—dijo con repulsión.

Tess le miró un tanto asombrada.

—¿No te gusta trabajar en Hastings Hill?

Él bebió otro trago.

—Me gustan más las tetas de lady Lucy... —rio pícaramente.

Tess rio a carcajadas mientras daba una calada. Fue una de sus primas maternas la que le enseñó a fumar a temprana edad y no le disgustó. Ello la hacía sentir mayor.

—Ella es una mujer muy simpática, y lord Hastings es increíblemente guapo... —expresó con vehemencia.

Pete se molestó por el comentario.

—Todas decís lo mismo cuando lo veis, pero en el fondo no es más que un maldito noble rico que cree ser mejor que los demás.

Tess no supo qué contestar porque no esperaba que Pete hablara así de su señor.

—A veces pienso que él tuvo algo que ver con la muerte de su familia.

La muchacha apagó el cigarro y dejó la botella en medio de los dos. Había oído hablar del asunto, y de lo mucho que lord Hastings seguía sufriendo con esas muertes, a través de lady Olivia.

—Eso es una acusación muy grave y deberías pensar bien lo que dices si no quieres meterte en un buen lío, Pete... —le advirtió.

Pete se enfadó repentinamente.

- —¡No me digas lo que debo o no debo decir! —Exclamó.
- —Solo es un consejo. No te enfades conmigo, Pete. —Le pidió.

- —¡Ahórrate tu consejo! —Tess estaba atónita—. Tú solo ves su apariencia, pero es un hombre malo como la difunta lady Gail.
 - —No digas eso —le pidió.

Pete se mesó desesperadamente el cabello. Comenzaba a estar harto de que esa estúpida defendiera lo indefendible.

—¡Oh, cállate, no sabes lo que dices! —Dijo bebiendo compulsivamente.

Tess no dijo nada. Le gustaba la compañía de Pete, pero no sabía que tuviera tan mal genio y que odiara tanto a lord Hastings.

La señora Rushmore sabía perfectamente dónde podría encontrar a su sobrino porque siempre solía retirarse al granero para eludir sus obligaciones, pero lo que no esperaba era que la señorita Tess estuviera con él bebiendo y fumando. La muchacha al verla entrar huyó rápidamente y rezó porque el ama de llaves no contara nada a sus padres ni a los dueños de la casa. Su sobrino, en cambio, rio como un lelo por su reacción.

—¿Cuántas veces te he dicho que no hables ni traigas a las hijas de los invitados aquí? —Dijo cogiendo la botella y el paquete de cigarrillos.

Pete protestó. Ella le envió una mirada airada.

—Fue ella quien vino. Yo estaba solo.

Angie no le creyó.

—Ella no habría sabido dónde estabas a no ser que tú se lo hubieras dicho antes, así que no me tomes por tonta, jovencito —le regañó—. La próxima vez se lo diré al señor.

Pete la miró con odio mientras ella se alejaba un tanto malhumorada y molesta por la actitud egoísta e irresponsable de su sobrino...

Lucy nunca imaginó que acabaría siendo la nueva marquesa de Collingwood, pero lo aceptó como parte del trato. Recibió sonriente las felicitaciones de Olivia y los Hearls. Mientras el marqués, que fingía una felicidad absoluta que ni él mismo creía, sugirió ir al salón para hacer el correspondiente brindis y cortar la tarta nupcial. Brad hizo los honores mientras Lucy cortaba el pastel... Todo era alegría y complicidad entre la pareja. El cura se quedó para el brindis y luego se ausentó... Brad dedujo que era para contar a sus feligreses la boda ya que era algo chismoso.

Olivia miró feliz a su sobrino. Bradley podía haber engañado a los Hearls, pero a ella no. Era obvio que su sobrino había contratado a una actriz que se parecía mucho a Gail para atrapar al responsable de aquel accidente. ¿Qué si no le había impulsado a llegar tan lejos? Aunque se

alegraba de que formalizara aquella mentira ya que Lucy era la persona adecuada para él, pensó satisfecha.

Brad había dejado su posición social y se había casado con una criada cuyo pasado familiar escandalizaría a toda la alta sociedad de Dover... Solo su padre había llegado tan lejos por aquel desliz que tuvo con aquella corista. Su madre, para evitar el escándalo, tuvo que acoger a Clive porque su padre lo reconoció como hijo suyo. Fueron momentos muy difíciles para Brad que nunca perdonó aquella infidelidad por parte de su padre, al que adoraba hasta entonces. Después de aquello vino la decepción y el distanciamiento entre ellos. Clive pagó los platos rotos... sobre todo cuando su madre enfermó gravemente a causa de unas extrañas fiebres... Brad echaba en falta a su madre, con la que tenía una estrecha relación. A ella probablemente le habría agradado la criada como nuera porque era distinta a Gail. Esa era la verdad... pero debía de andarse con cuidado ya que la doncella era una joven impetuosa y a la mínima oportunidad podía escaparse de Hastings Hill para poder recuperar a sus hermanos... Aunque ¿qué se suponía que iba a ocurrir entre ellos? ... ahora era su esposa... El recuerdo de su carne húmeda abriéndose bajo la sugestiva invasión de sus dedos con ella jadeando despertó en él un repentino deseo... Así que mientras los Hearls y Olivia tomaban la tarta en medio de una interesante charla sobre postres, el lord se acercó a su esposa que se había levantado del sofá para dejar el platito sobre la mesa. Se fijó en su espalda recta, su estrecha cintura y en sus brazos delgados. ¿Qué pasaría si estampara un beso en su cuello? ¿Se escandalizaría? ¿Le agradaría?.

—No he probado la tarta, esposa mía... —le dijo muy cerca de su oído.

Lucy se puso tensa, pero se giró para mirarle y en su rostro vio una burla soterrada. En lugar de mandarlo a paseo, como le habría gustado hacer, procedió a sonreír mientras Olivia los observaba.

—Su tía nos observa, así que compórtese, milord... —dijo mirándole a los ojos.

Unos ojos realmente cautivadores. Lástima que fuera tan arisco.

—Lo haré siempre que me sirvas un trozo del pastel.

¿Cómo decirle que necesitaba quitarle el vestido y poseerla hasta desfallecer?

Ella suspiró y le dio el platito con el pastel seguido de una amplia sonrisa. Olivia dejó de observarles.

—Abre la boca... —le ordenó en un arrebato.

Lucy le miró ruborizada y negó por lo bajo.

—Hazlo...—le ordenó con voz ronca.

Definitivamente estaba loco de atar, pensó mientras él tomaba una porción de pastel y se lo daba a probar. Si hubieran estado solos le habría desabrochado el vestido y habría untado sus pezones con el merengue. Se los lamería por turnos... La sola idea de imaginarlo le produjo una súbita erección que ocultó como mejor pudo. A lo sumo disimuló sus ganas chupando lascivamente la cuchara mientras le miraba los pechos. Lucy apartó los ojos rápidamente.

—¿Te molesta el corsé?.

La pregunta incomodó a la muchacha que no estaba acostumbrada a ese tipo de conversación.

—Milord...—le regañó.

Él esbozó una ladina sonrisa mientras dejaba el platito sobre la mesa auxiliar.

—He visto cómo te lo reajustabas en varias ocasiones.

¡Menudo mirón estaba hecho!

—¿Ahora se dedica a espiarme, milord? —Dijo mordazmente.

En otro momento la habría puesto en su sitio por insolente, pero era su esposa. Además, no estaban solos.

—Digamos que me gusta controlar aquello en lo que invierto mi dinero —Lucy se sintió ofendida por el comentario—... aunque si lo prefieres puedo despedir a nuestros invitados y te ayudo a quitarte el corsé.

Lucy sabía que se estaba burlando de ella, así que se mordió la lengua para no contestar, aunque quería dejar claro cierto asunto.

—Que seamos marido y mujer no significa que vaya a cumplir con mis deberes maritales... hicimos un trato, milord. —murmuró sin perder su encanto natural.

Aquella mujer lo desquiciaba y excitaba de una manera extraña, sobre todo cuando hacía uso de su lengua afilada.

—A veces los acuerdos suelen romperse... —le dijo muy cerca de su oído.

El rubor la consumió por completo. ¿Tan tímida era?

- —No tiene por qué ocurrir si la otra parte rehúsa a ello, milord.
- —¿Lo dices por ti? —Preguntó en un tono sarcástico. Ella no quiso contestar—. No quiero pensar en cómo jadearás cuando te posea por completo.

Por lo que podía ver era mucho peor que su hermanastro y quiso abofetearle por insolente, pero él se lo impidió disimuladamente atrapando su mano para besársela.

—Nada de espectáculos bochornosos por esta noche. Luego hablaremos pero a solas. —señaló cogiéndola de la mano para sentarse junto al grupo.

Ella no tenía nada de qué hablar con ese atrevido... Por eso se las ideó para estirar más aún la velada hasta el extremo de que la señora Hearls daba cabezadas en el sofá... Brad, que se había dado cuenta de las intenciones de la astuta criada, dio por concluida la velada justo cuando su tía dejó escapar un bostezo... Lucy aprovechó que la señora Rushmore quería hablar con el noble de cierto asunto importante para intentar salir del salón. No soportaba más aquella presión en las costillas, pero él le ordenó que se quedara... Brad hablaba con la señora Rushmore sobre... Lucy no pudo escuchar bien lo que decía porque de repente se le nubló la visión, sentía una extraña sudoración, y le costaba respirar. No en vano perdió súbitamente la consciencia... Al abrir los ojos se encontró con los de Bradley que la miraba junto a una preocupadísima señora Rushmore. Lucy trató de incorporarse, pero él no se lo permitió. Pero se fijó en que estaba en una cama que no era la suya y ni siquiera estaba en su habitación. Ello la desestabilizó.

- —¿Qué ha pasado?
- —Te desmayaste por llevar muy apretado el corsé... —dijo él mirando al ama de llaves que se disculpó por su torpeza.

Lucy le quitó hierro al asunto viendo como el vestido estaba desabrochado y el corsé aflojado.

La señora Rushmore no tenía nada más que hacer, así que se despidió de los señores. Lucy deseaba que se quedara y no la dejara sola, pero Bradley la miró como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—¿Tienes miedo de tu marido? —dijo yendo al vestidor.

Lucy le hizo burla y procedió a levantarse de la cama, pero ¿dónde estaba su ropa de dormir? Rebuscó en el cajón de la mesita de la derecha y vio un camisón. Ni siquiera se fijó en lo sugerente que era. La idea era desvestirse y vestirse antes de que él volviera. Chilló al verle ahí parado viéndola semi desnuda. Ella se cubrió los pechos con el brazo... Llevaba unos sugerentes calzones de encaje.

—¿Te ayudo a quitarte el resto de la ropa, esposa mía? —Ironizó mientras abría el cobertor.

Lucy cogió el camisón, corrió al baño y se encerró. Aquel atrevido era insufrible, se dijo. Maldijo en voz baja al percatarse de que el camisón era demasiado corto y transparente. Miró al techo del baño y suspiró. Abrió con sigilo la puerta.

—No pienso cerrar los ojos ni apagar la luz... —le dijo él mientras leía un libro.

Lucy deseó quedarse en el baño y esperar hasta que él se durmiera para salir.

—Tampoco pienso acostarme porque no tengo sueño... —le indicó.

Lucy dio un portazo, pero enseguida abrió la puerta y caminó aparentemente serena, haciendo caso omiso a la mirada del noble, ya que iba prácticamente desnuda. Tenía unas piernas largas y delgadas y un vientre plano. Sus pechos, grandes y redondos, se movían en un ligero vaivén, pero no hizo intento de cubrirse, sino que bordeó la cama y se metió bajo las sábanas cubriéndose con ellas hasta el cuello. Bradley carraspeó, y por más que le tentara la idea, no pensaba tirarse a la criada. Cuando todo acabara él le pagaría y ella se marcharía.

—¿Le divierte burlarse de mí, milord?

Si lo que pretendía era iniciar una disputa en su noche de bodas, adelante. Se la tenía jurada por la tediosa velada de antes. Cerró de golpe el libro y lo depositó en la mesita de noche.

—Tener a mi pobre tía al borde del sopor por culpa de tu charlatanería fue un acto indigno.

Lucy se incorporó. Sus pechos, cubiertos por la tela transparente del camisón blanco, quedaron expuestos ante los ojos del hombre. Estaba tan cerca que con solo tirar del escolte quedarían liberados... pero ella se cubrió con la sábana prohibiéndole las vistas.

—Solo trataba de amenizar la velada.

Que lo tomara por necio lo alteró por completo.

—¡Yo diría que estabas ganando tiempo para no compartir la cama conmigo! —Exclamó.

Ella no tuvo argumentos para defenderse porque estaba en lo cierto, así que fue al grano.

- —¡Nunca debía de haber aceptado su trato, milord!
- —¿No me digas?
- —¡Hablo en serio!... —inquirió enfadada.

El noble estaba perdiendo la paciencia y Lucy lo sabía.

- —Yo también, pero aceptaste, así que asume las consecuencias.
- Lucy sintió que no tenía escapatoria. Eso la partió en dos.
- —Por supuesto que las asumiré, pero no espere que me entregue a usted. Dichas palabras hirieron el ego del lord.
- —¡Nadie te ha pedido que lo hagas! Antes recurriría a una ramera como tu madre que acostarme con una vulgar sirvienta como tú... —Dijo alzando la voz.

Había logrado enojarlo con su impertinencia. Tanto que la echó de la cama y del cuarto. Aquello fue, sin duda, otra humillación más para la pobre Lucy que acabó durmiendo en la habitación de al lado mientras lloraba desconsoladamente.

La noticia de que el marqués de Collingwood se había casado en segundas nupcias se extendió rápidamente entre los habitantes del pueblo. Clive, que había sido puesto en libertad tras depositar una señal, se enteró mientras bebía una jarra de cerveza en la cantina del viejo Cummings... Sonrió incrédulamente ya que le resultaba extraño que ese infeliz rehiciera su maldita vida así como así... Algo le había impulsado a hacerlo, pensó mientras apuraba el licor... probablemente su nueva esposa no fuera de los alrededores de la región, de lo contrario no se habría casado con semejante demonio. Era así como Gail lo llamaba porque perdía las formas y siempre creía tener la razón en todo solo que ella no quería someterse a voluntad. Abigail tenía otra vida secreta y otros planes... De hecho, tras el nacimiento de Ross tenía intención de huir de Hastings Hill, pero Clive la disuadió porque tenía todas las de perder. Ella estaba desesperada por alejarse del gran marqués y de su morada a la que consideraba una jaula...

Por otro lado, el gran marqués de Collingwood no soportaba que su padre lo hubiera reconocido y que Ginebra le quisiera como a un hijo. Le revolvió el estómago saber que, una vez muerto el viejo, le dejó una buena herencia que él administraba de manera injusta para hacerle pagar los pecados de su padre...

Clive tenía que mendigar lo que le pertenecía por derecho propio mientras él se burlaba de sus sentimientos. Clive estaba harto de aquella situación. Él era un Hastings, le agradara al marqués o no. Tenía los mismos derechos que él y que su hermanastra Berenice, pero ésta, a diferencia de aquel, era un ser entrañable. Siempre le había tratado como a un hermano. De niña había estado muy unida a Clive, pero el gran marqués se empeñaba en alejarla de él porque lo consideraba un paria... Clive vivió en sus propias carnes el desprecio y la humillación de su hermanastro, que no olvidaba ni perdonaba los defectos de los demás, pero ¿y él? Tenía en sus espaldas la infelicidad de una esposa y de un hijo muertos en trágicas circunstancias, ¿qué pretendía con tanto rencor? ¿Acaso no había tenido suficiente con

alejarlos a él y a Berenice de la familia? El gran marqués sabía perfectamente que su hermana era una pobre desdichada en su matrimonio y que había tenido una preciosa hija a la que no conocía. ¿Para qué? Si no era capaz de ver más allá de sí mismo por lo tanto ¿qué sentido tenía que se preocupara por ellas? Si acaso había hecho todo lo posible por dividir a la familia por castigarles a Berenice y a él... ¡Qué otra cosa si no! Clive habría dado lo que fuera por tener un hogar y una familia tal y como era el deseo de su madre Ginebra, pero su deseo se había visto ralentizado por culpa del gran lord. ¿Qué clase de persona era esa que hacía daño a los suyos con su arrogancia y engreimiento? ¿Por qué no enterraba el hacha de guerra? ¿Por qué seguir con lo mismo una y otra vez? ¿Hasta cuándo iba a seguir martirizándolo?

Su madre Ginebra no le hubiera gustado ver este enfrentamiento sino mantener a la familia unida. Solo quedaba un reguero de odio y rencor mientras aquel desgraciado se alegraba de las desventuras de Berenice y de las suyas.

—Otra ronda... —le pidió al mesero.

Clive se había pasado media vida deambulando de un lugar a otro por culpa del gran lord Collingwood. Su influencia le había condenado a vagar como una sombra errante. Los pocos amigos que tenía le habían dado la espalda a petición de él mientras que la familia le había desterrado como a un apestado. Había dormido en verdaderos cuchitriles porque el dinero le llegaba con cuentagotas. Exigirlo suponía llegar a las manos y acabar entre rejas... El alcohol y las mujeres habían sido un entretenimiento para ahogar sus penas, pero estaba cansado de esa vida. Necesitaba cambiar de aires y de hábitos puesto que ya no era un adolescente sino un hombre que rondaba la treintena. Quería su herencia y Collingwood's Hall, pero él se lo negó la última vez que se vieron. Se puso impertinente removiendo viejas heridas. Le acusó de la muerte de Gail y de su sobrino Ross como siempre hacía cada vez que venía al pueblo... Harto de sus atrevimientos se enzarzaron en otra disputa, pero Clive se dio cuenta de que todo formaba parte de una treta para volverle loco, así que rehusó continuar... Cogió su navaja para pelar una naranja, pero aquel perro tonto se abalanzó sobre él para morderle... Tuvo que defenderse. Eso le costó pasar cinco días en aquel maldito calabozo. Necesitaba un baño urgentemente, de modo que pagó la cerveza y se retiró con intención de ir a la posada en la que solía alojarse... Una ramera se le acercó en la calle para ofrecerle sus servicios por unas míseras peniques, pero la apartó de malos modos.

Pagó lo que le debía a la casera y fue directo al baño. Recordó su infancia y maldijo entre diente. Si el gran marqués pensaba que iba a deshacerse de él, iba apañado. Había vuelto, y esta vez para quedarse, ya que hacía tiempo que no veía a tía Olivia, la cual solía viajar a Hastings Hill por estas fechas.

Había sido sumamente cruel e injusto con ella, sin embargo no esperaba que fuera a pedirle perdón en ningún momento. El marqués era lo suficientemente engreído como para aceptar parte de su culpa. No en vano a la mañana siguiente fingió ser el marido considerado que no era. Lucy tuvo que seguirle la corriente una vez más y no veía cuándo iba a acabar ese tormento y el tener que aguantar su presencia. De hecho, había momentos en los que quería contarle la verdad a Olivia y dar por finalizada aquella farsa, pero él la vigilaba muy de cerca y toda posibilidad desaparecía. Por otro lado, la muchacha sentía un profundo desconsuelo. No tener a sus hermanos con ella la angustiaba. Sin embargo, debía sonreír aunque las lágrimas querían fluir a cada rato... Pero ¿por qué no quería romper aquel maldito acuerdo y dejarla marchar? ¿Qué había detrás de él? Pensar en esto mismo la inquietó hasta el extremo de no haber oído a Olivia que la llamaba a una distancia prudente de donde ella estaba... Había salido a pasear al jardín a la espera de ordenar sus ideas y había sido peor el remedio que la enfermedad porque seguía como al principio.

—Los Hearls tienen especial interés en conocer el pueblo, ¿te gustaría venir con nosotros?.

En otro momento habría dado la vida por ir, en aquel instante solo ansiaba marcharse de Hastings Hill y aun así declinó amablemente la invitación. La anciana la miró durante unos segundos porque notaba rara a la joven.

—¿Te encuentras bien, querida?

Lucy no sabía cómo, pero aquella mujer debía tener un don para percibir la desdicha ajena.

—Oh, sí...—siseó.

No quería que Olivia sospechara nada porque le traería serios problemas con el marqués y no quería discutir con él.

La anciana sonrió complacida.

—En ese caso nos vamos. Presiento que va a desatarse otra terrible tormenta.

Lucy asintió mirando el cielo encapotado. Jamás había visto un tiempo tan inestable como en la región.

—Tienes compañía, querida... —anunció contenta Olivia viendo como Draco se acercaba al trote hacia ella.

Lucy se alegró al verle, pero la sonrisa se borró de su rostro cuando vio al marqués hablando con su tía, que luego se alejó al cabo de unos minutos.

Draco se plantó delante de su dueña que lo acarició y se dedicó a hacerle mimos. Giró alrededor de su falda y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio... Bradley se quedó mirando la escena. Nunca antes su perro se había comportado de igual manera con nadie salvo con la criada... Era cierto que su llegada había arrojado cierta luz a la oscuridad que le envolvía, pero le estaba ocasionando muchos quebraderos de cabeza y su tía le acababa de regañar por haberla dejado sola...

<<Ella solo es un acuerdo. Maldita sea...>>

Él se acercó y le ordenó que lo siguiera... Ella se negó de repente. Brad se giró coléricamente y Draco le ladró enérgicamente. El marqués lo miró malhumorado.

—¡Cállate!

Lucy protegió al animal. Ese gesto no gustó al marqués porque era su perro aunque éste ya había elegido y a la vista estaba.

—No le grite.

Brad no estaba de humor para más trifulcas. Tenía asuntos que atender, pero parecía que a ella le encantaba sacarlo de sus casillas... Alzó el dedo índice ante la impasibilidad de ella.

- —Vamos, Draco...—dijo pasando de largo.
- —¡Para de una buena vez!

Lucy tomó del collar a Draco y se detuvo para girarse y mirarle con cierto orgullo en la mirada.

—Los Hearls y su tía han ido al pueblo... Así que no tiene que fingir ser el marido correcto. Al menos durante unas horas, milord.

¿Por qué osaba desafiarlo tanto?

Draco movió la cola.

—¡Nos vamos al pueblo y no es un ruego! —Bramó entrando a la casa.

Una de las doncellas tropezó con él y se echó a un lado después de hacer una rápida reverencia. Lucy miró a Draco.

—No sé cómo puedes soportar su mal genio.

El perro aulló yendo al trote.

Clive nunca pensó que fuera a encontrarse casualmente con su tía ni que ésta no lo reconociera porque habían pasado muchos años desde la última vez que se vieron. No obstante, a la anciana le bastó con fijarse en él para percatarse de que era su díscolo sobrino al cual saludó sin mucho entusiasmo.

Los Hearls se excusaron. Tess miró fascinada al hombre. No había visto nada igual en años pues le resultó mucho más guapo que su hermanastro lord Hastings.

Olivia se sentó con su sobrino en un banco a petición de éste. Clive la miró complacido y tomó su mano para besarla devotamente. Semejante gesto dio que pensar a Olivia porque era obvio que quería algo.

—A ver, muchacho... ¿Por qué no me dices aquello que quieres? Ya sabes que no me gusta que me adulen ni me hagan perder el tiempo con simplezas.

Clive sonrió. Nunca había subestimado a su tía. Siempre la había considerado una mujer muy inteligente y con carácter lo cual la convertía en una mujer extraordinaria.

- —Siempre tan directa, tía.
- —A mi edad la paciencia escasea... Así que ve al grano. Quiero volver a casa antes de que comience a llover.

En el fondo tenía aprecio a su pariente, aunque no tenían contacto alguno. El marqués se había encargado de que así fuese.

- —Convence a Bradley para que me dé toda mi herencia, y eso incluye Collingwood's Hall.
- A Olivia le pareció un desatino teniendo en cuenta la profunda enemistad que había entre Bradley y él.
- —Sabes que no puedo hacer tal cosa... —respondió con intención de ponerse en pie.

Clive la retuvo. Olivia le miró cansada.

—El viejo me dejó una generosa herencia y él se empeña en negármela, tía.

Olivia alzó una ceja.

—Eso es algo que debes de hablar con tu hermanastro. Y no llames así de tu padre...

Él se sonrojó por primera vez en su vida. Tía Olivia le imponía con su carácter autoritario.

—Está bien... Pero tienes que admitir que él me está poniendo las cosas muy difíciles.

Tenía razón, aunque sabía que Bradley no iba a dar su brazo a torcer por más que intentara disuadirlo de mil maneras. Había una guerra abierta entre ellos por razones más que evidentes que preocupaban a Olivia.

—Seguramente vuestro padre pensó que al nombrar a Bradley administrador de tu fortuna llegaríais a entenderos, pero el pobre se equivocó notoriamente.

Más que un administrador era un torturador, además de un egoísta, que disfrutaba con enojarlo con sus malditas decisiones.

—Si es así estoy dispuesto a perdonarle con tal de que me dé lo que es mío, tía.

Olivia le miró detenidamente. No le creyó porque sabía la clase de persona que era Clive con tal de salirse con la suya.

—Díselo tú cuando le veas... —le sugirió ella.

Clive no tenía nada que hablar con ese patán. Lo único que quería era que su tía mediara pero tal parecía que había sido una aberración por su parte.

- —Sabes que no me escuchará.
- —Inténtalo...

Clive comenzaba a perder la paciencia. ¿Tanto le temía tía Olivia a ese estúpido?

- —Lo he ido haciendo a lo largo de todos estos años —se mesó el cabello
 —. Puede que yo haya cometido muchos errores, pero él no se queda atrás, tía.
- —No estoy aquí para juzgar a ninguno de los dos. A vuestro padre no le habría gustado este enfrentamiento.

Clive reiteró sus errores y se disculpó por ellos. Olivia quiso creerle.

—Tienes que reconocer que no se comportó bien conmigo y todo porque Ginebra me acogió como un hijo.

Olivia le miró apesadumbrada. Aquella situación fue realmente difícil para Brad ya que tenía a su madre en un pedestal y no quería compartirla con nadie.

—Ginebra os quería a los tres. Fue una lástima que Chase la engañara de aquel modo.

Clive sabía la clase de padre que tenía y no lo disculpaba.

- —Pero yo no tengo la culpa de lo que él hizo... —se defendió. Olivia suspiró.
- —No, aunque Brad sufrió mucho con esa deslealtad hacia Ginebra.
- —Y por eso me hace pagar los platos rotos... ¿No es así?

La anciana posó su mano sobre la suya.

- —Brad es un buen hombre...
- —¡Oh, sí, claro!
- —Hablo en serio... Solo tienes que darle tiempo...
- —¿Tiempo? ¡Si no tengo un hogar, tía! —La mujer estaba entre la espada y la pared... —Lleva años humillándome y negándome lo que me pertenece por derecho.

Olivia ansiaba que hicieran las paces, pero lo veía complicado.

- —Brad siempre ha protegido a la familia.
- —¿De mí? —le miró horrorizado.
- —No me refiero a eso, sino a que tu existencia fue toda una sorpresa para todos.

Él era solo un niño harapiento y tímido que trataba de encajar con su nueva familia rica. Su madre biológica lo abandonó a su suerte. Solo los cuidados de Ginebra le salvaron de la muerte...

—Ginebra era mi madre y la quería.

Olivia iba a responder, pero un carruaje deteniéndose delante de ellos le llamó repentinamente su atención ya que pertenecía a Brad. La dama se puso nerviosa al ver a su sobrino apeándose rápidamente del coche en compañía de Lucy... Clive, en cambio, se quedó boquiabierto mirando a la muchacha.

—¿Qué haces tú aquí? —Dijo Bradley furioso.

Clive, por respeto a las damas, no contestó, sino que se despidió de su tía y les dio la espalda... cosa que el otro tomó como una ofensa...

—Te estoy hablando.

Clive respiró profundo y se giró pausadamente.

- —Déjame en paz...—le pidió.
- —Bradley, es suficiente...—le dijo su tía.

Lucy tembló y se fijó en Clive y en su altura. Su cabello era corto y de color café claro. Medía cerca de un metro ochenta, sus ojos eran de un tono gris con tonos verdosos... el susodicho le dedicó una sonrisa. Brad se colocó en medio de los dos.

—Borra esa maldita sonrisa de tu rostro. —dijo empujándolo.

Clive tenía ganas de atizarle, pero se contuvo.

Olivia se puso en pie y pidió a Clive que se fuera, pues la gente se estaba aglutinando a su alrededor.

—Recuerda lo que hemos hablado, tía... —le dijo en voz baja...

Olivia no contestó y vio cómo se alejaba. Lucy no dejaba de mirarle. Él se giró y le volvió a sonreír. Ella apartó la mirada. Bradley parecía distraído preguntando por los Hearls. Olivia le indicó donde podían estar. El marqués fue a buscarlos.

Clive surgió de la nada. Él era así de impulsivo. Olivia le pidió que se machara.

—Mi nombre es Clive... —Lucy no supo qué decir—. Si no te satisface, llámame a mí, encanto.

Olivia boqueó y le reprendió duramente. Él se lo tomó a risa y se fue enseguida.

Cuando Bradley regresó tuvo la corazonada de que ese cerdo había vuelto a juzgar por la inquietud de la criada.

—¿Ha estado aquí, verdad?

Olivia intervino calmando los ánimos.

- —Vino a dejarte un recado.
- —¿Qué recado?
- —Dijo estar dispuesto a perdonarte si le das toda su herencia incluida Collingwood's Hall.

Bradley quería matarlo.

—Espero que le des lo que le corresponde... así dejará de molestar...

El marqués estaba lejos de creerlo porque sabía cómo era ese miserable.

—No quiero hablar de eso ahora, tía... —dijo mientras caminaban por la concurrida acera.

Olivia le miró preocupada.

Los Hearls iban delante charlando entre ellos.

Lucy no abrió la boca. Estaba profundamente conmocionada, aunque negarle la herencia a su hermanastro era un acto ruin por muy desvergonzado que fuera el otro.

—Pero tienes que tomar una decisión. No podéis seguir así... —dijo Olivia sobrecogida.

Brad no contestó a eso, sino que le sugirió entrar en una tienda donde hicieron unas compras.

La presencia de la nueva marquesa de Collingwood en el pueblo fue todo un acontecimiento social. Nadie imaginaba que ella se pareciera tanto a la difunta lady Abigail aunque en el trato lady Lucy era mucho más amable que la anterior. Eso era algo indiscutible. Brad se percató de ello porque fueron muchos los que se acercaron para conocerla y saludarla.

La lluvia hizo acto de presencia una hora más tarde. Brad sugirió regresar a casa. Al llegar todos corrieron dentro de la mansión. Uno de los criados abrió el paraguas para los señores y para lady Olivia, que estaba preocupada por cómo estaban las cosas entre Clive y Brad.

La señora Rushmore les ofreció toallas secas a todos mientras una criada avivaba el fuego de la chimenea del salón. Lucy estaba inmersa en sus pensamientos... Apenas habló durante el almuerzo y menos en la cena. Había hecho bien en no aceptar ningún regalo del noble, ni siquiera aquel hermoso sombrero con plumas de oca... Dijo que no le gustaba su diseño. Igualmente rechazó aquel vestido y las pieles. Bradley sabía que su comportamiento se debía al incidente de la noche anterior, pensó una hora después mientras se metía en la cama solo. Su orgullo le había impedido regresar al lecho conyugal así que fue a buscarla... la encontró sentada en el filo de la ventana mirando como la lluvia golpeaba las frágiles ventanas. Ella no hizo el gesto de moverse cuando él se colocó delante de ella.

- —¿Vas a dormir en esta habitación?
- —Sí... —respondió sin mirarle.

Un trueno retumbó en lo alto a la vez que el rayo alumbraba toda la habitación. Él vio que ella temblaba como una frágil flor y se contuvo de no abrazarla.

—¿Hasta cuándo vas a seguir interpretando el papel de esposa dolida? Ella se levantó y pasó de largo. Por más que no quisiera reconocerlo le había hecho daño. Brad alargó un brazo y la tomó del codo.

—Suélteme.

No lo hizo, sino que la atrajo hacia él.

—Lo haré cuando respondas a mi pregunta.

Ella forcejeó.

- —He visto cómo mirabas a ese miserable de Clive. ¿Te gusta?.
- —Déjeme en paz...

Lucy se zafó molesta y se metió en la cama con la bata puesta...

¿Eso era todo lo que tenía que decir?, pensó enojado... Si pensaba que podía librarse de él tan fácilmente se equivocaba, así que se quitó el batín y

se metió en la cama. Lucy no protestó, sino que le dio la espalda. Él la imitó.

<<¡Maldita mujer!>>

Bradley no se movió porque, al abrir los ojos, vio que ella dormía entre sus brazos. Su suave fragancia y el calor de su cuerpo lo envolvieron de manera apabullante. Sin embargo, Lucy se removió entresueños y el hombre fingió que dormía. Sintió que ella ahogaba un grito de horror apartándose inmediatamente de él... Bradley abrió lentamente los ojos y vio que había abandonado la cama. Verse en sus brazos debió de causarle un gran desconcierto ya que no lo soportaba. Pero ello no le molestó. Tocó la campanilla que colgaba de la pared y le ordenó a Pete que le preparara el baño. También pidió que les sirvieran el desayuno en la habitación. El muchacho le hizo una reverencia y salió... Lucy pidió reunirse con los Hearls y su tía, a lo que él se negó... Era una manera de hacerle pagar el haber saltado de la cama como si él fuera un apestado.

Lucy no protestó, aunque motivos no le faltaban. De modo fue al baño para asearse y vestirse antes de que él la obligara a compartir la bañera... Al salir se encontró con que estaba totalmente desnudo. Le produjo una gran conmoción el ver su alargada y tiesa virilidad. Ella sabía que lo hacía para incomodarla así que fingió naturalidad...

Cuando él acabó de bañarse y se acercó donde ella estaba sentada, Lucy pensó que se desmayaría... tenía el pene arrugado y húmedo como el cabello y el cuerpo.

—Sécame la espalda con la toalla... —le ordenó.

Si era una manera de ruborizarla o humillarla no iba a lograrlo y le dio un rápido restregón, pero el muy descarado se puso de frente... su falo asomaba entre el ensortijado vello oscuro... Lucy sintió vértigo.

—Hazlo así.

Guió su mano por la base de su cuello, por su esculpido pecho, por su vientre marcado y cuando llegó a su entrepierna ella, por instinto, apartó rápidamente la mano.

—No muerde... —dijo tomando su mano.

Ella contuvo la respiración porque notó su dureza e incluso sus dedos rozaron la aterciopelada piel que envolvía su sexo. Brad deseó que lo acariciara en lugar de que lo mirara tan ruborizada, pero eso le excitó más todavía.

—¿Por qué me hace esto, milord?

Él arrojó la toalla tan lejos como pudo...

—Porque quiero... —respondió junto a su boca.

El aliento de ella bañó la suya.

Por un momento Lucy pensó que la besaría, sin embargo, él se inclinó para coger el batín. Cubrió su espléndida desnudez con él y abrió la puerta a la doncella que les traía el desayuno. Ésta salió tras hacerles una reverencia.

El marqués depositó la bandeja sobre la cama y le ordenó a Lucy que se sentara. La muchacha comió con timidez pues sus ojos no podían evitar posarse en la abertura del batín donde su sexo asomaba escandalosamente. Ni siquiera hizo el intento de cubrirse. ¡Madre del amor hermoso! Y cuando lamió descaradamente la cucharilla con la que removió el café fue ya el acabose.

—Abre la boca.

Las pupilas de ella se dilataron mientras una parte de su anatomía palpitaba. La estaba tentando con sus aires de seductor al darle una porción de tarta de limón. Él chupó el resto que quedó en la cuchara... ansiaba apartar la bandeja y hacerle el amor, pero cabía la posibilidad de que se escandalizara y asustara.

Lucy apuró el café.

—¿Eres virgen?

La chica casi espurreó el café. ¿Cómo podía preguntarle semejante cosa? ¿Tan descarado era?

—No me parece adecuado responder a una pregunta tan personal. Es indecente, milord.

Necesitaba saberlo para salir de toda duda.

Dejó la taza en la bandeja para limpiarse los labios con la servilleta. Esos labios que había chupado como una fruta exótica.

—Tal vez no quieras responder porque quieres seguir aparentando ser una doncella virginal.

¿Cómo se explicaba aquel comportamiento en un hombre de su posición? Además ¿a él qué le importaba si era o no virgen?

—¿Tu madre se prostituía en la calle o traía a sus clientes a vuestra casa?

Lucy no tenía por qué soportar la impertinencia del noble, de modo que arrojó la servilleta sobre la cama y se puso en pie.

—¿Cómo se atreve a hablar así de mi madre?

Él corrió tras ella y le impidió que saliera cerrando la puerta tan pronto como Lucy la abrió.

- —Déjeme salir.
- —Si no lo hago ¿Qué harás? ¿Golpearme como la otra vez?

Ella temblaba de pura indignación.

—Contesta, maldita sea ... —sostuvo su rostro entre sus manos y la besó.

Últimamente soñaba mucho con sus labios y con sus pechos, con su palpitante sexo... ¡con ella!

Cuanto más se resistía, más excitado estaba, pero Lucy se defendió mordiéndole el labio inferior. Brad la soltó emitiendo un gruñido. Lucy respiraba agitadamente... El hombre se limpió la sangre con el dorso de la mano.

La doncella llamó a la puerta y salvó a Lucy de la situación. El marqués se juró que se lo haría pagar en cuanto tuviera la oportunidad.

Por si el noble no había tenido suficiente, la señora Rushmore le informó de otro incidente relacionado con los Hearls que hizo rebasar la paciencia del lord, el cual se vio en la necesidad de pedirles que abandonaran Hastings Hill inmediatamente. Olivia y Lucy no entendieron a qué venía aquella repentina decisión si acaso vieron cómo los Hearls, muy ofendidos, se levantaron de sus respectivos asientos con intención de ir a hacer las maletas.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Le preguntó Olivia a su sobrino en un momento dado porque lo que era Lucy guardó silencio.

Algo grave había pasado para que el noble echara a dicha familia, pensó consigo misma.

—Tus amigos han tenido la osadía de robar en mi casa... —le espetó furioso.

Ambas mujeres no podían creer semejante cosa.

- —Conozco a los Hearls desde hace muchos años y...
- —¿Acaso estás dando a entender que la señora Rushmore miente? Declaró impacientemente.

Olivia titubeó.

- —No, pero no puedo imaginarme que los Hearls hayan hecho algo tan... tan... —no le salía la palabra...
- —Tan desagradable... —dijo Bradley en su lugar. Su tía suspiró afectada por la situación—. Pero lo han hecho y lo cierto es que no quiero que sigan alojados en mi casa...

—Pero...

Olivia se vio interrumpida porque los Hearls aparecieron en el salón con su equipaje. Brad los esperaba echando humo por las orejas. Odiaba que gente así se tomara la libertad de adueñarse de lo que era suyo y encima se hicieran los indignados. El señor Hearls quiso saber el motivo de tan humillante trato....

—¿Aún tiene la desfachatez de preguntarlo? —bramó el noble. Todos se asustaron ante tan potente voz—. Esta mañana la señora Rushmore le vio cómo guardaba en su bolsillo una pieza de la cubertería de plata. Y no ha sido la primera vez.

A Olivia casi le dio un vahído.

El noble estaba ansioso por agarrar por el cuello a aquel estúpido, pero se contuvo. No quería ensuciar sus manos en alguien tan insignificante y, además, un ladrón.

—¿Eso es cierto? —Preguntó Olivia a sus amigos.

Los Hearls se miraron los unos a los otros. Bradley les obligó a que confesaran pero ellos se negaron...

- —Abran sus equipajes.
- —¡Nosotros no hemos hecho nada! —Exclamó el cabeza de familia.

La señora Hearls abrazó a su hija que estaba pálida. Lucy se apiadó de ellas.

—Entonces haré venir a las autoridades—. Les amenazó el lord.

Ello asustó a los Hearls y tanto que su hija Tess acabó por delatarles. La señora Hearls avergonzada culpó a su marido para salvar la reputación de ella y de su hija. Olivia los miró estupefacta...

El marqués las escuchó y tomó la decisión de no presentar cargos contra ellos, pero les ordenó que devolvieran todo lo robado y que se marcharan cuanto antes de su casa. Los Hearls, después de depositar lo robado, acabaron huyendo de la mansión.

El disgusto de Olivia era tal que Brad pensó en llamar al médico, pero su tía no quiso. Lucy se ofreció a prepararle un té para calmar sus agitados nervios. Bradley las miraba en silencio... ¿Por qué no reaccionaba de igual manera con él? Bien era cierto que había vuelto a hacer alarde de sus malos modales, pero ella se empeñaba en llevarle siempre la contraria.

- << Debe odiarme... >>
- —Nunca imaginé que pudieran hacer algo así.

Lucy miró compasivamente a Olivia. Le dolía verla tan afligida, aunque para ella también había sido una sorpresa.

- —A veces no llegamos a conocer bien a las personas, Olivia... —dijo tomando afectuosamente su mano entre las suyas.
 - —Eso parece, querida.

Brad carraspeó.

—La señora Rushmore los estaba vigilando discretamente y ellos no se dieron cuenta.

Lucy apartó la mirada. ¿Tan enojada seguía estando con él?

- —Y pensar que eran mis invitados además de amigos.
- —¿Crees que han podido robar también en tu casa? —Preguntó Lucy ingenuamente.

Brad se fijó en la protuberancia de sus senos cuya carne blanda sobresalía recatadamente por el escote en forma de V de su elegante vestido de muselina azul. Su cabello caía delicadamente sobre sus hombros. Sintió que tenía la garganta seca, así que se sirvió un trago.

—Cualquiera sabe... Aunque no era solo a mí a quien visitaban sino...

Olivia calló en el momento en que la señora Rushmore entró con la bandeja de la correspondencia para su señoría.

- —¿Quiénes las envían? —Dijo dejando la copa sobre la mesa auxiliar.
- —El señor Clive, lord y lady Finch-Hutton y su amigo lord Anthony, milord.

Bradley arrojó al fuego la carta de ese bastardo y leyó las otras dos. La señora Rushmore abandonó la estancia cerrando la puerta al salir.

Olivia suspiró pues sabía que la relación entre Brad y su hermanastro era pésima, aunque ya vería el modo de que mejorara, pensó mientras charlaba con Lucy.

La carta de Anthony era escueta. En ella le felicitaba por su nuevo matrimonio y esperaba conocer a la afortunada. Brad sonrió por lo bajo... en cuanto a lord y lady Finch-Hutton, condes de Bethinstick, tenían el gusto de invitarle a él y a su esposa al baile anual que se celebraría la próxima semana en "Hutton's Falls".

Brad tocó la campanilla para llamar al ama de llaves.

Olivia y Lucy se miraron sin entender.

- —Envíe una nota a los condes de Bethinstick agradeciéndoles su invitación y confirmando nuestra asistencia para el baile.
 - —Sí, milord.

Olivia sonrió contenta... Lucy estaba blanca como la pared... ¿Un baile? ¡Nunca había asistido a uno!

—¡Oh, querida!... —exclamó la anciana entusiasmada—. Dicho baile será tu presentación en sociedad en uno de los salones más exclusivos de todo Dover.

Lucy tragó saliva mientras la miraba sin decir nada.

Esta vez la señora Rushmore no le apretó demasiado el corsé a Lucy, sino que deslizó con sutileza aquel magnífico vestido de seda blanco con cuello redondeado, y que dejaba al descubierto los delgados y delicados hombros de Lucy la cual llevaba un favorecedor recogido. La señora Rushmore quedó fascinada con el resultado al igual que el marqués cuando entró a la habitación vestido con aquel elegante traje negro, pero no dijo nada sino que se aclaró la voz. El ama de llaves salió del cuarto y dejó a solas a la pareja.

Lucy le miró a través del espejo del tocador y suspiró quedamente. El tipo estaba realmente guapo, pero no dejaba de ser un hombre antipático en la mayoría de las veces...

Bradley se acercó y se inclinó repentinamente no para regalarle un cumplido a la joven, sino para colocarle alrededor del cuello una fina gargantilla de diamantes que perteneció a su madre, así como los pendientes a juego que ella se puso con manos temblorosas porque no esperaba aquel detalle en él aunque, a fin de cuentas, aquello formaba parte del trato, es decir, exhibirla con las mejores galas, reconoció ella muy a su pesar.

—Vámonos. —le ordenó.

Lucy le siguió no sin antes estirar la falda del espléndido vestido. Anduvo con cierta torpeza porque no estaba acostumbrada a ese tipo de calzado... Olivia les aguardaba en el salón en compañía de la señora Rushmore que se puso en pie y sonrió a la pareja. Brad estaba serio.

—Ambos estáis muy guapos sobre todo tú, querida.

La muchacha le agradeció el cumplido con una tímida sonrisa. Brad hizo caso omiso mientras se colocaba la capa. La señora Rushmore se ofreció a hacer lo propio con Lucy. Olivia frunció el entrecejo pero no dijo nada. A veces Bradley se comportaba de una manera extraña con Lucy aunque ella, de un tiempo a esta parte, no se quejaba...

Ya en el carruaje era de esperar que él le diera las correspondientes instrucciones a la criada sobre qué debía o no hacer durante el baile. El

cochero azuzó los caballos mientras salían de la propiedad. Era la primera vez que Lucy acudía a un baile de esas características y estaba exultante, aunque el recuerdo de sus hermanos estaba muy presente.

En cuanto a Bradley podía decirse que había dejado atrás su encierro porque cabía la posibilidad de que entre los invitados se encontrara el responsable de del accidente de su familia. La sola idea de pensarlo le aceleró el pulso.

—No bebas demasiado champán ni des ninguna clase de escándalo. Todos sentirán curiosidad por saber quién eres. Habrá quién se acercará para hacerte preguntas sobre nosotros. No entres en muchos detalles, pero no pierdas la sonrisa nunca. Eso les mantendrá distraídos.

¿Quería decir con eso que le gustaba su sonrisa?, pensó Lucy mirándolo atentamente.

—¿Y si no siento deseos de reír? —Preguntó ingenuamente.

Brad arqueó adustamente una ceja. ¿Se estaba burlando de él?

—Hazlo. —le ordenó con voz brusca.

Lucy pegó un respingo en el asiento.

—¿Y si alguien me reconoce?

Eso era algo que Bradley tenía muy presente y estaba dispuesto a jugársela.

- —Finge que no le conoces... —respondió impacientemente.
- <<Como si ello fuera a ser fácil. >>
- —Está bien... —dijo Lucy cándidamente. Él la miró pero enseguida apartó la mirada—. ¿Quiénes son los Finch-Hutton, milord?

A Brad no le gustaban los chismes, pero consideró oportuno que la criada supiera algo de los anfitriones.

—Lady Laetitia es treinta años más joven que su marido. No tienen hijos porque el conde es estéril. Él suele contarlo a su círculo de amigos... Ella es agradable pero mortalmente insistente para que acepten tomar el té en su casa.

Lucy se sujetó al asiento ante un ligero vaivén del carruaje.

—Si lady Laetitia supiese quién soy yo seguramente no se molestaría en invitarme y menos conversar conmigo, milord... —dijo mirando por la ventanilla la noche que los envolvía.

El noble la miró. En su voz había cierta tristeza. Él carraspeó.

—Cuando entremos al salón no demuestres tu nerviosismo sino que camina a mi lado y mantén la espalda recta.

Lucy temía tropezar y caer. La sola idea de pensarlo le provocaba cierta inquietud.

—No estoy acostumbrada a andar con estos zapatos, milord... —le confesó con la sinceridad que le caracterizaba.

Brad la miró ceñudo.

- —Mira por donde caminas y si algún petimetre.
- —¿Qué significa petimetre?

La criada estaba siendo muy curiosa, aunque él no había olvidado el mordisco que le había dado en el labio.

—Si algún idiota te invita a bailar, rehúsa. La señora Rushmore me ha dicho que no sabes bailar.

Lucy no tenía la culpa de no saber parte de las cosas pues no había tenido la oportunidad porque había dedicado su tiempo y esfuerzo en sacar adelante a su familia.

- —Pero si no acepto será una descortesía por mi parte.
- —Peor sería si aceptases porque quedarías en ridículo... —dijo en un tono despectivo.

La descortesía de él no la sorprendió sino que la hizo sentir inferior e incómoda, pero aquel no era el momento de discutir y menos con un hombre como lord Hastings al que le unía un acuerdo.

El silencio de ella lo desconcertó porque creyó que seguiría haciendo más preguntas, pero no fue así.

- —¿Alguna otra pregunta?
- —No... —murmuró ella seria.

El carruaje iba a mucha velocidad y tanto que llegó a la propiedad de los Finch-Hutton justo a tiempo y se detuvo tras una hilera de coches de los que se apeaban distinguidas familias... el cochero se apeó el primero y abrió la portezuela a los señores. Lucy respiró hondo y se prometió que haría una buena entrada al atestado salón. No en vano lo consiguió pues todas las miradas estaban puestas en ella... La música se detuvo a petición de los anfitriones para recibirles con una cálida bienvenida.

Lord Monthy era un hombre obeso y bajito que rondaba los cincuenta años. Su esposa, lady Laetitia era una mujer rubia con ojos azules y la boca de piñón. Ella alabó el atuendo de Lucy y agradeció su presencia. Poco después procedió a presentarle a sus amistades que rodearon a Lucy y a su esposo lord Hastings.

Lord Anthony, que estaba entre los invitados, vio a la pareja y sintió una profunda alegría así que se abrió paso entre la multitud para llegar hasta donde estaba Bradley al que no veía desde la muerte de su familia. Éste se sorprendió al verle y le saludó con un gran apretón de manos. Era la última persona a la que pensaba encontrarse y agradeció que estuviera ahí.

—Sigues siendo el mismo petimetre de siempre... —dijo el marqués sonriendo después de tantos años sumergido en la soledad.

Anthony era alto y corpulento. Se había dejado crecer un poco el pelo rubio. Sus ojos azules revelaban franqueza, al igual que sonrisa eterna.

- —Digamos que me cuido lo mejor que puedo... —bromeó risueño y encantado de estar cerca de su mejor amigo el cual no había olvidado.
- —Yo diría que las habrás impresionado a todas esta noche y que ansían bailar contigo...
- —Oh, te equivocas. Ninguna ha querido tener nada que ver con este viejo loco...

Brad rió divertido.

—Eso es que no has hecho uso de tus encantos. Vamos, úsalos... ¿a qué esperas? —dijo echando un rápido vistazo al salón—. La hija de los conde de Brickwam está ansiando que alguien la saque a bailar.

Anthony asintió.

- —¿Y perderte de vista otra vez? ¡Ni hablar! —Brad rió—. ¿Así que ella ha sido la elegida? —Dijo mirando a la esposa de su amigo que se parecía tanto a Gail.
- —Sí... —respondió sin quitarle el ojo a la criada que charlaba y saludaba a todo aquel que se le acercaba.

Casi se diría que la expectación era máxima y que había aprendido todo cuanto le había enseñado, menos bailar, reconoció consigo mismo... No había un atisbo de la joven que llamó a su puerta para trabajar en su casa. Ante sus ojos había toda una elegante dama además hermosa y agradable...

- —Parece simpática.
- << Solo está interpretando un papel... >> , pensó el marqués.
- —¿Un trago?
- —Claro.

Le hizo una señal a uno de los camareros. Brad le dio una copa a Anthony y tomó otra para él... ambos bebieron el burbujeante champán.

—¿Cómo la conociste?

Brad esperó que ella mantuviera la misma versión que contaron a tía Olivia.

- —Vaya... —dijo Anthony impresionado al imaginar a su amigo salvando a la dama en apuros.
- —Mi esposa es una mujer valiente, pero no hablemos de mí sino de ti... ¿Cómo te ha ido durante todo este tiempo?
- —Bien... ¿sabes? He dejado mi vida de aventurero. Creo que me estoy haciendo mayor.

Brad no podía creer que tomara esa decisión una persona que amaba el riesgo y la aventura. ¿Qué le había impulsado a ello?

- —¿Tan mal te fue en tu viaje a África?
- —No es por eso, sino que cada vez me cuesta más estar lejos de los míos.

El padre de Anthony enviudó y se casó en segundas nupcias y tuvo muchos hijos. Todos ellos estaban felizmente casados menos Anthony aunque disfrutaba plenamente de su extensa familia siempre que podía.

—Entiendo...

Anthony estaba esperando ese reencuentro desde hacía siglos y ahora que tenía a Bradley delante estaba emocionado. Había echado en falta a su amigo y se sintió muy desplazado por su silencio, pero comprendió su dolor y por eso puso rumbo a África para distraerse.

—Además el viaje fue toda una odisea, pero ha sido una experiencia muy enriquecedora.

Brad vio como lord Ashley se acercaba a la criada y que se ponía algo pesado a juzgar por el modo con que ella lo evitaba sutilmente.

—Te escribí muchas cartas y no respondiste a ninguna. Me tuviste muy preocupado, Brad...—le reprochó de repente Anthony.

Necesitaba decírselo y que supiera cómo se había sentido durante todo este tiempo atrás, pero Bradley tenía la vista puesta en otra parte.

- —¿Me has oído?
- —Sí, y lo siento... pero sostén un momento mi copa. Ahora vuelvo.

Anthony no entendía nada de lo que estaba pasando. El marqués se abrió paso entre algunos de los invitados mientras la música sonaba cada vez más alta. La gente bailaba totalmente extasiada mientras en otro salón los caballeros ahí congregados fumaban sus habanos y jugaban a las cartas. Los Finch-Hutton eran conocidos por ser buenos anfitriones y por lograr ese tipo de ambiente en todas sus fiestas a los que todos querían asistir.

El amigo de Brad le siguió con la mirada, dejó la copa en una repisa que había junto a una de las columnas del salón y le siguió. Iba a haber bronca por el modo con que aquel tipo estaba molestando a su esposa.

—Lord Ashley, creo que ha bebido mucho por hoy... —dijo Laetitia sufriendo por lady Lucy que estaba incómoda.

El muy majadero tenía la punta de la nariz roja y no paraba de piropear a lady Hastings.

—Solo ha sido una copa, y no me moleste. Necesito decirle a lady Lucy lo mucho que se parece a mi admirada lady Abigail... —dijo con voz ebria.

Todos le miraron escandalizados.

Laetitia le había pedido a Monthy que no lo incluyera en la lista de invitados, pero él había insistido ya que era amigo de la familia.

—Señor, si no guarda la debida compostura con el resto de los invitados me veré obligada a pedirle que abandone el baile... —le dijo ella seria.

Lord Ashley apuró su quinta copa como si el asunto no fuera con él. Últimamente ahogaba sus penas en alcohol porque la repentina muerte de lady Gail le había deprimido mucho...

—¿Me está echando sin fingir ninguna clase de cortesía, milady? —La increpó.

Lord Frane, el esposo de lady Annette, que estaba cerca, le pidió que se comportara puesto que estaba incomodando a las damas.

—Yo no veo ninguna dama salvo a lady Lucy que está increíblemente hermosa esta noche... —dijo fascinado.

Lucy no sabía qué hacer para quitarse de encima a aquel pesado.

—Es suficiente... —dijo lord Frane interviniendo.

A lord Ashley le entró por un oído y le salió por el otro porque vio en lady Hastings la reencarnación de su amor platónico, lady Gail, y por nada en el mundo quería alejarse de su lado.

—No me diga lo que debo o no debo hacer, estúpido.

El estado de embriaguez del susodicho estaba caldeando el ambiente y no vaticinaba nada bueno.

Uno de los invitados llamó al marido de lady Laetitia que tomó cartas en el asunto. Lucy no se quedó a ver lo que pasaba, sino que se escurrió y chocó con lord Bradley. Él le preguntó si estaba bien. Ella contestó que sí. Detrás de él venía un apuesto caballero que respondía al nombre de Anthony y era amigo del marqués. Ella le saludó cortésmente.

Lord Ashley armó un gran escándalo cuando el anfitrión ordenó a sus sirvientes que lo acompañaran a la puerta. Cuando pasó delante de Lucy la abordó piropeándola nuevamente incluso le recitó un poema de amor. Brad iba a atizarle, pero Lucy lo alejó del conflicto... Muchos alabaron el gesto de tan elegante dama que superaba en cortesía a la difunta lady Gail... incluso Anthony se dio cuenta de ello y le agradó... Poco después Lucy se ganó la simpatía y la admiración de todo el salón de baile... Aunque lo peor estaba por venir porque fueron muchos los caballeros que solicitaron bailar con ella, pero era de prever que Bradley los espantaría con su sola presencia. Su intención era encontrar al culpable entre los invitados, no que aquellos imbéciles la rodearan como las abejas en torno a la miel.

La velada transcurrió plácidamente y aunque fueron muchos los caballeros interesados en bailar con lady Lucy, su arrogante esposo se empeñó en no dejarla ni a sol ni a sombra. Pese a ello algunos vieron en lady Lucy la antítesis de la difunta lady Gail, no solo porque la superaba en belleza sino en saber estar. Quienes conocieron a Abigail Hastings no guardaban buen recuerdo de ella. Decían que era altiva, quisquillosa y arisca y hasta lady Laetitia tenía esa impresión... Lady Lucy, en cambio, era un ejemplo claro de cordialidad y simpatía. Era una lástima que el marqués no fuera tan risueño como su esposa. De lo contrario habrían sido una pareja perfecta, pero todos conocían al lord y su mal genio. La muerte de su familia le había afectado y mucho, aunque lady Lucy parecía que le había devuelto la calma que siempre le faltó... Y era de agradecer porque charló con algún que otro invitado mientras el cansancio hacía mella en Lucy. Tenía la planta de los pies molida. Ansiaba quitarse los zapatos y andar descalza, pero sabía que no podía ni debía... Cualquier gesto suyo era observado minuciosamente por todos los invitados. Transmitirle al marqués su deseo de querer irse de la fiesta desencadenaría una posible discusión y seguramente no le daría ese privilegio. Por eso salió al jardín. No soportaba aquel bullicio... Bradley la siguió con la mirada mientras charlaba con lord Whrelhs sobre política. Anthony, que los escuchaba y se aburría como una ostra, salió detrás de Lucy, pero mientras uno salía la otra entraba.

- —Yo en su lugar no saldría. Hace mucho frío fuera, lord Anthony... —le informó con una agradable sonrisa.
 - —Por favor, tutéeme y llámeme por mi nombre de pila.

Ella aceptó y le pidió hacer lo mismo aunque ¿qué pensaría Anthony si supiera del acuerdo que tenía con el marqués? ¿La trataría de igual modo?

—Prefiero morir de frío antes que soportar este infernal bullicio... — señaló hastiado apoyándose en la pared.

Lucy rió. Aquel era su primer baile y esperaba que fuera el último porque había descubierto que no le gustaba ese tipo de reuniones sociales

sino conversar y pasear.

- —Todos los bailes son así... —dijo en voz alta.
- —Pues deberían prohibirlos... ¿Quieres una copa de champán?
- —Sí, por favor.

Anthony fue a buscarla y regresó con la máxima brevedad. La muchacha se lo agradeció con una tímida sonrisa. Bradley los miraba a cierta distancia... Tuvo que desviar el rostro para atender a su interlocutor, aunque, de vez en cuando, miraba a la criada y a su compañero que charlaban lo cual no le gustó.

- —¿No hablarás en serio? —Dijo Lucy ante una anécdota que le había contado sobre su viaje a África.
- —Nunca me había visto en una situación tan peligrosa... —Recordarlo hizo que él también se riera de sí mismo—. El guía dijo que no me moviera o el león me atacaría. Jamás pasé tanto miedo.

Lucy sintió compasión por él. Gail no se apiadaba de nadie, pensó el hombre admirándola. Era, probablemente, la mujer más hermosa de todo el salón además de amable.

—Brad me contó el modo con que os conocisteis.

Ella recordó la versión que le contó a Olivia y la mantuvo...

—Brad solía ser un hombre muy intrépido además de divertido e ingenioso.

A la muchacha le costó creer eso porque solo veía un hombre rudo y poco hablador.

—Supongo que te habrá hablado del accidente de Gail y Ross.

No quería mentir teniendo en cuenta que era el mejor amigo de su señoría.

- —No. Tampoco yo le he preguntado, porque me parece un asunto muy triste y delicado... —mintió.
 - —Brad amaba a su familia. Especialmente al pequeño Ross.

Lucy recordó a sus hermanos y a punto estuvo de emocionarse.

—Pero Gail nunca quiso a Brad...

La joven pestañeó.

- —¿Y por qué se casó con él?
- —Fue una boda pactada que le vino bien a Gail ya que quería independizarse de su estricto padre.

Lucy había oído hablar de los matrimonios de conveniencia, pero no podía creer que lady Gail fuera una interesada.

—Da la impresión de que no te agradaba.

Anthony carraspeó.

—Se trataba de la mujer de mi mejor amigo y debía de soportar su presencia.

Si algo caracterizaba a Anthony era su sinceridad. Algo que agradeció Lucy...Pero ¿cómo reaccionaría el marqués si oyera a su mejor amigo hablar mal de su difunta esposa?

- —Eso te honra.
- —A decir verdad eso hizo que tuviese que morderme la lengua muchas veces—. Reconoció ante el asombro de la muchacha—. Gail era una mujer rara. Me detestaba y no soportaba mi presencia en Hastings Hill pero yo iba a visitar a mi amigo...
 - << ¡Caray!
 - —¿Lo sabía Bradley?

Anthony no quería abrir viejas heridas, pero sentía que debía contarle como eran las cosas entre Gail y todos los que la conocían.

—Brad la amaba profundamente a pesar de las constantes peleas que tenían. Él no veía los defectos de ella, yo sí... por eso no habríamos sido amigos nunca.

A Lucy eso le llamó mucho la atención.

- —¿Tan cruel era ella?
- —Digamos que era caprichosa, además de insensible y altiva... Sé que esto me traerá problemas con Brad, pero su familia y yo sabíamos que ese matrimonio estaba destinado al fracaso.
 - —¿A qué te refieres?
- —No tenían nada en común. Brad prefería la vida en el campo mientras ella quería instalarse en la ciudad.

Lucy se sobrecogió.

- —Pero y el pequeño Ross.
- —Era la señora Rushmore quien se encargaba de cuidarlo cuando Bradley viajaba.

Lucy le miró conmocionada.

- —¿Y qué hacía ella mientras tanto?
- —Divertirse con sus amistades.

Lucy sintió un nudo en la garganta.

—¿Quieres decir que no quería al bebé?

—No era exactamente eso, pero a ella no le gustaban los niños. Fue Bradley quien la disuadió a cambio de regalos caros.

Lucy alzó la vista y vio que su señoría los miraba con atención. El marqués dedujo que Anthony estaría hablando de él por el modo con que ella le miraba, así que se disculpó con lord Whrelhs y llegó hasta ellos. Anthony se puso blanco.

—Es hora de irnos.

Ahora entendía el motivo de sus bruscos cambios de humor. Su difunta esposa le hizo infeliz, pensó Lucy impresionada.

—Yo también me retiro...—señaló Anthony un tanto nervioso.

Los tres se despidieron de los anfitriones quienes les agradecieron su asistencia. Lady Finch-Hutton invitó a Lucy a tomar el té al día siguiente, pero Bradley se aseguró de contar una mentira solo para que la pesada mujer no insistiera tanto con la criada... Una vez en el exterior Anthony se despidió de sus amigos.

—Espero volver a veros pronto.

Bradley se lo pensó mejor...

—¿Por qué no vienes mañana a almorzar? Tía Olivia se alegrará de verte.

Anthony aceptó encantado la invitación.

Brad se subió al carruaje. Lucy aún estaba conmocionada por lo que Anthony le contó sobre el marqués. ¿Tanto había sufrido al lado de lady Gail? ¿Qué pensaba sobre que el ama de llaves criara a su pobre hijo? ¿Tan mala madre era lady Gail?

Había echado el cebo y esperaba que el responsable mordiera el anzuelo pronto, pensó el marqués mientras miraba a Lucy que estaba ensimismada.

—¿De qué hablabais Anthony y tú? —Quiso saber de repente.

La pregunta pilló desprevenida a Lucy que titubeó.

- —De la fiesta.
- —No me mientas.

Ella agachó la cabeza.

—Hablábamos sobre usted y su matrimonio, milord.

Él trató de serenarse, pero le costó hacerlo. A veces, Anthony tenía la mala costumbre de hablar lo que no debía.

—¿Y qué te dijo Anthony?

Ella le miró con cierto pesar.

—Su amigo le admira y aprecia muchísimo y no debería enojarse por lo que pudiera haberme contado sobre su difunta esposa e hijo, milord.

Eso él lo sabía y desvió la mirada. Evocar a Abigail era como sumergirse de lleno en esa oscuridad, y no le convenía hacerlo.

—Anthony no tiene ningún derecho a airear mi privacidad y menos contigo.

Su rudeza era una manera de ahuyentarla. ¡Qué duda había ya!

—No soy esa clase de personas que se alegran de la desgracia ajena ni tampoco me gustan los chismes, milord... Pero ha de entender que soy su esposa le agrade o no.

Él la miró. Y tuvo que morderse la lengua pero no pudo.

—Lo nuestro es un simple acuerdo... —respondió con voz cortante.

Lucy estaba cansada de que la tratara así, por eso se defendió.

- —No se cansa de juzgarme y de humillarme... ¿verdad, milord? —Él no respondió. Tenía otra cosas más importantes en qué pensar que prestar atención a los berrinches de la doncella—. ¡Dios bendito! ¿Qué puedo hacer para que deje de hacerlo?
- —¡No hacer caso de nada de lo que te cuente Anthony... a veces delira cuando bebe unas cuantas copas!

Lucy se llevó una mano al estómago. Aquel hombre era insufrible.

- —Su amigo estaba sobrio.
- —¡Me da igual! No tendrías que haberle escuchado.
- —Pero lo hice porque quería saber a qué atenerme, milord.

Brad estaba empezando a perder la paciencia.

—Ocúpate de tus cosas que yo lo haré de las mías... —le ordenó.

Ella boqueó.

—Me duele la manera con que me trata, milord.

A Bradley le era indiferente como ella se sintiera, por no decir que ya hablaría con Anthony en privado.

Al no obtener respuesta alguna Lucy se mudó de asiento y miró a través de la ventanilla. Luchó por no derramar más lágrimas porque no merecía la pena. Bradley la miró por el rabillo del ojo. Aquella mujer tenía la habilidad de sacarle de quicio constantemente. ¿Qué pretendía con ello? ¿Llamar su atención, quizás?.

El cochero azuzó los caballos para que cruzaran velozmente la carretera y se desvió por un atajo hasta llegar a la entrada a Hastings Hill. Eran poco más de las tres de la madrugada. El marqués fue el primero en apearse Lucy

lo hizo poco después pues estaba muy pensativa. Le entregó su capa a la doncella que les esperaba... Subió las escaleras y entró a la habitación donde él la estaba esperando para que se quitara las joyas. Lucy las depositó sobre la cama en lugar del estuche. Él la miró con desaprobación mientras la veía ir al baño.

A Lucy le resultó difícil desabrocharse los diminutos botones traseros del vestido, así que optó por lavarse la cara con agua tibia y jabón y secarse con la toalla... Dormiría con el vestido hasta que mañana una de las doncellas le ayudara a quitárselo... Procedió a soltarse el pelo y cepillárselo con fuerza. Estaba enojada mientras que él andaba distraído quitándose la ropa... Brad alzó una ceja cuando la vio meterse en la cama con el vestido puesto. ¿Tan orgullosa era que no era capaz de pedirle que la ayudara?

—¿Vas a dormir con el vestido?

¿Acaso le importaba?

—Sí.

La verdad es que era incomodísimo, sobre todo por el corsé y la pesada falda.

—Levántate y date la vuelta... —le ordenó luciendo unas apretadas calzas que se adherían a su virilidad.

Lucy lo hizo a regañadientes. Le dio la espalda y él procedió a desabrocharle la hilera de diminutos botones. Tenía mucha práctica porque no tardo en hacerlo. El vestido cayó a los pies de Lucy que llevaba puestas unas finísimas enaguas, y aquel corsé que se adhería a cada centímetro de su cuerpo bañado por la tenue luz de la lamparilla... ella sabía que él la estaba mirando porque poco después le desató el corsé. Lucy se sintió aliviada y procedió a inclinarse a recoger las prendas del suelo, pero notó que su trasero rozaba la palpitante virilidad de él... azorada se irguió rápidamente y le miró sonrojada... pero Bradley le arrebató la ropa de las manos y la arrojó lejos. La atrajo hacia él por la cintura y clavó su ardiente mirada en la de ella... Sus pechos plenos se movían al compás de su agitada respiración.

—Es tarde y me gustaría dormir, milord... —pidió ella con voz temblorosa.

Él no atendió a su petición, sino que intentó besarla en la boca. Lucy lo esquivó, pero el hombre insistió. No tenía sentido que se comportara de ese modo cuando solo hacía unos minutos la había vuelto a humillar. ¿A qué estaba jugando? Y ¿por qué no la soltaba de una buena vez? ¿Qué pretendía

con besarla de aquel modo? ...Lucy quiso huir de él y de la atención que le prestaba, pero no pudo porque una parte de sí misma quedó atrapada por el brillo de su mirada y la calidez de sus labios... y cuando él la tumbó delicadamente en la cama Lucy no pudo pensar con claridad y acogió aquel esculpido cuerpo con inocencia y pudor. Su pulso comenzó a latir mientras el deseo tronaba como un relámpago.

Las pestañas largas y espesas de la mujer se elevaron lentamente mostrando una mirada refulgente. Ella era el agua con la que quería aplacar su sed. Acarició su seno bajo la enagua sin apartar sus labios de los suyos. Lo amasó y tiró delicadamente del pezón, el cual atrapó con su boca. El rosado pezón se endureció. Él lo succionó arrancándole un gemido a la muchacha. Brad le quitó la enagua finalmente. Sus pechos grandes y plenos quedaron al descubierto... sus dedos recorrieron los delicados contornos de la sedosa piel que acarició, y excitó, avivando aquel fuego que se propagaba por sus cuerpos.

Aquello no debía de estar pasando. Él no la quería tanto como a su difunta esposa. Ella era solo un acuerdo, pero, que dios la perdonara, le fascinaban sus labios y que usara sus manos y su boca para excitarla como nunca nadie lo había hecho.

El marqués juntó sus pechos y los besó y lamió con ansia... El cuerpo de Lucy se sacudió inesperadamente mientras sus mejillas se teñían de rojo intenso. Él volvió a adueñarse de sus labios. Exploró su boca con la lengua e introdujo una mano a través de sus finas calzas. Acarició con vehemencia su sexo y la notó muy húmeda y caliente así que sus dedos tocaron y frotaron aquel punto sensible haciendo que ella se tensara bajo su cuerpo y jadeara contra sus labios. Él lamió los de la mujer y mordisqueó su delicada mandíbula... Lucy trató de escapar de aquel torbellino de sensaciones, pero carecía de la voluntad para hacerlo porque su cuerpo traicionero se rindió a la tentación.

Él retiró sus dedos empapados con su esencia y los chupó bajo la cálida mirada de ella. Ambos estaban lo suficientemente excitados como para que él acabara por desnudarla por completo. Ella ni siquiera protestó, sino que lo besó tímidamente en los labios. Él profanó su boca con la lengua y chupó la suya... La pasión palpitaba pura y decidida... Lucy acarició aquella fuerte y ancha espalda. Amó que la besara en el cuello, los pechos... Podía sentir la plenitud de su falo pegado a su ingle. Estaba duro y caliente... El corazón de ella retumbaba contra sus costillas mientras él agasajaba su

cuerpo con desinhibidas caricias y suaves besos... Bradley aleteó su lengua sobre su ombligo mientras sus dedos abrían los delicados y empapados pétalos de su femineidad, los cuales degustó extasiándose con su sabor salado e intenso. Ella jadeó y arqueó la espalda atrapada en un profundo arrobamiento. Sintió cómo sus muslos temblaban... El marqués calmó su arrebatadora ansia acariciando sus pechos con ambas manos, ella posó las suyas sobre las de él mientras sentía su lengua sobre su clítoris. Lo chupó y excitó con su lengua húmeda mientras se dejaba ir por un súbito orgasmo. Él sonrió satisfecho mientras lamía por completo su sexo y luego volvía a sus labios.

—Oh, Gail... —murmuró contra su pecaminosa boca.

La cara de confusión de Lucy no era nada comparada con la del hombre que pestañeó aturdido cuando ella se quedó quieta y mirándole confusa... Toda aquella magia se evaporó de repente haciendo que la joven se escurriera de sus brazos, conmocionada, mientras se vestía a toda prisa e iba al baño.

Él soltó un improperio. ¿Cómo había sido capaz de llamarla por el nombre de su difunta esposa? ¿En qué estaba pensando?... Aún conservaba el sabor de ella en su boca y notaba una creciente y molesta erección mientras miraba en dirección de la puerta cerrada del baño. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Por qué no se levantaba de la cama y la disuadía para retomar lo que había empezado? Bradley se tumbó de espalda en la cama y suspiró fuertemente. Aquella muchacha era toda una tentación y él un estúpido que aún vivía aferrado al pasado, pero ¿hasta cuándo iba a seguir así?, se preguntó un tanto abatido.

Lucy abrió finalmente la puerta del baño. Estaba cansada de que la humillara, le faltara el respeto, de que le gritara... ¡De que la comparara con su difunta esposa mientras la besaba y acariciaba!

Para entonces Bradley se había puesto la ropa de dormir y estaba en la cama leyendo como si nada hubiera pasado entre ellos... ¿Cómo podía ser tan frío? Él alzó la vista y la vio a los pies de la cama. Sus ojos estaban enrojecidos, pero también denotaban enfado y molestia.

—Puede que para usted solo sea una simple distracción... —él alzó una ceja. ¿A qué venía eso ahora?— ...o que piense que pudiera ser una ramera interesada, pero si acepté este acuerdo fue por mi familia... —sollozó. Brad se quedó quieto porque era incapaz de consolar a nadie—. Pero no lo

soporto más. Quiero el divorcio... sino me lo da, le contaré la verdad a su tía. —dicho esto se encerró en la habitación de al lado.

¿Cómo se atrevía a amenazarlo de ese modo? ... Abandonó la cama precipitadamente y no llamó a la puerta, sino que la echó abajo con una fortísima patada. Lucy ahogó un grito de terror.

—¡No vuelvas a amenazarme nunca!... —ella fue incapaz de responder ¡estaba tan atemorizada!—. ¡Yo diré cuando nos tenemos que divorciar, y mientras tanto harás todo lo que yo diga!

Dio la vuelta y sorteó la puerta tirada en el suelo. Había logrado enojarlo en una fracción de segundo.

—¡Le odio! —Exclamó ella.

Él se detuvo un segundo, pero fingió que no la había oído. Luego regresó a su habitación donde permaneció horas despierto mirando la nada.

A la mañana siguiente de la fiesta Lucy recibió muchas invitaciones para otros bailes y varios obsequios de ciertos caballeros que alababan su increíble belleza... Obviamente, el marqués ordenó al ama de llaves que se deshiciera de todo ello con suma discreción. Luego se reunió con Amberly en su estudio para tratar ciertos asuntos. El noble estaba enojado pero por partida doble. Aquellos malditos regalos le habían hecho volver al pasado. Concretamente cuando Abigail se jactaba ante él de su séquito de admiradores solo para fastidiarlo. Por no decir que había tenido una larga charla con Anthony al cual había prohibido que hablara de él con Lucy... La tensión se mascaba en el aire. Amberly, que conocía a su señoría, se había dado cuenta de ello así que intentó pasar desapercibido mientras oía hablar al noble. Draco les miraba desde una esquina...

Por su parte, Lucy pasó la mañana charlando con Olivia porque lo que era Anthony estaba ensimismado. Al parecer el marqués le había llamado la atención por su culpa aunque el conde le restó importancia al asunto. Lucy entendía que el marqués quisiera preservar su privacidad pero no tenía que haberle echado un rapapolvo a su buen amigo... El conde consideraba que Lucy era demasiado noble para que su mejor amigo le ocultara la verdad sobre Gail... En medio de aquella refriega, la señora Rushmore apareció en el salón y le entregó varias misivas a Olivia. La mujer se quedó para leerlas mientras Lucy le sugirió a Anthony salir al jardín. Hacía una mañana un tanto nublada y fría. Todo hacía indicar que iba a llover de nuevo.

- —Todo ha sido por mi culpa... —dijo Lucy.
- El hombre conocía cómo era su amigo y no se lo tuvo en cuenta.
- —No te preocupes... —se sentó en un banco de piedra—.
- Claro que estaba preocupada.
- —Pero...
- —Ven, siéntate... Brad y yo nos conocemos desde hace muchos años. Hemos tenido nuestras pequeñas diferencias pero eso no significa que vayamos a dejar de ser amigos...

Lucy no estaba del todo convencida. Había visto enojarse al noble en multitud de ocasiones incluido con ella... Pero anoche él la había besado y acariciado creyendo que era lady Abigail lo cual la desilusionó. Durante el desayuno Lucy había esquivado su penetrante mirada, pero ¿hasta cuándo iba a durar aquello?...

- —¿Has tenido alguna vez el deseo de dejarlo todo y empezar de nuevo?
- —No… —mintió teniendo muy presentes a sus hermanos—. ¿Por qué lo dices?
 - —A veces, siento que mi vida carece de emoción...

Lucy frunció el ceño. No tenía sentido que dijera eso alguien que había viajado a África y a otros continentes...

- —No digas eso.
- —Hablo en serio... De niños, Brad y yo hacíamos planes. Queríamos viajar, conocer otras culturas, vivir aventuras... pero sus padres pactaron su boda con Gail y todo se esfumó.

Que Anthony pasara por alto la advertencia de su amigo el marqués la puso algo nerviosa, porque no quería que hubiera más conflictos entre ellos dos y menos por su culpa.

—No deberías nombrarla. —Le aconsejó en voz baja.

Anthony era consciente de ello, pero Lucy tenía que saber toda la verdad y él estaba dispuesto a contársela.

—Lo sé, pero tienes que saber la clase de mujer que era ella.

Lucy suspiró. Era obvio que no era una buena.

—Dijiste que era caprichosa y altiva... —le recordó.

El hombre se fijó en el laberinto que había en el jardín y que tanto odiaba ella.

—¿Has mirado alguna vez en el interior de un pozo?.

¿A dónde quería ir a parar con la pregunta?

- —Sí.
- —¿Y qué viste?
- —Oscuridad.
- —Así era ella. Podías estar horas y horas mirándola y no alcanzabas a ver lo que había en su interior.

Lucy sintió un ligero escalofrío.

- —¿Qué quieres decir con eso exactamente?
- —Gail engañaba a Brad con sus admiradores especialmente con lord Gerald Fawkes, el vecino de la finca de al lado.

La muchacha sintió que se le secaba la garganta y tragó saliva espesa.

—¿Lo sabe Bradley?

Anthony guardó silencio... Lucy se levantó del banco.

- —¿A dónde vas?
- —Necesito contárselo a Bradley...

Anthony se había percatado de la fidelidad de la esposa hacia su mejor amigo. Algo que nunca halló en Gail.

—No malgastes tu tiempo... —Lucy no entendió—. No te creerá por no decir que mencionarle a Gail le pondrá de muy mal humor...

Lucy se sentó de golpe y trató de calmarse, pero le costó hacerlo.

- —¿Y cómo sabes tú eso?
- —El propio Fawkes me lo confesó tiempo atrás... Brad sabía que Fawkes estaba interesado en Gail por la manera con que la miraba por eso le golpeó a la salida de aquella fiesta. Gail se molestó muchísimo y le retiró la palabra a Brad... —rebeló apenado. Lucy lo escuchaba atentamente—. Fue un momento bastante tenso incluso para la esposa de Fawkes que no entendió nada de lo que estaba pasando o eso pensábamos todos.
- <>Solo un hombre realmente enamorado de su esposa perdería las formas de aquel modo con que lo hizo el marqués, aunque ¿qué clase de mujer era Gail?, pensó Lucy.
- —¿Quieres decir que no sabía que su marido estaba interesado en lady Abigail? —Se atrevió a preguntar.

Anthony se aclaró la garganta.

—Digamos que lady Margarite Fawkes era amiga de Abigail desde que se mudaron a la región. Ambas tenían la misma edad y compartían las mismas aficiones. Iban a misa juntas y acudían a distintos bailes.

Lucy abrió sorpresivamente los ojos.

- —¿Y qué pasó después de aquella noche?
- —Lady Margarite continuó visitando a Gail. Apreciaba mucho su amiga y al pequeño Ross. Sintió mucho sus muertes.

Se produjo un silencio. Lucy no entendía como lady Abigail pudo comportarse de aquel modo con el marqués.

—Nuestro querido Bradley tiene pensado dar una fiesta en Hastings Hill aunque no ha fijado fecha... —anunció, de repente, Olivia surgiendo de la nada.

Anthony y Lucy la miraron un tanto confusos.

—Se supone que solo lo sabe la señora Rushmore y ahora vosotros. Así que haced como que no sabéis nada...—les aconsejó.

Lucy prefirió no hacer ningún comentario puesto que solo quería exponerla como un trofeo por alguna razón.

—Si es así, la señora Rushmore estará muy ocupada sin lugar a dudas... —señaló Anthony divertido.

Había olvidado cuando fue la última vez que Brad dio una fiesta en Hastings Hill. ¿Qué mosca le había picado a su amigo?

—Podríamos encargarnos nosotros de los detalles principales en lugar de la señora Rushmore. Bastante tiene con dirigir Hastings Hill diariamente...
—reconoció Olivia.

Anthony le dio la razón, pero sabía que Brad no accedería a su petición. Él siempre había confiado en el ama de llaves porque la consideraba una más de la familia.

—Ya sabes cómo es Brad, tía Olivia... —replicó el hombre mirando a Lucy quien suspiró quedamente.

En su mente aún estaba el momento de intimidad que compartió con el marqués y en lo que sintió al estar en sus brazos. Se había abandonado, pensó repentinamente abochornada mientras escuchaba hablar a Anthony sobre la fiesta.

Bradley los observaba a través del cristal de la ventana de su estudio, que daba justamente al jardín, mientras Draco estaba acurrucado en una esquina. Ella sonreía por algo mientras Anthony hacía un divertido aspaviento... Su amigo tenía esa habilidad con las mujeres. Sabía ganarse su confianza con su simpatía menos con Gail, pero no quería pensar en ella sino en lo sucedido anoche entre la joven y él... Tal vez fueran las horas de encierro las que le impulsaron a besarla, acariciarla y saborearla hasta el extremo de hacerla correrse de placer. Casi se diría que había vuelto a la vida después de tantos años sumergido en esa maldita oscuridad... el recuerdo de su cuerpo desnudo, moldeándolo con sus caricias, fue el acto más excitante que jamás hubiera experimentado en años... Estaba totalmente convencido de que se habría entregado a él de no ser por su torpeza, reconoció consigo mismo. Ella era pura pasión y le habría gustado poseerla y no haberla soltado hasta que ella se lo hubiera suplicado entre gemidos.

—He acabado, milord—. Anunció Amberly con voz solemne.

Brad se giró y sacudió de su mente cualquier recuerdo y tomó en su mano la otra carta que le había dictado al hombre. La releyó y la firmó con suma presteza.

- —Désela a la señora Rushmore. Dígale que se la entregue hoy mismo a su destinatario... —Amberly tomaba nota de lo que su señor decía.
 - —Sí, milord.

El noble se acercó a su escritorio y anotó un nombre y una dirección que le dio al hombre alto, enflaquecido pero muy servicial.

- —Quiero que viajes hoy mismo a Londres y hagas las correspondientes averiguaciones en pocos días... —su empleado aceptó el reto.
 - —Sí, señor.
- —También quiero que... —se lo pensó mejor—. Rescata todos los muebles y los objetos de valor que haya en Collingwood's Hall... —el administrador no dio muestras de asombro porque intuyó el motivo—. Haz que los envíen a Peybrook's Hall. Reúnete con ese bastardo y dale la llave de su casa. Lo encontrarás alojado en la misma fonda de siempre. Extiéndele un cheque con su parte de la herencia, y dile que no vuelva a molestarme o lo lamentará.
 - —Sí, señor.
- —Haz que la señora Rushmore llame a mi esposa. Necesito hablar con ella. Eso es todo por hoy —dijo dándole la espalda.
 - —Sí, milord.

El hombre recogió sus pertenencias y le hizo una reverencia al salir.

Bradley suspiró. Luego se acercó a su escritorio para guardar algunos documentos bajo llave y revisó el libro de cuentas durante unos minutos e hizo algunas anotaciones cuando vio que Draco se levantaba para ir a la puerta donde ella estaba. El perro movió la cola y Lucy le acaricio el hocico con una gran sonrisa. Una sonrisa que se esfumó de sus labios al ver al marqués y recordar las palabras de Anthony. ¿Tan infeliz había sido en su matrimonio? ¿Tanto había querido a Abigail como para perdonar que le engañara de aquel modo?.

Brad se fijó en el vestido de terciopelo de color vino que llevaba y que le quedaba espléndidamente bien. Su cabello estaba recogido con una redecilla negra. Estaba elegante pero seria. Demasiado para el gusto del hombre que dejó lo que estaba haciendo para decirle:

—Cierra la puerta y siéntate.

La última vez que estuvo en su estudio la había besado sobre la alfombra... mientras acariciaba sus pechos. Un intenso rubor la invadió. Él pareció leerle el pensamiento solo que ahora ella lo odiaba.

Lucy irguió la espalda y se sentó colocando sus manos sobre su regazo. Drago se acurrucó a sus pies. Últimamente el animal la prefería a ella antes que a él, pensó mientras cerraba el libro de cuentas y lo guardaba en el correspondiente cajón de su escritorio... Luego se acercó a la muchacha para mirarla descaradamente. Lucy alzó, lentamente, la mirada para posarse en la del hombre...Brad ansiaba inclinarse y besarla intensamente en los labios, pero no lo hizo, sino que se sentó en el mismo sofá de diseño francés en el que ella estaba sentada. Cruzó las piernas y apoyó el codo en el borde dorado del mismo y la miró largo y tendido. Sí, se parecía bastante a Gail pero la joven no era tan caprichosa ni altiva como ella y eso le satisfizo bastante.

¿Qué qué quería hablar? ¿Acaso no había tenido suficiente con lo de anoche? ¿Por qué la miraba tanto? Tantas preguntas sin respuesta la impacientaron porque si lo que pretendía era humillarla, otra vez, no lo iba a consentir y por eso se puso en pie con intención de marcharse. Él alargó la mano y la agarró suavemente por la muñeca. Ella le miró algo molesta.

—Quédate.

¿Por qué habría de quedarse con un hombre tan arisco como él?

—Le recuerdo que Anthony es un invitado de la casa, milord.

Él sonrió complacido. Cuando lo hacía su rostro se iluminaba de una forma asombrosa y lo hacía mucho más atractivo.

—Tía Olivia le entretendrá. Hablemos un rato.

¿Hablar? ¿Con él? Pero ¿de qué?.

—No creo que tengamos nada de qué hablar, milord.

Lucy no se lo estaba poniendo fácil y con razón. No había sido justo con ella ni la había tratado como debiera.

—Quiero que de ahora en adelante me llames mi nombre... —ella se impacientó—. ¿Te gusta la lectura?

No entendía qué sentido tenía la pregunta.

—Hastings Hill posee una amplia biblioteca. Puedes coger el libro que quieras... —le ofreció con una repentina cortesía nunca antes vista en él.

Era obvio que estaba tratando de sostener una conversación, pero había elegido un mal momento porque quería volver junto a Olivia y a Anthony. Con ellos se sentía mejor.

Brad sabía que ella no estaba cómoda por como jugueteaba con la alianza, pero él solo quería que ella le mirara otra vez... y que le sonriera, pero no lo hizo.

- <<Me odia como Gail>>.
- —Quiero que te compres un vestido nuevo... —le anunció intentando romper el hielo.

Ahora sí que lo miró, pero solo unos segundos...

Habían pasado tantas cosas entre ellos y todas tan intensas y desagradables, pensó la muchacha.

—He pensado en dar una fiesta aunque no he fijado la fecha.

Lucy hizo como que no sabía nada así que desvió el rosto hacia otra parte, otra vez... y no sabía cómo lo hizo, pero vio por el rabillo del ojo cómo él se levantaba e hincaba la rodilla en el sofá. Ella volvió a mirarle instante en el cual Brad se inclinó y la besó suavemente en los labios. Fue un beso espontáneo pero increíblemente tierno... Lucy se quedó quieta mientras sentía como su corazón latía a la altura de su garganta. Él presionó los labios con los suyos para que ella los abriera, pero Lucy no consideró oportuno que la besara por cómo acabaron anoche... Por eso se escurrió y alejó con pasos apresurados hacia la puerta que abrió para salir.

Bradley la miró. Al cabo de un minuto la siguió junto con Draco.

—No des un solo paso más... —le ordenó.

Lucy se detuvo y se giró seria. Brad vio que tenía los ojos anegados de lágrimas. Un extraño sentimiento se adueñó de él y le instó a acercarse para consolarla mientras Anthony los observaba tras aquella columna de mármol que había en el larguísimo pasillo...

Aquel abrazo suyo la reconfortó y al mismo tiempo le desilusionó porque, según el marqués, Anthony los estaba observando. Lucy ruborizada quiso darse la vuelta para comprobarlo con sus propios ojos, pero Bradley la distrajo estampándole un ligero beso en la boca. Ella entendió que era una manera de despistar a su amigo, así que le devolvió el beso que le supo a poco al hombre... porque esperaba mucho más. De modo que tomó el control de la situación y la disuadió para que volvieran a su estudio. Ella no opuso resistencia. Draco se quedó montando guardia en la puerta que él cerró nada más entrar.

—¿Cree que Anthony sospecha algo? —Preguntó Lucy preocupada. Él la miraba a los ojos. Estaba excitado. Demasiado y no veía cuando volver a besarla y robarle el aliento.

—No lo sé y tampoco me importa—. Respondió con voz ronca.

Lucy parpadeó ante su respuesta y tembló cuando la arrinconó contra una de las paredes para dar rienda suelta a aquel desbordante deseo. Un deseo irrefrenable, al igual que la pasión que lo consumía. Desde la muerte de Gail nunca había sentido nada igual por ninguna otra mujer salvo por ella... Y sus condenados labios carnosos. Se pasaría horas y horas besándolos... Lucy ahogó un gemido mientras que las manos de Bradley se posaron sobre sus pechos, los cuales amasó, y luego se perdieron bajo la falda de su vestido... Lucy jadeó cuando sintió que él acariciaba sus nalgas y luego introducía una mano dentro de su ropa interior para acariciar su sexo. Ella se sonrojó y estremeció cuando él frotó aquel punto sensible y gimió cuando la penetró con un dedo que movió sutilmente excitándola de un modo indescriptible. La joven se aferró a sus hombros mientras su vientre se tensaba y contraía ante aquella repentina oleada de placer que recorría su cándido cuerpo. Movió las caderas por instinto y se preparó para aquel súbito orgasmo que sacudió su cuerpo en cuestión de minutos... Brad volvió a besarla para calmar su agitación. Lucy tenía las pupilas dilatadas y las mejillas arreboladas. Sentía los pezones erguidos bajo la tela de su vestido... mientras que él estaba duro como una roca. Necesitaba poseerla y así se lo hizo saber sin pudor alguno. Los ojos de ella revelaron asombro y un profundo temor... Los de él denotaban una indescriptible soledad que traspasó el corazón de Lucy. Gail no le había hecho feliz, pero ¿y ella? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar con tal de borrar aquella tristeza que había en su mirada?...Pero él no la amaba sino que deseaba su cuerpo. Luego no debería ilusionarse tan fácilmente con un hombre como el noble cuyo carácter se asemejaba al de una fiera, pero sabía cómo excitarla... Aunque pronto romperían aquel trato e incluso su matrimonio. Cada uno tomaría un camino distinto, pero ¿sería capaz de sobrevivir lejos del hombre cuyos besos y caricias le arrebataban la cordura?

—Lucy... —Murmuró cerca de sus labios.

Tenía intención de besarla, pero la joven volvió a escabullirse y a darle la espalda tratando de poner cierto orden en mente y corazón. Ciertamente la había llamado por su nombre, pero eso no cambiaba las cosas entre ellos. Casi se diría que habían empeorado porque al estar casada con él implicaba un acercamiento entre ellos... Pero Lucy no quería ilusionarse porque sufriría.

—¿Acaso no me deseas? —Preguntó él muy cerca de su oído.

Su piel se erizó cuando sintió el cálido aliento del hombre bañando el lóbulo de su oreja. El recuerdo de lo que vivió anoche estando entre sus brazos la enterneció y la impulsó a asentir como una tonta.

—Entonces ¿qué te impide entregarte a mí?

Lucy sintió un ligero mareo y posó su mano sobre el respaldo del sillón. Eran tales las emociones que estaba sintiendo en ese momento que no sabía cómo describirlas.

- —Milord, yo.
- —Brad... —la corrigió depositando un suave beso en su hombro derecho.

Lucy, que respiraba agitadamente, entrecerró los ojos. Su cuerpo se estremeció ante el delicado roce de sus labios. Él era un agradable estímulo y ella una pobre ingenua que se giró para besarle apasionadamente en los labios. Brad la abrazó arrebatadamente.

Acabaron yendo a su recámara. Brad giró complacido la llave de la puerta. Draco estaba fuera.

La habitación le pareció diferente a Lucy e incluso la cama le resultó más grande que de costumbre desde donde estaba. La sola idea de imaginar

que iba a yacer en ella desnuda y en brazos del hombre la conmovió de un modo muy especial... Se suponía que debía de detestarle, pero allí estaba con los nervios a flor de piel... sobre todo cuando él se le acercó con sigilo para abrazarla e inhalar su suave fragancia. Lucy adoró aquel momento que le pareció eterno y maravilloso...

Bradley sintió que le temblaba el pulso cuando procedió a bajarle la cremallera de la espalda del vestido de la muchacha, que se deslizó por sus delicados hombros y brazos y cayó a los pies de ambos. Lucy llevaba una fina enagua blanca que se adhería a su cuerpo. Brad acarició sus hombros, sus brazos y su estrecha cintura. Sus manos se posaron en sus pechos y los pezones se le endurecieron al instante... . El hombre tironeó de ellos logrando así excitarla aún más.

—El vestido... —logró decir ella entre beso y beso.

Él procedió a recogerlo y ponerlo a buen recaudo sobre el respaldo de la silla que había junto al tocador. Brad recorrió con la mirada aquel cuerpo de piernas delgadas cubiertas con medias de seda blanca. Lucía unos delicados escarpines de tacón que estilizaban más aún su figura. Ella iba a sentarse para descalzarse, pero él prefirió hacerlo él. El noble dejó un reguero de besos sobre aquella piel blanca como la nieve y suave como el terciopelo. Excitó con la lengua la cara interna de sus muslos. Lucy tembló dulcemente cuando él la despojó de la enagua y la ropa interior... Bradley se descalzó con rapidez y se desnudó en un santiamén. Su erección se elevaba como un poste rígido entre el ensortijado vello oscuro... besó en la boca a Lucy y se acomodó entre sus piernas. Ella acogió su cuerpo con un intenso rubor y excitación... pasó su lengua sobre sus labios y se dedicó a besar sus pechos uno a uno... lamió y succionó los rosados pezones. El corazón de Lucy latía mientras su cuerpo reclamaba el del hombre, el cual besó al igual que su agitado vientre hasta llegar a su palpitante sexo. Inhaló su fragancia femenina y procedió a embriagarse con ella. Lucy arqueó la espalda y gimió ante la invasiva lengua de su esposo que la excitó penetrándola con sus dedos mientras succionaba el rosado capullo con sus labios. Lucy jadeó fuertemente, él alzó la vista y besó sus labios para sofocar su temblor.

—¿De qué estarán hablando Lucy y Brad para que tarden tanto? Anthony sonrió.

—Probablemente han ido a visitar la galería de arte. Lucy tenía especial interés en conocerla, tía Olivia.

Eso sonaba mucho más convincente que contarle a tía Olivia lo que había visto hace unos minutos, es decir, a Lucy llorando y saliendo del estudio de Bradley, aunque éste actuó en consecuencia.

—Han elegido un mal momento para hacerlo, porque almorzaremos dentro de media hora—. Protestó la condesa.

Anthony rompió una lanza en favor de la pareja, aunque algo le decía que la relación entre ellos no era tan idílica como parecía... y pensaba averiguarlo.

- —Llegarán a tiempo.
- —Eso espero.
- —Milord... —rogó al borde de otro orgasmo.
- —Brad... —la corrigió besando decididamente su cuello, su mandíbula... sus labios mientras sus dedos le proporcionaban un placer tortuosamente intenso... Ella titubeó atrapada por un dulce arrobamiento—. Dilo...

Sus dedos salían y entraban del estrecho y húmedo sexo haciendo que su cuerpo se preparara para el éxtasis. Lucy se dejó ir. Bradley apenas le dio tiempo para que se recuperara porque abrió un cajón, cogió un preservativo de tripa de oveja y se lo puso rápidamente bajo la atenta y curiosa mirada de su esposa quien respiraba agitadamente. Tenía las mejillas enrojecidas y las pupilas dilatadas... E iba a poseerla. La sola idea de pensarlo aceleró el pulso del hombre quien le cubrió el cuerpo con el suyo y, con un movimiento de cadera, Bradley derribo la barrera que custodiaba la virginidad de Lucy que emitió un sofocado grito e incluso sollozó ante aquella súbita invasión. El noble la calmó con un beso en la boca mientras se quedaba quieto durante unos minutos. Descubrir que ella era casta y pura le impresionó tanto que se deleitó con sus labios.

Poco a poco el cuerpo de Lucy fue adaptándose al del hombre y cuando Bradley comenzó a mover lentamente las caderas, ella pensó que no soportaría tan deleitante fricción. Su sexo acogía su falo que entraba y salía rítmicamente de su ser... Bradley abrazó a Lucy que estaba atrapada por un increíble arrobamiento e incluso protestó cuando su marido redujo el ritmo de sus embestidas. Brad sonrió y la besó en los labios mientras sus cuerpos se fundían en un solo ser para así estallar, finalmente ante aquel increíble orgasmo el cual hizo vibrar sus cuerpos...

La paliza que Michel había dado a Berenice la había dejado el rostro magullado y sangrando. Tenía el ojo derecho semi cerrado por uno de los puñetazos que le había propinado y que la tiró al suelo... Berenice se puso en pie tambaleándose y apoyándose en los pocos muebles que se habían salvado, puesto que la habitación estaba completamente desordenada... Aquel miserable había estado rebuscando el dinero en los cajones de los armarios hasta que enojado la obligó a que se lo diera... Luego acabó por marcharse sin más. Era así como actuaba cada vez que estaba sin un solo penique porque lo gastaba en sus fulanas y en las apuestas.

Berenice sollozó en silencio y fue al baño para asearse y luego se mudó de ropa como mejor pudo. No quería mirarse en el espejo ni recordar lo que acababa de ocurrir, pero era difícil. La furia había cegado al hombre, muy corpulento, que la golpeó sin piedad hasta lograr conseguir lo que andaba buscando. No era la primera vez que lo hacía ni tampoco se arrepentía de sus actos. Ella se lo había buscado por su descaro, pensaba él.

La hermana de lord Bradley Hastings se sentó en la cama en el momento en el que Molly, su doncella, le trajo a su hija que sollozaba. La madre cogió a su bebé y trató de tranquilizarla amamantándola. La sirvienta miró compasivamente a su pobre señora, a la que había oído pedir auxilio hacía unos minutos, pero no pudo socorrerla porque le había pedido que se quedara con la niña y que la protegiera, y eso había hecho... La sirvienta se fijó en el desorden y procedió a acondicionar la habitación. El señor Michel no trataba bien a su señora ni tampoco se preocupaba por su hija pequeña. Siempre regresaba tarde a casa y se despertaba tardísimo. Era rudo en las formas, además de exigente, con la servidumbre que había trabajado en la casa. Todos se habían marchado menos Molly. Ella no podía dejar sola a su señora con un hombre como lord Michel porque la familia de lady Berenice le habían dado la espalda, e incluso su hermano, lord Hastings, la repudió al casarse con lord Michel... Lady Berenice se sentía triste y desamparada. No tenía a quién recurrir en momentos como esos. A veces se limitaba a llorar

en silencio, como en aquel instante, mientras miraba a su bebé. En otras ocasiones Molly la acompañaba en su tristeza. La señora Rushmore también lo había hecho tiempo atrás. El ama de llaves de su señoría la escuchaba y aconsejaba como haría una madre con su hija. Molly guardaba un buen recuerdo de la mujer y, también, sabía que su señora la echaba en falta, aunque entendía que ella se debía a lord Hastings y que debía acatar sus órdenes, por eso no venía a visitarla con la frecuencia de antes...

Berenice se percató de su delicada situación inecesitaba tanto a la señora Rushmore al igual que a Brad! Ellos nunca habrían permitido que nadie le hiciera daño ni que le pusieran la mano encima... Su hermano era un buen hombre, además de protector como la señora Rushmore, pero Berenice estropeó la buena relación que tenían con el marqués en el momento en que se fugó con aquel impostor... Hacerlo había destruido su vida y la de su familia. ¿Cómo podía enmendar aquel error del que se tanto se arrepentía? ¿Cómo? ¡Si toda su familia no perdonaba aquel escándalo! Berenice había pasado por alto la opinión que los Hastings tenían sobre Michel al que eligió como marido, pero se equivocó. Michel solo estaba interesado en su fortuna. Descubrirlo le había roto el corazón porque ella sí que le quería. En aquel momento ya no... Ansiaba escapar de él, pero sabía que la encontraría y sería peor... Luego ¿qué se suponía que debía hacer? No soportaba vivir bajo el mismo techo que él ni que la pegara. Ella quería que su familia le perdonara y que todo fuera como antes. Bradley no conocía a su sobrina Ginebra solo Clive, con el que había coincidido en varias ocasiones. Él también sabía la clase de sabandija que era Michel y quiso pegarle aquella vez, pero Berenice se lo prohibió. Su hermanastro quería protegerla, pero ella no quería involucrarlo en un asunto tan privado. Bastante tenía con intentar solucionar sus diferencias con Bradley, pensó mientras miraba a su bebé que se había quedado dormida en sus brazos. Un sentimiento de culpa se adueñó de su ser... Aquel no era el ambiente en el que quería criar a su hija, pero ¿dónde podían esconderse sin que él las encontrara? Además, se había llevado todo el dinero que tenía guardado... Pronto le reclamaría todas sus joyas, que empeñaría, para divertirse, se dijo.

—Deje que la duerma en la cama, milady.

Berenice la miró confusa y luego le dio a su hija.

Llamaron a la puerta. Ambas se miraron... Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo de la muchacha, pues recordó que él nunca llevaba encima la llave por mera pedantería... La doncella fue a ver quién era... Berenice

cogió a su hija por instinto. Su rostro asustado dio lugar a la más absoluta sorpresa ya que se trataba de la señora Rushmore, la cual se santiguó nada más verla... Berenice depositó con suavidad al bebé sobre la cama y se fundió en un abrazo con el ama de llaves que se conmovió al escuchar lo que ese miserable le había hecho.

- —Si hubiera venido antes nada de esto habría pasado... —le dijo la mujer consternada.
 - —No te preocupes... —respondió sorbiendo por la nariz.

Molly salió del cuarto. Berenice le pidió a Angie que se sentara.

—Tu hermano me ordenó que viniera para darte algo... —anunció la mujer.

La sorpresa de Berenice se transformó en confusión. El ama de llaves asintió con una leve sonrisa mientras cogía su mano entre las suyas.

—Tu hermano te ha escrito una carta y espera una respuesta... —Angie se la entregó tras sacarla de su bolso de tela.

¡Brad le había escrito después de tantos años sin tener noticias suyas! ¡Oh, Dios bendito!

—¿No piensas leerla?

Berenice rasgó el sobre y la leyó. La carta era breve pero clara. Bradley la perdonaba siempre y cuando dejara a ese bastardo y volviera a su lado. Era así como se refería a Michel... la joven se emocionó. Angie le preguntó si estaba bien. Ella asintió feliz.

—Dile a Bradley que acepto.

El ama de llaves, que ya había hablado con el lord sobre el contenido de la carta, sonrió complacida. Al fin la joven Berenice volvía a casa. Aquello era todo un acontecimiento después de tantos años alejada de los suyos.

—En ese caso recoge todas tus cosas. Tu familia te espera en Hastings Hill... —anunció felizmente la señora Rushmore.

Berenice sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Michel no estaba en racha aquella tarde. Había apostado una generosa suma de dinero por ese maldito caballo y había perdido. Su amigo, lord Halen, se había burlado de él mientras que lord Briew se acercó a su mesa para pedirle el dinero que le había prestado la semana anterior y que aún no le había devuelto. Michel le miró de malas maneras a sabiendas de cómo era el prestamista cuando no le daban lo que era suyo.

—He de ir a casa para dártelo.

El hombre no se fio de él e hizo que lo acompañaran dos de sus hombres. Tenían la orden de atizarle si se pasaba de listo y no pagaba...

Brad no había dejado de mirar a Lucy a la que vio sonreír en un momento de la tarde. Posiblemente recordara el modo con que los dos habían irrumpido en el comedor donde Olivia y Anthony almorzaban tranquilamente hacía unas horas. Él se excusó diciendo que habían estado en la galería. Una vez acomodados en sus respectivos asientos intercambiaron una mirada de absoluta complicidad... Ciertamente ella hacía que su vida fuera diferente. Tal vez fuera su inocencia y la bondad que desprendía su mirada lo que provocaba que no pudiera dejar de mirarla. Le encantaba la buena relación que tenía con su tía y lo bien que le caía a Anthony quien, por cierto, le había confesado que les había estado observando en uno de los pasillos y que había visto llorar a Lucy... Eso Brad lo sabía pero se limitó a decir que era un asunto de pareja y que ya estaba más que solucionado, de lo que su amigo se alegró y luego se excusó diciendo que tenía cierto asunto que atender.

Tía Olivia sentía una ligera jaqueca, así que se retiró a descansar. Solo quedaron Lucy y él sentados en el salón. Brad se levantó y se le acercó. Lucy sintió un ligero vuelco en el corazón y se ruborizó al recordar lo que había pasado entre ellos. Brad tomó su mano y le estampó un beso en la palma. Luego siguió por la muñeca y el antebrazo. Ella sonrió y jadeó al mismo tiempo... El hombre alzó la mirada. Había una profunda picardía en ella.

—Cualquiera de los empleados puede entrar y vernos.

Tenía razón, por eso se levantó y fue a cerrar la puerta y regresó al lado de Lucy.

—¿Por dónde iba?...

Lucy estalló en una carcajada. Él la miró fascinado... se inclinó para darle un beso cuando oyó que llamaban a la puerta. Era la señora Rushmore.

—Lamento la tardanza, pero...

Lucy no pudo oír el resto de la conversación porque Brad salió y cerró la puerta. Ella aguardó a que volviera, pero no lo hizo. Preocupada salió a ver lo que pasaba. No vio a Brad por ninguna parte, pero una de las doncellas le dijo dónde había ido junto con la señora Rushmore.

—¡Dime dónde puedo encontrar a ese bastardo! —Exigió Brad a Berenice que sollozaba amargamente.

La señora Rushmore trató de consolarla, pero era inútil. Esa pobre muchacha había sufrido muchísimo, y todo por culpa de ese miserable que tenía por marido. No obstante, y pese a que estaba acostumbrada a los cambios bruscos de humor de su señor, nunca le había visto tan enfadado como en aquel momento aunque motivos no le faltaban. A pesar de aquel distanciamiento su señoría quería mucho a su hermana. A la vista estaba por el modo con que la abrazó antes.

—¡Habla de una maldita vez!

Berenice se secó las lágrimas con un pañuelo y trató de calmarse. Siempre le había intimidado el carácter de su hermano aunque en ese instante entendía su enfado.

—No... no lo sé.

La respuesta enervó al noble porque se vio atado de pies y manos.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir? —Su voz tronó por toda la biblioteca haciendo que Draco se levantara y se escondiera detrás de uno de los sofás.

La señora Rushmore pegó un respingo. Aquel bastardo había pegado a su hermana y no merecía vivir...

—Te juro que no lo sé. Él nunca me dice a dónde va, créeme.

La última vez que lo hizo le había defraudado fugándose con ese miserable. Pronto el escándalo salpicó a toda la familia y su madre se sumergió en una profunda tristeza. Ya nada volvió a ser como antes. Fueron años de absoluta desesperación y dolor, innecesarios desde su punto de vista y que rompieron aquel lazo familiar.

—¿Cuánto hace que ese desgraciado te agrede?

Berenice no quería contestar. Brad soltó un improperio justo cuando la puerta de la biblioteca se abrió y apareció Lucy mirándolos a todos.

Berenice boqueó asombrada porque por un instante pensó que era Gail, pero no. Pero ¿quién era ella? Y ¿por qué su hermano no se alegró de verla?

—¿Qué demonios quieres? —oyó decir a su hermano a la joven que se parecía tanto a Gail.

Lucy titubeó indecisa, aunque sus ojos se posaron en la muchacha cuyo rostro estaba lleno de cardenales, pero ¿quién era ella? Y ¿qué le había pasado? ¿Por qué la señora Rushmore la consolaba?

—Quería ver si estabas bien. —musitó con voz casi inaudible.

Brad la miró desairadamente. Había elegido un mal momento para preocuparse por él.

—Lo estoy. Ahora vete. —Bramó cerrándole la puerta en las narices.

Lucy no podía creer que Bradley reaccionara de aquel modo y le hablase así, pero era innegable que estaba enfurecido por algún motivo, que tenía que ver con esa muchacha, así que se fue a la habitación donde caminó para relajar los músculos tensos de su cuerpo. No le había gustado el modo con que le hablado ni cómo la había tratado, pero él era así de fiero, reconoció mirando en dirección de la puerta que seguía cerrada... De este modo Lucy se desnudó y puso el camisón. Cubrió su cuerpo con una bata de terciopelo negro y esperó tontamente a que Bradley apareciera...

Las horas iban pasando y el hombre no dio señales de vida. Lucy comenzó a inquietarse... Golpeó la almohada con el puño y se tumbó en la cama mirando al techo. Sus ojos se anegaron de lágrimas, pero las secó rápidamente cuando oyó que la puerta se abría. Sintió que su pulso se aceleraba porque era Brad. Estaba serio, más de lo habitual. Lucy evitó incordiarle con preguntas indiscretas sobre quién era esa muchacha de la biblioteca y por qué estaba tan magullada ya que cabía la posibilidad de que la mandara a paseo.

Ver lo que ese maldito le hizo a su hermana le llenó de rabia e indignación y tanto que lo que más le apetecía hacer en ese momento era encontrarle y darle su merecido, pensó... Pero reparó en la preocupación que reflejaba el rostro de Lucy y silenció sus pensamientos. Ella abandonó la cama y lo sorprendió con aquel repentino abrazó que inundó su alma con una indescriptible serenidad, sin embargo optó por quedarse quieto. No estaba de humor para sensiblerías ni nada por el estilo.

Tanta frialdad alarmó a la pobre muchacha, que se apartó enseguida y se abrazó a sí misma. Bradley no la miró siquiera sino que procedió a

descalzarse en silencio. Luego tocó la campanilla. La señora Rushmore vino de inmediato a la habitación después de llamar a la puerta.

- —Quiero que el carruaje esté listo a primera hora de la mañana.
- —Sí, milord.

Brad cerró la puerta y continuó desvistiéndose con la agilidad de un felino. Lucy lo observaba desde aquella horrenda soledad en la que se encontraba. Deseó que le dedicara una mirada y que le contara aquello que lo tenía tan enojado. Ello era preferible que aquel condenado silencio que reinaba en la opulenta habitación y entre ellos... Lucy seguía sintiéndose una intrusa en la vida del noble aun cuando una parte de sí misma ansiaba que él la estrechara entre sus brazos. Era absurdo, dadas las circunstancias, así que luchó contra sus propios deseos y dio por perdida la batalla al descubrir, sorpresivamente, que le gustaba Bradley Hastings, su marido. Ello le causó una profunda conmoción teniendo en cuenta que él no estaba interesado en ella, sino en su cuerpo.

- —¿Vas a alguna parte mañana? —Preguntó de repente simplemente para romper el hielo.
 - —Sí... —murmuró él, al fin.
 - —¿A dónde?.
- Él la miró malhumorado. Ella no tenía derecho de hacer ninguna pregunta ni indagar en su privacidad. Pronto ella se marcharía y él volvería a su rutina diaria, es decir, a la soledad y oscuridad.
 - —¿A ti que te importa?

Su ruda contestación ruborizó a Lucy.

—Era sólo una pregunta... —suavizó con el fin de que no se enojara más todavía.

Pero en el ambiente se mascaba una increíble tensión que amenazaba con sepultarla como nunca. Él no le daría su sitio ni la amaría porque era solo una doncella con la que había hecho un trato por el módico precio de trescientas libras, y con la que se había acostado ironizó consigo misma... mientras se fijaba en las apretadas calzas que marcaban la abultada virilidad del hombre. Lucy, ruborizada, desvió la mirada pero él se le acercó airadamente para decirle:

—Deja las malditas preguntas y márchate. Quiero estar solo.

Lucy le miró estupefacta. ¿¡La estaba echando, otra vez!? Tal parecía que sí. Por eso en lugar de llorar esbozó una sonrisa que no gustó a Brad.

—Supongo que tienes razón. Buenas noches... —dijo con intención de irse a la otra habitación.

Bradley frunció, beligerante, el entrecejo y le cortó repentinamente el paso. Su rostro revelaba una inquietante hostilidad.

—¿Te estás... estás burlando de mí?

¿Por qué estaba tan susceptible y de pésimo humor?

Ella negó con la cabeza.

—¿Entonces? ¿Qué te hace tanta gracia?

¿Qué diablos le pasaba esa noche?

—No sé cuál es el motivo de tu enfado, pero solo quiero ayudarte... —le dijo consternada.

Él no necesitaba la compasión de nadie y menos de la mujer.

—No necesito tu ayuda, ni la de nadie, así que márchate y déjame en paz de una buena vez, ¡fuera!... —Exclamó abriéndole la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Lucy se sintió terriblemente rechazada y humillada, aunque no mostró sus sentimientos, sino que pasó de largo. Luego oyó aquel portazo que la desilusionó por completo...

Olivia nunca imaginó que Michel pudiera hacer algo tan horrible, y menos a su sobrina Berenice, por eso se llevó un gran disgusto. Lucy trató de calmarla con una taza de té que ella misma le preparó. La muchacha no pudo evitar compadecer a Berenice, de la que había oído hablar a la señora Rushmore. Ambas mujeres estuvieron conversando gran parte de la mañana y acabaron congeniando a la perfección. Mientras, Anthony las observaba complacido, sobre todo a Berenice a la que siempre había admirado. Nunca entendió que vio en aquel maldito, y si lo tuviera cerca le retorcería el pescuezo... Solo los cobardes hacían uso de su fuerza bruta contra las mujeres y Michel era un claro ejemplo de ello. El conde confiaba en que Bradley, quien antes de ausentarse le había confiado el cuidado de su familia, lo encontrara y le diera su merecido.

Berenice cogió a su hija en brazos y le hizo carantoñas. El bebé la miraba atenta... Lucy sonrió y pidió cogerla durante un rato. La tarde estaba siendo amena a pesar de las circunstancias, pese a que no vio a Bradley cuando se fue por la mañana temprano. Se obligó a sí misma a no levantarse de la cama para verle partir. Había sido una completa estúpida al albergar esperanzas donde nos las había, aunque esperaba que pronto acabara aquella farsa...

A Berenice le costaba creer que su hermano hubiera rehecho su vida. Lucy le contó cómo se conocieron y cómo el amor surgió entre ellos. Para la hermana del marqués fue un acto de heroicidad, para Anthony era un interrogante porque no creyó esa historia...Por eso aguardó a que estuvieran solos Lucy y él y abordó el tema con ella. Su nerviosismo la delató. La tensión acumulada en las últimas horas hizo que acabara llorando. Anthony le entregó su pañuelo y esperó a que ella se sincerara con él. Lucy le miró y por un momento sintió deseos de quitarse de encima aquella carga que pesaba sobre sus hombros...

Brad se dejó llevar por su instinto y dio con aquel bastardo que estaba en la casa que su hermana había comprado, como todo lo demás que allí había,

y lo encontró tomando una copa de vino en el sofá con el rostro cubierto de moretones. Alguien se había encargado de ponerlo en su sitio y se alegró de que así fuese. Michel casi se atragantó cuando vio aparecer a su cuñado pues dedujo que su esposa e hija estaban bajo su tutela, y que había venido a ajustar cuentas con él, por eso dejó la copa y echó a correr como una rata de alcantarilla, pero Bradley se lo impidió cortándole el paso para evitar que escapase. Aquel desgraciado temió por su vida cuando el marqués de Collingwood lo agarró por el cuello y lo alzó unos centímetros del suelo. Brad le apretó el gaznate hasta que aquel se puso morado. Quería matarlo... Pero lo soltó de malas maneras y entonces lo vio que empezó a toser como un poseso mientras caía al suelo. Fue ahí cuando Bradley se ensañó con él golpeándolo sin piedad alguna... Luego hizo uso de su influencia y lo entregó a las autoridades no sin antes hacerle firmar aquel documento en el que obtenía el divorcio para su hermana. Rompiendo así toda relación con ella.

Berenice consideró que Lucy era la persona perfecta para su hermano. No solo por su simpatía sino por su gran corazón. Brad había tenido suerte, puesto que Gail solo le había dado quebraderos de cabeza durante el tiempo que estuvieron casados, pero él la quiso por encima de cualquier circunstancia. Ese fue, sin duda, su mayor error. No obstante, no se alegró de la muerte de Gail ni de la de su sobrino Ross. Ellos no merecían morir de aquel horrible modo, pero sucedió y ello hundió a Bradley... A Berenice le habría gustado acompañarle en su duelo, pero solo pudo acudir al entierro. Su hermano estaba tan abatido que no fue consciente de lo que sucedía a su alrededor ni cuando lo abrazó sentidamente... Esa fue la última vez que lo vería. Estar apartada de la familia le había enseñado a valorarla más todavía porque había sido un tormento. De ahí que anoche admitiera sus errores ante Brad y pidiera perdón por ellos. Su hermano había tenido razón al decir que Michel no era un buen hombre, pero ella lo quería y no fue capaz de ver la clase de persona que era hasta que se casó con él... Tantas mentiras e infidelidades acabaron con aquel amor que sintió por él. En ese momento guardaba un pésimo recuerdo del padre de su hija al que no quería ver nunca más... Pero cabía la posibilidad de que pudiera aparecer por Hastings Hill para armar un escándalo, aunque sabía que Brad no se lo permitiría... Lo tenía claro... Su afán era obtener la separación y criar a su hija desde el amor y comprensión, aunque no descartaba la posibilidad de encontrar a alguien que la mereciera. Ese siempre había sido el deseo de su madre, a la que tanto echaba de menos...

Brad regresó tarde a casa. Estaba cansado pero satisfecho con su hazaña. Había logrado que aquella rata acabara metido entre rejas por una larga temporada, aunque en ese instante solo un pensamiento acaparaba su mente y era Lucy. No sabía por qué, pero necesitaba estar a solas con ella y que le abrazara como anoche. Era ilógico teniendo en cuenta el modo con el que la había tratado, pero ¡estaba tan enojado por culpa de ese indeseable! Por eso, cuando una de las doncellas le dijo dónde estaba ella, quiso ir a verla, pero Anthony lo esperaba en el salón. Al parecer quería hablar con él. Brad lo miró extrañado por el modo con que su mejor amigo le recibió, ya que estaba serio y bebiendo un trago de licor.

—En la vida existen límites que uno no debería sobrepasar, y menos con las mujeres. Los hombres tenemos el deber de cuidarlas y admirarlas con el respeto que merecen. No olvidemos que nos dieron la vida... —comenzó diciendo Anthony desde el sofá.

Brad miró detrás de él y comprobó que la puerta estaba abierta, así que la cerró.

—Denoto cierto reproche en tus palabras.

Anthony acabó de beberse la copa y la dejó sobre la mesita auxiliar. Era tarde y debía volver a casa, pero antes tenía de decirle una cosa a su amigo.

—He compartido una agradable velada con tu espléndida familia. Tu esposa Lucy es, sin duda, una mujer maravillosa. Eres muy afortunado de tener a alguien así a tu lado... —dijo dándole una palmadita en el hombro.

Brad se giró y le ordenó que se detuviera. Tanta queja se debía a algo y quería averiguarlo.

—Algo me dice que has estado indagando en mi vida conyugal.

Anthony sonrió. El marqués se puso serio.

—A veces, las personas descubrimos cosas de forma accidental y nos sorprenden... —repuso en un tono misterioso además de intrigante.

A Brad le envió una mirada furtiva. ¿Qué sabía Anthony para haberse tomado la licencia de hablarle así?

—¿De qué has hablado con ella?

Anthony alzó inquisitivamente una ceja.

- —¿A quién te refieres con lo de "ella"?
- —¡Lo sabes perfectamente! —Bramó.

A decir verdad, Lucy no le contó gran cosa salvo que Bradley no era un marido considerado, cosa que le sorprendió porque sí lo fue con Gail.

- —Ah, quieres decir Lucy...
- —No me tomes por tonto.
- —Nunca lo he hecho, aunque ¿qué sientes realmente por Lucy?

La pregunta pilló desprevenido al marqués, pero aquel cretino tenía la malsana costumbre de meter las narices donde no debía, simplemente para estar al día de su vida conyugal. Por eso se tomó su tiempo en servirse una copa y en beberla. El alcohol anestesió su enfado.

- —¿Por qué lo preguntas?
- —Porque vi cómo salía llorando de tu estudio el otro día, Brad... —le recordó protegiendo a su amiga de la conversación que sostuvieron.

Brad se quitó la chaqueta y la colocó en el reposabrazos del sofá. El recuerdo del ardiente cuerpo desnudo de Lucy lo aturdió durante unos segundos.

- —Ya te respondí que todas las parejas tienen sus discrepancias... No veo nada raro en ello.
- —Excusas y más excusas... —respondió Anthony hastiado—. ¿Por qué no contestas directamente a mi pregunta? ¿La quieres? Sí o no...
 - << No lo sé... >>
- —¡No entiendo a qué viene la pregunta! —Exclamó, muy molesto, poniéndose en pie.

Estaba cansado y quería darse un baño antes de cenar algo.

- —Solo quiero saber cuáles son tus sentimientos hacia Lucy... —explicó el conde.
 - —¿Tanto te interesa el asunto?
- —Digamos que quiero lo mejor para vosotros... aunque tu evasiva hace que piense que no la quieres y que estás con ella por alguna clase de interés.

La respuesta de su amigo le sentó como un jarro de agua fría a Brad, por eso se enfrentó a él.

- —¿Interés? ¿Qué estás dando a entender?
- —Creo que la utilizas para algún fin... —Le espetó sin más.

Brad fingió una extrema indignación.

- —Si no fuera porque eres mi mejor amigo te daría un puñetazo... ¿Cómo te atreves a pensar eso de mí?
- —Es lo que veo... y opino. Jamás te he visto fingir con Gail como con Lucy, y no te atrevas a negarlo porque te he estado observando. La besas y

abrazas cada vez que tía Olivia o yo estamos cerca.

Aunque estaba en lo cierto prefirió seguir haciéndose el indignado. Era mucho más creíble que contarle la verdad a su mejor amigo.

—¡No sé de dónde has sacado eso, pero no menciones a Gail! —Le ordenó enfadado.

Anthony sabía que se estaba extralimitando, pero su amigo necesitaba que alguien le quitara la venda de los ojos, porque consideró que no debía defender a una mujer cuya moral estaba en tela de juicio.

—¡Gail no era ni la mitad de noble y generosa que Lucy porque sólo pensaba en sí misma y, lo que es peor, no te amaba!

Brad estaba comenzando a perder la paciencia. Anthony no tenía ningún derecho a meter el dedo en la llaga así como así.

—¡Cállate! ¡No sabes lo que estás diciendo! —Le advirtió mirándole a los ojos.

El marqués echaba humo por las orejas.

—¡Sí que lo sé porque compartí contigo esa etapa de tu vida! ¿Acaso no recuerdas cuando te aconsejé que te separaras de ella y dijiste métete en tus asuntos?

¡Claro que lo recordaba como todo lo demás! Pero en ese momento sus sentimientos hacia Gail estaban por encima de cualquier cosa.

—¡Cállate!

—¡No! —Brad apretó los puños. Si seguía por esa línea el marqués le atizaría—. ¡Te empeñas en ponerla en un pedestal cuando todos sabíamos la clase de mujerzuela que era! —a Brad no se lo pensó dos veces y agarró a su amigo por las solapas de la chaqueta. Anthony no se acobardó. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa con todas sus consecuencias—. ¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme como a Marvin Fawkes, quizás? —Le retó.

Brad le miró con ira contenida y lo soltó con rudeza. Su amigo casi perdió el equilibrio. El marqués se mesó el cabello y se paseó por la sala como una fiera enjaulada. Estaba rabioso y sentía una profunda indignación por todo en general. Gail había destruido su existencia y lo había humillado públicamente, pero él siguió ahí tratando de salvar lo insalvable. Luego cayó en la más absoluta oscuridad.

—Todo el mundo sabía que te era infiel, pero no te diste cuenta hasta que viste a lord Fawkes mirándola de aquel modo en esa fiesta. Ahí comenzaste a sospechar de ella, sobre todo cuando te retiró la palabra después de defender a su amante...

Bradley sintió como sus heridas se reabrían. ¡El dolor era tan grande mientras los recuerdos se aglutinaban en su cabeza! ... No podía escapar de ellos por más que lo intentaba.

—Aun así, la perdonaste porque la amabas muchísimo, pero ella a ti, no. Solo le interesaba tu fortuna...

Dolía oír aquella verdad. Tanto que se sentó en el sofá totalmente abatido. Tenía la mirada perdida y el alma sobrecogida.

Ver a su mejor amigo en semejante estado hizo que Anthony le pidiera perdón por las formas y la manera de decirle las cosas. Le había ido directamente a la yugular y se arrepentía de ello.

—El día que dejes de pensar en ella te darás cuenta de las cosas buenas que hay a tu alrededor. Solo así podrás volver a ser feliz. —Le dijo antes de irse.

Brad se quedó a solas con sus pensamientos. Las heridas sangraban hasta el extremo de no poder soportarlo más. Se levantó y tomó la copa que había sobre la mesa auxiliar y la estampó contra la pared como si con ello fuera a espantar los viejos fantasmas del pasado...

Antes de ir al pueblo en la mañana temprano Brad le dio a Berenice la mejor noticia de su vida, y ella, para festejarlo, improvisó organizando un pequeño picnic no lejos de Hastings Hill. Habría preferido que su hermano se quedara, pero tenía asuntos que atender. También le habría gustado que Anthony las acompañara esa mañana ligeramente soleada, pero no pudo, así que las tres mujeres, es decir, Berenice que tenía a su bebé dormida en su cochecito, tía Olivia y Lucy anduvieron colina abajo. Ésta se encargó de extender el mantel de cuadritos rojos y blancos. Abrió el cesto con la comida y sacó los cubiertos que la señora Rushmore había preparado con tanto esmero. Tía Olivia estaba un tanto cansada, pero feliz por la noticia y por ver a su sobrina tan animada. Cualquiera lo diría de ella...pero se había quitado un gran peso de encima gracias a la rápida intervención de su hermano. Brad había vuelto hacer uso de su influencia para proteger a la familia, lo cual le enorgulleció. Hacía tiempo que no veía a los Hastings tan unidos por la adversidad y eso que Berenice había elegido casarse por cuenta con ese miserable de Michel. Se alegraba que Bradley se encargara de que lo metieran en la cárcel.

La llegada de Lucy había favorecido a los miembros del clan, y agradecía que estuviera en sus vidas. Su estancia en Hastings Hill estaba siendo muy agradable, de lo contrario había vuelto al que fue su hogar y les habría seguido visitando siempre que su salud se lo permitiera, pero no quería engañarse a sí misma... cada día que pasaba con su familia era un regalo, al igual que verlos sanos y bien al igual que a la pequeña Ginebra.

Berenice cortó el queso en rodajas, así como el pan recién hecho. Los sirvió en sendos platos como el resto de la comida. Tía Olivia suspiró satisfecha mientras disfrutaba de la tranquilidad y las maravillosas vistas de la propiedad cuyas extensas tierras le otorgaban el privilegio de ser la más envidiada de la región pues se elevaba como un monumento.

—De niña solía venir aquí a jugar... —Señaló Berenice dando un ligero bocado al queso.

Ella guardaba cierto parecido físico con su madre. Era alta y delgada; tenía el cabello castaño claro y la nariz afilada. Su rostro era alargado de ojos rasgados de color miel.

—Sí... a tu madre y a mí nos encantaba este lugar... —le recordó su tía que comía un trozo de pan con pavo ahumado.

Berenice asintió recordando a su pobre madre a la que tantos disgustos le había dado en vida. Ojalá no hubiera sido tan egoísta ni estúpida, pero lo había sido y las consecuencias habían sido demoledoras.

—Lo sé... —respondió su sobrina—. A Bradley le gustaba leer junto a aquel árbol mientras mamá y tú nos mirabais complacidas... —evocó nostálgica.

Lucy las escuchaba en silencio porque no había un solo día que no se acordara de su familia. Los días y las semanas habían ido pasando y su preocupación iba en aumento en cuanto a recuperar a sus hermanos. Lo veía algo sumamente difícil.

—A mí me gustaba tumbarme en el césped y miraba el cielo azul... papá casi nunca nos acompañaba... —dijo tristemente.

Tía Olivia evitó hacer algún comentario al respecto porque conocía cómo era su hermano y su gusto por las mujeres en lugar de disfrutar de su familia. Su pobre cuñada, Ginebra, soportó sus infidelidades porque le quería y porque no le gustaba el escándalo.

—¿Qué solías hacer cuando eras niña, Lucy? —Preguntó Berenice.

La joven casi se atragantó con un trozo de queso. Tosió con refinamiento y habló inventándose una vida inexistente pero verosímil.

—Jugaba a las muñecas.

En realidad, cuidaba de sus hermanos mientras su madre se prostituía.

—Por cierto, cuéntale a Berenice sobre tu familia... —le propuso Olivia en un momento dado.

Lucy palideció y no supo qué contestar. Su vida había sido marcada por el hambre y la necesidad. ¿Cómo contarles a los Hastings quién era realmente y de dónde provenida sin que se escandalizaran?

—Oh, ahí llega Bradley junto con Anthony.

La repentina aparición de los dos caballeros desvió la atención de ambas mujeres, que se mostraron contentas de verlos. Lucy, por muy increíble que pareciera, se alegró también porque eso la salvó del caos.

Anthony fue el único en saludarlas porque Bradley sólo podía mirar a su esposa en silencio. Sí, lo era... ¿por qué negarlo por más tiempo?

<El día que dejes de pensar en ella te darás cuenta de las cosas buenas que tienes a tu alrededor>>.

Lucy Miller era mucho más que una simple cosa. Era la mujer que había venido a Hastings Hill en calidad de doncella y había cambiado su triste vida. Había hecho con su presencia que su sombrío hogar fuera un lugar acogedor e infinitamente familiar. Había logrado que perdonara y acogiera a su alocada hermana y ganarse el afecto de los suyos sin ninguna clase de artificios, y lo mejor era que se había entregado a él... Pero había vuelto a estropearlo todo. De ahí que rehuyera no solo su mirada sino su compañía porque no le dirigió la palabra como en otras ocasiones. Eso al marqués le supo mal.

Berenice ofreció algo de comer a Anthony y se puso a charlar animadamente con él. Luego se fueron a estirar un poco las piernas. Tía Olivia, que estaba sentada entre Brad y Lucy, se puso a hablar sobre Hastings Hill y sus tierras. Lucy se levantó para coger en brazos a Ginebra porque se había despertado llorando. El bebé tenía la gasa mojada y se la cambió por otra limpia... Brad escuchaba a su tía, pero miraba lo que Lucy hacía con tanta dedicación y esmero. Era obvio que había estado cuidado de sus hermanos y que se le daban muy bien los bebés porque su sobrina dejó de llorar tan pronto como le cambió la gasa. Lucy le dio un beso en el pelo y se sentó con mucho cuidado... Por un momento Brad se la imaginó rodeada por un puñado de niños rubios y con los ojos claros y que le sonreían... Pero enseguida sacudió de su mente aquel pensamiento. Ella pronto se iría, pensó seriamente.

—Pero tu abuelo Doyle se negó a vender la parcela de terreno por esa absurda cantidad de dinero porque intuía que su precio se duplicaría con el paso del tiempo...

Brad sonrió levemente mientras apuraba el vaso con la limonada casera. Hacía tiempo que no disfrutaba de aquel momento tan familiar.

—El abuelo era muy bueno para los negocios... —repuso.

Brad vio que Lucy le hacía arrumacos a su sobrina. Ella era un bebé igual de guapo que su querido hijo Ross.

- —Sí, y también muy generoso.
- —Milord... —dijo una de las doncellas que apareció de repente.

Brad giró la cabeza.

Olivia y Lucy la miraron.

- —El señor Amberly acaba de llegar y quiere hablar con usted lo antes posible.
 - —Dile que enseguida voy...
 - —Sí, milord.

Le hizo una reverencia y se alejó colina arriba.

—Qué importuno es Amberly, a veces... —se quejó tía Olivia.

Brad no respondió, aunque tenía la fiel corazonada de que traía malas noticias...

Berenice miró el cielo encapotado que vaticinaba otra tormenta. Ello motivó que tuvieran que dar por concluido el picnic. La muchacha estuvo durante todo el trayecto quejándose, suscitando así la risa de Anthony que se encargó de coger el cesto mientras Berenice empujaba el cochecito de Ginebra. Le habría gustado pasar el resto de la tarde al aire libre en compañía de su familia y amigo, y aunque el tiempo no parecía darles tregua, planeó hacer otro picnic en lo sucesivo.

Lucy y tía Olivia venían caminando detrás. Las piernas de la mujer no respondían como debieran y por eso hacían breves descansos. Así mismo la lluvia las pilló llegando a la casa. La señora Rushmore les proporcionó toallas limpias con las que secarse, aunque Olivia prefirió tomarse un baño de agua caliente. A Lucy le pareció una brillante idea, tanto que iba a llevarla a cabo, pero Bradley la hizo llamar a través de una de las doncellas. Lucy miró confusa a Olivia.

—Ve, querida.

Por nada en el mundo quería quedarse a solas con él. Ya había pasado por ese trance y había sido terrible... pero Olivia mirándola de aquel modo la obligó a ir a la biblioteca. Allí encontró al lord con su abogado al cual saludó cortésmente. El hombre hizo lo propio con la señora Hastings...

—Entra y cierra la puerta... —dijo Bradley incapaz de mirarla a los ojos. Amberly estaba muy serio. Tal vez había venido con los documentos del divorcio, pensó Lucy un tanto expectante.

—Toma asiento...—le ordenó Brad.

¿Por qué no la miraba?

El marqués estaba de pie. Su semblante revelaba una seriedad que no gustó a Lucy y le produjo un gran desasosiego... La muchacha vio que el hombre le hacía una señal a su abogado para que hablara. Éste se aclaró la garganta. Lucy respiró hondo, pero fue escucharle mencionar a sus hermanos y sentir un vuelco en el corazón.

—Según tengo entendido sus hermanos fueron puestos bajo la tutela del estado, ¿no es así milady?...

Lucy sintió con un ligero nudo en la garganta y después miró a Brad que agachó la cabeza.

—Sí, pero ¿cómo están ellos? —Quiso saber.

El abogado estaba haciendo un enorme esfuerzo por hablar. No era una situación nada agradable.

—Milady... siento tener que decirle que... —el hombre hizo una pausa. Le fue imposible continuar.

Lucy miró a ambos hombres porque no conseguía entender nada de lo que Amberly trataba de decirle.

—¿Dónde están mis hermanos, señor Amberly? —Preguntó seria.

El abogado sacó su pañuelo y se secó el sudor de la frente. Tanto misterio acabó por impacientar a la señora Hastings.

—Lo que Amberly trata de decir es que... —¿Cómo contarle a su mujer la verdad sin parecer un maldito insensible? —... Hubo una fuga de gas en el centro en que estaban alojados.

Lucy sintió que caía por un barranco. Le miró horrorizada...

- —Mientes...
- —Lucy... Yo envié a Amberly a Londres hace unos días para que averiguara dónde estaba tu familia... —murmuró Bradley compungido...

La muchacha negó con la cabeza incapaz de creer aquella horrible noticia. Se puso en pie y sintió un ligero vahído. Brad se le acercó, pero ella le rechazó. Necesitaba salir de ahí lo antes posible porque le faltaba el aire... Brad la llamó y ella corrió por todo el pasillo. No le importó la densa lluvia, solo quería correr y correr para acabar con aquel sufrimiento que la estaba devorando.

Brad la siguió después de contarle a Anthony lo que había pasado. Berenice llamó a Lucy que no escuchaba a nadie salvo al dolor que la devoraba por dentro. El recuerdo de sus hermanos y sus sonrisas la hicieron llorar mientras corría por todo el jardín hasta bajar por una pendiente. Los zapatos anegados de agua se le salieron de los pies, pero ella no se detuvo a recogerlos. Estaba cegada por el indescriptible dolor que la asfixiaba. Su llanto se entremezcló con la lluvia que bañaba su compungido rostro calando hondamente en sus huesos... Bradley la llamó desesperadamente porque vio que se desviaba hacia ¡los acantilados! El miedo hizo que corría con todas sus fuerzas para poder alcanzarla. Anthony hacía un enorme

esfuerzo por seguirles e incluso resbaló y cayó cuesta abajo debido a la húmeda hierba.

Oyó como alguien la llamaba desde aquel lugar al que acudió para mirar jadeante cómo la niebla cubría el mar mientras las olas golpeaban las rocas con fiereza... No tuvo miedo ni sintió vértigo alguno. Solo la arrebatadora necesidad de saltar al vacío para acabar con su sufrimiento... Ellos habían muerto por su culpa, les había prometido que iría a buscarles y no había cumplido con su promesa. Le dolió el saber que nunca los volvería a ver... Sollozó cayendo de rodillas sobre la resbaladiza hierba. La lluvia fustigaba su cuerpo que se sacudió en medio de aquel desgarrador llanto que no cesaba. Su corazón latía estrepitosamente.

—Lucy, apártate de ahí y ven aquí muy despacio —le pidió Brad respirando agitadamente.

Eran unos momentos de máxima tensión para el hombre, el cual sintió cómo se reabrían sus heridas mientras que para Lucy era el instante perfecto para acabar con su agonía.

Anthony llegó minutos después, pero se mantuvo en un segundo plano mientras recobraba el aliento. Le horrorizó ver a su amiga tan cerca del acantilado.

Bradley estaba angustiado porque sabía que el suelo era inestable... Un paso en falso y caería al vacío, como su familia.

Ella estaba como ida... Brad trató de acercarse con sigilo, pero Lucy recobró la conciencia. El dolor aguijoneaba su corazón que sangraba... Se puso en pie y, de espaldas al acantilado, dio un paso atrás. El marqués trató de dominar la situación intentando disuadir a su esposa.

—¡No te acerques! —Exclamó con voz desgarrada.

Brad alzó los brazos.

—Está bien... pero no te muevas porque el suelo no es seguro. —le advirtió.

Eso a ella le era indiferente y retrocedió un paso más. Brad estaba tremendamente asustado, aunque no dio muestras de ello. Lucy volvió a llorar. Había perdido lo que más quería. No concebía la vida sin ellos.

—Ven aquí, te lo ruego... —le suplicó él mientras intentaba ganar tiempo, el cual jugaba en su contra.

Pero los minutos iban pasando y el temor iba adueñándose de los dos hombres.

—No cumplí con mi promesa. Yo los abandoné a su suerte. —lloró, de nuevo.

Brad aprovechó para acercarse con sigilo.

—No lo hiciste. Fue un accidente... por favor, apártate de ahí. Es muy peligroso. —Le rogó de nuevo.

La lluvia caía incesante. La niebla avanzaba envolviéndoles como una mano siniestra. Anthony no podía soportar más aquella situación y tomó cartas en el asunto... Ella era su amiga y la apreciaba. Así se lo hizo saber a Lucy que cerró los ojos para controlar su fuerte llanto. Tenía el corazón encogido. Ya no tenía nada por lo que luchar ni vivir.

—Sabemos cómo te sientes y queremos ayudarte, pero, por favor, ven aquí... Esa no es la solución.

Lucy retrocedió por instinto... el trozo de tierra se hundió bajo sus pies y de sus labios escapó un grito desgarrador que originó que ambos hombres corrieran a salvarla. Lucy se aferró a una piedra que iba cediendo mientras quedaba suspendida a una gran altura del acantilado... Miró hacia abajo y sintió un profundo vértigo.

—Mírame a mí. —le pidió Brad.

Lucy estaba atemorizada. Ambos hombres unieron sus fuerzas para tirar de ella hacia arriba. Fueron unos minutos de auténtica desesperación y temor... Lucy fue rescatada y acabó sobre el cuerpo de Bradley que respiraba agitadamente como su amigo Anthony.

Tan pronto como llegaron a casa Brad sumergió el gélido cuerpo de Lucy en la bañera con agua caliente porque estaba tiritando de frío. Su mujer tenía los labios morados y estaba completamente pálida y callada. Ni siquiera protestó cuando él la desnudó con presteza ni tampoco participó en el baño. Estaba como ida mientras de sus ojos brotaban las lágrimas... Anthony y Bradley le habían salvado la vida, pero no merecía vivir porque había perdido a la única familia que le quedaba.

El marqués sacó a su esposa de la bañera y la envolvió con un albornoz. Secó su cabello con una toalla e hizo que se metiera en la cama. Cubrió su cuerpo con el cobertor, pero aun así ella seguía teniendo frío... Brad no tardó en bañarse y meterse en la cama con ella y darle calor con su cuerpo hasta que Lucy se quedó dormida.

Brad aprovechó aquel intervalo de tiempo para bajar al salón y reunirse con su familia y amigo, al cual había prestado su ropa, para contarles lo que había sucedido y quién era realmente Lucy. Sentía que ya no podía engañarles por más tiempo porque así se lo dictaba su conciencia. Su afán por atrapar al que mató a su familia le había hecho rebasar los límites involucrando a una pobre doncella, en serios apuros económicos, cuyos hermanos habían muerto de forma inesperada, aunque triste para todos, pues solo eran unos niños desamparados. Ojalá hubiera actuado en consecuencia, pero había sido cruel al cuestionar a Lucy y no haberla ayudado cuando le habló de su delicada situación familiar. Pensó más en él que en ella y, aunque era tarde para lamentaciones, se sentía en el deber de compensarla cuando llegara el momento. Con ello no pretendía acallar su conciencia, sino hacer las cosas bien en lugar de ser egoísta. Solo por soportar sus cambios bruscos de humor Lucy merecía una vida mejor y estaba dispuesto a dársela.

Olivia se quedó sin habla porque por siempre pensó que Lucy era una actriz a la que su sobrino había contratado. En cuanto a Berenice no se impresionó, sino que la siguió queriendo como a una hermana, lo cual le tranquilizó a Bradley. Anthony alabó la franqueza de su buen amigo, pero consideró que debía haberles contado la verdad desde el principio y su afecto hacia Lucy no había cambiado por más que fuera una humilde doncella. En ella había visto la antítesis de Gail, a la que evitó nombrar en voz alta aunque su opinión sobre ésta seguía siendo la misma de siempre. Brad había tenido la mala suerte de enamorarse de una mujer que no lo merecía y que le había hecho muy infeliz durante el tiempo que estuvieron casados... Recordar esa etapa era como reabrir la caja de los truenos...

—Por esta razón voy a dar por concluida esta farsa... —anunció Bradley serio.

Todos le miraron impactados por su decisión la cual todos consideraron desacertada.

—¿Acaso vas a dejar a Lucy? —Quiso saber Olivia molesta.

El lord suspiró. Jamás habría imaginado que Lucy fuera a ser tan querida por su familia. Algo que nunca había pasado con su primera esposa.

—Ella nunca quiso hacerse pasar por mi esposa, yo la disuadí ofreciéndole un dinero que iba a venirle bien a su familia... —Les explicó recordando la primera vez que la vio y la impresión que le produjo...

Aquel fue el principio de todo.

- —¿Cómo has podido hacer algo así? —Le regañó su tía indignada.
- Él tampoco, pero lo hizo con todas sus consecuencias y lamentaba el resultado. Más que nada por Lucy.
- —Cuando la vi por primera vez me recordó mucho a Abigail... reconoció Brad con la mirada puesta en el ayer, pero enseguida sacudió cualquier clase de nefasto recuerdo.
- —Y por eso trazaste un plan... —dijo Anthony incapaz de juzgarle ya que sabía lo mucho que su amigo había sufrido con aquel aparatoso accidente.
 - —Sí.
- —Pero Lucy no es como Abigail, sino todo lo contrario... —matizó Berenice en un vano intento por hacerle ver a su hermano la bellísima persona que tenía como esposa.

Brad la miró sin decir nada. Ambas eran muy distintas en cuanto a carácter y prioridades.

—¡Por supuesto que no! —Exclamó Olivia poniendo mala cara—. Lucy es una muchacha realmente encantadora, aunque, al veros juntos por primera vez, sentí que me ocultabais algo y por eso te puse a prueba e insistí en que os casarais... —Brad era consciente de ello—. Pero tú podrías haberte negado y no lo hiciste. Ahora sé la razón y no sé si debo felicitarte al utilizar a la buena de Lucy.

Brad carraspeó.

—Teníamos un acuerdo y se ha roto, tía... —admitió finalmente.

Aunque las formas no fueron las correctas, Brad reconocía que Lucy se había esforzado muchísimo en aparentar ser una dama. Su cordialidad había hecho que se ganara la simpatía de muchos...

Anthony bebió un trago de vino mientras escuchaba hablar a su amigo. Su historia parecía haber sido extraída de una novela de intriga cuyo final aún estaba por determinar.

—Un segundo... —dijo Berenice cuyas heridas estaban algo mejor—. ¿No estarás diciendo que pasaste por alto tus prejuicios sociales con tal hacer justicia...?

Brad prefirió no decir nada al respecto porque siempre había evitado mezclarse con el vulgo, pero con Lucy había rebasado esa línea.

—Aún muerta sigues debiéndote a esa horrible mujer que tan infeliz te hizo... —murmuró Olivia conmovida.

Su tía estaba en lo cierto. A fin de cuentas, Gail no había sido justa con él. Le había engañado pero la quiso. Ahora no podía decir lo mismo.

Anthony sabía el poder que Abigail había ejercido en la vida de Bradley que aún estando muerta seguía haciéndolo pero desde su tumba. Pero ¿hasta cuándo iba a durar aquello?

- —Yo creo que deberías olvidar el pasado, hermano... —dijo Berenice.
- —Yo también opino lo mismo, Bradley... —apuntilló su amigo.

Como si ello fuera fácil. Además, Lucy y él eran muy distintos. Ella era la calma y él la tempestad, pero en la cama ambos eran una candente llama.

—Lucy es la persona correcta —le indicó Olivia encantada con ella—. Pero el problema eres tú, querido sobrino... Sigues aferrado al pasado y te empeñas en darle la espalda al presente.

Bradley apuró su copa de vino. La conversación se le estaba yendo de las manos y no quería acabar discutiendo con nadie de su familia por culpa de ese pasado, que seguía tan presente en su vida, y por eso se puso en pie...

- —He de ir a ver si Lucy sigue dormida...
- —Avísanos cuando despierte. Queremos darle un abrazo. Lo necesitará la pobre criatura... —dijo Olivia viéndole salir.

Berenice exhaló un suspiro. Le dolía ver a su hermano tan perdido por culpa de Gail. Ojalá no se separara de Lucy...

Anthony le miró enigmáticamente. Si Bradley abriera del todo sus ojos se darían cuenta de la enorme joya que tenía por esposa.

Olivia se quedó callada... sobraban las palabras.

Lucy estaba despierta cuando Bradley entró a la habitación. Había recobrado el color rosado de sus mejillas, pero su mirada seguía perdida en la nada. Así había estado él durante tantos años hasta que apareció ella solicitando aquel puesto de doncella... Por un instante pensó que Gail había regresado de la otra vida, pero no era así...Ella y Ross se habían ido para siempre. Aceptarlo era cuestión de tiempo, pero estaba en ello. No le cabía la menor duda de que superaría sus muertes, aunque no hubiera dado aún con el culpable... Sin embargo, se sentía liberado al haber contado a su familia la verdad sobre Lucy y él... Ya no tendrían que fingir ante ellos, pero ¿cuánto había de verdad cuando ella se entregó a él? ¿Lo había hecho para complacerlo o porque también lo deseaba? Brad ya se había ilusionado antes con Gail y el resultado fue terrible. No quería pasar por ese trance, otra vez... aunque en ese instante le preocupaba el estado emocional de la joven. El dolor la estaba consumiendo sigilosamente. Fiel reflejo de ello era su rostro porque parecía estar como ida... Por eso no podía permitir que se hundiera en su propio sufrimiento. De modo que intentó iniciar una conversación, aunque sintió que ella estaba a años luz de él... Pero no la dejó sola en su duelo particular. Por eso se descalzó y se tumbó a su lado. Quería abrazarla, pero corría el riesgo de que lo rechazara.

Los minutos que siguieron fueron eternos para el hombre porque necesitaba recuperar a la mujer cuya sonrisa era reflejo de la vitalidad y el entusiasmo. Ella trasmitía serenidad. Algo que no halló en Gail porque ella, en sí, era un conflicto. Vivir una mentira fue, quizás, la cara poco amable de su primer matrimonio donde no faltaron la infidelidad, los reproches y el desengaño... Bueno, esto último llegó después de descubrir que Gail no le amaba y que le engañaba con otros. Encajar aquel duro golpe lo convirtió en un hombre distinto al que había sido. Tras el accidente sintió que su vida se iba apagando paulatinamente mientras la oscuridad lo devoraba.

Brad miró el dedo de la mano izquierda donde Lucy llevaba el anillo de casada. Recordó cuando se lo puso y aquel día.

—Siento mucho lo que ha pasado... —comenzó diciendo él. Lucy no respondió. Recordó el día en que le pidió viajar a Londres y él se lo negó, aunque nadie podía imaginar entonces aquel terrible desenlace—. Cometí un grave error al no permitirte que fueras a Londres pero en ese momento pensé más en mí que en ti.

Lucy sintió un nudo en la garganta pero soportó aquel duro trance.

—La muerte de Gail y de mi hijo Ross me afectó muchísimo, sobre todo cuando descubrí que no fue de forma accidental, sino que alguien cortó las cinchas del carruaje en el que iban aquella mañana.

La joven hizo el enorme esfuerzo de mirarle, pero se mantuvo en silencio.

Brad quería sincerarse del mismo modo que ella lo había hecho al hablarle de su familia, a la cual él había menospreciado injustamente solo porque creía ser mejor que los demás.

—No podía permitir que te fueras porque necesitaba que te quedaras para que apareciera el responsable de dichas muertes.

Lucy pestañeó. ¿Por qué le estaba contando eso ahora? ¿Qué sentido tenía el hacerlo?

Brad vio como ella abandonaba la cama y se alejaba a una esquina de la habitación. Su confesión la había conmocionado y la había hecho palidecer... Pero no quería que hubiera más secretos entre ellos. Ya no... Él trató de acercarse donde ella estaba, pero se lo prohibió enérgicamente.

- —Permíteme que te lo cuente todo.
- —¡No!... —logró decir, al fin.

Brad se mesó el cabello.

—Pero siento que te debo una disculpa por no dejarte ir a ver a tus hermanos.

Oírlos nombrar hizo que sus ojos se anegaran de lágrimas. ¿Cómo podía ser tan cínico?

—¡No te atrevas a mencionarlos! ¡No tienes ningún derecho! —Exclamó ella con voz doliente mientras iba a la puerta la cual abrió. Ahora era ella quien quería estar sola con su pena y dolor.

—Lucy...—suplicó.

Ella miró a otro lado. No debería comportarse de ese modo, y menos con él. No había que olvidar que ella era una sirvienta y él un noble y estaba en su casa, pero ¡estaba tan dolida con él!.

—Me gustaría estar sola... —Pidió.

Brad no consideró oportuno discutir ni exigir nada a la muchacha y salió cabizbajo. Tenía la certeza de que se había abierto una enorme e insalvable brecha entre ellos.

Berenice, Olivia y Anthony querían ver a Lucy para mostrarle su apoyo en tan difíciles momentos y se encontraron con una joven completamente desolada. Esto les encogió el alma a todos, especialmente, a Olivia que la admiraba en exceso. La repentina muerte de sus hermanos era una tragedia, pero debía aprender a sobrellevarlo del mejor modo posible, aunque nadie dijo que fuera a ser fácil teniendo en cuenta que Lucy los quería mucho o eso les había contado Bradley hacia unas horas...

- —Al menos no sufrieron, querida... —dijo a modo de consuelo, pero para Lucy no lo había, aunque asintió mientras se enjugaba las lágrimas.
 - —Es todo tan triste.
- —Sí... —respondió Anthony que estaba de pie junto a la cama mirándola con pesar—. A veces la vida es tan injusta...
- —Pero en nosotros está el saber encajar los golpes que nos asesta respondió Berenice cogiendo la mano de Lucy entre la suyas—. Dale tiempo al tiempo, Lucy.

Ella suspiró. La muerte de sus hermanos había sido la peor noticia que jamás le hubieran dado. Nunca imaginó aquel triste final para sus pobres hermanos...

—Aunque Bradley nos ha contado la verdad de quién eres, queremos que sepas que cuentas con todo nuestro apoyo... —dijo Anthony de repente.

Lucy sintió un gran vuelco en el corazón y palideció. ¿Cómo había podido hacer algo así sin tan siquiera consultárselo primero? Él, que había sido reacio a que contara a la verdad a los suyos...¿qué le había hecho cambiar de parecer? ¿Significaba eso que todo había acabado, que podía marcharse?

—No hemos venido a cuestionarte sino para decirte que puedes contar con nuestra ayuda porque siempre serás un miembro de la familia Hastings...—dijo Berenice con ternura.

Lucy no supo qué contestar... Pero no quería quedarse en Dover, sino alejarse definitivamente de Brad. Era lo mejor que podía hacer, pero para no herir la sensibilidad de la pobre muchacha recurrió a la cortesía que le tanto le caracterizaba.

—Agradezco vuestro apoyo, pero tengo pensado volver a Londres... — anunció sorbiendo por la nariz.

Berenice miró a Anthony que no estaba dispuesto a perder a una amiga como Lucy cuya vida y circunstancias estaban muy lejos de la comodidad a la que ellos estaban acostumbrados.

—Quédate con nosotros. Estarás muy bien atenida. —Le pidió.

Lucy negó tristemente con la cabeza. Tenía previsto emprender una nueva vida...Su amiga Linnet Rynorld le había ofrecido vivir con ella junto con sus hermanos, pero Lucy nunca quiso molestarla. Esperaba que pudiera acogerla porque ahora no tenía nada, ni siquiera una familia por la que seguir luchando.

—Anthony tiene razón, querida... —Dijo Olivia afectada ante la negativa de Lucy, a la que tanto cariño había cogido—. Somos nosotros quienes estamos en deuda contigo por cómo has llevado la situación con suma discreción y elegancia...

Lucy se puso roja.

—Por eso queremos compensarte ofreciéndote un.

Berenice se calló cuando Bradley entró a la habitación. Tiempo atrás habría permanecido en penumbra en la biblioteca, pero en ese momento odió aquel silencio que reinaba en ella, por eso tan pronto como escribió esa carta a Amberly resolvió huir de él y regresar a la habitación para saber cómo estaba ella por más que supiera que le detestara.

- —Oh, eres tú, Brad... —dijo su hermana contenta de volver a verle.
- El hombre avanzó unos pasos y, aunque su semblante revelaba una indescriptible seriedad, miró a Lucy quien desvió la mirada hacia otra parte.
- —No pensé encontraros aquí... —señaló ansioso por inclinarse y estampar sus labios en los de Lucy, pero eso solía hacerlo cuando ambos fingían ser un matrimonio bien avenido delante de todos. En aquel instante todo era distinto.
- —No podíamos con la espera, querido... —dijo su tía con voz apagada
 —. Siento decirte que Lucy ha declinado nuestro ofrecimiento de querer ayudarla.

Brad supo que lo haría en el momento en que su tía y hermana se lo plantearon hacía unas horas atrás. Lucy quería irse de Dover. Ese siempre había sido su deseo... Entonces ¿por qué la noticia le había dejado tan mal sabor de boca?

—¿Podéis dejarnos a solas un momento? —pidió el noble.

Lucy miró en silencio cómo salían todos. Berenice se giró y corrió hasta ella para darle un abrazo y un beso.

—Escucha lo que mi hermano te tiene que decir, por favor... — murmuró junto a su oído.

Lucy no contestó, sino que tan pronto como la puerta se cerró abandonó la cama y se alejó hacia a la ventana. No quería oír nada de lo que él dijera.

Que ella lo rehuyera para darle la espalda era la sensación más desagradable que jamás hubiera experimentado, pero se lo había ganado a pulso, reconoció mientras recordaba sus constantes desaires...

Lucy lo oyó carraspear.

- —Le he escrito a Amberly para que empiece con los trámites de separación. En unos días quedarás libre y podrás irte a Londres tal y como es tu deseo... —oyó que decía con voz clara. En un solo día había pasado por distintas emociones todas ellas tristes—. He resuelto asignarte una casa y una renta con la que puedas. —Lucy se giró de golpe y clavó su mirada en del hombre-... No lo tomes como una ofensa sino como una manera de agradecerte lo que has hecho por mí.
 - —¿Agradecerme? —Repitió ella molesta.
 - —Sí. —respondió mientras llegaba hasta ella.

Quería que Lucy entendiera su gesto y no lo malinterpretara. Ella había hecho mucho por él, pero Bradley no había sabido reconocerlo hasta hacía poco. Verla al filo de aquel maldito acantilado había hecho que se cuestionara muchas cosas de las que habían pasado entre ellos, y darse cuenta que se había equivocado al juzgarla deliberadamente.

- —No... No te acerques a mí. —le ordenó rechazándolo nuevamente.
- Él se detuvo en seco. Solo estaba tratando de compensarla de alguna manera. ¿Tan difícil era de entender?
 - —Una casa nueva, una renta... ¿Qué será lo siguiente que me ofrezcas? Brad alzó una ceja oscura.
- —No me mires como si no supieras de lo que te estoy hablando... Porque si piensas que voy a convertirme en tu amante mi respuesta es ¡no! Antes prefiero morirme de hambre... —dijo ella pasando delante de él.
 - —¿Eso es lo que piensas de mí? —Preguntó atónito.

Lucy se giró furiosa.

—Sé cómo actúan los hombres como tú con mujeres como yo. Creen que comprándoles unas casa u obsequiándolas con joyas o pieles pueden

tenerlas cuando quieran... —Brad se echó a reír ante esa creencia suya—. ¡No te rías, es la verdad!

El marqués dio un paso adelante y la miró intensamente a los ojos. En ellos vio un fascinante resplandor.

—¡Por eso no quiero tu casa, ni tu renta, Bradley Hastings! —Exclamó con un asombroso orgullo en la mirada.

Otro paso...

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

<< A ti... >>

Dicho pensamiento abrumó a Lucy porque no podía querer a un hombre como él bajo ningún concepto. Nunca, jamás...Porque sufriría y mucho.

—Quiero empezar una nueva vida, pero lejos de todo. —dijo con determinación.

Otro paso.

El corazón de Lucy latía sin control al ser consciente de su cercanía. Si no dejaba de mirarla de ese modo corría el riesgo de echarse en sus brazos y que dios la ayudara.

—Aunque antes quiero acabar lo que hemos empezado. —se oyó decir.

Era una locura, pero él quería atrapar al responsable de la muerte de su familia y ella estaba dispuesta a ayudarlo a pesar de todo.

Otro paso.

—¿Qué quieres decir?

Lucy juntó ambas manos y mostró un porte propio de las grandes damas.

—Seguiré a tu lado hasta que atrapes al responsable del accidente. Después firmarás la separación y no nos volveremos a ver nunca más... Prométemelo.

Brad se detuvo. Estaba conmocionado, aturdido, asombrado, pero existía una razón de peso que le impulsó a aceptar aquel nuevo acuerdo sin tan siquiera medir las consecuencias...

—La señora Moriarty ha preparado especialmente este caldo de gallina para ti, así que tienes que probarlo, querida. —dijo el ama de llaves mientras colocaba la bandeja con la cena sobre su regazo y tomaba asiento en el borde de la cama.

La joven agradeció el gesto aunque no tenía hambre, pero Angie insistió hasta el extremo de hacerle coger la cuchara. No quería que la muchacha enfermara, aunque entendía su dolor.

—Lamento la perdida de tus hermanos. —dijo mirándola compasivamente—. Seguro que ocupan un bonito lugar en el cielo.

Lucy volvió a llorar otra vez. Había sido un duro golpe para ella, además del peor día de su sufrida vida... Pero debía aprender a convivir con ese dolor y sin sus hermanos a los que llevaba en su alma y corazón.

- —Me cuesta muchísimo hacerme a la idea que no están porque les quería muchísimo...
 - << Pobre, Lucy, pensó Angie afligida>>
- —Ellos a ti también, pero has de ver el modo de sobreponerte a la pérdida mi querida niña. —Le aconsejó—.
- —No sé si seré capaz... Ellos eran mi única familia... —Reconoció Lucy.
 - El ama de llaves la miró extrañada. No entendía porque había dicho eso.
- —Ahora tienes una y son los Hastings, Lucy... —le recordó con suavidad.

Lucy tomó un par de cucharadas de la sopa y se limpió la comisura de los labios con la servilleta de lino.

—Ambas sabemos que no lo son por una serie de razones más que evidentes, Angie...

El ama de llaves sonrió levemente.

—Sí, pero luego lord Hastings se casó contigo cuando pudo haberse negado cuando lady Olivia le obligó.

Lucy no estaba del todo convencida.

—Lord Hastings tenía interés en atrapar al responsable de la muerte de su familia... —le expuso—. De lo contrario jamás lo habría hecho y tú lo sabes mejor que nadie.

El caldo estaba delicioso. Por un momento Lucy sintió culpable por disfrutarlo dadas las circunstancias.

—Tal vez, pero no olvides que eres la señora Hastings ahora y eso dice mucho del señor... —. Indicó risueña.

El rubor de Lucy la delató delante de la mujer.

—Eso no cambia las cosas.

La obstinación de Lucy impacientó a Angie.

—Conozco a lord Bradley desde que nació y sé que nunca hace nada si no es por alguna razón. Puede que su obsesión por atrapar al responsable del accidente de los suyos le llevara a pedirte que te hicieras pasar por su esposa, y luego os casarais pero algo en él ha cambiado desde que estáis juntos. No es el que era antes, querida... —Lucy veía al mismo hombre rudo de siempre, aunque su generosidad le había llamado la atención—. Lady Olivia y lady Berenice me lo han dicho hace unas horas y estoy de acuerdo con ellas. Por eso creo que deberías quedarte y luchar por tu matrimonio.

La muchacha dejó la cuchara en el plato. No quería comer más. Angie insistió, pero ella rehusó.

—Esta unión siempre ha sido una farsa, Angie... —admitió muy a su pesar.

El ama de llaves no pensaba lo mismo que Lucy.

—Puede que al principio lo fuera, pero no olvides que el roce hace el cariño.

Lucy siguió en sus trece.

—Ese tiempo para el cariño solo existe en los libros. Yo solo soy una simple doncella que, por desgracia, se parece a la difunta esposa de lord Hastings... Además, no tengo fortuna, ni hogar ni familia... —resumió tristemente.

Al ama de llaves no le gustó que Lucy hablara de sí misma en esos términos porque la consideraba una buena muchacha.

—Yo creo que deberías replantearte las cosas y no renunciar a aquello que te dicta tu corazón. Si llegaras a conocer realmente a lord Hastings te darías cuenta de que es un buen hombre.

Lucy bajó tímidamente la mirada.

- —No lo sé...
- —Créeme que sí...—le dijo retirándole un mechón del rostro.

Lucy se fijó en que la puerta que comunicaba ambas habitaciones seguía cerrada.

—El señor está en la biblioteca junto a Draco. Creo que pasará la noche ahí, aunque nunca se sabe... —le dijo como si estuviera leyendo su pensamiento. Lucy no se atrevió a preguntar el motivo, pero se lo dijo Angie—. Él, al igual que tú, necesita aclarar sus sentimientos...

Bradley no era esa clase de hombres, aunque ¿por qué Angie se empeñaba en hacerle ver lo contrario?

—No quiero quedarme en Hastings Hill sino irme... —le confesó, finalmente.

El ama de llaves abrió sorpresivamente los ojos.

—Pero ¿por qué?

Solo existía un motivo para querer marcharse y eran sus sentimientos hacia el marqués de Collingwood, pero no podía expresarlo en voz alta y menos delante de Angie.

—Porque siento que este no es mi sitio...

No quería parecer ridícula, pero dio esa impresión delante de la mujer. Lucy reconocía que sentía una fuerte atracción hacia el noble, aunque eso no significaba nada, sino que si se quedaba iba a empeorar más las cosas y bastante tenía ya consigo misma por la repentina muerte de sus niños.

—Lo es, solo que tú te empeñas en creer lo contrario... —sentenció firmemente.

Lucy no respondió. El ama de llaves no consideró oportuno discutir con Lucy sobre una decisión que estaba más que tomada. La pobre muchacha bastante tenía con su dolor familiar. Así que decidió no atosigarla sino darle su espacio para que reflexionara y se diera cuenta de las cosas por si misma... Por eso cuando ella se marchó Lucy se sintió profundamente sola. Por un leve instante ansió que él abriera esa puerta y durmiera a su lado, aunque guardara silencio, porque lo que era Lucy no pudo dormir. Su mente evocó a los suyos y nuevamente el dolor volvió a golpear hasta la saciedad...

Cuando Gail y él discutían Bradley salía a tomar el aire o bien se refugiaba en la lectura para evadirse de sus problemas conyugales. En este momento era incapaz de leer una sola línea. Las letras le resultaron poco atrayentes así que cerró de golpe el libro y fijó su mirada en la nada durante varios minutos seguidos. Draco se levantó en un momento dado y vino hacia él... El animal había sido su mejor compañía en los peores momentos además de un perro fiel. Brad le acarició el hocico y le instó a que se fueran a dormir porque era muy tarde... Draco salió el primero. Brad subió las escaleras cabizbajo. Lucy había ocupado parte de su pensamiento y le resultó extraño. Ella quería marcharse y él debía respetar su decisión, así como la promesa que le hizo... por eso cuando Draco y él pasaron por delante de la puerta cerrada de su habitación y el animal se puso a dos patas y sollozó, Bradley tuvo que tirar de su correa. Una vez en su cuarto, Draco volvió a escapar y se puso delante de la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Era evidente que quería ver a Lucy.

—Ven aquí...—le ordenó su dueño mientras se desnudaba.

El animal hizo caso omiso a su llamada y comenzó a sollozar de nuevo. Brad lo alejó de la puerta, pero Draco volvió al mismo sitio.

—Perro tonto... —dijo el marqués que le ignoró y se metió en la fría cama.

Apagó la luz. La habitación se tiñó de la penumbra que volvía a habitar su ser, pero supo cómo sortearla. Golpeó la almohada y miró el techo varios minutos seguidos. Mientras, Lucy abrió sigilosamente la puerta...

—¿Por qué lloras? —murmuró al perro quien movió la cola.

Acto seguido le hizo pasar a su cuarto. La tenue luz proveniente de su habitación bañó cálidamente su silueta. Llevaba un vaporoso camisón de seda. Tenía el cabello suelto e iba descalza. Más que una aparición parecía un ángel, aunque Draco era el que más se beneficiaba porque Lucy al perro le quería. A él lo detestaba...

Draco lamió el rostro de Bradley que abrió inmediatamente un ojo y vio a esa cosa peluda mirándole de un modo que le desagradó por completo porque quería seguir durmiendo y que no le molestara, pero a esas horas de la mañana solía sacar al perro al jardín para jugar. A decir verdad, el hombre no estaba de humor ya que apenas había pegado ojo en toda la noche, pero Draco insistió con su zalamería. El noble lo apartó regañándole. Fue entonces cuando se fijó en que la puerta que comunicaba ambas habitaciones estaba abierta. ¿Acaso Draco se había escapado sin que ella se diera cuenta? ¿Estaría durmiendo?... Brad miró al perro y le ordenó que se fuera a la otra habitación. Se tumbó y se cubrió con el cobertor. No transcurrió ni medio minuto cuando Draco le destapó huyendo con la manta al otro cuarto. Brad maldijo entre dientes. ¿Qué demonios le pasaba al perro? ¿Acaso se había vuelto loco?

Lucy se había despertado más triste que nunca porque había soñado con sus hermanos que le sonreían. Abrir los ojos y darse cuenta de que no los volvería a ver le produjo una profunda angustia...

No tenía hambre ni tampoco deseos de salir de la habitación sino de llorar sus muertes, pero comprendió que debía de ser fuerte y continuar adelante, aunque ¡les echaba tanto de menos! Ella había tratado de ser una buena hermana y sentía que les había fallado por un motivo u otro. Eso la mortificaba y hacía que llorase en silencio en la bañera, pero enseguida se repuso, salió de la pila y tomó una toalla para secarse... Draco le había hecho compañía toda la noche. Esto la reconfortó, pero le hubiera gustado que Bradley asomara en algún momento de la noche aunque fuera para saber qué hacía Draco con ella... ¡qué menos! Pero el marqués solo pensaba en sí mismo. Y, en parte, entendía su dolor, aunque a diferencia de él, Lucy no tenía a nadie... Eso sí que era penoso, pero debía continuar adelante, se dijo mientras salía del baño completamente desnuda... se topó con Draco junto a la puerta. A su lado estaba un cobertor que le era muy familiar. En la mañana Draco abrió con sus patitas la puerta de al lado y ella

la había cerrado con sigilo porque vio que Bradley estaba durmiendo profundamente.

—Devuélvelo a su sitio o Bradley se enfadará contigo. —le dijo acariciando su hocico.

Ni siquiera se percató de la presencia del marqués que la miraba extasiado desde la puerta y que dijo:

—Al principio sí, pero ya no.

Lucy giró la cabeza y sintió que su pulso se aceleraba al ver que estaba desnudo como ella.

¿Qué hacía él ahí?

Brad vio que ella ahogaba un grito mientras cogía el cobertor para cubrirse rápidamente con él. Se había fijado que tenía el cabello húmedo al igual que su ardiente cuerpo. Su sexo estaba cubierto por un ensortijado vello púbico. Sus pezones estaban tiesos... Ni siquiera él hizo nada por cubrir su abultada virilidad que se agrandó ante los ojos de Lucy cuyo rubor se había duplicado.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —Preguntó azorada y aferrada al cobertor.

Los ojos de Bradley destilaban una arrebatadora excitación que asustó a Lucy, la cual se movió por la habitación. Tenía la ropa sobre la cama.

—Draco me despertó y se llevó el cobertor que envuelve tu cuerpo. —le dijo con voz grave mientras exhibía su masculinidad.

Lucy lo miró y boqueó escandalizada. ¿Por qué no era capaz de cubrir su desnudez? ¿Tanto le agradaba ruborizarla?

—Está bien... me vestiré y te lo devolveré... —le ofreció con voz nerviosa.

Brad no se movió del sitio. Draco para entonces se había ido a la habitación de al lado.

- —Esperaré a que acabes. —le dijo Bradley que ocupó una de las sillas. ¿Qué?
- —Tienes que irte.
- —¿Vergüenza a estas alturas, señora Hastings? —Dijo con una sonrisa astuta en los labios.

Lucy deseó borrársela del rostro, pero sintió que se estaba burlando de ella... así que dejó caer el dichosa colcha... y procedió a vestirse, pero Bradley notó su nerviosismo e incipiente sonrojo ... Ella trató de concentrarse y controlar el fuerte latido de su corazón mientras cogía la ropa interior la cual estaba doblada al revés. Ni siquiera se dio cuenta de

que Bradley estaba detrás de ella posando sus manos sobre sus desnudos hombros. Por un momento pensó que se desmayaría de la propia impresión al notar su duro sexo rozando sus nalgas, y su cálido aliento contra su nuca.

—Preferiría que no te vistieras. —dijo arrebatándole la ropa de las manos.

No tenía sentido que le propusiera eso sabiendo cómo estaban las cosas entre ellos, pero una parte de sí se dejó enredar porque se sentía atraída por él y su sugerente tono de voz.

- —¿Por qué?
- —Ahora lo verás.

Él retiró su cabello húmedo a un lado de su hombro y estampó un beso húmedo en su nuca. Lucy entrecerró los ojos mientras las manos del hombre recorrían su cuerpo, el cual comenzó a arder insólitamente ante esas caricias. Brad rozó sus pezones con los dedos y tiró de ellos ocasionando un súbito placer a Lucy. Amasó sus pechos y los acarició deleitándose con su forma y consistencia...

—Brad... —balbuceó ella.

Su piel era seda pura, al igual que la fragancia que usaba, y aturdió los sentidos del hombre... la deseaba en aquel momento con una arrebatadora urgencia por eso la hizo girar y la besó con una pasión desmedida. Lamió esos labios y fusionó su lengua con la de ella que gimió mientras rodeaba su cuello con ambos brazos. Lucy olvidó por unos segundos su pesar. Él la hacía vibrar de un modo insólito porque la elevó unos centímetros del suelo e hizo que ella enroscara sus piernas alrededor de su estrecha cintura... mientras sus bocas se buscaban con súbito frenesí... Bradley dio una patada a una de las mesitas auxiliares y empotró a Lucy contra una de las paredes que había cerca del ventanal. Ella mordisqueó sus labios y su barbilla. Brad sonrió acariciando sus piernas y sus nalgas. Lucy boqueó y gimió contra sus labios cuando él la penetró de golpe. Sintió su textura y su grandeza alojada en lo más recóndito de su ser... Chilló cuando él comenzó a mover las caderas de aquel modo.

—¿Por qué quieres irte de Hastings Hill? —Le preguntó, de repente.

No entendía que se lo preguntara en un momento tan íntimo como ese, ya que ella jugaba con gran desventaja respecto a él. Sentirlo pleno y duro en su interior no le permitía pensar con claridad y él lo sabía por el modo con que lo silenció con sus labios, pero él insistió. Quería saber la verdad a toda costa y por eso movía frenéticamente las caderas. Lucy se retorció de

placer mientras le sostenía el rostro entre sus manos y le besaba en la boca. Tenía la espalda incrustada contra la fría pared, aunque su cuerpo vibraba en concordancia con el del hombre.

—Contéstame... —dijo con voz jadeante.

Ella no quiso responder así que él metió una mano entre sus cuerpos y buscó ese punto sensible con el pulgar y lo frotó. Ella dejó escapar un jadeo de absoluta éxtasis mientras su cuerpo se estremecía.

- —No vas a responder.
- -No.
- —Está bien. Tú lo has querido así, cariño. —dijo dándole un beso en la boca.

Lucy abrió sorpresivamente los ojos y protestó cuando Brad se detuvo para salir de su cuerpo que temblaba ante la necesidad de volver a sentirle dentro de ella, pero el hombre se marchó no sin antes coger su cobertor. La muchacha pensó que moriría del disgusto y la indignación.

Collingwood's Hall era la mansión deseada de Clive. No solo por sus impresionantes tierras, sino porque ahí pasó parte de su infancia. Una vez le dijo a su padre que le encantaría vivir en ella cuando fuera mayor. Cuando éste murió y se la dio en herencia Clive se sintió muy afortunado, pero se equivocó, ya que el cerdo de Bradley le puso las cosas muy difíciles con respecto a su herencia. Habrían de pasar muchos años hasta que finalmente el gran marqués de Collingwood reculara y enviara a Amberly para que le diera lo suyo. Clive lo celebró por última vez con aquellas fulanas con las cuales se emborrachó hasta perder el conocimiento.

Por fin la mansión era suya al igual que todo aquel dinero que lo situaba en una muy posición social muy privilegiada. Él solo quería dejar la vida que llevaba y empezar de cero. Por eso cuando introdujo y giró la llave en la cerradura de la verja sintió que se emocionaba. Collingwood's Hall era lo que siempre había soñado, y le pertenecía por derecho. Nadie podía arrebatársela porque era suya, aunque ello supusiera tener al gran marqués como vecino. ¡Qué más daba!.

Miles de recuerdos acudieron a su mente transportándolo a una niñez un tanto triste por culpa de su hermanastro que lo odiaba, pero ahí estaba Ginebra para protegerle de tan horrible ser y hacer que su infancia fuera mejor. Siempre estaría eternamente agradecido por todo lo que había hecho por él en vida.

Se fijó en el jardín que era aceptable al igual que la enorme fachada cuyos tejados eran altos y solemnes. Las cortinas de los ventanales estaban echadas y daban un toque distinguido a la mansión solariega. Era de esperar que no encontrara a nadie del servicio y le pareció bien que no lo hubiera. Estaba dispuesto contratar a otros nuevos y hacer de ese sitio su eterna morada. Trataría de encontrar a una mujer decente con la que casarse y tener muchos hijos a los que criar y mimar, pensó entrando en la casa que estaba en penumbra.

Lucy no imaginó que Bradley jugara con sus emociones de aquella manera tan rastrera y sucia, pero lo había vuelto a hacer, y todo porque no quiso revelarle el motivo por cual quería marcharse de Hastings Hill. Hacerlo la habría dejado en un mal lugar porque él no la quería, pensó mientras se aseaba en el baño. Nunca debería haberse dejado enredar tan fácilmente por un hombre tan insensible como era Bradley Hastings, pero lo había hecho guiada por aquel deseo que la embriagó en el momento en que besó su nuca y la acarició... Sólo él ejercía esa influencia sobre su cuerpo porque ¿cómo podía silenciar lo que su corazón le dictaba? ¿Cómo fingir que no sentía nada si temblaba ante su sola presencia? Pero aquello debía acabar. No quería ser un juguete en sus manos porque ella tenía buenos sentimientos hacia él. Cosa que él no sentía, y a las pruebas se remitía... Por eso se obligó a no pensar más en él. Cogió la toalla y envolvió su cuerpo con ella. Se miró en el espejo y se compadeció de sí misma porque no tenía arreglo, se dijo abriendo la puerta del baño y a punto estuvo de chillar al ver a Brad ahí sentado en el filo de la cama. Esa vez llevaba puestas unas calzas. Su cabello estaba mojado y sus ojos estaban puestos en ella... ¿Qué hacía ahí? Y ¿por qué había vuelto? ¿Acaso no había tenido suficiente con lo de antes?

Él no habló, pero su mirada revelaba arrepentimiento. Le había podido más su ego que disfrutar de aquel momento de intimidad con su mujer, pero ahí estaba intentando conseguir su perdón... Lucy hizo como si él no estuviera aunque su ropa estaba al lado del hombre. Fue a cogerla, pero Bradley le cogió de la muñeca y la colocó delante de él. Lucy se quedó quieta... sobre todo cuando él la abrazó por la cintura y posó su cabeza contra su vientre. Ella dudó si abrazarle porque estaba dolida y, al mismo tiempo, impresionada por aquel gesto dado lo orgulloso que era. Debía de haberle costado la vida misma dar ese paso, reconoció.

La impasibilidad de su mujer lo inquietó mientras el deseo iba emergiendo y volvía a rugir como nunca. No sabía qué clase de hechizo le había hecho, pero la necesitaba como nunca había necesitado a nadie... Lucy luchó contra sí misma y trató de zafarse, pero Bradley no dejó que se alejara de él y por eso se puso rápidamente de pie y la besó en la boca.

- —No... —murmuró ella casi sollozando.
- —Lo siento, lo siento... —respondió Bradley apoyando su frente contra la de su esposa.

Que el pidiera perdón era lo último que esperaba que hiciera... y cuando él le desenroscó la toalla ésta cayó a los pies descalzos de Lucy. Brad posó sus manos sobre sus pechos. Él podía sentir el fuerte latido de su corazón, así como la emoción que los embargaba. Los dos habían sufrido mucho en la vida... encontrarse fue como un rayo de esperanza.

Brad tomó a Lucy en brazos y la tumbó en la cama. Besó uno de sus pechos, lamió las endurecidas areolas y las chupó fuertemente. Lucy jadeó mientras su corazón latía con rudeza. Brad besó su cuello y lo lamió. Lucy entrecerró los ojos y volvió a rendirse a sus caricias.

—Tócame.

Brad guio la mano de Lucy entre sus calzas. Ella rozó con sus dedos el endurecido falo. Él posó su mano sobre la suya y la apretó para que la deslizara de arriba a abajo. Deslizó su lengua entre sus labios y la besó de forma feroz. Tocó y amasó sus pechos y tironeó de sus pezones. Lucy gimió y casi chilló. El sexo de él se agrandó progresivamente y cuando Bradley creyó que no podía soportar más aquella placentera caricia retiró la mano de Lucy y la penetró. Lucy lo acogió jadeando. El hombre besó sus pechos mientras movía las caderas. Sus fuertes embestidas lograron arrancarle un chillido a Lucy que él silencio con sus labios. Ella se retorció bajo su cuerpo.

—Suéltalo.

Ambos se dejaron llevar por el maravilloso orgasmo que sacudió sus cuerpos. Brad acarició la mejilla de su esposa y le sonrió satisfecho... Iba a volver a besarla justo cuando la señora Rushmore llamó insistentemente a la puerta de la otra habitación.

—No te muevas. Enseguida vuelvo... —le dijo dándole un beso.

Lucy asintió y se tumbó en la cama ansiosa porque él volviera a hacerle el amor, pero aguardó y Brad no apareció... sin embargo oyó ladrar a Draco.

Anthony se puso en medio de Clive y Bradley que discutían acaloradamente mientras Olivia y Berenice les rogaban que dejaran de hacerlo. Bien era cierto que Clive no tenía ningún derecho de irrumpir, así como así, en la casa de Bradley, ni de exigirle que le devolviera los muebles que, según Clive, le había arrebatado solamente para fastidiarlo... Lo que debería haber hecho era anunciar su llegada a través de una nota y esperar a que su hermanastro lo atendiera. Pero no... Clive era de los que les gustaba armar escándalo allá donde fuera simplemente para sacar de quicio a su oponente. De hecho, lo había conseguido con Bradley que estaba harto de él. Olivia volvió a pedirles que se callaran, pero ninguno quiso hacerlo. Bradley estaba colérico y no atendía a razones, al igual que su hermanastro que se sentía pisoteado por el gran marqués.

- —¡Fuera de mi casa! —Bramó Bradley echando a un lado a Anthony mientras tía Olivia y Berenice les rogaban que dejaran la disputa y se comportaran como dos personas adultas.
- —¡No pienso irme hasta que me des lo que es mío!... —Exclamó Clive harto del trato recibido.

Brad le miró con odio y, en un arrebato, estampó su puño derecho contra la mejilla de Clive que cayó redondo al suelo del hall... Las mujeres chillaron. Anthony alejó a Bradley a una esquina para que se calmara. Clive se limpió la sangre que manaba de su labio con el dorso de la mano. Y se puso en pie hecho una fiera.

- —¿Quieres pelear? ... ¡vayamos fuera!.
- —¡Clive, no!... —Exclamó Olivia nerviosa y pálida.
- —¡Dejadlo ya! —Pidió Berenice desesperada.

La señora Rushmore y el resto de los sirvientes vieron lo que pasaba, pero el ama de llaves les ordenó que volvieran todos a sus puestos de trabajo, y esto incluía al gandul de su sobrino que estaba disfrutando con aquel enfrentamiento familiar.

Brad salió al jardín y remangó los puños de su camisa blanca. Iba a darle una buena zurra a ese estúpido y así borrar la sonrisa que había en su maldito rostro... Anthony, al verle, se puso lívido porque sabía cómo era Bradley cuando perdía los estribos, e hizo todo lo posible por calmarle y que desistiera de llegar a las manos con ese insensato. Era tal el odio que se tenían ambos que no se daban tregua, y eso afectó mucho a Olivia.

Draco comenzó a ladrar a Clive.

—Así no se arreglan las cosas... —les dijo Anthony en un vano intento de acercar posturas.

Clive le miró burlonamente. Brad deseó romperle la cabeza a ese infame. Draco acabó por abalanzarse sobre Clive que cayó sobre el césped. El hombre luchó contra el perro para que lo soltara, pero Brad intervino y alejó al animal que siguió ladrando. Lucy apareció en escena y corrió hasta Bradley. Le rogó que parara, pero estaba tan cegado por la ira que le gritó que se fuera.

—Siempre tratando igual a las mujeres. Primero fue Gail, y ahora tu preciosa fulana... —dijo Clive para provocarle con una sonrisa sardónica.

Brad no se lo pensó dos veces y se echó encima de él y le pegó con rabia una y otra vez.

Olivia estaba lívida. Berenice y la señora Rushmore se la llevaron dentro de casa. Lucy y Anthony les suplicaron que pararan. Los dos hermanos rodaron por el césped pegándose mutuamente. Brad golpeó el rostro de Clive con el puño y éste sacó una navaja... Lucy gritó aterrada. Anthony la alejó de ahí... pero Lucy se escabulló y volvió al lugar de la pelea... Brad no le tenía miedo a ese infeliz y luchó por quitársela, pero en un descuido Clive le hizo a Brad un ligero corte en la mejilla derecha, la cual sangró... Brad rodó y se puso en pie... Se palpó la mejilla y su ira se triplicó. Clive volvió a la carga pero se tropezó y cayó de espaldas. Brad se echó encima de él y lo inmovilizó apretándole el cuello con el codo mientras le despojaba de la navaja... Clive respiraba con dificultad. Brad logró hacerse con la navaja la cual acabó lanzando a los pies de Anthony... éste la cogió y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

- —Sal de mi propiedad si no quieres que te mate... —le advirtió furioso.
- —Dame lo que es mío y me iré... —dijo con voz estrangulada mientras tosía insistentemente.

Brad le soltó y vio esa piedra que adornaba el parterre. La cogió con intención de aplastarle la cabeza con ella, pero Lucy, al verlo, chilló

angustiada... Brad se giró para mirarla y Clive aprovechó para darle una patada al marqués que cayó de espaldas. Ambos se enzarzaron en otra dura pelea... Berenice vino corriendo y con lágrimas en los ojos les dijo que Olivia estaba muy mal. Entonces Brad dejó de pelear... Lucy y Anthony corrieron a ver qué estaba pasando.

- —Fuera de mi casa...—le ordenó Bradley jadeando.
- —No hasta que vea a tía Olivia... —dijo el otro.

Bradley tenía dos opciones, o matarlo en ese mismo instante o ir a ver a su tía, pero hizo lo segundo.

El corazón de Olivia estaba débil y necesitaba reposo o eso fue lo que el médico le dijo a su familia.

—Procuren que no se altere. Vendré a visitarla mañana. Buenas tardes.

La señora Rushmore le acompañó después de que Bradley pagara sus honorarios. Se sentía responsable de su malestar y esperaba que pudiera estar mejor para poder disculparse por su comportamiento, pero ese malnacido le había provocado.

Clive también sintió remordimientos de conciencia, pero si el gran marqués no le hubiera provocado nada de esto habría pasado.

—Fuera de mi vista... —le dijo Bradley sin titubear.

Clive no quiso armar otro escándalo. Necesitaba ver a su tía y pedirle perdón, pero el gran marqués se lo prohibió. Ello le dolió en el alma y Berenice lo sabía por el modo con que abandonó la salita familiar. A pesar de la negativa de Bradley, Berenice fue detrás de su hermanastro al que encontró afligido.

- —Siento que no te puedas quedar... —le dijo en el hall.
- —Yo también, pero dile a la tía Olivia que lo lamento de veras.
- —Se lo diré.
- —Mantenme informado... —le dijo dándole un beso en la mejilla.

En el fondo a Berenice le daba pena esa situación porque no era lo que sus padres habrían querido, pero existía una profunda rivalidad entre Bradley y Clive desde que eran unos críos.

—¿Desde cuándo te has aliado con el enemigo? —Preguntó Brad.

Berenice se giró un tanto asombrada. No esperaba que su hermano la siguiese detrás, pero fue sincera.

—Te guste o no Clive es parte de esta familia, y no me parece justo que lo hayas echado en un momento tan delicado. Él, al igual que tú, se

arrepiente de su comportamiento y eso dice mucho de él, Bradley. —Le explicó para a continuación volver a la salita familiar.

Brad la siguió con la mirada. Había visto una repentina complicidad entre Berenice y ese infeliz que no le gustó nada. Y esperaba que no volviera a osar entrar en su casa nunca más.

Lucy curó las heridas que tenía Bradley tan pronto como volvieron a la habitación. Los cuidados de su esposa aquietaron su ira al menos durante esos minutos en que se puso en sus manos, pero fue recordar el incidente y hervirle de nuevo la sangre... aquel mezquino no tenía vergüenza. Era descarado en sus formas. Se había pasado media vida provocándole para sacar lo peor de sí mismo y estaba harto de él.

- —Te vendrá bien si te echaras un rato... —le sugirió Lucy.
- Él la miró y luego tiró de su mano para que se echara a su lado. Lucy apoyó su cabeza contra su pecho y Brad la abrazó. Draco estaba a pie de la cama... La había visto palidecer de espanto al igual que su familia y no había sido capaz de detener la pelea...
- —No debí de haber caído en sus provocaciones tan fácilmente, pero desde la primera vez que le vi supe que traería problemas a la familia, aunque mi padre no quiso creerme.
 - —¿Por qué?
- —Mi madre sintió compasión por él y lo acogió como a un hijo desde un primer momento. Le asignó ropa, calzado y una buena educación... Eso a mi padre le vino muy bien... —dijo refiriéndose a Clive.
 - —¿Quieres decir que tu padre no quiso reconocerlo como hijo?
- —No exactamente sino que quería dar la imagen de familia perfecta admitiendo su infidelidad y obteniendo el perdón de mi madre...
 - A Bradley le costaba hablar de esa etapa de su vida...
 - —Tu madre debió de ser una persona muy generosa y buena...
- —Lo era... Por eso ese malnacido se aprovechó de su situación, y del buen corazón de mi madre, para darme celos porque sabía lo unido que estaba a ella y lo mucho que la quería.

Lucy alzó la vista hacia él. La mirada de Bradley reflejaba dolor. Demasiado para un hombre tan fuerte como él.

- —Debió ser muy difícil para ti el tener que compartirla con él.
- —Digamos que no tuve opción. Yo era el hijo mayor y se suponía que debía protegerle y aceptarle, pero no quise. Me producía rechazo la manera con que manipulaba a mi madre... —relató con rencor.

—¿Tu madre no se dio cuenta de ello?

Cualquiera sabía.

—Si lo hizo no me lo contó porque sabía que yo le detestaba... Pero al morir mi padre me nombró administrador de su herencia. Admito que en un principio no me hizo ninguna gracia, pero luego vi una manera de vengarme de él.

Lucy le regañó.

- —Él se lo buscó por necio... —argumentó Brad.
- —Tengo entendido que vino a reclamar los muebles de su nueva casa.

Él le recolocó un mechón de cabello tras la oreja.

- —Así es... —dijo acariciando su mejilla.
- —Tienes que ver el modo de devolvérselos y así no volverá a molestarte... —le sugirió. Brad posó su mirada en la de ella y negó—. Pero tu padre se los dio en herencia.
 - —En el testamento solo menciona la propiedad no lo que había en ella. Lucy entornó los ojos.
 - —Pero él cree que los muebles están incluidos en la herencia.
- —Ese es su problema no el mío... —dijo acercando sus labios a los de ella.

Lucy echó la cabeza atrás. Él parpadeó.

—Deberías acabar con esta disputa. No solo por ti sino por tu familia, especialmente por tu tía Olivia.

Brad sabía que ello era difícil.

—Tienes que aprender a perdonar. Además, cuando eso pasó erais solo unos niños disputando la atención de una madre noble y generosa... — explicó con suavidad—. Ahora sois personas adultas y tenéis el deber de solucionar vuestras diferencias por el bien de la familia porque.

El marqués no quiso oír más del tema. Bastante había tenido que soportar la presencia de ese estúpido en Hastings Hill, así que silenció a su esposa con un beso en la boca. Lucy pestañeó obnubilada mientras él le cubría el cuerpo con el suyo... ¿Aquello era una manera sutil de que se callara o realmente quería hacerle el amor?

Clive abrió la puerta de su casa que estaba sumergida en un aterrador silencio. La ausencia de muebles le daba un toque deshabitado y tétrico cuando años atrás era el hogar soñado por él... Pero lamentablemente el gran marqués seguía apretándole las tuercas con sus provocaciones y humillaciones... aunque lo peor había sido saber que tía Olivia y Berenice habían presenciado su pelea y que, a raíz, de ello su tía se había disgustado. Eso era algo que no podía soportar por eso encendió la luz del fantasmagórico salón y vio que no estaba solo que había una persona conocida por él aguardándole de pie junto al gran ventanal. La persona se alegró de ver al recién llegado, de hecho corrió hasta él para fundirse en un cálido abrazo de bienvenida, pero Clive apartó bruscamente sus brazos de su cuello y se alejó seriamente. No estaba de humor para estupideces...

- —Parece que no te alegras de verme...
- Él frunció el ceño. No iba a ser un hipócrita y menos a esas alturas.
- —La verdad es que pensé que te habías muerto...

La persona esbozó una sonrisa divertida. Sabía cómo era Clive en las distancias cortas así como su sentido del humor...

- —Digamos que he ido sobreviviendo a distintos naufragios... .Aunque en tu caso parece como si te hubiera arrollado un carruaje... —ironizó fijándose en sus heridas las cuales quiso acariciar, pero él la tomó por la muñeca...
 - —¿Qué coño quieres? Y ¿a qué has venido?

La persona se encogió de hombros.

—No deberías de estar aquí. Cualquiera podría haberte visto entrar...

La persona le miró durante un rato. Ya no era el hombre que pensó que era... Algo en él había cambiado sin lugar a dudas, lo cual no le agradó...Había venido a visitarle con la intención de contarle cómo se sentía y lo mucho que le echaba en falta pero tanta brusquedad le inquietó... Y tanto que apaciguó su nerviosismo caminando por la sala vacía...

- —Lo sé...
- —Si lo sabes deberías de irte ya...
- —Me iré cuando yo lo decida.

A la persona le gustaba provocarlo con su actitud desafiante, pero eso era antes de conocer cómo era realmente. En aquel momento las cosas eran distintas porque todo había cambiado entre ellos. Clive la consideraba una extraña que había invadido su hogar y ella lo sabía con solo mirarle a los ojos... Por un instante pensó que la recibiría con los brazos abiertos, pero se equivocó... Clive Hastings la odiaba y sabía la razón.

- —¿Sigues guardándome rencor por cómo me marché?
- —¿Quién yo? —ironizó esbozando una sonrisa a medias...
- —Sí... porque creía que te alegrarías de verme...
- —¿Debería?

Clive no le perdonó que le mintiera de aquel modo así que se alejó de ella y se fue con esas otras mujeres...

—Teniendo en cuenta lo que hemos pasado juntos...

Clive se mesó el cabello. Estaba cansado y dolorido y quería que ella se marchara de una buena vez...

—No pasó nada... aunque ¿cómo has sabido que estaba aquí?...

Ella rió forzadamente.

—Pura intuición...

Clive la miró con asco pues seguía siendo la zorra mentirosa de siempre.

—Ahora que me has visto quiero que te marches de mi casa. No se te ha perdido nada aquí...

No tenía caso que la echara como a una de sus muchas fulanas porque ella lo quería a pesar de todo, pero Clive tenía un carácter muy peculiar.

—Te has peleado con él y por eso estás de mal humor, ¿no es así?

Clive le envió una mirada furtiva.

—Tranquilo. Es solo una percepción mía... Pero no te culpo. Hasta yo le odiaría por cómo te ha tratado durante todos estos años... Pero tú te empeñas en ir a buscarlo por una razón u otra... —dijo en un tono sarcástico...

Clive miró a la persona con ira. Le gustaba sacarlo de quicio con sus malditos comentarios que guardaban una gran verdad pero que le hacían daño.

—No he pedido tu maldita opinión... así que sal de mi casa... ¡ahora mismo!

La persona exhaló un suspiro... Le gustaba enfadarlo porque disfrutaba con ello, pero esa vez no hubo indicio alguno de ello sino que en su mirada vio repulsión... lo cual la puso muy nerviosa.

—No me mires así... —le ordenó cambiando drásticamente su humor—. Te he apoyado siempre y he soportado tu cambios de humor... Por un momento pensé que me buscarías o que, incluso, te preocuparías por mí pero veo que me equivoqué... —hizo una pausa y miró al techo parpadeando para no llorar delante de él. Clive no estaba para escuchar sus malditos sermones cargados de reproches y que tan bien conocía—. Hoy he pasado por alto mis circunstancias personales para verte y decirte que me he dado cuenta que te quiero, Clive. Mucho más de lo que piensas, pero tú te empeñas en darme la espalda una y otra vez...

Clive se echó a reír incrédulamente. Aquella puta no tenía arreglo. Creía que él era de su propiedad y no era así. Podía dejarla cuando a él le diera la gana y se lo había demostrado, pero no se daba por vencida sino que seguía buscándole como si nada hubiera pasado.

—Si te refieres a que fuimos lo que fuimos durante una temporada mi respuesta al respecto es que, de todas las mujeres a las que he conocido, tú eres la peor de todas pero con diferencia pero no siento nada por ti... — ¿Por qué se empeñaba en herirla en lugar de amarla del mismo modo que lo hacía ella?—... Puede que al principio, las cosas entre nosotros fueran perfectas... Pero me he dado cuenta que no eres quien decías ser. De modo que se acabó. Acéptalo...

La mujer palideció. Clive no se inmutó porque la conocía como la palma de su mano dado lo mentirosa e intrigante que era...porque enseguida se le pasó el disgusto.

-Está bien, Clive... tú lo has querido así...

El hombre la miró y no pensó que ella sacara un arma de su bolso y le disparara en un arrebato de ira y huyera rápidamente...

Olivia no quería ver cómo sus sobrinos se mataban entre ellos por más tiempo porque era una situación realmente insostenible y muy triste. Lo que ella ansiaba era que cesaran dichas rencillas y que hicieran las paces de una vez por todas por eso habló con el doctor Heichman, un amigo de la familia, para que éste exagerara su diagnóstico. Y tal parecía que había surtido efecto porque Bradley solicitó verla para saber cómo estaba. Olivia fingió estar en las últimas tal y como la señora Rushmore le indicó que hiciera antes de abandonar la habitación. El ama de llaves sabía lo importante que era para lady Olivia el mantener a la familia unida y esperaba que así fuese.

Olivia miró a su sobrino con mucho pesar. Le habló en un tono de voz apagado mientras su rostro expresaba una extrema fatiga que impresionó al noble. Brad se sentó en el filo de la cama y tomó su mano fría entre las suyas la cual besó... El hombre expresó su arrepentimiento por la trifulca habida con su hermanastro y le prometió que no volvería a pasar...

—¿Significa eso que vas a hacer las paces con tu hermanastro? — Aprovechó Olivia para decir.

Brad alzó una ceja. No esperaba esa sugerencia ya que su tía sabía lo mucho que detestaba a ese energúmeno.

—No, pero... —titubeó—. Intentaré ignorar sus provocaciones en los sucesivo.

La respuesta de su sobrino acabó por hundir la poca esperanza que tenía Olivia porque puso casa de descontento y optó por fingir un alarmante llanto. Brad alarmado le rogó que se calmara, pero Olivia siguió hábilmente. Pronto la preocupación se adueñó de Bradley que no sabía cómo controlar aquella situación... Él llevaba casi toda su vida enfrentado a su hermanastro. Que tía Olivia le pidiera que arreglara sus diferencias con ese paria era pedirle demasiado, pero tampoco soportaba aquel desgarrador llanto de su tía...

—Cálmate, te lo ruego... —le pidió.

Cuanto más se lo decía, más grande era el sollozo de la anciana quien usó un pañuelo para cubrirse los ojos...

—Me has roto el corazón. ¡No sabes cuánto! —dijo sorbiendo por la nariz.

Brad sintió que así fuera, pero no se trataba de su orgullo sino que ese cretino le había hecho mucho daño, aunque reconocía que él tampoco se había quedado atrás... En cierta manera, ambos se habían ensañado el uno con el otro porque no se soportaban.

—Tía, yo... —no encontró las palabras exactas para expresarse en voz alta.

Era tal el caos que había en su mente que decidió levantarse e irse pero la señora Rushmore llamó insistentemente a la puerta... Brad la hizo pasar. Angie estaba blanca como la pared. Algo no iba bien, pensó Bradley enseguida...

—Es el joven Clive... él está herido... he hecho llamar al médico, milord.

Por más que Bradley le rogó a su tía que se quedara en la cama ésta acabó yendo a ver a su sobrino el cual había sido trasladado a una de las habitaciones por parte de los sirvientes. Berenice sollozaba mientras Lucy presionaba la herida que tenía encima del pecho. Clive estaba blanco y bañado en un frío sudor... Brad no esperaba verle en semejante estado pues se quedó sin palabras aunque... ¿quién le había disparado? Y ¿cómo había llegado?

Olivia tuvo que tomar asiento porque sus rodillas flaquearon. Todo era muy confuso y alarmante sobre todo cuando el doctor Heichman y su ayudante les hizo salir del cuarto para atender al herido que agonizaba... Los minutos que le siguieron a la espera fueron terribles para Berenice y Olivia así como a la señora Rushmore y Lucy quien miraba a Brad el cual estaba muy callado...

—¿Quién le habrá hecho algo tan horrible? —preguntó Olivia conmovida...

Brad suspiró y llegó hasta ella para calmarla pues estaba temblando. Berenice se abrazó a Lucy la cual la consoló.

Anthony, que acababa de llegar, les miró sin lograr entender lo que pasaba. Tuvo que ser Bradley quien le contara lo sucedido...

—Hay que llamar a la policía... —les dijo.

Brad consideró que debía de esperar a que Clive estuviera fuera de peligro... Las mujeres estaban de acuerdo... Anthony esperó como el resto de la familia Hastings a que el doctor saliera y les diera un diagnóstico.

Afortunadamente el doctor Heichman logró salvar la vida de Clive después de una interminable hora. El paciente había perdido mucha sangre, pero había tenido suerte porque la bala no le rozó el corazón. De esta manera, el médico consiguió parar la hemorragia y extraer la bala y suturar la herida con rapidez después de haberla desinfectado previamente... Le había administrado un sedante al herido y lo había cubierto con una manta para que entrara en calor. Las próximas horas eran decisivas...

Los Hastings se alegraron que Clive estuviera a salvo porque lo que era Bradley no se pronunció. Lucy se le acercó y le animó a que fuera a verle. El marqués rehusó... Olivia le miró con desaprobación porque se suponía que el tiempo había pasado y que sanaba las heridas... pero Bradley era así de obstinado al igual que su difunto padre, pero aquel no era el momento para discutir sino de rezar porque Clive se recuperara pronto y les contara lo que le había pasado. Era lo que todos esperaban incluido su Bradley.

Lucy dejó a un lado su pena y acompañó a los Hastings en tan delicado momento. Ejerció de amiga y esposa en medio de aquella tormenta familiar porque sabía lo mucho que le costaba a su marido el tener a Clive alojado en Hastings Hill... Lo sabía con solo mirar su rostro serio... además no habló durante toda la cena y eso que Anthony y Berenice dieron su versión sobre los hechos... Ambos coincidieron en pensar que posiblemente haya sido un ajuste de cuentas debido a que Clive debía algún dinero a alguien... Lucy pensó otra cosa.

—Puede que sea una amante despechada.

Anthony y Berenice la miraron extrañados. Lucy se ruborizó mientras apuraba su cena. Olivia prefirió cenar sola en su cuarto y descansar después pues había sido un día muy agitado lleno de emociones muy fuertes...

- —Yo creo que no aunque cualquiera sabe... —dijo Berenice.
- —Ahora que lo dices comparto la teoría de Lucy... —añadió Anthony —. Todo aquel que conoce a Clive sabe lo seductor que es... Puede que alguna no se sintiera correspondida por él...

Lucy bebió un sorbo de vino... Y miró a Bradley quien, en un momento dado, echó la silla atrás y arrojó la servilleta sobre la mesa y se ausentó del

comedor.

Anthony y Berenice se miraron. Lucy se disculpó y se fue detrás de Bradley para saber si estaba bien, pero se topó con el hombre rudo de siempre ya que le cerró la puerta en las narices... Lucy regresó al comedor e hizo tripas corazón ante Anthony y Berenice...

El comisario Steals se presentó en Hastings Hill al día siguiente del disparo a Clive, el cual seguía sedado, pero tomó declaración a los allí presentes, sobre todo a la señora Rushmore puesto que fue ella la primera en atender al herido. El hombre se reunió con el marqués en la biblioteca. Ambos tenían una buena relación desde lo del accidente de su familia. Bradley le ofreció una copa, pero la rechazó amablemente diciéndole que estaba en horas de trabajo. El noble le invitó a tomar asiento porque intuía que iba a hablarle de la investigación del accidente de Gail y de su hijo Ross y, esa vez, esperaba que arrojara cierta luz al caso.

Heinrich Steals le mostró un documento al noble. Se trataba de una cuenta bancaria a nombre de Abigail cuyo nombre de soltera era Dashwood en un banco de Londres.

- —En esta cuenta hay una considerable suma de dinero.
- <<Cinco mil libras>>, pensó Brad sorprendido.
- —Pero por su rostro deduzco que no sabía nada al respecto, ¿no es así, milord?
- —¿Y qué relación hay con la muerte de Abigail y la de mi hijo? —Dijo Bradley mirando al hombre alto, delgado y moreno que lucía un traje a medida de color negro e impolutos zapatos a juego. Siempre usaba un sombrero.
- —Según mis averiguaciones lady Abigail no era feliz estando casada con usted y tenía la intención de fugarse y por eso abrió esa cuenta, milord.

La respuesta del comisario dejó indiferente a Bradley porque ella siempre amenazaba con marcharse. Era extraño. En otro momento le habría afectado mucho la noticia, pero ahora sabía la verdad de su matrimonio y no quería engañarse así mismo porque Anthony estaba en lo cierto.

—Para su información ninguno de los dos lo éramos pero nos soportamos como mejor supimos... —reconoció por primera vez en su vida —. Aunque imagino que sabrá el nombre de la persona con la que iba a fugarse.

Steals no se atrevió a llamar las cosas por su nombre, aunque Bradley lo hizo en su lugar. Estaba cansado de fingir que todo su matrimonio era perfecto. Ella lo engañó con otros hombres. Esa era la verdad.

—Sé de las infidelidades de Abigail. Al principio me costó creer que ella no me quería a mí sino a mi fortuna, Heinrich.

El comisario trató de recomponerse ante la aseveración de su interlocutor al cual compadeció cuando se enteró del accidente. Nunca había visto a nadie romperse de dolor y el marqués de Collingwood lo hizo sin ninguna clase de fingimiento. Por eso nunca lo consideró como sospechoso, sino un hombre engañado por su esposa a la que él quería al igual que a su hijo.

—Siento que haya sido así.

Brad miró a otra parte.

—Por lo que me han contado lady Abigail no era muy querida en la región. Muchos la tildaban de arrogante y caprichosa... Nada que ver con su actual esposa, lady Lucy.

El marqués no quería hablar de Lucy con Heinrich. Quería mantenerla al margen de aquel escabroso asunto.

—Me interesa saber qué más ha averiguado sobre el accidente, Heinrich.

Aunque el comisario pudiera parecer un desastre, era un tipo muy sagaz, aunque la muerte de lady Abigail y su hijo estaba aún por esclarecer porque todo habían sido pistas falsas salvo ese documento que el noble le devolvió.

—Al parecer no era su esposa quien hacía los ingresos sino cierto individuo cuya descripción coincide plenamente con la de su hermanastro, lord Clive.

Bradley dejó la copa sobre la mesita y levantó por la solapa de su chaqueta al comisario que le miró asombrado. Sabía que su señoría era un hombre con mucho carácter, pero nunca pensó que fuera a ser el blanco fácil de su enojo.

—¡Si lo que quiere decir es que ellos dos eran amantes, dígamelo de una vez porque no soporto más esta condena! —Sus ojos irradiaban una extrema furia.

Steals solo quería que el noble lo soltara porque se sintió atacado aunque entendía la desesperación del hombre.

—¡Ellos solo eran buenos amigo, milord!

Bradley lo soltó de golpe. El comisario perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el sofá de un solo cuerpo. El marqués trató de serenarse. El

comisario estiraba sus prendas, aunque dejó de hacerlo al ver al noble mirándole.

- —¿Cómo lo sabe?
- —A través de varios testigos que vivieron de cerca la buena relación que había entre ellos. Una de ellas era lady Fawkes.

Bradley sabía que Margarite era amiga de Abigail. Aquella solía venir mucho a Hastings Hill. Cuando la madre de su hijo murió desapareció de su vida.

- —¿Qué más le contó ella?
- —Nada salvo que era muy amiga de lady Abigail y que sintió mucho su muerte.
 - —¿Interrogó a su marido, lord Fawkes?

Heinrich hizo memoria y recordó que aquel día, y en los siguientes, el noble estaba de viaje por negocios.

- -No.
- —¿Y a qué espera para hacerlo?

Heinrich le miró y tembló pero salió de la biblioteca como alma que lleva del diablo. Bradley se sirvió un trago y se lo bebió de golpe para así aplacar su ira. Después fue a ver al cerdo de Clive al que veló a la espera de que despertara en un momento dado porque tenía muchas cosas que preguntarle.

Por más que su corazón le pedía seguir el consejo de la señora Rushmore, es decir, luchar por su matrimonio, Lucy sentía que Bradley nunca le haría un hueco en su corazón y por eso quiso hablar con él, pero éste no estaba de humor por culpa de los últimos acontecimientos... Pero ella insistió tanto que Bradley la sacó de ahí y la condujo a la biblioteca. Lucy se zafó de malas maneras de su mano y le miró con extrañeza. ¿Tan enojado estaba por tener a Clive en Hastings Hill que no era capaz de moderar su mal genio?

Él cerró la puerta y clavó su mirada en ella.

—¿Qué es eso tan importante de lo que quieres hablar?

Su voz tronó por toda la sala... No había ni un ápice de cortesía en su mirada, lo cual la molestó.

—¿Cuándo crees que vendrá Amberly a Hastings Hill?

Bradley frunció el entrecejo y se hizo el tonto.

—¿Por qué quieres saberlo?

Lucy exhaló un suspiró y tomó las riendas de sus emociones. Le dolía tener que usar la palabra divorcio, pero era lo mejor para los dos.

—Dijiste que se encargaría de nuestro divorcio... —le recordó.

Bradley era consciente de que ella no le amaba y quería dar por concluida su unión, pero de ahí a que le saliera con el tema, justo en ese instante, le produjo un profundo malestar.

—¿Tanta prisa tienes de perderme de vista? —Prorrumpió.

Si lo que pretendía era hacerla sentir culpable no se lo iba a consentir.

—Creo que ya hemos hablado de ello y aceptaste mi decisión... —le expuso.

Ya había pasado por ese trance antes con Abigail. Con ella había conocido el desamor... Pero con Lucy todo era distinto. Había experimentado emociones nuevas y bonitas y sentía que le había devuelto a la vida... No entendía que insistiera en querer alejarse de él. ¿Tan mal marido era?.

<< Ella tampoco me ama. >> Se dijo frustrado.

En lugar de disuadirla recurrió a su insolencia. En eso no había quien le ganara.

—Por supuesto... Después de nuestro divorcio volverás a ser la que eras, una doncella servicial, pero con trescientas libras más en el bolsillo... —Si su afán era herirla lo había conseguido por el modo con que lo miraba, pero él no hizo nada por enmendar su error—. Pero descuida, le ordenaré a Amberly que haga lo antes posible su trabajo... ¿Alguna otra cosa más, querida?

Lucy deseó abofetearlo e incluso arrojarle uno de los jarrones que allí había, pero se armó de valor para no permitir que le hiciera más daño del que ya le había hecho.

- —Sí... —respondió dignamente.
- —Tú dirás.
- —Quiero mi dinero...

Brad no podía creerlo. Sin embargo, hizo lo que creyó que debía de hacer en ese instante...

—Sígueme... —le ordenó disgustado.

A veces, era bueno decir las cosas de forma clara y en alto y sin temor a nada ni a nadie y eso incluía al arisco Bradley Hastings, el hombre que Lucy amaba a pesar de todo, pero no podía seguir en esa casa por más tiempo. Por eso habló con la señora Rushmore que le ayudó a abandonar Hastings Hill sin que nadie se diera cuenta. El señor se había pasado la tarde en la habitación con su hermanastro Clive, lo cual extrañó al ama de llaves. Lady Olivia andaba en un sin vivir por el estado de salud de su sobrino... Lady Berenice no se despegaba del lado de lord Anthony con el que tenía una excelente relación. Aquel había sido el momento idóneo para ayudar a su amiga mientras Draco aullaba como nunca.

La señora Rushmore lo ideó todo. Tenía una casa propia que nadie de su familia conocía porque, aunque la había adquirido hacía muchos años, nunca había hablado de ello a nadie. Era pequeña pero acogedora. Tenía tres habitaciones, un salón, una cocina y un cuarto de baño. Había un pequeño huerto en la parte trasera y quedaba algo lejos de Hastings Hill. Apenas había vecinos alrededor, lo cual le vino bien a Lucy que iba escondida en la parte trasera de la carreta de la señora Rushmore y de la que se apeó. En parte se sintió liberada aunque el recuerdo de Bradley seguía persiguiéndola

como una maldita sombra... Pues comprendió que iba a ser difícil arrancarlo de su corazón.

—Toma esta cesta con comida y la llave de la casa. Encontrarás ropa limpia en el armario. He de volver a la casa lo antes posible, pero vendré a verte en cuanto pueda.

Lucy le agradeció su ayuda y se despidió de la mujer. Miró el cielo encapotado y rezó para que no llegara calada a Hastings Hill... La joven tomó aire y evitó pensar en sus circunstancias personales. Todas tristes, aunque albergaba la esperanza de poder desplazarse, en breve, a la capital... Pero ¿con qué dinero?, pensó mientras se reprochaba lo tonta que había sido al dejarlo sobre su cama junto a una escueta nota y su anillo de casada. Había sido una decisión difícil, pero se había visto en la necesidad de dar el paso y poner tierra por medio. Él nunca la amaría y no dejaría de verla como una sirvienta, ¿por qué esperar algo que no iba a suceder? ¿Por qué luchar por lo que nunca ha sido? Pronto la olvidaría y reharía su vida con una mujer de su misma posición social y circunstancias. Estaba completamente segura de ello.

Bradley no sabía qué hacer para que Draco dejara de ladrar. De hecho, su tía sintió una ligera jaqueca así que se vio en la necesidad de llevarse al perro a su cuarto, pero el animal siguió aullando cada vez más fuerte. El marqués volvió a abrir la puerta para regañarle, pero se calló al ver aquel dinero esparcido sobre la cama y una nota que rezaba:

Cuando leas esta nota yo ya estaré lejos.

Lucy.

Bradley posó su mirada en el anillo que sobresalía junto al dinero y maldijo entre dientes.

La señora Rushmore entró a la cocina en el momento en que lord Bradley entraba con lord Anthony. El ama de llaves intentó controlar el fuerte latido de su corazón y se dispuso a retomar sus quehaceres como si nada ocurriera cuando el señor la llamó para hablar con ella en privado. Fingió una creciente sorpresa cuando el marqués le comunicó que su esposa se había marchado de Hastings Hill y que creía que alguien de la servidumbre la había ayudado a salir de la propiedad sin ser vista.

—¿Quiere que averigüe quién ha sido, milord? —Se ofreció con voz serena.

El noble se lo pensó mejor y ordenó a todos los sirvientes que dejaran lo que estaban haciendo y que escucharan atentamente lo que les quería decir.

A medida que el odioso señor hablaba, Pete posó su mirada en su tía que estaba aparentemente muy tranquila. La había visto salir con la carreta y había tardado mucho en regresar a Hastings Hill. La cocinera le dijo que su tía había ido a hacer un recado. Algo que no le encajó porque, de un tiempo a esta parte, enviaba a cualquiera de la servidumbre para ocuparse de dicha tarea. Luego, ¿a dónde había ido a esas horas?

Por la expresión de sus rostros Bradley dedujo que nadie sabía nada, aunque tenía la firme convicción de que la persona que ayudó a su esposa estaba entre ellos, y para hacer más efectiva su creencia ofreció una suma de dinero a quien le diera información al respecto. Luego salió de la cocina.

El revuelo fue tal que la señora Rushmore tuvo que poner orden, aunque su sobrino no hacía otra cosa que mirarla, lo cual la puso en alerta.

- —No creo que vayan a hablar por temor a represarias... —declaró Anthony.
 - —Lo sé.
- —Puede que la señora Rushmore no haya sido del todo sincera. Ella y Lucy se llevaban muy bien.

Bradley conocía al ama de llaves desde siempre. Pensó que era incapaz de traicionarle de ese modo tan ruin y despreciable.

—La señora Rushmore no sería capaz de hacer algo así. Siempre me ha mostrado su lealtad y discreción —. La defendió a ultranza.

Anthony estaba de acuerdo, pero intuía que el ama de llaves escondía algo aunque no sabía exactamente qué.

—Pero tenía muy buena relación con Lucy... ¿Por qué no vuelves a hablar con ella?

Brad no quiso hacerlo y Anthony se sintió frustrado, así que tomó asiento en el sofá del salón cuyas puertas estaban cerradas. Ambos estaban solos porque Berenice y Olivia se habían retirado hacía solo unas horas. Ambas estaban afectadas por la repentina marcha de Lucy... En cuanto al cerdo de Clive seguía sedado.

—Cada día que pase duplicaré la cantidad.

Anthony casi se atragantó con su propia saliva. ¿No estaría hablando en serio?

—¿Tan importante es para ti encontrarla como para tentar a toda una servidumbre?

Brad apuró la copa de vino que acababa de servirse. No tenía caso que respondiera a algo tan evidente. Su amigo se aclaró la voz para decir:

—¿Significa eso que te has dado cuenta de que la amas?

Brad se fue por la tangente.

—No creo que haya ido lejos. La cuestión es dónde... —respondió incapaz de hablar de sus sentimientos.

Anthony sabía lo reservado que era su amigo con determinados temas personales, pero necesitaba que se sincerara con él sobre Lucy.

—Supongamos que das con ella... ¿qué harás? ¿Le declararás tu amor o mostrarás tu enfado? —Se atrevió a decir.

Silencio.

—Está bien... No tienes por qué hablar de algo que no quieres, pero creo que Lucy merece a alguien que la trate como se merece. Y tú, en este momento, no estás preparado.

Brad le envió una mirada furtiva y dejó la copa vacía sobre la mesita auxiliar que había a su derecha. Si no fuera porque era su mejor amigo le echaría a patadas de su casa.

—No me mires así. Reconoce que Abigail destrozó tu vida... Y que has vivido como un ermitaño.

Tenía razón, pero desde entonces las cosas habían cambiado para bien. Había aprendido a perdonar, a mirar la vida con esperanza y no desde la rabia y el rencor... Y Lucy había contribuido a ello. Le había aportado la calma que siempre le faltó, pero estaba enfadado con ella por la manera con que había huido de él. Eso le había dolido, pero no significaba que la odiara, sino que la echaba en falta. ¡Si hasta Draco estaba triste!

—Abigail forma parte de una etapa pasada de mi vida, Anthony... — reconoció tras muchos años guardándole luto.

Era raro, pero se sintió liberado al decir esto mismo.

—¿En serio? —Preguntó Anthony dudando de sus palabras.

Su amigo había amado a Gail y le costaba creer que hiciera borrón y cuenta nueva, aunque, si era cierto, se alegraba de que así fuera.

—Completamente... Lo único que quiero es hacer justicia a mi hijo... —respondió con contundencia.

Era lo menos que podía hacer por él.

—Ahora que lo dices no me has contado lo que el comisario Steals y tú hablasteis en privado. Por cierto, ni siquiera se despidió cuando me topé con él en el hall.

El marqués le relató las investigaciones llevadas a cabo por ese inútil que no sorprendieron a su amigo.

—Eso era algo que se sabía, quiero decir, algunos vimos la gran amistad que tenían Gail y Clive, y eso incluía a la señora Rushmore, Bradley. —Le confesó, al fin.

El marqués le miró con cara de sorpresa.

—¿Qué quieres decir con que la señora Rushmore lo sabía?

La tensión comenzó a flotar en el ambiente. Para Bradley era difícil abordar dicho asunto porque tenía al ama de llaves en un pedestal.

—Antes te dije que hablaras con ella porque, a decir verdad, siempre he pensado que la señora Rushmore guarda secretos que.

—¿Por qué no vas directo al grano?... —le espetó alzando la voz.

Anthony no quería echar por tierra la reputación del ama de llaves a la que conocía desde hacía años... Y sí, era una persona discreta y leal con los Hastings, pero sabía más de lo que Bradley podría imaginar.

—Clive y Gail eran íntimos amigos. Cuando tú te ausentabas por motivos de trabajo, él venía a visitarla y se instalaba en Hastings Hill a petición de Gail.

Esto le cayó como un jarro de agua fría al marqués. Más que nada porque la señora Rushmore nunca lo mencionó... Pero ¿por qué razón?

- —¿Y tú cómo sabes todo eso? —Bramó el lord.
- —Porque vine en un par de ocasiones creyendo que te encontraría en casa, pero le encontraba a él, bien en el jardín acompañando a Gail, bien fumando en tu sillón favorito mientras hojeaba tu libro de cuentas... La primera vez que me vio se puso muy nervioso, al igual que ella. Se justificó diciéndome que lo llamaba para que le hiciera compañía porque se sentía muy sola y que esperaba que no te dijera nada.

Brad quería rematar a ese Clive, pero respiró hondo.

—¡Tu deber era informarme lo que estaba pasando, igual que debería haber hecho la señora Rushmore! ¡Joder!

Anthony pegó un respingo y pidió a su amigo que bajara la voz y se calmara.

—No me digas como he de comportarme en mi propia casa.

Anthony se sonrojó.

—Tú mejor que nadie sabes que la señora Rushmore le tenía pavor a Gail porque siempre la amenazaba con despedirla o eso te dijo aquella vez.

Eso era cierto.

- —Gail no soportaba a nadie y menos a sí misma… —respondió Bradley.
- —Exacto, pero sobre todo al ama de llaves. Pero esta es una opinión mía... ¿de acuerdo? —Brad asintió completamente inquieto. No podía creer lo que estaba escuchando—. Gail tenía muchos admiradores que se desvivían por conseguir su atención y disfrutar de su compañía. Ella se dejaba querer por todos en esos bailes y fiestas a los que iba.

Recordar esa etapa produjo náuseas al noble.

- —¿A dónde quieres ir a parar?
- —Si Clive venía a verla ¿quién te niega a ti que no invitara a alguno de sus amantes? Total, tú andabas de viaje por negocios... —Brad sintió que su pulso se aceleraba y que ansiaba mandar al cuerno a la señora Rushmore y a

todo aquel que se cruzara en su camino—. En el hipotético caso de que esto fuera cierto, la señora Rushmore debía de estar al tanto de las idas y venidas de Gail porque ella era quien cuidaba a tu hijo y no la madre tal y como te hacía creer.

Brad estaba conmocionado, así que se levantó y fue a buscar a la señora Rushmore, pero se topó con el gandul de su sobrino que quería hablar con él.

- —Ahora no, muchacho... —dijo pasando como un ciclón.
- —Pero se trata de lady Lucy.

Brad se detuvo en seco justo cuando la señora Rushmore venía desde la otra dirección. Ver a su sobrino hablando con el señor provocó que se diera la vuelta sigilosamente y desapareciera por aquel pasadizo que daba a las caballerizas. No podía viajar de noche. Aguardaría hasta el alba...

Lady Margarite Fawkes era una de las mujeres más queridas de la región. Su amabilidad y generosidad la encumbraban como una mujer desinteresada además de devota y noble. No tenía hijos, aunque le habría encantado ser madre, pero Marvin era estéril. Ella aceptó ese hecho refugiándose en la fe pues consideraba que era un acto puro que la alejaba de la desesperanza. Acudía todos los días a la iglesia, aunque no tanto como su marido Marvin, cuya admiración por las mujeres era constante, pero no le culpaba. Ella tenía la culpa por no ser tan agraciada aunque tenía un buen corazón, pero Dios le había asignado esa penitencia y ella la asumía con sumo fervor... Se dedicaba en cuerpo y alma a cuidar de su hogar y de su esposo. Éste no tenía queja de ella. Margarite era una mujer dócil y nada celosa. Sabía de su idilio con lady Abigail Hastings y lo aceptó haciéndose amiga de la difunta marquesa de Collingwood. Los tres formaban "una familia" llena de secretos y mentiras. Lord Marvin Fawkes tenía muchos vicios ocultos tales como acostarse con lady Hastings en misma cama que compartía con su esposa porque le excitaba. Además Margarite estaba de acuerdo. Su esposa no quería estar en boca de nadie y menos que él la abandonara por otra mujer...

Margarite sabía que Abigail era la favorita de su marido porque cumplía todas sus expectativas. Ella era hermosa y muy sensual en la cama porque se sometía a los deseos de Marvin... Margarite había presenciado sus juegos sexuales a través de ese agujero hecho en la pared de la habitación de al lado. Ahí la enviaba Marvin para que aprendiera, pero le era difícil porque le provocaba náuseas, así que rezaba en silencio mientras se cubría los oídos con ambas manos para no escuchar sus gemidos... Cuando acababan, Marvin la llamaba por ese agujero mientras Abigail reía divertida. Sabía lo que vendría después: Marvin la poseía a la fuerza delante de Abigail que fumaba mirándolos...

Marvin Fawkes jugaba a ser Dios con sus dos mujeres. Mientras una disfrutaba con su inmoralidad, la otra debía de aceptarla en contra de su

voluntad... Cuando Abigail Hastings murió de aquella forma tan trágica Margarite se vio arrastrada a un círculo vicioso en el que Marvin usaba la fuerza bruta para satisfacerse... Apretar su grácil cuello mientras la poseía era el acto más placentero que jamás haya experimentado, pero Margarite no era como Abigail. Le faltaba la chispa y el entusiasmo de su amante, la cual sentía curiosidad por esos artilugios que él usaba para darle placer. En cambio Margarite se tumbaba en la cama y miraba el techo mientras él la sometía... Marvin echaba de menos a Abigail. Aquella furcia era única y era una lástima que muriera, pensaría el noble en más de una ocasión...

El comisario Steals visitó a los Fawkes por segunda vez. Encontró a una lady Margarite sonriente que le saludó cortésmente nada más verle apearse del carruaje y lo hizo pasar dentro de la casa, pero él prefirió quedarse un rato en el jardín para hacerle unas preguntas sobre lady Abigail Hastings. Margarite no se sorprendió sino que, nuevamente, tuvo palabras de elogio para la difunta al igual que su esposo que apareció al cabo de media hora porque andaba ocupado con cierto asunto.

—¿Por qué no entramos dentro? Parece como si fuera a llover en cualquier momento... —dijo el dueño de la casa.

El comisario aceptó gratamente la invitación incluso se quedó mirando a su interlocutor que ejerció como buen anfitrión ya que le acomodó en uno de los salones y le ofreció un refrigerio que el hombre rechazó cortésmente mientras se quitaba el sombrero. Steals recorrió con la mirada las paredes recubiertas de cuadros caros, así como los suelos y los muebles relucientes. Olía a jabón limpio lo cual le supo bien. La casa de los Fawkes era amplia y bonita pero mortalmente silenciosa. Al parecer no había criados. Se fijó disimuladamente en las manos de lady Margarite que estaban rojas y resecas. Tal parecía que era ella quien se encargaba de las tareas de su hogar.

—Como le iba diciendo comisario, lady Hastings era una mujer excepcional. Ella y mi querida esposa eran muy amigas...

Steals miró a lady Margarite quien asintió.

- —Su esposa y yo hablamos la última vez que le tomé declaración y, por lo que veo, sigue guardando un buen recuerdo de la señora Hastings.
 - —Sí, señor... —se jactó el noble con una sonrisa amplia.

Steals se aclaró la garganta. Tomó su pequeño cuaderno de notas y prosiguió con el interrogatorio.

—¿Qué opinión tienen sobre lord Hastings?

Margarite miró a su marido quien tomó la palabra.

—Dicen que es un hombre arrogante y nada cortés. Casi nadie le soporta en la región…

Steals alzó una ceja.

—¿Han hablado alguna vez?

Margarite dejó que Marvin contestara como siempre venía sucediendo.

—La verdad es que el único recuerdo que guardo de lord Hastings tiene que ver con un ligero percance en una fiesta. Desde entonces no volvimos a saludarnos.

Steals anotó algo en su cuaderno.

—Recuerda cuándo y dónde ocurrió el percance... —Marvin le proporcionó esa información—. Continúe, por favor... ¿Qué sucedió en esa fiesta?

El noble rió maliciosamente. Steals lo miró con cara seria.

- —Lady Hastings tenía fama de ser una mujer muy extrovertida. Sucedió que me acerqué a saludarla durante la velada y, al parecer, eso no agradó a su marido quien me dio un puñetazo delante de todos los invitados. Mi esposa se llevó un gran disgusto pero no le guardo ningún rencor, porque fue un hecho aislado sin mayor relevancia.
 - —¿Volvieron a coincidir en algún otro evento?

Steals se fijó en lord Marvin. Era un hombre robusto, con el cabello rubio y tez blanca. Tenía un significativo hoyuelo en la barbilla. Vestía con ropa oscura al igual que su joven esposa que era morena, escuálida y parecía estar enferma dada la palidez de su rostro redondeado de ojos saltones, nariz alargada y boca grande.

—No, que yo recuerde.

Steals hizo una ligera pausa.

—Por lo que he podido ver le gustan las antigüedades y el arte, señor Fawkes.

El noble asintió complacido.

- —Tenemos una amplia galería en nuestra finca de Londres. Mi padre amaba el arte al igual que yo. Margarite prefiere leer la Biblia... respondió en un tono jocoso que no suscitó la risa de Steals.
 - —¿Cómo se enteraron del fallecimiento de lady Hastings?

Margarite volvió a mirar a su esposo.

—Nos enteramos por lady Segall. Fue una noticia realmente triste... ¿verdad, querida?

- —Sí... Marvin y yo sentimos mucho su muerte y la del pequeño Ross... —añadió la mujer irguiendo la espalda y toqueteando el filo del puño de su blusa impoluta.
- —Bien... —dijo el policía que se fijó en el gesto—. Me encantaría seguir con nuestra charla pero he de atender otros asuntos. Lord Fawkes... Lady Fawkes... —dijo a modo de despedida.

Marvin le acompañó a la salida. Su esposa los observó a través de la ventana. Luego se alejó tristemente y fue entonces cuando se percató que el policía había olvidado su sombrero y cuando su marido entró se lo dijo.

—¡Tíralo a la basura!... —Le ordenó de malas maneras—. Te espero en la alcoba. No tardes...

El pulso de Margarite se aceleró y sus ojos se nublaron por las lágrimas, pero se serenó rezando unas cuantas plegarias... Después subió lentamente las escaleras en forma de caracol. Le flaquearon un poco las rodillas así que tuvo que agarrarse al pasamano de madera oscura... Una parte de sí misma le indicaba que diera la vuelta y huyera, pero no tenía a dónde ir... Gail había muerto y ahora era ella quien ocupaba su puesto.

Margarite no soportaba que Marvin la poseyera ni que le atara fuertemente las muñecas al cabezal de la cama.

A Margarite le daban náuseas al tener que chupar el pene gordo y largo de Marvin mientras él sostenía su cabeza. Una vez estuvo a punto de ahogarse, pero eso no al importó al hombre.

Margarite no quería que la humillara nunca más. Pero ahí estaba de pie y desnuda mientras él la observaba con esa mirada cargada de lascivia...

—Acércate moviendo las caderas y tócate los pechos.

Steals no se dio cuenta que había olvidado su sombrero en casa de los Fawkes hasta que se secó el sudor de su frente con el pañuelo. Fue entonces cuando le ordenó al chófer diera la vuelta.

Margarite miró el cuerpo desnudo de su marido tirado en la alfombra. Estaba cubierto de sangre. Acababa de quitarle la vida con unas tijeras de costura que tenía guardadas bajo el colchón.

La señora Rushmore nunca huía de los problemas, sino que solía enfrentar a los contratiempos con la valentía que la definía. Por eso regresó por el mismo pasadizo y se personó ante el marqués que andaba buscándola a través de la servidumbre. Ella se disculpó y acabó tomando asiento mientras Bradley y Anthony, que estaban de pie en la biblioteca, aguardaban a que el ama de llaves hablara finalmente...

El momento que tanto había temido había llegado porque pensaba que Pete la había delatado ante el señor ya que sabía que siempre le había interesado el dinero. Angie miró al marqués un tanto confusa.

—Uno de los sirvientes me ha dicho que ha estado buscándome, ¿puedo saber el motivo, milord?

Al noble le supo mal la pregunta porque le dio la impresión de que se estaba burlando de él.

—¡Deja de fingir que nunca sabes nada y habla de una buena vez!

Angie miró a lord Anthony quien esquivó su mirada. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—No sé de lo que me está hablando, milord... —¿Cómo osaba ser tan descarada?—. Me ofrecí a llevar a lady Lucy en la parte trasera de la carreta porque la noté triste y sentía deseos de irse de Hastings Hill. Pete debió verme al salir de Hastings Hill sin que yo me diera cuenta.

¿De qué diablos le estaba hablando?, pensó el marqués.

—¡No es de ese tema del que quiero hablar ahora sino de lo otro! — Exclamó olvidándose, por unos minutos, de sus problemas conyugales.

Angie seguía sin entender nada así que le rogó al noble que le explicara las cosas.

—¡Tú sabías lo que hizo tu sobrino y guardaste silencio para encubrirlo! ¿Cómo te has atrevido a hacer algo así? —La acusó acercándose peligrosamente a ella.

La pobre mujer tembló. Anthony le pidió a su amigo que se tranquilizara, pero él estaba lejos de querer hacerlo. La señora Rushmore

era una de las pocas personas en la que había depositado su confianza.

—¡Todos estos años confiando en ti! ¿Para qué? Tu sobrino y tú matasteis a Gail y a mi hijo. —dijo con voz desgarrada.

¿Matar ella y Pete a lady Abigail y al pequeño Ross? ¿De dónde había sacado eso? ¿Acaso había perdido el juicio el señor?

- —Nosotros no hemos matado a nadie, milord.
- —¡No mientas! ¡Tú silencio te convirtió en cómplice!
- —¡No es así! —Se defendió.

Ello enojó al noble que no estaba dispuesto a que se burlara más de él.

—¡Lo supiste desde un primer instante, al igual que los sonidos que él emitía para espantar a todo aquel que viniera a Hastings Hill y que no volviera! ¡Él mismo me lo confesó!

El ama de llaves le explicó que no sabía nada al respecto. El marqués no la creyó.

—¡Tu sobrino dijo que sí estabas al tanto de todo, incluido que cortó las cinchas del carruaje en el que viajaban mi hijo y su madre... y todo porque esa mañana Abigail y tú discutisteis y te despidió porque no quisiste darle a Ross!...

Brad y Anthony vieron como la mujer palidecía y abría mucho los ojos.

- —No sé lo que Pete le habrá contado pero las cosas no fueron así, milord... —manifestó desesperada.
 - —No te creo...—le dijo el noble detestándola.

Ella le miró con pesar.

—En ese caso llame a la policía. Les contaré lo que sé, milord.

Brad había confiado tanto en ella que ahora le resultaba una auténtica extraña.

—Levántate.

Tenía intención de encerrarla bajo llave como su sobrino hasta que llegaran las autoridades, pero la mujer le rogó que la escuchara. El noble se negó. Anthony le pidió que lo hiciera.

—Sé que el daño está hecho, pero tenemos que oírla para poder sacar nuestras propias conclusiones.

Brad dudó si hacerlo, pero al cabo de unos minutos le ordenó al ama de llaves que le contara todo y que no omitiera nada.

Angie Quería despejar todas las dudas que su sobrino había sembrado sobre su buen nombre y que la alejaban de la confianza de su señor.

—Todo se complicó cuando usted y ella discutieron acaloradamente aquella mañana. Ella estaba muy nerviosa y de pésimo humor cuando entró al cuarto del niño que dormía plácidamente. Quería despertarlo para llevárselo con ella de Hastings Hill, pero yo me negué. Lo crea o no, Ross era como un nieto para mí. Le quería muchísimo pues yo lo crié... —Brad apretó la mandíbula mientras Anthony la animó a seguir—. Lady Gail me reprendió duramente e incluso me insultó. Fue entonces cuando cogí al niño que se había despertado ante los fuertes gritos de su madre... intenté salir de la habitación, pero ella se interpuso... le pedí que me dejara pasar. Pete, que oyó los gritos, vino a ver qué pasaba. Fue entonces cuando ella me abofeteó y me quitó el niño...Eso no le gustó a mi sobrino que quiso ir tras ella, pero le pedí que fuera a buscarle a usted. Para entonces lady Abigail ya iba saliendo de la habitación con algo de ropa. Me miró con odio... aquella fue la última vez que los vi con vida.

Brad la miró fijamente.

- —Recuerdo que me buscó y me contó que ella se había llevado al niño pero que no me preocupara que no llegarían lejos y luego sonrió de una manera extraña. Poco después supe que habían muerto... —recordó de repente el marqués sintiendo un escalofrío recorriendo su cuerpo.
 - —Dios bendito... —murmuró Anthony.

Angie se santiguó y luego pidió ver a su sobrino. Brad se negó.

—Por favor, milord.

El lord la acompañó junto con Anthony. Su mente era un cúmulo de recuerdos y un infinito dolor ante aquel horrible momento. Descubrir quien había sido el artífice de tan terrible accidente le liberó de aquel peso que oprimía su corazón.

Pete se puso tenso al ver a su tía quien le reprochó lo que había hecho...

—Era una golfa y no merecía vivir... —dijo Pete con resentimiento.

Brad apretó la mandíbula y dejó que la señora Rushmore tomara el control de la situación. Ella acabó por darle una bofetada a ese miserable asesino que no se inmutó.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Pete? —Le preguntó con una extrema preocupación.

Pete se encogió de hombros. Eso no ayudó en su defensa porque Angie nunca imaginó que fuera capaz de hacer algo tan atroz, pero era un adolescente perdido que no era consciente de sus actos. ¿Cómo iban a contarle a su familia lo que Pete había hecho?

- —Ella coqueteaba y se me insinuaba, pero yo no le hacía caso porque era la señora de la casa y su esposa, y le tenía respeto... Una vez me dijo que sentía deseos de presentarme a un amigo suyo muy especial y con el que nos divertiríamos mucho... —le dijo mirando con rabia a su tía la cual le preguntó quién era—... Lord Fawkes... —Brad le dio asco—, dijo que me daría todo lo que quisiese y luego me tocó la entrepierna. Yo le aparté la mano y eché a correr. Oí como se reía de mí.
 - —¿Por qué nunca me has contado eso, Pete?
- —No me habrías creído y porque yo estaba solo. No me gustaba estar aquí, pero tú insistías en que me quedara...—se le quebró la voz.
 - —Es suficiente, señora Rushmore... —dijo el noble.

Ella suspiró consternada sintiéndose culpable de todo cuanto había sucedido a su sobrino. Tal vez si hubiera estado más atenta nada habría pasado, pero se había entregado a su trabajo mientras todo se desmoronaba y enturbiaba a su alrededor... Lamentaba que Pete no acudiera a su lado solicitando ayuda.

—A usted lo odiaba... —dijo clavando su mirada en la del señor—, ansiaba verle muerto. Yo solo quería irme... por eso cuando la vi abofetearte me enfadé muchísimo.

Alguien llamó a la puerta. Era una de las doncellas acompañada por Steals y dos guardias.

Para Bradley, Pete no era un asesino sino una víctima más de Abigail. Su perversa y secreta doble vida la impulsó a aprovecharse de la inocencia de un pobre jovenzuelo cuyo único delito fue aceptar trabajar en Hastings Hill. Esa fue la conclusión a la que el marqués llegó minutos después y que expuso en su defensa ante Steals. La señora Rushmore agradeció emocionada el gesto de su señor y solicitó acompañar a su sobrino que había sido detenido y acusado por las muertes de lady Abigail Hastings y su hijo de corta edad, Ross... Brad no puso pega pues se compadeció de la sufrida mujer. Entendía su dolor y su preocupación y por eso le pidió al comisario que no fuera tan rudo con el muchacho ya que le vio temblando de miedo cuando fue custodiado por los otros policías.

—Lo cierto es, milord... que en toda esta trama hay más implicados. Esta misma mañana lady Fawkes mató a su esposo en defensa propia.

Anthony se quedó de piedra mientras que a Bradley no le extrañó que Margarite hiciera algo así.

- —Al parecer el hombre la sometía a múltiples humillaciones y abusaba de ella.
- —Luego Fawkes no era ningún santo... —repuso Anthony con cierta repulsión.
- —Por lo visto no... en la escena del crimen había cuerdas, fustas y demás instrumentos de carácter sexual que usaba para obtener placer.

Brad sintió náuseas. Le costaba creer que Abigail cayera en semejantes manos.

—Y lamento tener que decirle milord que lady Abigail y lord Fawkes tenían un idilio, aunque imagino que usted ya lo sabía y por eso me ordenó que fuera a verlos.

Bradley asintió.

—Hubo un tiempo en que sospeché de él, aunque no tenía pruebas suficientes.

—Según lady Fawkes era un hombre muy astuto. Llevaba discretamente sus encuentros sexuales, y ella lo veía a través de un agujero hecho en la pared de la habitación de al lado. Fue ella quien mencionó a lady Abigail.

Anthony necesitó beber un trago.

Brad se quedó pensando.

—Si lady Margarite sabía del idilio de Abigail... ¿por qué siguió siendo su amiga?

A Steals le vino bien la pregunta.

—En su declaración mantuvo que los tres eran una familia y que le debía obediencia a su marido.

Anthony bebió de un trago el licor. El marqués le miró mientras su mente trataba de encajar las piezas de aquel gran puzle.

- —Margarite siempre ha sido una mujer muy devota—. Matizó el lord, aunque había algo que no le convencía de todo ese asunto y no sabía exactamente el qué.
- —Puede que solo fingiera serlo y le agradara la vida secreta que los tres llevaban, Brad...—rebatió Anthony.

El marqués le miró pensativamente.

—Por lo que he podido ver, lady Fawkes tiene el perfil de una mujer tímida, asustadiza y terriblemente humillada por su difunto esposo. Cualquier juez admitiría su declaración puesto que las pruebas señalan que lord Fawkes era un sádico además de violento... —dijo Steals para, a continuación, ponerse en pie—. He de irme.

El comisario se despidió de ambos caballeros.

—Heinrich...—le llamó Bradley.

El susodicho se giró y esbozó una leve sonrisa.

- —¿Sí, milord?
- —¿Sería posible que viera a lady Margarite?

Steals dijo que no había ningún problema.

—Siempre y cuando tenga en cuenta el estado emocional de la detenida, pues presenta un cuadro de ansiedad. Ha tenido que ser trasladada al hospital.

Heinrich le dijo a cuál y se ofreció a acompañarle.

- —Preferiría ir solo.
- —Como desee... Luego pásese por mi oficina para prestar declaración. Buenas noches, caballeros.

Anthony miró a Bradley. No tenía sentido que fuera a ver a esa mujer.

- —¿Acaso te has vuelto loco?
- -Confia en mí.
- —¿Confiar? Esa... esa mujer asesinó a su marido... ¿Quién te asegura que en un arrebato no se abalance a ti también?
 - A Bradley le restó importancia al asunto.
 - —Estará esposada a la cama y afuera habrá un policía... —le explicó.

Para Anthony eso era insuficiente.

—Y si consigue la llave en un descuido de éste... ¿Qué harás?

Bradley entornó los ojos.

—No va a pasar nada...

Su amigo no estaba tan seguro.

Bradley se sirvió una copa de vino y tomó asiento.

- —Hay algo que no encaja en toda esta historia y necesito aclarar las dudas que tengo.
 - —¿Qué quieres decir? —Anthony también se sentó.

Le parecía todo muy irreal.

- —El sobrino de la señora Rushmore, por ejemplo.
- —No te entiendo.

Brad apuró la copa.

- —¿Por qué eligió contarme la verdad ahora y no antes?
- —¿Porque tú le presionaste cuando te dijo que sabía muchas cosas sobre su tía? —Argumentó su amigo.
 - —Puede que sí... pero, ¿no notaste algo raro en él?.

La verdad es que no se fijó demasiado en el muchacho.

—¿A dónde quieres ir a parar? El crío ha confesado. Margarite Fawkes ha acabado con el sádico de su marido... y aun así quieres ir a visitarla... No entiendo nada.

A veces a Anthony le costaba entender las cosas. Había que explicárselas como a un niño pequeño.

—El triángulo amoroso formado por Gail, Fawkes y su esposa resulta creíble en cierta medida, pero no creo que el sobrino de la señora Rushmore cortara esas cinchas impulsado solo por un acto de bondad hacia su tía.

Ahora fue Anthony quien se quedó pensando. La teoría de su amigo resultaba factible.

- —¿Crees que Margarite lo incitaría a ello?
- —Probablemente sí.
- —¿Crees que lo sobornó?

—Posiblemente... Es evidente que al crío le gusta el dinero.

Anthony tenía otra teoría.

—Si es así ¿por qué no aceptó lo que Gail le ofreció? Marvin Fawkes era un hombre muy rico además de un pervertido—. Respondió percatándose de lo tarde que era... —En fin, ten cuidado con esa loca.

Bradley le pidió que pasara la noche allí, pero él prefirió irse a dormir a su cama.

—Toda esta historia me ha puesto los vellos de punta. No sé si podré dormir esta noche... —contestó ya en el hall.

Una de las doncellas le trajo su capa la cual se puso.

—¿Qué historia? —Preguntó Berenice bajando por las escaleras.

Anthony se giró y le dedicó una preciosa sonrisa que la hizo ruborizar. Por nada en el mundo quería que ella pasara un mal trago con lo ocurrido hacía escasas horas.

—Tu hermano me ha relatado una novela de terror que ha leído recientemente...—le dijo.

Brad agradeció la discreción de Anthony.

- —Mi hermano y sus ocurrencias... ¿Sabes algo de Lucy, Brad? —Le preguntó enganchando su brazo al de él.
 - —Pronto sabremos de ella.
 - —¿En serio? Eso es fantástico... —añadió Berenice.

Anthony sonrió y despidiéndose de sus amigos.

Brad animó a su hermana a ir a descansar. Ya en su habitación Brad pensó única y exclusivamente en Lucy a la cual anhelaba...

Lady Margarite Fawkes era considerada una buena esposa por todos los que la conocían. Por eso fueron muchos los que se extrañaron que hiciera algo tan horrible como acabar con la vida de su esposo Marvin... Bien era cierto que lord Fawkes flirteaba con las esposas de otros, pero ¿a qué mujer no le gustaba que la piropearan, sobre todo si era el propio lord Fawkes? Un hombre cortés y atento con las mujeres a las que admiraba de forma pícara. Solo Margarite era consciente de ello, pero nunca le dijo nada... Ella fue su sombra parte del tiempo que estuvieron casados, y no parecía sentir mucho su muerte o esa fue la sensación que tuvo Bradley cuando fue a visitarla al hospital. Ciertamente había un policía en la puerta y ella estaba esposada a los barrotes de la cama. Estaba despierta cuando él entró y la saludó.

Margarite nunca imaginó que lord Hastings fuera a visitarla ni que se interesara en ella. Marvin nunca lo hizo en vida. Él tenía otras prioridades como muy bien le dijo al marqués...

—Todo este tiempo soportando que mirara a esas mujeres y que me humillara de aquel modo... —relató mientras temblaba como una hoja.

Margarite estaba lívida. Tenía un significativo corte en el labio inferior. Al parecer su marido le había golpeado antes de forzarla.

—Debió ser algo horrible vivir como él... —dijo Bradley con compasión.

Ella tenía la mirada perdida. El marqués consideró que debía de manejar bien la situación sino quería que se alterara.

—Siempre pensaba en sí mismo por encima de cualquier circunstancia, exigiéndome y humillándome con su perversión... Ni te imaginas de lo que era capaz de hacer con tal de satisfacer sus deseos.

Bradley dejó que ella hablara. Su voz sonó lejana y profunda.

—Cuando nos casamos pensé que todo iría bien entre nosotros. Nos queríamos y éramos felices en nuestra finca pero él quiso que nos mudásemos a vivir aquí, y algo en él cambió... Comenzó a mirar a esas mujeres de una forma sucia. Al principio no quise darme cuenta. Hasta esa

noche en la que coincidimos en aquel baile... Ahí supe que había algo entre Gail y él... Ninguno lo negó cuando se lo pregunté. Fue el momento más triste de mi vida, sin embargo no pude hacer nada para que mi amiga dejara de ver a mi marido... Por el contrario, él me obligó a unirme a sus fantasías y que les observara tras ese agujero. —Las lágrimas brotaron de sus ojos y se las secó con el dorso de la mano que tenía libre—. Eso le excitaba y, aunque para mí era toda una humillación, estaba casada con él y le debía obediencia... hasta ayer.

Sorbió por la nariz e hizo una ligera pausa.

- —Una parte de mi se reveló. —Sonrió mirándole con pesar—, aunque debiste pensar que soy la peor persona sobre la faz de la tierra cuando te enteraste de lo que hice.
 - —No, en absoluto. —murmuró él.

Había algo en las palabras de Margarite que no eran ciertas. Podía percibirlo porque evitaba mirarle a los ojos.

- —Te conozco desde hace tiempo y sé que no estás siendo sincero, Bradley, y no te juzgo. Yo también pensaría lo mismo de alguien que ha hecho algo tan horrible.
- —Te defendiste de un hombre horrible y salvaste tu vida, Margarite... —se apresuró a decir a su favor.

Su sonrisa se ensanchó mientras decía que sí. Brad la miró largo y tendido.

—Todos deberíamos defendernos cuando nos sentimos amenazados o en peligro, pero a veces el miedo nos paraliza de una manera cruel... —sollozó de nuevo, pero se serenó poco segundos después.

Aquel estado emocional la hacía parecer una mujer frágil y desamparada cuyo marido la había arrojado al infierno y había permitido que se quemara mientras él la observaba desde una posición privilegiada.

—Tú y yo hemos sido unas víctimas de toda esta historia, al igual que Pete.

Brad vio cómo ella arrugaba el entrecejo.

- —¿Quién es Pete?
- —Oh... él es el sobrino de la señora Rushmore, mi ama de llaves. Anoche confesó que....

La puerta de la habitación se abrió, de repente... el policía dio por terminada la visita sin más preámbulos.

—El comisario Steals me dio autorización para.

—Visitar a la señora Fawkes, pero no para que la atosigara con preguntas... —dijo Steals apareciendo de la nada y ordenando al agente que se retirara.

Margarite palideció más aún y agachó la cabeza. Bradley la miró y se puso en pie.

—Tienes razón, Heinrich... He abusado de tu generosidad y de la cortesía de Margarite, pero si no recuerdo mal acordamos en vernos en tu oficina.

El comisario alzó la barbilla.

—Sí, así es... pero necesitaba saber cómo se encontraba la detenida. Eso es un protocolo a seguir en mi trabajo y por lo que veo está mucho más tranquila que ayer, ¿no es así, lady Fawkes?

Ella asintió incapaz de mirarle a la cara. Era como si le rehuyera por algo.

- —En ese caso no quiero interferir.
- —No lo hace, milord... Iremos juntos a mi oficina si lo prefiere... Lady Fawkes... —dijo tocando el ala de su sombrero.

Ella apartó la cara. Brad se despidió de Margarite que le miró con pena.

Heinrich se subió al carruaje de lord Hastings y se pusieron en marcha. Brad permaneció callado e inmerso en sus propios pensamientos. Seguía habiendo muchas preguntas sin respuesta.

Steals tosió varias veces seguidas. Bradley captó la indirecta.

—Si quiere saber cómo me ha ido en la visita a lady Margarite, mi respuesta es que he visto a una mujer abatida que ha sufrido mucho por culpa de su difunto marido.

Steals se sujetó al asiento cuando el carruaje se tambaleó en un ligero vaivén.

- —Durante todos estos años he visto mujeres en la misma situación que lady Fawkes a las que tuve que tomarles declaración. Y permítame decirle que en más de una ocasión sentí náuseas por lo que sus maridos les hacían...—reconoció.
 - —¿Y cómo acabaron esas mujeres?
- —Algunas fueron condenadas a muerte, otras tuvieron más suerte y fueron absueltas o enviadas a un psiquiátrico.
- —Anoche tuve la impresión de que creía que lady Fawkes no sería condenada... ¿Sigue pensando lo mismo?

Steals sonrió levemente.

—Teniendo en cuenta sus circunstancias lo más probable es que la envíen un psiquiátrico... pero cualquiera sabe. He tenido la desgracia de topar con jueces firmes en sus sentencias.

Brad esperaba que Margarite corriera esa suerte porque aquel animal no merecía vivir.

- —¿Cómo se comportó Pete en el interrogatorio?
- —Oh, bien... Su tía le consiguió un representante legal bastante bueno, por cierto... Hoy estaba algo más animado pero asustado por lo que pueda ocurrir en el juicio y sabe que hasta que se celebre ha de ir a la cárcel como la señora Fawkes.

El marqués no dijo nada, sino que siguió barajando más hipótesis.

Una vez que llegaron a su oficina el noble volvió a prestar declaración. Sabía que la imagen de Abigail iba a empañarse cuando todo saliera a la luz. Sin embargo no hizo nada para que ocurriera lo contrario a pesar de que estaba en juego el apellido familiar. No iba a honrar la memoria de una mujer como Abigail. Lo único que aspiraba era a cerrar aquel capítulo de su vida... y encontrar a Lucy a la que echaba tanto de menos.

A pesar de su delicada situación familiar, la señora Rushmore visitó a Lucy y le contó lo que había pasado con Pete. La joven quedó muy impresionada con la historia. El ama de llaves tenía cara de cansada porque no había podido dormir en toda la noche. Estaba muy preocupada por su sobrino, que era como un hijo para ella. Lucy le ofreció una silla para que se sentara mientras le servía una taza de té que acababa de preparar... Angie le agradeció el gesto, aunque su mente en ese momento estaba con su sobrino que no era más que un niño asustado.

—Jamás imaginé que lady Abigail hiciera tales cosas y que él no me contara nada al respecto...—sollozó.

Lucy la consoló.

- —Tal vez pensó que nadie le creería.
- —Eso fue lo que dijo anoche... aunque nunca debió cortar esas cinchas sino acudir a la policía. No sabes el enorme dolor que esto ha ocasionado a toda mi familia, sobre todo a su madre, Adele, pero confiamos en la justicia.

La mujer asintió, aunque no dejaba de ser un delito grave.

—Tu esposo, lord Hastings, tuvo un gesto de generosidad con Pete y conmigo esta mañana.

Lucy evitó a toda costa pensar en él, aunque le era difícil. Anoche lloró al acordarse de los buenos momentos que habían pasado juntos y lo mucho que le echaba de menos.

—Anoche le pidió al comisario Steals que no fuera tan duro con Pete, mientras que a mí me ha dado tres días de descanso después de tantos años sin hacerlo.

Lucy se alegró aunque consideró que debía de haberle dado más días.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga, aunque lo que deseo es que mi sobrino siga con la verdad y desenmascare a esa horrible mujer.

A Lucy no le sorprendió que Angie hablara mal de Abigail. Ella la conocía mejor que nadie, aunque no advirtiera su malicia.

—¿Sabías que engañaba a lord Hastings con lord Fawkes, el vecino?

- -No.
- —Ayer su esposa, lady Margarite, le mató y también está detenida. Al parecer, lady Abigail y él eran tal para cual... —dijo Angie dejando la taza sobre la mesa—. Solo espero que Pete sea fuerte y no se desmorone durante el juicio. Debe contar la verdad ante el jurado y hacerles ver quién era realmente Abigail Hastings, cuya perversión no tenía límites.

Lucy se santiguó.

—Siento que haya sido así.

Angie miró en dirección de la chimenea que estaba encendida.

—Yo también... aunque nunca te lo he contado, tu marido no se merecía esa mujer. Le hizo muy infeliz, aunque él la amaba profundamente a pesar de sus cambios bruscos de humor y sus frivolidades.

Lucy ansió que él la hubiera querido de igual manera, pero eso, al parecer, era pedir demasiado.

- —Bradley tuvo mala suerte en ese sentido.
- —Sí, pero la llegada de Ross le devolvió la esperanza que creía haber perdido, aunque ella cambió para mal. Salía y entraba de Hastings Hill, aprovechando que el señor no estaba en casa, y hacía lo que le daba la gana. A veces, traía a "sus amigos" a casa y se encerraba con ellos en el cuarto mientras que yo atendía al niño.

Lucy sintió una ligera náusea que se le pasó enseguida.

—No quise contártelo porque me pareció que era faltar al honor y a la privacidad de lord Hastings... pero todos hemos salido perjudicados por culpa de esa mujer.

Los ojos de Lucy se empañaron de lágrimas.

- —No llores... A estas alturas solo nos queda rezar y esperar que la justicia actúe de forma justa. Sé que mi sobrino hizo mal, pero actuó motivado por un impulso cuando vio que ella me abofeteaba porque no quise darle a Ross... —Lucy la escuchó atentamente—. Ella había discutido acalorada con lord Hastings aquella mañana y tenía intención de abandonarle.
 - —¿Y dónde estaba Bradley?
- —Él había salido a tomar el aire. Solo ella lograba desquiciarle por su mal carácter y exigencias.
 - —Oh, vaya.
- —Aproveché que ella se fue a la habitación y envié a Pete a que fuera a llamar al señor... Si hubiera intuido que iba a hacer lo que hizo jamás le

habría pedido que saliera.

- —Comprendo... —dijo Lucy cogiendo su mano—. A veces, no podemos controlar lo que pasa a nuestro alrededor.
- —Así es, pero no soporto pensar que mi hermana pueda culpabilizarme de lo sucedido a Pete porque yo insistí que lo dejara trabajar conmigo.
- —No creo que llegue a ese extremo. Nadie pensó que Pete fuera a hacer lo que hizo.
 - —Pero soy incapaz de mirarla a la cara.
 - —Puede que no piense eso.
 - —Mi hermana no me dirige la palabra, Lucy.
- —Está sufriendo con lo que le ha pasado a su hijo. Tienes que comprender que no todos somos tan fuertes ante la adversidad. Necesitamos nuestro espacio para poder reflexionar y asimilar las cosas como son. Dale tiempo, verás como volverá a hablar contigo.

La señora Rushmore guardó silencio. Luego suspiró.

—Pero no hablemos de mi sino de ti... ¿Cómo te sientes?

Hablar de ella en aquel instante le resultó chocante ya que veía amargura en la mirada de Angie.

—La casa es acogedora y bonita. Apenas había nada que hacer.

Angie sonrió ligeramente. A ella siempre le había gustado tenerlo todo en orden, incluida su vida, pero ahora sentía que todo era un caos y esperaba que todo se solucionara de alguna manera.

- —Imagino que has encontrado la comida en conserva.
- —Sí.
- —Adele es toda una experta y una buena cocinera. —dijo con un apagado timbre de voz.

Su mente no hacía más que pensar en Pete y en lo mucho que le quería, aunque no se lo dijera en voz alta.

—He estado pensando y no quiero que te quedes sola aquí sino que te traslades vivir con mi familia... —a Lucy le pareció arriesgado—. El señor no sabe dónde vivo, solo es conocedora la señora Moriarty, cuya hermana vive algo apartada de mi casa.

Lucy se sintió aliviada, aunque añoraba al hombre con todo su ser.

Los Rushmore acogieron cortésmente a Lucy, aunque, al principio, Adele se mostró un tanto esquiva. No quería oír hablar del apellido Hastings porque solo le había traído un tremendo sufrimiento, pero también pensaba que su hijo no debería haber hecho lo que hizo.

Sin embargo, y a medida que iban pasando las horas, comprobó que se había equivocado al juzgar deliberadamente a la nueva señora Hastings a la que consideró que era una muchacha humilde y noble que mostró su preocupación por Pete. Fue esto lo que la hizo cambiar de actitud y dar una oportunidad a la invitada a la que agasajó con una deliciosa cena, aunque su corazón estaba con su hijo... Su hermana Angie agradeció el enorme esfuerzo que su hermana había hecho porque sabía lo mucho que le costaba estar ahí en vez de ir a su cuarto y llorar por su hijo... No obstante, toda la familia recordó a Pete con sus trastadas y sus buenas acciones... La velada iba transcurriendo bien hasta que alguien llamó a la puerta... Los Rushmore se miraron los unos a los otros porque no esperaban a nadie a esas horas de la noche, así que Angie escondió a Lucy quien escuchó la inconfundible voz de la señora Moriarty. La mujer se disculpó por lo tarde que era, pero quería saber cómo estaba el ama de llaves y su familia...

Lucy respiró aliviada.

Berenice encontró a su hermano junto a la ventana mirando la lluviosa noche a través de los cristales. Estaba él solo en el salón puesto que acababa de ver a Anthony retirándose a una de las estancias. Le habría gustado llamarlo y decirle que se alegraba de que se quedara en Hastings Hill y que fuera el mayor apoyo para su hermano, pero prefirió reunirse con Bradley, su salvador... Sin él probablemente su vida habría acabado del peor modo posible, pero la había perdonado y la había acogido en su hogar, así que se le acercó y le dio un repentino abrazo que el noble no esperaba.

—Siento todo lo que ha pasado... —le dijo en medio de un sentido suspiro.

Él también, pero no dijo nada y permaneció abrazado a su hermana.

Su silencio lo decía todo, lo cual inquietó a Berenice.

—¿Por qué no hablas con la señora Rushmore y convences a Lucy para que vuelva?

Brad se puso tenso. Anthony también se lo había sugerido antes, pero el marqués estaba aún conmocionado por todo lo que había pasado... No podía apartar de su mente la cara de Margarite cuando vio a Steals apareciendo en la habitación del hospital, casi se diría que se conocían de algo, pero ¿cuándo? ¿Dónde? Y ¿cómo?

El marqués se apartó de su hermana y fue a servirse un trago.

—Lucy me odia. Por eso se fue, Berenice... —dijo y bebió un sorbo largo.

El licor lo espabiló y le alejó por un momento de tantos frentes abiertos. Su hermana no estaba de acuerdo.

—Yo creo que pretende llamar tu atención, así que cuando la señora Rushmore vuelva, habla con ella.

Lucy no era de esa clase de personas... Actuaba de forma sensata, discreta y seria. Luego no entendía cómo su hermana podía pensar aquello.

—No creo que se haya ido por esa razón, Berenice... —le respondió dejando la copa sobre la mesa.

Lo que su mujer quería era la separación, aunque no tendría que haber huido de él. Ello le había dolido, y mucho.

—Y yo pienso que no te odia, sino que ha descubierto que te quiere y le entró miedo y por eso se ha ido.

Brad, que estaba a punto de sentarse en el sofá, la miró como si acabara de decir una tontería.

—No me mires así. Las mujeres nos entendemos entre nosotras... —en eso tenía razón su hermana, pero de ahí a que Lucy lo amara era algo inconcebible—, así que deja tu orgullo a un lado y busca a Lucy. Dile lo que sientes por ella.

No iba a hacer tal cosa.

- —Berenice, yo...
- —Te aseguro que Lucy es la mujer perfecta para ti, solo que tú no quieres verlo, Bradley Hastings.

¿Por qué le hablaba de ese modo? ¿Qué le pasaba a su hermana para decir tantas incoherencias seguidas? ¿Acaso deliraba o qué?

—Cuando papá engañó a mamá le rompió el corazón pero supo perdonarle porque lo amaba... —¿A qué venía eso ahora?, pensó mientras ocupaba el sofá alargado—. Y se lo demostró acogiendo a Clive.

Que nombrara a ese miserable le sentó como un jarro de agua fría. Ansiaba que se despertara y hablara de una vez por todas ya que era muy amigo de Gail.

—Con esto quiero decir que cuando el amor es verdadero se superan todos los obstáculos... de modo que no te rindas y lucha por tus sentimientos hacia Lucy. Ella te perdonará y te amará como nunca lo hizo Gail... Pero no te quedes ahí esperando a que ocurra el milagro. El tiempo no se detiene por nada ni por nadie, hermanito.

Dicho esto, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla... y después se alejó con intención de salir del salón. El marqués la siguió con la mirada y la llamó por su nombre. Ella se giró.

—Si tan buenos consejos das... ¿por qué no le dices a Anthony lo mucho que te gusta?

El rubor se adueñó de Berenice que sonrió con timidez y salió del salón. No era una mala idea, pero ¿y si Anthony no le correspondía?.

Anthony distinguió la voz de Berenice que hablaba con una de las doncellas en el pasillo, así que abrió la puerta y la vio. En sus ojos había una mezcla de ternura y timidez que le sedujo en el acto, pero se trataba de

la hermana de su mejor amigo. No podía abordarla del mismo modo con el que lo había hecho con aquellas mujeres que pasaron por su vida. Con Berenice quería ir despacio y estar seguro de que el amor era mutuo y no una vana ilusión por su parte, pero ella se le acercó y, tras mirar a un lado y al otro, le dio un casto beso en la boca y luego huyó corriendo por el pasillo.

Se oyó un ligero portazo. Anthony sonrió feliz.

Draco miraba a Bradley que le hablaba desde la cama. El animal movió la cola cuando oyó nombrar a Lucy.

—La echas de menos, ¿verdad? —Preguntó acariciando su hocico.

El perro ladró y fue a la puerta que estaba semi abierta y se escabulló por ella. Brad tuvo que ir detrás de él porque se colocó delante de la puerta del cuarto que ocupaba Clive.

—No puedes estar aquí, vamos... —le dijo.

Pero Draco acabó abriendo la puerta. Brad fue a cerrarla, pero vio que Clive estaba despierto y mirándole aturdido.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Murmuró con voz cansada.

Brad dejó a Draco fuera y entró a la habitación. Para él era difícil intercambiar alguna palabra con aquel maldito, pero acertó a decirle que había sido él mismo quien se presentó en su casa y le preguntó si recordaba quién le había disparado... su hermanastro dijo que sí.

—Pero no quiero hablar de ello... —dijo intentando levantarse para irse, pero hizo un gesto de dolor.

Brad no hizo el intento de acercarse sino que le regañó.

- —¿A dónde demonios vas?
- —Quiero irme a mi casa... —dijo completamente mareado—. ¿Dónde está mi ropa?

A Brad eso le pareció una temeridad, pero no quería discutir, y menos a esas horas de la noche, así que le pidió que se tumbara porque no estaba en condiciones de ir a ninguna parte. Clive le miró fatigado.

—Sé que no quieres que esté aquí. No tienes por qué fingir que te preocupas por mí.

El marqués le miró seriamente. Era cierto que le incomodaba tenerlo alojado en Hastings Hill pero no podía darle la espalda.

—Hablaremos de ello en otro momento. Ahora túmbate y descansa... — le ordenó de malos modos.

Eso no agradó a Clive que no estaba dispuesto a que lo avasallara por más tiempo.

—No me digas lo que tengo o no tengo que hacer... —se quejó con voz lánguida.

La paciencia del marqués comenzaba a mermar insólitamente.

—¿No vas a callarte nunca, verdad? —Inquirió enojado—. Siempre quieres que tener la última palabra, aunque no tengas razón.

Clive notó que todo empezaba a darle vueltas y que estaba muy débil como para pelear con el gran marqués.

—Déjame en paz... ¿Quieres?

Brad apretó los puños. No tenía sentido que discutiera con un zoquete como él.

—Has perdido mucha sangre, pero la herida está cicatrizando bien... — le explicó suavizando el tono. — De modo que no trates de hacerte el fuerte y descansa. Hablaremos cuando el médico lo estime conveniente.

Clive cerró los ojos. Oyó como la puerta se cerraba... Por un momento quiso levantarse y largarse de Hastings Hill porque algo le decía que hablar con el gran marqués era sinónimo de enfrentamiento, y él estaba harto de pelear.

Lucy se integró perfectamente en la familia Rushmore durante los días que permaneció con ellos. Ayudaba en las tareas e incluso cocinaba para todos y daba consuelo a Adele con la que se llevaba estupendamente. Los sobrinos de Angie la adoraban, aunque esas repentinas náuseas la tuvieron un tanto preocupada y cuando aquella tarde se desmayó en medio del salón, Angie llamó al médico quien confirmó sus sospechas: estaba en estado de buena esperanza. Lucy lloró desconsoladamente mientras que los Rushmore se alegraron mucho por la noticia, sobre todo el ama de llaves que le ofreció todo su apoyo. En ella entró a una buena amiga, pero le faltaba Bradley. El hombre que amaba.

Ciertamente la situación de la muchacha era cada vez más complicada y precaria, pero eso no significaba que fuera a cruzarse de brazos, sino que buscaría trabajo y ahorraría dinero para cuando el bebé naciera. Ella y sus hermanos habían conocido lo que era la pobreza y no quería que eso le pasara a su bebé... Además, no quería ser una carga para los Rushmore. Ella podía valerse por sí misma. Siempre lo había hecho, aunque, en ese instante, estaba muy asustada. Iba a tener un hijo, sola, aunque la figura de Bradley estaba muy presente en su alma y su corazón, pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Decirle que estaba esperando un hijo suyo? ¿Guardar silencio? ¿Qué? Lo más probable es que no aceptase la noticia con agrado. Ella era una humilde doncella y él un noble rico... ¿Dónde se había visto que ambas clases sociales se juntaran y dieran lugar a la dicha? Eso era algo impensable... Además, Brad no la amaba. Prueba de ello es que no se había molestado en buscarla. Él andaba ocupado con otros temas y no le culpaba, pero era obvio que sobra en su vida. Por lo tanto, debía de ver el modo de olvidarle y seguir adelante pero tenía tanto miedo a dar ese paso sola.

El doctor Heichman consideró que Clive debía guardar reposo y alimentarse debidamente para poder recuperar las fuerzas. Algo con lo que el marqués estuvo de acuerdo porque ansiaba poder saber la verdad...

Clive, por su parte, quería marcharse, a lo que el doctor se negó en un momento dado, pero reconocía que no era capaz de dar varios pasos sin cansarse porque se sentía débil y mareado aunque siguió a raja tabla las indicaciones del médico... Tía Olivia y Berenice se quedaban a hacerle compañía y le cuidaban como nunca pero él se sentía un intruso en Hastings Hill. No había más que ver el modo con que su hermanastro le miraba para comprender que quería perderle de vista... Su odio hacia él le impedía perdonarle por el daño que pudiera haberle ocasionado en el pasado. El marqués estaba cegado por el rencor mientras que Clive solo quería que se le readmitiera en la familia... Una palabra de Bradley bastó para que los Hastings le dieran la espalda y se viera completamente solo. Verse en semejante situación le hizo comprender cuán importante era la familia.

Bien era cierto que había cometido muchos errores y se arrepentía de ello... Pero sabía que Bradley era un hueso duro de roer y que debía de esforzarse mucho para conseguir su perdón. Algo que Clive estaba dispuesto a hacer solo que su hermanastro no se lo estaba poniendo fácil... Aunque podría haberle echado de Hastings Hill la misma noche en que llegó herido, pero no lo hizo. Clive se sintió impresionado cuando Berenice se lo contó aquel día. A decir verdad se sentía en deuda con su hermanastro y estaba dispuesto a saldarla tan pronto como se sintiera con fuerzas para hacerlo...

Brad se reunió con Amberly en su estudio. El noble le puso al día de los últimos acontecimientos. Brad le ordenó que hiciera una serie de averiguaciones. Amberly aceptó encantado. Asimismo, antes de marcharse, le entregó los papeles del divorcio. Brad los tomó y los puso sobre su mesa de trabajo. Los miró durante un buen rato... Después salió de su estudio y fue a dar un ligero paseo para así aclarar sus ideas... Anthony se le unió en el paseo. Draco los acompañaba... Su amigo lo notó muy callado y el marqués acabó confesándole que tenía en su poder los papeles del divorcio... Nuevamente, Anthony intentó disuadirle para que buscara a Lucy ya que en la mañana el ama de llaves le confesó dónde podía encontrarla... Brad iba a responder a Anthony pero entonces llegó Berenice y se fue con ella.

Una vez solo en el jardín, Brad hizo balance del tiempo que pasó con Lucy y sonrió para sí... Pero ella se había marchado... ¿quién era él para retenerla en contra de su voluntad? Tenía que hablar con ella, sí... Pero para que firmara los documentos como siempre quiso así que volvió a su estudio y se sentó a la mesa. Podría llamar al ama de llaves y darle los documentos para que Lucy los firmara y volver a recriminarle "su pequeña traición", pero no iba a hacerlo... Lucy no le amaba y por lo tanto no tenía que esperar a que se produjera un milagro, pensó cogiendo la pluma con intención de darle lo que ella tanto quería, pero alguien llamó a la puerta. Brad pensó que era una de las doncellas, así que la hizo entrar de viva a voz mientras releía las cláusulas.

- —¿Qué ocurre, esta vez? —preguntó sin alzar la vista.
- —Hola, Brad... —saludó Lucy.

El noble reconoció su voz y se puso en pie como si la silla ardiera. La miró atónito... Ella estaba lívida y su rostro denotaba un profundo cansancio. De hecho estuvo a punto estuvo de desmayarse, pero él llegó hasta ella y la hizo sentarse rápidamente en el sofá. Le ofreció un vaso de licor, pero ella lo rechazó amablemente. Tanta atención hizo que Lucy

llorara, sin más. Brad alarmado no entendió la razón, aunque después pensó que seguía triste por la muerte de sus hermanos.

—No llores, Lucy... —Le aconsejó poniéndose en cuclillas.

Se fijó en su viejo vestido y zapatos manchados de barro. Era obvio que había venido a Hastings Hill andando... Pero ¿por qué se empeñaba en humillarle de esa manera? ¿Por qué había huido de él y por qué había vuelto?

Lucy pensó que no tenía sentido que le dijera que estaba esperando un hijo suyo porque igual se molestaría y le pediría que no lo tuviera...Eso le produjo una gran intranquilidad, así que respiró hondo y le miró, al fin, a los ojos. En ellos vio preocupación. Demasiada... Lo cual la sobrecogió.

—Siento haberte molestado y alarmado con mi llanto... —sorbió por la nariz.

Él la miró con ternura. Se fijó en sus apetecibles labios y ansió besarla como nunca lo había hecho. Era tal el deseo que le embriagaba que le asustó... Y tanto que se aclaró la voz para decir:

—Tú nunca molestas, Lucy... —No podía apartar la mirada de ella...

Adoraba su cálida mirada, su delicado rostro de facciones suaves y delineadas, su tentadora boca... Pero estaba lejos de poder disuadirla para que se quedara a su lado. No obstante, se fijó en que estaba más delgada que de costumbre. ¿Acaso había estado enferma?.

—Te preguntarás por qué he venido —él esbozó una leve sonrisa que cautivó a Lucy—. La señora Rushmore me ha contado lo que ha pasado. Siento no haberte ayudado cuando debía hacerlo.

Por un instante pensó que había venido a explicarle por qué había huido de él. ¡Qué ingenuo era, a veces!

—No te preocupes.

Estaban tan cerca el uno del otro, pero tan lejos al mismo tiempo... A uno su orgullo herido le impedía expresar sus sentimientos, al otro el temor le invadía de forma insólita.

- << Dile que esperas un hijo suyo... >>
- -Brad, yo.

Anthony abrió bruscamente la puerta. Lucy pegó un respingo cuando Bradley se puso en pie y se giró tapándole la vista a Lucy.

—Dime que no has firmado los papeles del divorcio y que los has tirado a la basura.

Lucy sintió una punzada de dolor en el corazón. Brad ansió estrangular a su indiscreto amigo, pero se echó a un lado para que viera que no estaba solo. La cara de Anthony fue todo un poema... Lucy aguantó el tipo y le saludó con absoluta naturalidad.

—¡Lucy! —exclamó nervioso—. No sabes cuánto me alegro de que estés aquí.

Ella sonrió ligeramente. Brad la miraba extasiado.

—Eres muy amable... He venido para saber cómo estabais todos, pero ya que Anthony lo ha mencionado muéstrame esos documentos, Brad... — le animó como si fuera la cosa más natural del mundo.

El marqués miró de mala manera a Anthony que se despidió de Lucy y desapareció sigilosamente de la estancia.

Ella cogió la pluma sin titubear y le preguntó dónde debía firmar. Él se lo indicó con el semblante serio.

- Por una vez que encuentro a la mujer idónea ella opta por firmar el divorcio..., pensó alicaído.
 - —Tu turno, Bradley.

El marqués carraspeó estampando su rúbrica enérgicamente.

Fue así como pusieron punto final a su matrimonio y la sensación para ambos era devastadora aunque ninguno lo expresó en voz alta.

—Adiós, Bradley. —dijo ella aparentemente tranquila.

Él no respondió. Sin embargo cuando ella llegó a la puerta y fue a abrirla, él la cerró y se pegó a su cuerpo buscando su calor y su abrazo. No quería perderla, otra vez, sino que se quedase, aunque no lo amara. Le bastaba con que estuviera a su lado.

—Quédate... —le rogó aspirando su inconfundible aroma.

No podía pedirle que se quedara cuando hacía solo unos segundos habían disuelto su matrimonio y él lo sabía...

—No puedo... —murmuró con voz entrecortada.

Tras varios minutos en silencio él abrió la puerta y le permitió salir la primera.

Draco que estaba en el pasillo llegó hasta Lucy. Ella le hizo mimos y le besó... El perro estaba loco de contento mientras que Bradley salía de su estudio como un alma en pena.

—¿Por qué te has alojado con los Rushmore? ¿Lo haces para humillarme, quizás?

Lucy se giró y le miró. Era obvio que quería discutir pero ella no estaba por la labor de querer hacerlo. Quería marcharse lo antes posible de Hastings Hill porque no soportaba tanta tristeza.

—No, en absoluto... —dijo mirándole a los ojos.

Él dio un paso hacia ella. Lucy retrocedió dos. No podía permitir que se le acercara porque corría el riesgo de que acabara llorando.

—Espero que encuentres lo que buscas y que seas muy feliz, Brad.

Le dio la espalda y se alejó. El marqués luchó por no ir tras ella, aunque una parte de sí se lo pedía a gritos.

Draco no quería apartarse de Lucy que lo tuvo que dejar al cuidado de uno de los sirvientes. Su llegada había causado cierto revuelo entre la servidumbre e incluso Angie se acercó para saber cómo le había ido, pero la presencia del marqués hizo que se despidiera de Lucy y le hiciera una reverencia a su señor que ni siquiera la miró. Si ella no hubiera ayudado a Lucy a irse nada de esto estaría pasando... Pero no quería desprenderse de los servicios de una mujer que había servido a su familia y que había estado en sus horas más bajas... Lucy le miró y se puso a caminar. Cruzó el jardín con la esperanza de que no la siguiera, pero se equivocó... Al girarse vio que venía detrás y con pasos apresurados... ¿Qué quería de ella? ¿Por qué la estaba siguiendo?

Tanta tensión hizo que ella aligerara más aún sus pasos mientras se tocaba el vientre... No quería correr porque temía tropezar y caer, así que se detuvo... él también, pero a cierta distancia. Ambos respiraban agitadamente.

```
—¿Qué quieres, Bradley?
```

<< A ti>>>.

—¿Ves esto?.

Ella abrió sorpresivamente los ojos cuando él extrajo del bolsillo de su chaqueta los documentos del divorcio que estaban doblados... Los rompió y espació los trozos por el césped.

—¿Qué has hecho? ¿Acaso te has vuelto loco?

Él llegó hasta ella y sostuvo su rostro entre sus manos.

—Sí, pero estoy loco por ti, cariño... —dijo dándole un beso en la boca.

Dicho beso expresaba decisión, ansia y, sobre todo, amor... Pero Lucy no quiso creerle e intentó zafarse. Brad no se lo permitió tenía que escuchar todo aquello que quería decirle y que no se había atrevido a decir hasta ese instante, bien por orgullo o por estupidez.

- —Te amo como nunca pensé que volvería a amar a nadie... —No lo decía de verdad. Solo quería llevarla otra vez a la cama y después la abandonaría a su suerte, aunque esta vez ella llevaba un hijo suyo en sus entrañas y él no lo sabía—. Tienes que creerme... Estos días sin ti me han hecho reflexionar y darme cuenta de que he sido un completo necio, además de injusto contigo, y lo siento de veras...
 - —Brad, yo...
- —Mírame... —Lucy vio en los ojos del hombre un amor infinito y profundo que la hizo emocionarse—. Te amo y quiero pasar el resto de mis días contigo, Lucy.

—¡Oh, Brad!

Él rebuscó en su bolsillo la alianza y se la puso en el dedo anular.

—Quiero que la lleves siempre puesta en señal de nuestro amor.

Aquel gesto derribó las pocas defensas que le quedaban a Lucy, la cual se dejó llevar por sus sentimientos y besó dulcemente al hombre.

—Yo también te amo, Brad… Y no me la volveré a quitar nunca.

Aquellas palabras sonaron como música celestial en los oídos del marqués que la cogió en volandas y giraron como dos chiquillos.

—Despacio... —le pidió en un momento dado.

Brad se detuvo. Vio como ella se tocaba el vientre y le miraba amorosamente. El marqués abrió mucho los ojos.

- —¿Quieres decir que...?
- —Sí. Vamos a tener un hijo... —respondió emocionada.

El marqués abrazó a su esposa y la besó suavemente en los labios. No podía creer que la vida fuera a recompensarle de aquel modo... Y agradecía que así fuera después de tantos años sumergido en la más absoluta oscuridad...

Anthony descorchó una botella de vino bajo la atenta mirada de todos y brindó por la pareja que acababa de reconciliarse y además esperaba un hijo. Olivia acogió la noticia con mucho júbilo, al igual que Berenice. Tal parecía que había vuelto a reinar la calma a Hastings Hill. La condesa vio feliz a su sobrino Bradley el cual no había soltado la mano de Lucy. A ella se la veía radiante y emocionada... La muchacha era un rayo de esperanza para todos. La llegada de ese bebé iba a llenar de amor a la pareja. Estaba segura de ello, pensó mientras brindaba con su familia.

Bradley se sentía muy afortunado, aunque el recuerdo de Ross invadió su mente pero enseguida se sobrepuso a la cualquier tristeza y dedicó unas hermosas palabras a su esposa a la que, nuevamente, declaró su amor. Lucy se ruborizó por su felicidad a pesar de las circunstancias. Echaba de menos a sus hermanos, pero entendió que no siempre se podía tener todo en la vida... había que pasar por momentos difíciles para alcanzar cierta estabilidad, y aquel era el momento perfecto.

—Ahora que estamos de celebración... Quiero decir algo... —dijo Anthony dejando la copa sobre la mesa.

Se aclaró la voz y se dirigió a los allí presentes.

La expectación era tal entre las damas que se miraban las unas a las otras. Solo Bradley sabía lo que su amigo iba a decir. Podía adivinarlo con solo mirarle a los ojos que en aquel instante se posaron en Berenice que se ruborizó en el acto.

—Oh, esto es más difícil de lo que imaginaba y eso que he estado ensayando delante del espejo toda la noche... —todos rieron—. Bien... — hincó la rodilla en el suelo y tomó la mano de Berenice que se sonrojó más todavía. Olivia sonrió dichosa. Brad y su esposa miraban con entusiasmo a la pareja-... puede que no sea el hombre perfecto ni posea las cualidades propias que una dama busca en un hombre, pero me he dado cuenta de que eres la compañera perfecta y, si no tienes ningún inconveniente, me gustaría que fueras mi esposa, Berenice.

La hermana de Bradley asintió con lágrimas en los ojos. Anthony sonreía feliz cuando Steals apareció en compañía de una de las doncellas. Su sola presencia provocó un repentino silencio. El policía les saludó y pidió hablar en privado con Bradley.

- —¿Qué ocurre? —preguntó Olivia palideciendo momentáneamente.
- —Oh... Solo voy a hablar con su señoría sobre el caso, milady.
- —No vayas... —le pidió Lucy a su marido en un leve susurro pues no le gustó el hombre cuando lo vio.
 - —Enseguida vuelvo... —le dijo tranquilizándola.

Berenice llegó hasta ella y le pasó un brazo por el hombro e hizo que se sentara. Todos estuvieron pendientes de ella.

Si algo detestaba Bradley es que le interrumpieran. Especialmente en un momento como ese, aunque lo peor estaba por venir ya que el policía se tomó la licencia de servirse un trago, sin pedir permiso, y bebérselo como si estuviera en su casa... Tanta confianza le desagradó y Draco, que entró de repente en la salita familiar, le ladró como un poseso. Brad tuvo que alejarlo y se topó con Lucy que iba a echarse un rato porque estaba algo fatigada, pero se ofreció a ocuparse de Draco.

—¿Estás segura de que estás bien?

Ella le dijo que sí, sonriendo.

—Ve a ver qué quiere. Estaré esperándote... —le aconsejó posando sus manos sobre su vientre.

La sonrisa de Bradley se ensanchó.

—Solo serán unos minutos.

Le dio un beso en la boca a su esposa y regresó a la salita. Encontró a Steals admirando uno de los cuadros que colgaba de la pared.

—¿Le gusta el cuadro, Steals?

El policía no se giró, sino que continuó contemplando la obra de arte con una exagerada admiración.

—Es demasiado sombrío para mi gusto, milord...

Brad frunció ligeramente el ceño.

—Mi padre se lo regaló a mi madre al poco tiempo de casarse... —le contó Bradley.

Steals miró finalmente al marqués.

—Por lo que veo es una pieza única en el mercado. Hoy en día costaría el doble a su precio real.

Brad elevó una ceja y cerró la puerta por si Draco volvía a entrar.

- —¿Le gusta el arte, Steals?
- —No mucho... —aunque por su sonrisa Bradley supo que mentía descaradamente.
- <<¿Quién diablos eres?, se preguntó el marqués sin dejar de mirarle. Había algo en él que comenzaba a hacerle dudar. De hecho, su presencia no le resultaba del todo grata como al principio.
 - —Es una lástima... Le habría mostrado mi colección privada.

Steals cambio de tema rápidamente mientras tomaba asiento a petición del noble.

—No me contó el incidente que tuvo con lord Fawkes en aquella fiesta, milord.

Al marqués no le gustó el tono con el que pronunció esas palabras.

- —No creí que fuera algo importante.
- —Tal vez no, pero le vieron golpearle.

Las insinuaciones de aquel imbécil no le gustaron, pero supo manejar la situación con una impresionante templanza.

—Según tengo entendido lord Fawkes no presentó cargos sobre mí. De hecho, lady Fawkes siguió visitando a Abigail.

Steals se quitó el sombrero y estiró las piernas.

—Imagino que los Fawkes no querían romper ese lazo de "amistad" que tenían con lady Abigail. En todo caso, quiero que sepa que el difunto lord Fawkes no le dio importancia alguna al asunto. Él mismo me lo dijo poco antes de morir a manos de su esposa... aunque matizó que se acercó a lady Abigail para saludarla durante la velada y que usted le golpeó sin más.

Brad sabía la clase de sabandija que era Fawkes y por eso no le asombró que diera otra versión de los hechos.

- —No fue así. Anthony y Margarite estaban presentes al igual que el resto de los invitados. Él miró de forma indecorosa a Abigail.
- —Marvin Fawkes dijo que su esposa se llevó un gran disgusto, aunque deduzco que fue en ese instante cuando se dio cuenta de la relación que había entre ellos.

Brad comenzó a estar cansado del juego que se traía Steals y quería que se marchara de su casa.

—¿Tiene alguna otra pregunta más?

El policía torció el gesto. Era evidente que el marqués lo estaba echando indirectamente lo cual le sorprendió puesto que siempre le había tratado cortésmente.

—No... pero pronto comenzará el juicio y que será llamado para declarar ante el juez instructor, milord... —le informó solemnemente... — <<Eso ya lo sé>>—. Con esto quiero decirle que saldrán a relucir temas bastantes escabrosos que dañaran la reputación de lady Abigail...

Como si a Bradley eso le importara mucho.

—Me es indiferente... —le dijo con voz gélida.

Steals le asombró la actitud del noble aunque no hizo ningún comentario al respecto.

—Está bien, pero permítame decirle que no estaré presente en el juicio porque he recibido instrucciones de mis superiores asignándome otro nuevo caso.

El marqués le miró un tanto confuso.

- —Pensé que se quedaría hasta escuchar la sentencia.
- —Yo también, pero mis superiores solicitan mi presencia lo antes posible. Y he de acatar sus órdenes... —dijo sonriendo de una manera que no agradó a Bradley.

Aquel canalla no estaba siendo del todo franco y esperaba averiguar el motivo.

- —Comprendo... Imagino que vendrá a vernos su sustituto. Las diligencias sobre quien disparó a mi hermanastro siguen abiertas.
 - —Así es, pero ¿cómo se encuentra él?
 - —Sigue convaleciente...
- —Celebro que así sea aunque su caso ya no entra en mi dominio. De todas maneras, le he dejado un informe al nuevo compañero... —dijo poniéndose en pie.

Brad le miró extraño cuando estrechó su mano.

—¿Significa esto que no volveré a verle más por la región?

Steals rió como un lelo.

—Nunca se sabe, milord. A veces el destino nos une o nos separa y nos vuelve a juntar en esta larga travesía llamada vida. Pero me ha encantado conocerle, aunque haya sido en unas circunstancias un tanto complicadas.

Bradley no podía decir lo mismo así que le acompañó a la puerta. No quería revivir el pasado. Steals se caló su sombrero. Una de las doncellas le trajo su capa. Afuera había comenzado a llover, otra vez....

- —Parece que el tiempo no quiere darnos tregua.
- -Eso parece... Y ¿cuándo se irá?

Steals titubeó.

- —Por lo pronto he de recoger mis pertenencias de la oficina. Empaquetar algunas cosas más...
 - —¿Cuánto tiempo le llevara? —Quiso saber Bradley.
 - —Un par de días... ¿por qué lo pregunta?
 - —Por nada en particular... pura curiosidad.

Steals sonrió. Y se despidió de él.

La doncella cerró la puerta.

—No dejes que se vaya... —dijo Clive agarrado al pasamano.

Estaba sudando y a punto estuvo de perder el equilibrio. Bradley y otro sirviente evitaron que cayera por las escaleras, lo llevaron a la habitación y lo tumbaron en la cama. No tenía fiebre, pero seguía estando muy débil...

Berenice, Anthony y Olivia vinieron a ver qué pasaba. Bradley les dijo que Clive estaba bien y que debía guardar reposo.

- —Tienes razón, aunque deberías llamar al médico.
- —Lo haré, tía... —dijo despachándolas sutilmente.
- —¿Vas a quedarte con él hasta que se duerma? —Preguntó Berenice.
- —Sí.

Brad cerró la puerta y miró a su hermanastro, el cual estaba dispuesto a hablar a pesar de sus dolencias.

Steals llegó calado hasta los huesos a su casa de alquiler que quedaba a unas cuantas millas de Collingwood's Hall, el lugar donde su padre Alfred trabajaba como sirviente cuando él era un niño. Allí pasó parte de su vida sirviendo a los Collingwood hasta que fue injustamente acusado de robo por el ama de llaves, la señora Rushmore y fue despedido humillantemente por lord Chase. Su hijo, Heinrich Steals, cuyo verdadero apellido era Rawson vio como su padre se deprimió ante aquella infamia. Se refugió en la bebida y pronto la miseria se instauró en el hogar familiar. Su madre, Flora, no pudo hacer frente a tantos gastos y además tirar de un marido alcohólico que se ahorcó delante de su hijo de siete años. A raíz de ello, los tres hermanos Rawson fueron separados de su madre y dados al estado. Flora no soportó aquello y se arrojó al precipicio.

Heinrich, que adoraba y protegía a su familia, sobre todo a sus dos hermanas Marianne y Margarite, se vio apartado de ellas. La primera murió a causa de unas extrañas fiebres mientras que la segunda fue dada en adopción a una acomodada familia de Dover... Heinrich no corrió la misma suerte y pasó gran parte de su infancia en el peor orfanato de la ciudad. Sobrevivió a las brutales palizas y al abuso de los muchachos mayores que él. Se volvió retraído, aunque su inteligencia seguía siendo la misma. Desempeñó numerosos trabajos hasta que se preparó para ingresar en el cuerpo de policía. Con el tiempo fue ascendiendo de cargo mientras esperaba llevar a cabo su venganza contra todos los que arruinaron su vida y la de su familia.

Habrían de pasar muchos años hasta que fuera enviado por sus superiores a las inmediaciones de Dover en calidad de comisario. Por aquel entonces ya sabía que Margarite estaba viva y que se había casado con Marvin Fawkes. En un principio, ella no reconoció a Heinrich porque jestaba tan cambiado y alto! ...Y ella era tan frágil que el comisario se apiadó de ella. Margarite guardó el secreto sobre la existencia de su hermano, aunque se lo presentó a su querida amiga Abigail Hastings. El

flechazo fue inmediato y las ansias de venganza las mismas. Ella no soportaba a Bradley y Steals odiaba a la señora Rushmore y a los Hastings. Los dos urdieron su plan durante mucho tiempo. Steals planeó al milímetro la muerte de Gail utilizando a Pete Rushmore, al que ella acosaba deliberadamente... Ello suscitó un odio extremo en él. La bofetada que dio a su querida tía fue la gota que colmó el vaso. El muchacho cortó esas cinchas tal y como el policía esperó que hiciera... Gail se subió a esa carreta mientras Steals la esperaba junto a los acantilados. Cuando ella y el niño estuvieron a salvo, Steals azuzó a los caballos que se precipitaron al vacío... Los tres se ocultaron en la casa de él hasta que estalló la noticia... Mientras Bradley Hastings lloraba por la muerte de su familia, Margarite lo hacía por su mejor amiga y su hijo.

El policía disfrutó con el sufrimiento de lord Hastings y ralentizó la investigación. Sus enemigos estaban cayendo poco a poco. También la señora Rushmore que lloró por su sobrino encarcelado... Solo faltaba Marvin Fawkes, su depravado cuñado... El tipo tenía mucho dinero y además poseía una importante colección de arte. La propia Margarite se lo contó en algún momento al igual que a Gail. Steals quería todo lo de ese degenerado poseía y por eso instó a Margarite que lo matara en defensa propia, garantizándole que no iría a la cárcel. Solo debía hacerse la loca durante el juicio y todo iría bien... Pero Gail no pudo reprimir sus ansias de visitar a su eterno amigo Clive, así que cogió una de sus armas reglamentarias y salió de su escondite. Que Clive le diera la espalda de aquella manera enfureció a Gail, la cual le disparó y huyó como alma que lleva el diablo. Ello a Steals no le hizo ninguna gracia, pero Gail sabía cómo calmar ese genio con su ardiente cuerpo o eso pensó ella.

Clive Hastings era el único que sabía aquella trama porque la propia Gail se lo contó. Ella le animó a que se uniera al grupo, pero el hombre no quería meterse en más líos y menos con su hermanastro Bradley... Bastante tenía con lidiar él por su herencia... Aunque en ese momento el marqués le miraba como si acabaran de arrojarle un cubo de agua encima. ¡Gail y su hijo Ross estaban vivos! ¡Dios bendito!

—El idilio de Gail y Marvin formaba parte del plan. Lo tenía distraído para que Steals recabara información sobre su fortuna. Quería ver el modo de hacerse con ella... —le informó Clive—. El tipo se aprovechó de las debilidades de cada uno de vosotros para poder llevar a cabo su venganza.

Bradley intentó serenarse aunque le costaba hacerlo. Todo era fruto de una mente retorcida llena de ira y ambición... Y lamentaba no haberse dado cuenta de ello antes. Así se habría ahorrado mucho sufrimiento.

- —Ahora entiendo su interés por el arte... —dijo el marqués perplejo.
- —Al parecer trabajó en una galería durante unos años... —añadió Clive un tanto fatigado.

Su hermanastro le miró por un leve segundo.

—Imagino que disfrutaste con mi sufrimiento... —le soltó de repente.

Clive se sintió ofendido, pero sabía que por más que se lo dijera, él no le creería.

- —Piensa lo que quieras, tengo la conciencia tranquila.
- —¿A qué llamas conciencia? —Bramó—. ¿A saber la verdad y mantener la boca cerrada?

Por más que Clive no quisiese discutir con su hermanastro éste le dio pie a ello.

—¡Si te lo hubiera contado no me habrías hecho el menor caso porque tú siempre me has odiado por una razón u otra, así que no te atrevas a juzgarme!

Si no fuera porque estaba convaleciente le habría sacado de la cama a golpes, así que juntó ambas manos y las apretó fuertemente mientras le miraba con severidad.

—¡No estoy hablando de cosas pasadas sino de un hecho relevante!¡Sabías que Gail y mi hijo estaban vivos y no me dijiste nada! —le reprochó.

Clive desvió la mirada hacia otra parte.

- —Ella me hizo prometer que no le diría nada a nadie... pero ¡maldita sea! Me levanté a estirar un poco las piernas y vi a Heinrich entrando a tu casa... y algo en mi se removió, aunque no mereces que te haya contado nada... pero soy tan idiota que pensé... si le cuento la verdad puede que me perdone de alguna manera, pero veo que me equivoqué porque seguirás juzgándome y haciéndome la vida imposible solo por.
 - —Cállate... No sigas.

Clive le miró confuso.

—Lo creas o no yo también estoy harto de este maldito enfrentamiento en el que los dos hemos tenido parte de culpa... Yo no acepté que nuestro padre engañara a mi madre de esa manera y te hice pagar los platos rotos — Clive quiso creerle, pero le costó hacerlo—. Aunque tú te valiste del amor

que mi madre sentía por ti e hiciste que ella se volcara más contigo. Eso me dolió mucho porque me sentí desplazado.

Su hermanastro se avergonzó de su comportamiento.

—Sé que hice mal y te pido perdón, pero solo era un niño asustado que trataba de protegerse de hermanastro porque le zurraba cada dos por tres... —admitió un tanto divertido, aunque al ver la cara de Brad se puso serio—. Lamento haber sido tan egoísta e injusto contigo, pero te juro que no volveré a incordiarte.

Brad aceptó sus disculpas y decidió que lo mejor era olvidar cualquier rencilla del pasado. Esto agradó y animó mucho Clive quien vio un ligero rayo de esperanza después de todo.

- —¿A qué vino Steals?
- —Quería cerciorarse de que no me habías contado nada. De hecho, preguntó por ti...—le explicó Brad mientras se ponía en pie.
 - —¿Y qué le dijiste? —Inquirió Clive mirándole.
- —Nada, salvo que estabas convaleciente aunque olvidé decirle algo muy importante y que él debe de saber... —le dijo saliendo del cuarto.

Clive sonrió por lo bajo... Puede que durante todo este tiempo Steals subestimara a Bradley, pero intuía que su hermanastro se las iba a hacer pagar al maldito policía...

A Heinrich le desquició oír llorar al hijo de su amante. De este modo le ordenó a Gail que lo hiciera callar de inmediato. Ella le miró con cierto miedo y recelo porque no parecía ser el mismo hombre de siempre. Algo en él había cambiado y no sabía en qué momento... No obstante, tomó en brazos a su hijo y se sentó en el sofá del modesto salón. El niño dejó de llorar y se quedó dormido poco después...

La mujer se fijó en que el hombre estaba inquieto pero no se atrevió a preguntarle. La última vez que lo hizo casi se ganó una bofetada. Tal parecía que seguía resentido con ella por haberle disparado a Clive, pero él se lo había buscado. Ella había depositado toda su confianza en él pero la había dado la espalda. Puede que, al fin y al cabo, se pusiera del lado de Bradley al que tanto había odiado. Ahora no sabía exactamente qué iba a ser de ella y de su hijo, porque Heinrich apenas le contaba nada de lo que pasaba en el exterior. Ella se dedicaba a cuidar de la casa y del niño aunque últimamente estaba algo desganada. Aquel maldito encierro tenía toda la culpa. No veía cuándo podían marcharse de Dover y disfrutar de la fortuna de Marvin... Seducirle para convertirse en su amante fue la cosa más fácil. Manipular a Margarite para que lo matara fue toda una liberación. Su amiga era demasiado noble e ingenua para hacer lo que hizo, pero necesitaba a alguien como su hermano para que la incitara a ello.

Ahora que Margarite y Marvin estaban fuera de circulación aspiraba a poder emprender una nueva vida lejos de Dover, pero una parte de sí misma le decía que no iba a ser posible. Le bastaba con mirar a su amante para darse cuenta que había perdido más de lo que hubiera ganado si hubiera permanecido al lado de Bradley. Él la amaba pero ella nunca le correspondió porque solo quería divertirse... Recordarlo la hizo derramar unas cuantas lágrimas aunque optó por depositar al niño en la cuna y cubrirlo con una manta. Hacía frío así que encendió la chimenea y al girarse se encontró con que Heinrich la estaba apuntando con su arma. La cara de espanto de Gail no era nada con la frialdad del policía...

—No lo hagas... —acertó a decir horrorizada.

Pero Steals tenía otros planes. Quería marcharse solo de Dover. Abigail y su condenado hijo le estorbaban. Además, ella nunca debería haber ido a buscar a Clive, así que, le pegó un disparo en la cabeza... Pasó por encima del cadáver y fue a ver al niño que dormía... Maldijo entre dientes y optó por coger lo indispensable para el viaje, así como el documento en el que su hermana le otorgaba un poder sobre todos los bienes que iba a heredar... Tomó el dinero y cuando abrió la puerta se encontró a lord Hastings, a su ayudante, el agente Monrow, y a dos policías más. Steals se quedó de piedra...

—¿Iba a alguna parte comisario Steals o debo llamarle Rawson? — Preguntó Bradley.

La cara de Steals era de auténtico pánico.

—Póngale las esposas y vigílenle... —ordenó Monrow.

Brad no podía acceder a la vivienda hasta que viniera el juez de guardia para el levantamiento de cadáver. Saber que Abigail había sido asesinada a manos de uno de sus amantes no le produjo dolor alguno. Ella misma se había cavado su propia tumba por el mero hecho de haber confiado en un avaricioso como Heinrich.

Los minutos que le siguieron a la espera fueron terribles para el noble que oyó a su hijo llorar. Su impaciencia le llevó a pedirle a Monrow que le dejara calmarle. El agente le dio el visto bueno... Bradley llegó hasta su hijo y lo cogió en brazos. El niño estaba algo desnutrido y poco aseado lo cual le partió el alma, pero lo había recuperado y quería llevárselo a casa cuanto antes.

Lucy estaba inquieta porque se enteró de que Bradley había salido apresuradamente de Hastings Hill. Su inquietud se transformó en temor cuando los minutos dieron paso a las horas. Todos trataban de consolarla, incluso Draco se sentó junto a ella, pero Lucy solo quería saber si su marido estaba bien.

- —Seguro que habrá ido a ver a ese policía... —dijo Berenice con asco mientras cogía en brazos a su hija.
 - —No lo sé... —dijo Anthony que estaba sentado a su lado.
- —No sé por qué, pero ese hombre me da mala espina... —reconoció Olivia tomando la mano de Lucy.
- —Tía... —le llamó la atención su sobrina para que viera la cara de su cuñada.

- —Oh, seguro que nada malo le ha pasado a Brad y.
 Olivia se calló cuando vieron a Bradley aparecer con ¡Ross!
 —¡Dios bendito! —Exclamó Olivia emocionada—. ¿Cómo es posible?
- —Luego os lo contaré todo... —dijo acercándose a Lucy que le abrazó temblando—. Pero ahora quiero presentarte a mi hijo Ross.
- —Nuestro hijo, Brad... —le corrigió Lucy quien lo besó con ternura. Ross se dejó querer no solo por su nueva madre, sino por todos los allí presentes que se desvivían por besarle y abrazarle...

FIN

EPÍLOGO

Hastings Hill abrió sus puertas para celebrar el enlace matrimonial de lady Berenice y lord Anthony Bagwell, que se dieron el sí quiero en una soleada mañana de primavera en la más estricta intimidad. La familia Hastings al completo fue testigo de la enorme complicidad y felicidad de los recién casados a los que agasajaron lanzándoles pétalos de rosa. Berenice reía dichosa al igual que Anthony que la miraba con cara de enamorado.

Clive fue el primero en felicitar a la pareja seguido por los marqueses de Collingwood cuyo hijo, Ross, y su prima Ginebra hacían las delicias de todos los asistentes, que no eran pocos... Lucy estaba radiante en su sexto mes de embarazo. Bradley tenía la culpa por mimarla tanto ya que era un excelente padre y marido. El pequeño Ross les había colmado de alegría mientras aguardaban la llegada del nuevo miembro a la familia... Brad y Lucy contaban los días que faltaban para que naciera y amarle del mismo modo que a su hermano Ross. Los marqueses de Collingwood habían resuelto criar y educar a sus hijos ellos mismos. Querían pasar todo el tiempo posible con ellos y verlos crecer sanos y fuertes. Ambos agradecían que la vida les sonriera de esa manera y les brindara una dicha tan plena después de tantas desdichas... Lucy le había dado a Bradley más de lo que Gail le había dado durante toda su vida en común. Había contribuido a que entendiera el verdadero significado de la familia y la importancia de esta. Lucy era su todo. Sin ella, el marqués se sentía perdido... algo que nunca le ocurrió con Gail. Recordarla hacía que sintiera, finalmente, lástima por ella porque le pudo más la codicia más que otra cosa en el mundo... Amarla fue, sin duda, su mayor equivocación, aunque no le guardaba rencor. Lucy había sabido llenar con creces aquella soledad y ese vacío que Gail le impuso en vida. La estabilidad que Lucy había dado al marqués contribuyó a mejorar considerablemente la relación de este con su hermanastro Clive, que ahora era bien recibido en Hastings Hill. De esta manera Bradley ordenó a Amberly que le devolviera los muebles a Clive tan pronto como se recuperó del disparo. Clive vio en ese gesto una manera de acercar posturas y enterrar, finalmente, el hacha de guerra, tal y como sus padres habrían querido que ocurriera.

Olivia estaba contenta por razones más que evidentes. Atrás quedó su casa de Norwich, la cual Amberly vendió por una importante suma de dinero. Se había instalado con Bradley y Lucy y disfrutaba plenamente de sus sobrinos nietos Ross y Ginebra... Draco no dejaba que ningún extraño se les acercara. Podría decirse que Bradley le había aleccionado muy bien.

En medio de tanta celebración y felicidad estaba la señora Rushmore acompañada por su familia. Bradley consideró que debían asistir a ese evento tan importante... Pete, que fue puesto en libertad, dejó de trabajar, a petición de Bradley, en Hastings Hill. El noble lo animó a que acabara sus estudios y fuera un muchacho de provecho. Pete siguió su consejo porque no quería defraudar a nadie de su familia ni tampoco al lord.

En cuanto a lady Fawkes fue internada en un centro donde recibió ayuda psiquiátrica. Su testimonio causó una honda conmoción en toda la sala y en el jurado, que vieron a una mujer cruelmente humillada por su depravado esposo... Cuentan que ella lloró al oír la sentencia y que pidió a su abogado que no permitiera que su hermano se le acercara bajo ningún concepto. Heinrich Rawson fue conducido a la cárcel en donde pasaría una larga temporada por el asesinato de Abigail Hastings...

Agradecimientos

- A Ely por su ayuda en las correcciones.
- A Oliviaprodesign por su hermosa portada.
- A mis lectores por su apoyo incondicional.